

CI



MASSILLON

SERMONES



BX1756

.M32

S4

v. 2

1854-55

009606



1080015988

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PERO.
MANUEL M^a LABASTIDA

SERMONES

DEL ILLMO. SEÑOR

D. JUAN BAUTISTA MASSILLON,

Presbitero de la congregacion del Oratorio,

UNO DE LOS CUARENTA DE LA ACADEMIA FRANCESA,

Y OBISPO DE CLERMONT.

TRADUCIDOS AL ESPAÑOL

Por el P. D. Pedro Diaz de Guereñu.

PRIMERA EDICION MEJICANA.



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

TOMO II.



MEXICO.

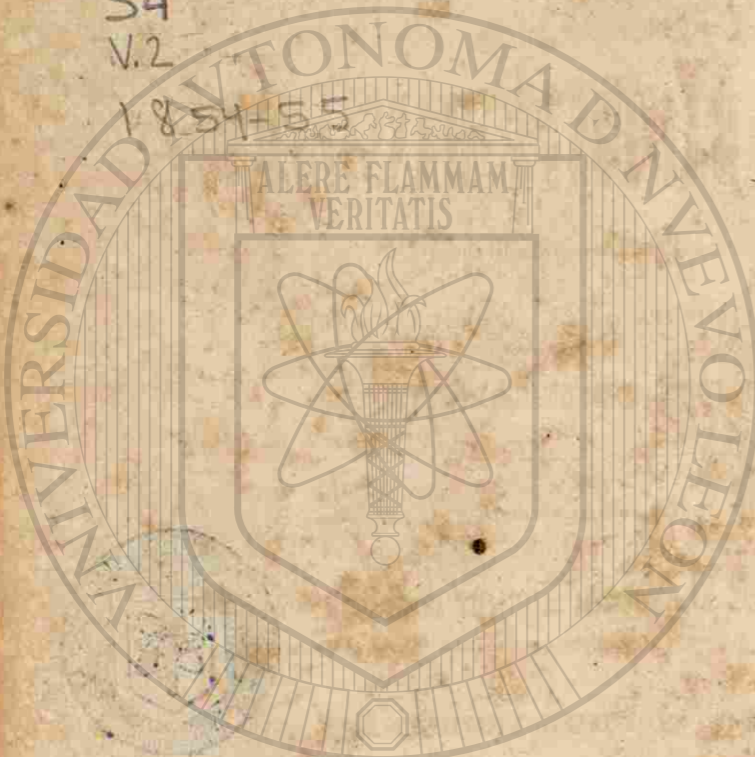
IMPRENTA DE JUAN R. NAVARRO,
Calle de Chiquis número 6.

1854.

FONDO ENTERRIO
VALVERDE Y TELLEZ

45220

BX 1756
M32
S4
V.2



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

SERMON
PARA LA FIESTA DE LA PURIFICACION
DE NUESTRA SEÑORA.

SOBRE LA SUMISION A LA VOLUNTAD DE DIOS.

Postquam impleti sunt dies purgationis Mariae secundum legem Moysi, tulerunt Jesum in Jerusalem, ut sisterent eum Domino.
Habiéndose cumplido el tiempo de la purificación de María según la ley de Moisés, llevaron el Niño á Jerusalem para presentarle al Señor.
Luc. 2. v. 22.

La sumision á la voluntad de Dios es la principal virtud de que hoy nos da ejemplo María en el misterio que propone la Iglesia á la piedad de los fieles. Aunque toda la vida de esta Virgen santa fué una continuada conformidad con las órdenes del cielo, y una universal sumision á los fines y designios de Dios para con ella, parece no obstante que esta disposicion sobresale mas en la oblacion que hoy hace de su Hijo en el templo, y que este misterio en que sacrifica sus luces la voluntad de Dios es mas perfecto y

008606

BX 1756
M32
S4
V.2

1854-55



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

08201

SERMON
PARA LA FIESTA DE LA PURIFICACION
DE NUESTRA SEÑORA.

SOBRE LA SUMISION A LA VOLUNTAD DE DIOS.

Postquam impleti sunt dies purgationis Mariae secundum legem Moysi, tulerunt Jesum in Jerusalem, ut sisterent eum Domino.

Habiéndose cumplido el tiempo de la purificación de María según la ley de Moisés, llevaron el Niño á Jerusalem para presentarle al Señor.

Luc. 2. v. 22.

La sumision á la voluntad de Dios es la principal virtud de que hoy nos da ejemplo María en el misterio que propone la Iglesia á la piedad de los fieles. Aunque toda la vida de esta Virgen santa fué una continuada conformidad con las órdenes del cielo, y una universal sumision á los fines y designios de Dios para con ella, parece no obstante que esta disposicion sobresale mas en la oblacion que hoy hace de su Hijo en el templo, y que este misterio en que sacrifica sus luces la voluntad de Dios es mas perfecto y

008606

heróico; y esta virtud principal es la que voy á proponeros por modelo.

Sin ella la virtud no es mas que ó una disposicion natural ó un querernos complacer á nosotros mismos. Sin ella las ilusiones de nuestro espíritu son nuestra única ley, las inconstancias de nuestro corazon nuestra regla, y el capricho de nuestros deseos, nuestro freno y el único motivo de nuestra conducta: en una palabra, nosotros hacemos de nosotros mismos nuestra propia divinidad.

En la conformidad con la voluntad de Dios consiste todo el precio de nuestros sacrificios, el mérito de nuestra paciencia y la santidad de nuestras alegrías. Ella es la que quita las amarguras á nuestras aficciones y el veneno á nuestras prosperidades, la que fija nuestras irresoluciones, la que calma nuestros temores, alienta nuestros desmayos y regla nuestras esperanzas. Es la seguridad de nuestro celo y el consuelo de nuestros disgustos: en una palabra, asegura nuestras virtudes y nos hace útiles aun nuestras imperfecciones.

Esta virtud inspira los buenos consejos, responde de la felicidad de nuestras empresas, nos hace dueños de los sucesos, santifica todos los estados, regla todas las obligaciones, y mantiene la subordinacion de los pueblos, la autoridad de los imperios, la majestad de los soberanos, la fidelidad de los vasallos, la desigualdad de las condiciones, toda la armonía del cuerpo político, y hace que cada uno contento con su suerte no mire con envidia la ajena, y no piense mas que en cumplir y santificar las obligaciones de su propio estado.

Esta virtud, señor,¹ hace que los reyes reinen con pie-

¹ Luis XIV.

dad y con justicia, y modera en ellos el orgullo de las prosperidades y las amarguras de las desgracias, haciéndoles que adoren en la voluntad del Soberano dispensador de los sucesos la comun causa de donde todos se derivan.

¿De qué proviene, pues, católicos, que esta sumision tan necesaria y de tanto consuelo sea tan rara entre los fieles? ¿De qué proviene que en medio de la continua sucesion de las cosas humanas, vivamos todos casi como si no hubiera un Ser Soberano, superior á nosotros, que las gobernase; como si él acaso fuera el solo Dios del universo, ó como si nosotros mismos fuéramos los artífices de la felicidad ó desgracia de nuestra suerte?

Permitid, pues, que manifestándoos hoy el ejemplo de la sumision de María, os hable de una materia de tanta importancia; y como por razon de vuestros puestos, de vuestros empleos y de vuestro nacimiento sois los mas interesados en los mayores sucesos que ocurren en la tierra, permitid que os enseñe á dirigirlos á su origen y á conocer un Dios en el universo, que es quien solamente dispensa los buenos y los malos sucesos.

Manifestaré primeramente las causas ocultas de nuestra repugnancia á la voluntad de Dios. En segundo lugar, las utilidades que acompañan á la sumision á su voluntad santísima.

Es decir, ¿de qué proviene que nunca queramos nosotros lo que Dios quiere? Y no obstante esto, ¿de qué proviene que sea de tanta suavidad y consuelo el no querer sino lo que quiere Dios? Imploramos, etc. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

Las principales causas de nuestra resistencia á la voluntad divina, son: primeramente, una vana razon que todos los dias llama las obras del Señor al juicio de las propias luces, que quiere íntimamente conocer lo que debiera adorar, y condena con temeridad lo que no puede comprender.

En segundo lugar, un exceso de amor propio, que hace que todo lo atribuyamos á nosotros mismos, y que nos miremos como si fuéramos solos en el mundo y todo se hubiera hecho para nosotros. De modo que todo lo que no se comprende en el plan de nuestros fines y de nuestras pasiones, nos altera.

En tercer lugar, finalmente, una falsa virtud, que bajo el pretexto de buscar á Dios no busca mas que á sí misma, y sustituye siempre los deseos inútiles de un bien que el Señor no nos pide, á las obligaciones que su santa voluntad nos ha impuesto. Esto es lo que María con su ejemplo nos enseña hoy á sacrificar á las órdenes del cielo.

Primeramente, una vana razon. ¿Cuántas dudas, cuántas dificultades, dice San Bernardo, no podia esta Señora oponer á las órdenes de Dios, que la obligaban á ir á sacrificar al templo? ¿Qué razonamientos especiosos? Su parto no habia sido manchado con ninguna impureza. Siendo madre habia quedado mas pura; ¿pues qué necesidad tenia de purificarse de una mancha que no habia contraído, y rescatar con una vil ofrenda al que venia á redimir á todos los hombres de la servidumbre del demonio y del pecado? Con todo eso, obedece, y sacrificando sus luces á las razones eternas y siempre justas de la divina sabiduría, nos enseña

que al Señor corresponde el mandar y á la criatura obedecer y sujetarse.

No obstante, católicos, nosotros siempre queremos que Dios dé cuenta de su conducta, y en medio de ser unas vanas criaturas, continuamente nos atrevemos á llamar al Señor á juicio con nosotros. Queremos ser sábios contra el mismo Dios; y ya sea que él obre con su providencia general en orden á la salud de todos los hombres, ó bien con sus eternos designios en orden á nuestros particulares destinos, nunca juzgamos que tiene razon, y oponemos siempre nuestros flacos razonamientos á los profundos abismos de su eterna razon y sabiduría.

He dicho: *ya sea que obre con su providencia general en orden á la salud de los hombres.* ¿Pues qué otra cosa oimos todos los dias en el mundo, sino reflexiones insensatas en orden á los fines de Dios? Continuamente se le pregunta la razon de la incomprendible sabiduría de sus consejos y de los arcanos de su providencia. ¿Por qué permite tantos infieles en la tierra? ¿por qué no se salvan todos los hombres? ¿por qué ha hecho tan difícil la salvacion? ¿por qué á los hombres los hizo tan flacos? ¿por qué no ha hablado con mas claridad acerca de las mas de las cosas que debemos creer? ¿por qué permite tantos sucesos tan funestos á la fe y á la gloria de su Iglesia? Y otras mil ridículas preguntas con que intenta el hombre burlarse de Dios. El vil esclavo quisiera llamar á cuentas á su Señor Soberano; el vaso de barro se atreve á preguntar al Soberano Artífice por qué le hace de este modo. El gusano despreciable en este destierro, en el que un inmenso abismo le separa de su Dios, se atreve á levantar los ojos al cielo, deseando mudar los decretos eternos; da consejos al Señor, señala á su sabiduría nuevos caminos, condena la economía de la religion, se forma un plan especioso y mas

acomodado, se atreve á reformar esta grande obra, que es el fin de todos los designios de Dios, y á sustituir las quimeras de su propio espíritu, que son obra de confusion y de tinieblas.

Y á la verdad, católicos, si los mismos príncipes en la conducta de los negocios públicos y en las infinitas máquinas con que mueven todo el cuerpo de los Estados é imperios, tienen secretos que nosotros no podemos penetrar, ¿por qué hemos de querer que Dios en sus eternos fines acerca de la salud y destino de los hombres, no los tenga para sus criaturas? Si el gobierno de un solo Estado pide consejos ocultos y medidas desconocidas, que muchas veces nos alteran porque no conocemos las razones y utilidades secretas, ¿por qué hemos de querer que el gobierno del universo, que la conducta universal de todos los hombres y de todos los siglos, desde el principio hasta el fin del mundo, no tenga respecto de nosotros ciertos secretos y ciertas oscuridades con que las razones eternas se oculten á nuestras débiles luces? Si en el consejo de los soberanos hay misterios, según la expresión de los libros santos, ¿no los ha de haber en los consejos de Dios? Y si, como dice la Escritura, es necesario respetar el secreto de los reyes en la conducta de sus pueblos, y no formar vanos discursos sobre unos medios cuyos motivos ignoramos siempre, ¿ha de ser menos respetable el secreto del Rey de los reyes en el gobierno de las cosas humanas? ¿y seríamos menos temerarios en mezclar nuestras frívolas reflexiones con sus eternos consejos, cuyas profundas causas siempre están ocultas en él, y de quien jamás conocemos sino lo que su bondad quiere manifestarnos?

Adoremos los secretos de Dios, católicos. Si lo que conocemos de sus obras nos parece tan divino y admirable,

¿por qué no hemos de inferir que lo es también lo que no conocemos? Si es sábio en las obras que nos manifiesta, ¿por qué no lo será también en las que nos oculta? Si la fábrica del mundo que vemos es una obra tan llena de armonía, de sabiduría y de luz, ¿por qué la economía de la religión, que no podemos ver y que es el principal de sus designios, ha de ser una obra de confusion y de tinieblas? Si arregló con tanto peso y medida las cosas visibles que han de perecer, ¿cómo pudo dejar desordenadas las cosas invisibles que durarán tanto como él?

Dije también: *ya sea que obre con sus eternos designios en orden á nuestros destinos particulares.* Porque no solamente condenamos su conducta en orden á sus eternos fines para con todos los hombres, sino también respecto de nosotros. Nos quejamos de su Providencia y de que nos ha puesto en ciertas circunstancias en que nuestra flaqueza hace inevitables los escollos. Le echamos en cara el habernos dado un destino incompatible con las obligaciones que nos impone, nos quejamos de que la corte, las conexiones, los empleos á que nos une nuestra clase y nuestro nacimiento, nos apartan de la salvación y nos la hacen como imposible. Nos parece que nos salvaríamos en una vida privada y lejos de las grandes tentaciones. Reformamos el plan eterno de su Providencia respecto de nosotros, y nos figuramos á nuestro gusto una suerte más segura que la que nos ha formado su adorable sabiduría.

No pensamos en que Dios proporciona las gracias á los estados; que todas las situaciones en que su ordenación nos coloca, lejos de ser escollos pueden ser motivos de salvación para nosotros; que la mayor parte de los peligros y de las ocasiones de que nos quejamos, más están en nuestras pasiones que en nuestros estados. No pensamos en que

la misma flaqueza que nos hace hallar escollos en medio del mundo y de la corte, nos hubiera servido de tentacion aun en el retiro; que á todas partes llevamos con nosotros mismos la raiz de nuestros delitos y de nuestras desgracias, y que así no debemos esperar nuestra seguridad de causa alguna externa, ni de nuestra situacion, sino solamente de la vigilancia que debemos tener sobre nosotros mismos. No pensamos en que todos los estados tienen sus peligros; que los santos en cualquier estado que se hallasen en la corte ó en los desiertos, no aseguraron su salvacion sino con violencias inauditas; que es error el creer que hay en la tierra estado alguno en que no cueste grandes esfuerzos la salvacion; que nuestra imaginacion nos promete seguridad en aquellos estados en que no podemos hallarnos, solamente para calmarnos acerca de las infidelidades en que vivimos en nuestro estado presente; que el amor propio continuamente nos engaña, y que para suavizar á nuestra vista los desórdenes de nuestra vida, hace que nos quejemos de nuestra situacion, para impedir que nos quejemos de nosotros mismos. Finalmente, no pensamos en que si son mayores los peligros en el estado de grandeza en que nacimos, son tambien mayores y mas considerables los bienes que en él podemos hacer; que si hay en él mas ocasiones de caer, tambien hay mas para la virtud y para el mérito; que los objetos engañosos y los grandes espectáculos que nos rodean, no tanto son lazos como instrucciones; que la corte, á la que nos liga nuestra suerte, todos los dias nos presenta motivos de desengaños; que sus disgustos ponen al corazon en arma contra los peligros; que sus amarguras desengañan de sus placeres; que sus inconstancias y revoluciones resfrían sus esperanzas; que el vacío y fastidio de sus diversiones nos llama como

por sí mismo á una vida mas seria y mas sólida; que la perfidia y la falsedad de sus amistades nos hace buscar en solo Dios un amigo eterno y fiel. En una palabra, que en el mismo mal hallamos el remedio, y que la sabiduría de Dios ha dispuesto con una providencia admirable para la salud de todos los hombres, que en cada estado los peligros tengan sus compensaciones, y proporcionen, por decirlo así, las seguridades, y que los mismos objetos que hacen la herida tengan tambien el antídoto contra ella.

¡Oh Dios mio! ¡sois vos un juez de nuestras obras tan sufrido y tan misericordioso, y nosotros hemos de ser unos censores severos y eternos de las vuestras! ¡nosotros continuamente os llamamos á juicio, y vos suspendeis el vuestro! ¡nosotros todos los dias os pedimos cuenta de vuestros adorables fines, y vos dilatais la cuenta terrible que nosotros os hemos de dar de nuestras intenciones y de nuestros pasos! ¡Oh Dios mio! ¿que será del hombre si os portais con él como él se porta con vos, si quereis sacarle culpado como él quiere hacer con vuestra providencia, y si examinais sus faltas con el mismo rigor que él examina vuestras maravillas? Primera causa de nuestra oposicion á la voluntad divina; una vana razon. La segunda es el excesivo y desordenado amor de nosotros mismos; y este es el segundo sacrificio de sumision á la voluntad de Dios de que hoy nos da ejemplo María. A la verdad, consultando solamente los pareceres humanos, hubiera hallado mil pretextos para eximirse de la voluntad del Dios de sus padres. Los intereses de su divina maternidad, el prodigio de su parto, la misma vergüenza de su pobreza y lo corto de su ofrenda, todo parece que levantaba su corazon contra la sumision que Dios la pedia. Pero no escuchaba la voz de la carne y de la sangre, pues se persuade á que

el primer sacrificio que Dios nos pide es el de nosotros mismos, y que la sola ofrenda que quiere es la que regularmente nos cuesta mas.

Y ved aquí, católicos, de dónde proviene, en segundo lugar, la oposicion que la voluntad divina halla siempre en nuestros corazones. Porque como todo nos lo atribuimos á nosotros mismos (pues este es un vicio muy comun, particularmente entre los grandes), como hacemos que cuanto nos rodea sirva á nosotros solos, como si todo se hubiera hecho para nosotros; como no hacemos caso de cuanto pasa en el mundo, sino en cuanto dice relación con nosotros; en una palabra, como vivimos del mismo modo que si fuéramos solos en el mundo, y como si el universo solo hubiera sido hecho para nosotros, quisiéramos que Dios en nadie mas pensase que en nosotros, que se conformase con el plan de nuestro amor propio, que no obrase sino para nosotros solos, que todo lo ordenase á nosotros solos, que no dispusiese de las cosas de la tierra sino en nuestro favor; que en vez de ser el gobernador del universo y el Dios de todas las criaturas, solo fuese el Dios de nuestras pasiones y de nuestros caprichos. Y así nosotros, católicos, los que no obstante nuestro puesto, nuestra elevacion, nuestro nacimiento, no somos mas que un átomo imperceptible en medio de este vasto universo, quisiéramos hacer mover toda la máquina á medida de nuestro gusto, que todos los sucesos se acomodasen con nuestros deseos, que el sol solamente saliese y se ocultase para nosotros. Finalmente, quisiéramos ser el fin de todas las ideas y de todos los designios de Dios, del mismo modo que nos constituimos el único fin de todos nuestros designios y proyectos en la tierra.

Y de aquí proviene primeramente, católicos, que ni en

la afliccion, ni en la prosperidad, no nos conformamos con la voluntad de Dios. No juzgamos de las circunstancias en que nos hallamos, sino en orden á nosotros mismos. De este modo cualquiera cosa que turba un solo instante de nuestros placeres, cualquiera cosa que descompone la soberbia y ambicion de nuestros proyectos y de nuestras esperanzas, nos molesta é inquieta; nos quejamos de Dios, creemos que nos mira con ceño y nos maltrata. Nosotros, católicos, que en la elevacion y en la abundancia en que nacimos casi nada tenemos que padecer; nosotros, cuyas ligeras penas se compensan con tantas cosas capaces de contentar al amor propio, y que como dice el profeta, no conocemos los trabajos y amarguras que afligen á los demás hombres, pues nuestros mas tristes instantes serian los mas felices para muchos desgraciados. ¡Ah! lo que tenemos que temer en nuestro estado es el que Dios no mezcle la suficiente amargura en todos los placeres que nos rodean; el que permita que seamos demasiado felices en la tierra; el que nos deje gozar con demasiada tranquilidad de todas las conveniencias con que nacimos, y que no se digne de visitarnos algunas veces con aflicciones en su gran misericordia. Es preciso que Dios esté muy irritado contra nosotros cuando todo favorece nuestras pasiones, cuando nuestros placeres no hallan obstáculos, cuando todo cede á nuestras inclinaciones, y cuando solo el deseo de nuestro amor propio parece que decide de cuanto nos pertenece. ¡Qué terrible es entonces Dios para nosotros, católicos! Nos trata como á víctimas que se engordan y adornan de flores para conducir las inmediatamente á la hoguera por estar destinadas para el sacrificio.

En segundo lugar, se infiere que como nos amamos excesivamente á nosotros mismos y no ponemos límites á

nuestros deseos, jamás estamos contentos con nuestro estado, con nuestra elevacion ni con nuestros puestos; siempre juzgamos que falta alguna cosa al ansia de nuestro amor propio. Si no tenemos todo lo que deseamos, nada nos parece lo que poseemos; nos deshacemos en ideas, en pretensiones, en proyectos y en medidas; no sabemos gozar tranquila y cristianamente de lo que nos ofrece la Providencia; lo que nos falta nos inquieta mas que cuanto nos satisface lo que poseemos. Mientras vemos algun camino que nos falta que andar, no nos contentamos con el que ya hemos andado. Siempre va subiendo nuestra soberbia,¹ como dice el profeta; semejantes á un piloto que camina en alta mar, cuando hemos llegado hasta donde se extendia nuestra vista y nuestras esperanzas, descubrimos un nuevo punto de vista, nuevos países y espacios inmensos que alientan nuestras pretensiones. Quanto mas nos elevamos, mas se extienden nuestros deseos; quanto mas caminamos, mas camino descubrimos por andar; cuando hemos llegado al término de nuestros deseos, solo nos sirve este de camino que nos conduce á otros. Nunca nos agrada nuestro estado presente; el destino en que nos coloca Dios nunca es el que nosotros queremos; somos ingeniosos para hacernos infelices; nos armamos continuamente contra nuestro propio deseo; no queremos lo que Dios quiere, y basta el que la Providencia nos conceda el bien que hemos deseado mucho tiempo para que nos disguste.

En tercer lugar se infiere que como nuestro amor propio se ha apoderado de todo el universo, y miramos todo lo que deseamos como herencia nuestra, cuantos puestos y honores se escapan de nuestra ansia y recaen en otros, los

¹ Psalm. 73. v. 23.

miramos como bienes que nos pertenecian y que nos han usurpado injustamente. Quanto nos excede ó nos iguala nos turba y ofende; miramos con envidia la elevacion de, nuestros prójimos; su prosperidad nos inquieta, su fortuna es nuestra desgracia, sus felicidades son en nuestro corazon un veneno secreto que derrama amargura en toda nuestra vida; los aplausos que reciben son para nosotros oprobios que nos humillan; quanto les es favorable lo volvemos contra nosotros; no sabemos querer lo que Dios quiere, y no contentos con nuestras desgracias, nos formamos tambien un infortunio de la felicidad de nuestros prójimos.

Ultimamente, se infiere que como juzgamos ser los únicos que poseemos la prudencia, quanto no se acomoda con nuestras ideas y con nuestro modo de discurrir en la disposicion de las cosas de la tierra, lo censuramos y reprobamos. Quisiéramos que se repartieran los puestos y dignidades á nuestro gusto, que nuestras ideas y consejos arreglasen la fortuna del público; que los favores cayesen solamente sobre aquellos á quienes se los tiene ya designados nuestro voto; que los sucesos públicos se gobernasen segun aquellas medidas que nosotros hubiéramos escogido; reprobamos continuamente la eleccion de nuestros superiores; no hallamos sugeto que sea digno de los puestos que ocupa; no respetamos como debemos el orden de Dios en el orden exterior de este mundo visible, ni su voluntad santa en la voluntad de los soberanos, que solo tienen en su mano la autoridad y el poder para ser los primeros ministros de su providencia; no podemos querer lo que Dios quiere; tenemos por injusticia, por pasion y por imprudencia el repartimiento de los puestos y favores. Podrá suceder que estos hombres obren mal y hagan elecciones injustas; pero Dios siempre obra con razon, y se sirve de sus yerros para cumplir

los eternos fines de su providencia en los pueblos y en los imperios.

¡Qué grande y qué magnífico es el mundo, católicos! ¡Qué orden, qué sabiduría, qué magnificencia ofrece á nuestra vista el gobierno de los Estados é imperios, cuando en él contemplamos á un Dios invisible, Soberano gobernador del universo, que dispone de todo cuanto en él hay, con peso, con número y con medida! Sin cuya orden no se cae ni aun un cabello de nuestra cabeza, por cuya voluntad se hace todo, que ve los mas remotos sucesos en sus causas, que encierra en su voluntad las causas de todos los sucesos, que da al mundo príncipes y soberanos segun los fines de justicia ó de misericordia que tiene para con los pueblos, que da la paz ó permite la guerra, segun los fines de su sabiduría para con sus escogidos y su Iglesia, que da á los reyes ministros sábios ó corrompidos, Amanes ó Mardoqueos, ó para castigar los pecados de los pueblos ó para ejercitar la fe de sus siervos; que dispensa los buenos ó los malos sucesos, segun que son útiles para la consumacion de su obra; que regla el curso de las pasiones humanas, y con inexplicables artificios hace que sirva á las ideas de su misericordia aun la misma malicia de los hombres.

¡Qué lleno está el mundo, católicos, de orden, de armonía y de magnificencia, considerado bajo este respecto y atendiendo al soberano Artífice que le gobierna! ¡Qué espectáculo es este tan digno de la fe! Pero si separais á Dios, si considerais al mundo por sí solo, si no mirais en él mas que las pasiones humanas, que parece lo ponen todo en movimiento; si no contemplais en él la voluntad eterna del Señor, que es el invisible principio que comunica el movimiento á todas las cosas, entonces no es mas que un caos, un teatro de confusion y desorden, en el que ninguno

está en su puesto, en donde el impío goza de la recompensa de la virtud, en donde muchas veces tocan en suerte al justo el desprecio y las penas del vicio; en donde las pasiones son las únicas leyes que se consultan, en donde los hombres solo están unidos entre sí por los mismos intereses que los dividen, en donde la casualidad parece que decide de los mayores sucesos, en donde el buen éxito rara vez es prueba ó recompensa de las justas pretensiones, en donde la ambicion y la temeridad se levantan á los primeros puestos, que ó los teme el mérito ó se le niegan. Finalmente, donde no se ve orden alguno, porque solo se advierte la irregularidad de los movimientos, sin comprender el secreto ni el fin de ellos.

Esto es el mundo separado de Dios, y así es como nosotros le miramos. No vemos en él una sabiduría soberana que juega, si es lícito decirlo así, en el universo, arruinando los Estados y los imperios y levantando otros sobre sus ruinas; mudando continuamente los nombres y fortunas de los mortales, y dejando las cosas de la tierra en una inconstancia y en una revolucion eterna, para enseñarnos á que nos unamos al que solo es inmutable y siempre permanece el mismo.

Es verdad que muchas veces resistimos á Dios con pretexto de buscarle. Ultima raiz de nuestra oposicion á la voluntad divina, una falsa virtud, y último escollo que nos enseña á evitar María con su ejemplo.

A la verdad, si esta Señora no hubiera consultado mas que á su celo por la gloria de su Hijo, los intereses de su divino nacimiento y los obstáculos que parecia oponer su purificacion al fruto de su ministerio, confirmando la incredulidad de su pueblo y haciéndole pasar por un simple hijo de María y de José; si no hubiera consultado mas que á

estos temores nacidos de su misma piedad, debia María, al parecer, eximirse de la ley comun, y no ir al templo á manifestar en su Hijo una apariencia de mancha y de pecado que le confundia con los demás hijos de Judá. Pero desconfía de un celo que no ve estar en el órden de Dios; en tanto quiere la salud de los hombres y la gloria de su Hijo en cuanto la quiere el mismo Dios; y nada tiene por seguro, aun en la virtud, sino el conformarse con su voluntad santa.

Sí, católicos, nada es bueno para nosotros sino lo que Dios quiere; la piedad que no se funda en una conformidad continua con su voluntad santa, es una falsa virtud, mas es un amor propio oculto y peligroso que un culto verdadero de Dios; y con todo eso, casi siempre es este el flaco de la piedad. Nunca queremos buscar á Dios por los caminos que nos abre su mano misma, y hacemos que consista la virtud, no en querer lo que Dios quiere, sino en escuchar nuestras inclinaciones y seguirias.

Primeramente. Nunca nos agradan las obligaciones de nuestro estado, y siempre hacemos en lugar de ellas otras obras arbitrarias que no nos pide Dios. El casado tendria gran gusto en rezar, en ejercitarse en obras de misericordia, pasaria los dias enteros sin molestia en el retiro y en la leccion de libros espirituales, quisiera poder acudir á consolar los afligidos; pero lo que le molesta, lo que no le gusta es la sumision, el agrado y la afabilidad recíproca que une los corazones, y que tanto encarga el apóstol á las mujeres cristianas; aquella condescendencia que une los génios y las voluntades; aquella paciencia que desarma la ferocidad y se concilia la estimacion y el afecto; aquellos cuidados y aquellas atenciones domésticas que afianzan el buen órden de las familias, conservan la paz, precaven los

excesos y el escándalo de las disensiones, y hacen que Dios habite en medio de una familia fiel. Gustamos de todo aquello que Dios no nos pide, y no de lo que él quiere; y muchas veces la piedad de la mujer fiel, que debiera ser el origen de la paz, de la tranquilidad, del consuelo de una casa santa, y ganar el marido infiel, le aparta y empeora por falta de afabilidad y de condescendencia, y es la raiz de las antipatías y divisiones, y motivo de que se tenga miedo á la virtud, cuyo fruto es la paz, como si ella fuera la señal infalible de los disgustos é inquietudes de las familias.

En segundo lugar: si Dios nos pone en un estado de enfermedad habitual, echamos á este estado la culpa de nuestra tibieza y de nuestras infidelidades en el servicio de Dios. Nos figuramos que con una salud mas segura cumpliriamos con mil ejercicios de piedad para los cuales nos hallamos inhábiles; no acabamos de comprender que el sujetarse á Dios y usar santamente del estado en que nos pone, es rezar, es mortificarse, es ejercitarse en obras de misericordia, y todo se incluye en esto. Que el Señor sabe mejor que nosotros lo que nos conviene, que nosotros no debemos escogernos el camino, y que toda la perfeccion de la fe y toda la seguridad del alma fiel consiste en no querer mas de lo que Dios quiere.

En tercer lugar: no sufrimos con paciencia nuestras propias imperfecciones; somos molestos á nosotros mismos; aquellas infidelidades que todos los dias advertimos en nosotros causan inquietudes á nuestro amor propio y nos disgustan de la virtud. Quisiéramos no ver en nosotros nada que reprender, vivir satisfechos de nosotros mismos, aplaudir en nuestro interior nuestra virtud y gozar del lisonjero testimonio de nuestra conciencia; nuestras faltas nos inquietan y nos acobardan en el camino del Señor, porque

nos turban aquella paz absolutamente humana y humillan aquella oculta soberbia que buscan dentro de nosotros mismos una vana condescendencia. No sabemos mirar nuestros defectos como permision de Dios, y sacar de ellos la utilidad que se propone su sabiduría: Dios quiere que obremos nuestra salud con temor y temblor, y nosotros quisiéramos obrarla con una entera seguridad. Dios quiere conducirnos por la fe, y nosotros quisiéramos ir á él por el camino de la luz clara. Dios quiere que siempre vivamos inciertos de si somos dignos de amor ó de ódio, y nosotros, despues de haber dado algunos débiles pasos en la penitencia y en la piedad, quisiéramos estar asegurados de que Su Majestad se nos ha dado á nosotros. Dios quiere que vivamos siempre dependientes de él, y nosotros quisiéramos poder hallar un apoyo carnal dentro de nosotros mismos. Dios quiere que pongamos nuestra suerte en sus manos, y nosotros quisiéramos tenerla en las nuestras: en una palabra, Dios quiere que nuestra salvacion dependa de él, y nosotros quisiéramos que únicamente dependiese de nosotros.

En cuarto lugar: si los pecadores, revestidos de la pública autoridad, ponen algun obstáculo á nuestro celo ó algunas contradicciones á las empresas que son útiles á la virtud, no observamos con ellos regla alguna de caridad: creemos tener derecho para declamar contra sus malas intenciones, para descubrir sus vicios, para hacerlos pasar por enemigos públicos de todo lo bueno y de la justicia; con pretexto de que gemimos oprimidos de su ceguera, nos cegamos á nosotros mismos; y en vez de pedir á Dios en silencio que mude su corazon y dejar en sus manos los intereses de su Iglesia, á la que sabrá proteger á pesar de la malicia y poder de los hombres, nos persuadimos á que el título de pro-

tectores de la piedad nos autoriza para violar las leyes de la piedad misma.

Finalmente, no podemos sufrir los desórdenes de nuestros iguales, de nuestros parientes, de nuestros superiores, con quienes tenemos que vivir. Tenemos por virtud el censurarlos, el desacreditarlos, el exasperarlos; nos quejamos de nuestra suerte, que nos une con lazos de obligacion y sociedad á unas personas que viven con paganos, sin pensamiento alguno de piedad ni de religion. Tendriamos por mucho mayor bien el vivir entre unas almas fieles que pensasen como nosotros; y con la amargura y aspereza de nuestra compañía hacemos que la piedad les sea tan odiosa como nosotros mismos; y haciendo nuestras censuras que les sean inútiles nuestros ejemplos, se figuran que la virtud es como nosotros, esto es, dura, molesta, sin piedad, llena de hiel y de presuncion; y en vez de ganarlos sufriéndolos, los apartamos con el desprecio, y mas parece que triunfamos á costa de sus vicios, que el que nos compadecemos con caridad y religion de sus flaquezas.

La conformidad con la voluntad de Dios, católicos, hace, si es lícito decirlo así, que respetemos en los pecadores las ideas de su eterna sabiduría para con ellos, pues ésta los hace útiles á la salud de sus escogidos, y muchas veces por el mismo camino de sus desórdenes los reduce á la penitencia y á la salvacion. De este modo, la verdadera virtud mira á los pecadores en las manos de Dios, los sufre con caridad, porque los sufre el mismo Dios; los ama tiernamente, porque pueden llegar á ser hijos de Dios y porque son útiles á los fines de su providencia. Espera para ellos los instantes de la gracia, adora los eternos fines de Aquel que ha señalado los límites á las pasiones de los hombres como al ímpetu de las olas del mar. El querer lo que Dios quie-

re ó permite, tanto respecto de los otros como de nosotros mismos, es circunstancia inseparable de la virtud. Los vicios nos deben afligir, pero siempre debemos amar á los pecadores.

Y así, católicos, no hay cosa que inspire mas agrado, mas caridad, mas humanidad para con los hombres, que considerar continuamente la voluntad de Dios en ellos. Es verdad que son aborrecibles por sí mismos cuando son pecadores; pero en el orden de Dios siempre son dignos de nuestro amor y de nuestro respeto. Sirven para la obra de la predestinacion, y acaso están destinados para ser algun dia partes de ella. Debemos, pues, mirar sus pasiones con dolor, pero con paciencia; reprenderlos si están sujetos á nosotros, pero sufrirlos con caridad; desear su conversion con ansia, pero esperarla sin inquietud; y no hacer que nuestra virtud consista en despreciar los pecadores, sino en desear sinceramente su penitencia.

Estas son las tres raíces de nuestra oposicion á la voluntad de Dios, y los tres sacrificios de que hoy nos da ejemplo María. Pero despues de haberos manifestado los obstáculos que se hallan en nosotros para someternos á Dios, es necesario explicaros las utilidades y consuelos que nos facilita la sumision á su santísima voluntad.

SEGUNDA PARTE.

Tres copiosas fuentes de pesares forman todas las desgracias é inquietudes de la vida humana; los vanos pronósticos de lo futuro, las infinitas inquietudes acerca de lo presente y los inútiles pesares de lo pasado. Lo futuro nos inquieta con sus temores y esperanzas; lo presente nos agita con sus embarazos y contratiempos. Finalmente, aun

lo pasado nos atormenta, haciéndonos presentes, con una molesta memoria, los males que debiera haber hecho olvidar el tiempo. Esto es lo que hace desgraciados en la tierra á todos los hombres que no viven de la fe y en dependencia de Dios.

La sumision á la voluntad de Dios nos hace esperar sin inquietud lo futuro, nos hace mirar con tranquilidad lo presente, y acordamos con utilidad de lo pasado. En todas estas situaciones nos hace hallar en Dios y en la continua conformidad con sus órdenes, la paz y el consuelo que jamás podria hallar el pecador en sus pasiones ni en sí mismo.

Digo primeramente que esta sumision nos hace esperar, como hoy á María, lo futuro sin inquietud. Porque, católicos, ¿qué sustos no debiera suscitar en su alma santa la profecía del viejo Simeon acerca de la futura suerte de su Hijo? la anuncia que una espada de dolor atravesará sus maternales entrañas. Que este Hijo seria expuesto como un blanco á los dardos de los malos y á la contradiccion de su pueblo, y que serviria, tanto para la perdicion como para la salud de muchos. ¿Qué tropel de temores, de inquietudes, de desconfianzas debieran turbar entonces la paz en su corazon? No obstante, como el profeta, deposita todos sus pensamientos y todos sus sustos en el seno de Dios; solo mira lo futuro en el orden inmutable de su voluntad eterna. Adora anticipadamente las ideas del Padre celestial para con este Hijo; se somete á ellas sin querer investigarlas ni conocerlas; y entregándose á solo Dios en cuanto le pertenece, es perfecta su tranquilidad porque es entera su sumision.

Sí, católicos, las inquietudes acerca de lo futuro forman el mas amargo veneno de la vida humana, y los hombres

solo son desgraciados porque no se saben contener en el momento presente. Aceleran sus penas y sus cuidados, buscan en lo por venir con que hacerse infelices, como si no tuvieran bastantes inquietudes en lo presente; se forman quimeras con que atemorizarse á sí mismos, como si no tuvieran bastantes pesares verdaderos; se atormentan continuamente por el día de mañana, como si no bastara á cada día su malicia. El tener mas talentos que otros solo les sirve para formarse mas inquietudes; el extenderse mas lejos su vista para anticiparse á ver sus desgracias; el ser sábios para estar mas inquietos y temerosos, y el ser mas advertidos para ser de peor condicion y estar menos tranquilos que los imprudentes é insensatos. ¿Os conoceis por estas señas, católicos? Porque ¿qué es la vida de la corte mas que un eterno sobresalto acerca de lo futuro, una revolucion penosa de temores, de precauciones y de esperanzas? *De temores.* Todos los sucesos nos presentan nuevos miedos; la elevacion de un competidor nos hace temer nuestra desgracia, el favor de un enemigo nos muestra desde lejos como segura nuestra perdicion; una mirada menos agradable del soberano nos hace ya prever nuestro olvido y nuestra ruina. *De precauciones.* Continuamente estamos tomando medidas, ó para obtener gracias que nunca conseguiremos, ó para precaver disgustos y pesares que vendrán. Finalmente, *de esperanzas.* Continuamente nos está lisonjeando la esperanza de alguna dicha; pero para llegar á ella es necesario sacrificar el sosiego y todas las dulzuras presentes. La felicidad siempre se queda en la idea que se la figura, las esclavitudes y penas están en el corazón que las padece y le consumen.

Pero una alma sujeta á Dios no padece estas inquietudes, estos miedos ni estos cuidados que agitan á los hijos

del siglo. Sabe que lo futuro está determinado en los consejos eternos de la Providencia; que no pudiendo nuestras inquietudes y cuidados mudar ni aun el color de un solo cabello, mucho menos mudarán el orden de estos inmutables decretos; que nada se arriesga en entregarse á él en orden á todo lo que debe suceder. Que el saber que todo un Dios se digna de mezclarse en lo que nos pertenece, nos sirve de consuelo, y aun mucho mas el leer en los libros santos que nos manda que nos entreguemos á él solo, y finalmente, que él se encarga de lo futuro, y solo nos manda que santifiquemos con la fe el uso de lo presente.

No quiero decir con esto que la fe autoriza la pereza ó imprudencia, y que para estar sujeta á Dios en orden á lo futuro sea preciso entregarse á él de tal modo que se abandonen todos los cuidados y se desprecien todas las precauciones. El fiel confía en Dios, pero no le tienta: trabaja como si todo dependiera de sí mismo, está tranquilo en orden al suceso; porque conoce que todo depende de Dios; sabe que debe valerse de la razon para tomar las precauciones y medidas, pero tambien sabe que la fe espera el buen éxito de Dios solo; usa de prudencia en la eleccion de los medios, pero permanece con sencillez y sumision esperando los sucesos: en una palabra, la prudencia es comun al fiel y al mundano, pero la paz y la tranquilidad solo son para el fiel.

Pero cuando digo *comun*, católicos, quiero decir que les es comun solo el nombre de prudencia, porque hay gran distincion en las señas de una prudencia cristiana y sujeta á Dios, y las de una prudencia humana. El apóstol Santiago nos explica estas señas.¹

Primeramente, la prudencia del fiel, dice el apóstol, es

¹ Epist. Jacob. cap. 3. v. 17.

casta é inocente. *Primum quidem pudica.* No conoce mas reglas legítimas que las que le permite la conciencia y aprueba la religion; no se vale de los delitos para conseguir sus fines, y qualquiera prudencia incompatible con la salvacion la tiene por locura. Al contrario la del pecador, es corrompida y culpable, y hace traicion á su conciencia por conseguir sus fines. En nada tiene los delitos ó los pasos ilegítimos, con tal que le conduzcan al fin; busca el buen éxito aun á costa de su alma, y quanto le puede ser útil, luego lo juzga inocente.

En segundo lugar, la prudencia del fiel es tranquila y amiga de la paz. *Deinde quidem pacifica.* Sus medidas siempre son pacíficas, porque siempre las sujeta á la voluntad de Dios. No desea las felicidades sino en quanto son del agrado de Dios, y en las precauciones que toma, mas intenta agradar á Dios, que se las ordena, que darse satisfaccion á sí mismo. Al contrario la del pecador, siempre está inquieta porque nunca se somete; pone su felicidad no en el orden de Dios, sino en el acierto de sus medidas; espera la paz, no de su sumision, sino del suceso, y su misma prudencia es el origen de sus pèsares é inquietudes.

En tercer lugar, la prudencia del fiel es modesta. *Modesta.* Se aparta de proyectos ambiciosos, solo intenta los fines que son conformes á su estado; sabe poner límites á sus deseos; no tanto piensa en elevarse como en ser útil, y su moderacion es el tesoro de donde saca la raiz de la paz y la seguridad de su inocencia. La del pecador es insaciable, continuamente toma nuevas medidas, porque siempre está formando nuevos proyectos. Su ambicion no conoce límites; tiene por conveniente todo lo que le agrada; los mas peligrosos puestos no le atemorizan; el único peli-

gro que teme es el mal suceso de sus medidas, y no le da cuidado el exponer su salvacion con tal que asegure su fortuna.

En cuarto lugar, la prudencia del fiel es humilde y dócil. *Suadibilis.* Siempre desconfía de sus propios talentos; mas fia en los socorros del cielo que en todas las medidas de la prudencia humana, y sin ser negligente lo espera todo de solo Dios. Al contrario la del pecador, está llena de soberbia, no cuenta mas que con la debilidad de sus medidas, confía en su propia prudencia, espera de sus cuidados la felicidad, y obra él solo como si no hubiera Dios que se mezclase en los negocios de los hombres.

En quinto lugar, la prudencia del fiel no es sospechosa. *Non judicans.* No busca su seguridad en la desconfianza continua de sus prójimos; cree el mal con dificultad; mas quiere caer en sus lazos que juzgar temerariamente de sus intenciones y pensamientos. La prudencia del pecador solo halla su seguridad en sus sospechas y en sus desconfianzas. Como su corazon está corrompido, todo le parece corrupcion y doblez en los demás; mira á todos los hombres como á sus enemigos; sospecha el mal en donde no le ve; se persuade á que para juzgar con seguridad, es necesario juzgar mal de sus prójimos, y toda su prudencia se reduce á suponer en todos los hombres todo aquello de que es capaz él mismo.

En sexto lugar, la prudencia del fiel no tiene ficciones, *sine simulatione.* No pone su habilidad en sus artificios; como no quiere engañar no necesita de fingir, y toda su habilidad consiste en su candor y sinceridad. Al contrario la del pecador, es un perpetuo doblez; sus labios contradicen siempre á su corazon; su semblante es siempre la contradiccion de sus pensamientos; cree que su talento crece

á proporcion de su falsedad. Toda su vida no es mas que un cúmulo de ruindades y mala fe, y su prudencia le hace padecer una continua fatiga, porque siempre le están precisando á fingir.

Finalmente, la prudencia del fiel está llena de misericordia y de frutos de buenas obras. *Plena misericordia, et fructibus bonis.* Junta á los medios humanos las prácticas de la virtud y los socorros de la oracion: asegura la felicidad de sus medidas con la abundancia de sus liberalidades y con los méritos de la misericordia, y en las obligaciones de la religion halla los principales arbitrios y el único apoyo de su fortuna. Al contrario el pecador, mira á la piedad como obstáculo para su elevacion, huye de las máximas de la religion como incómodas á su fortuna, y si alguna vez recurre á las apariencias de la virtud, es para abusar de ella y hallar un camino mas seguro para conseguir lo que desea.

Tambien, continúa el apóstol de quien he sacado estos caractéres, la prudencia del fiel es una semilla y un continuo manantial de paz en su corazon. *Fructus autem justitiæ in pace seminatur, facientibus pacem.* Pero la prudencia del siglo, que no viene del cielo, sino de la corrupcion del pecador y del desórden de sus pasiones, es una continua revolucion de temores, de deseos, de pesares, y como es la obra de sus pasiones, nunca podrá ser mas tranquila que sus pasiones mismas: *Non enim ista sapientia desursum descendens a Patre luminum, sed terrena, animalis, diabolica.*¹

La segunda raiz de las inquietudes humanas son los sucesos presentes y lo que todos los dias pasa á nuestra vis-

ta. Casi nunca nos sucede cosa alguna segun nuestros deseos; lo que amamos nos abandona, lo que deseamos huye de nosotros, y siempre nos sucede lo mismo que tememos. Nunca somos felices en todo; si la fortuna nos halaga, la salud nos abandona; si gozamos salud, nos falta la fortuna; si el favor del príncipe nos eleva, la envidia del cortesano nos deshonorra y desautoriza; si nos perdona la envidia y podemos contar con los votos del público, el soberano nos desprecia; finalmente, en cualquiera situacion que nos hallemos siempre falta alguna cosa á nuestra felicidad, y lo peor que tiene el hombre es, que un solo pesar puede mas para con él que mil placeres, y lo que le falta, por poco que sea, emponzoña todo cuanto posee.

Pero una alma fiel halla, como hoy María, en una sumision absoluta á las órdenes de Dios, un alivio siempre pronto á los estorbos de su presente situacion. En las ideas de Dios para con la Señora todo era incomprendible; la humildad de su Hijo y la futura grandeza que la anuncian, la espada que habia de atravesar su corazon, y todas las naciones que no obstante eso la habian de llamar feliz, el desprecio de que se ve cercada y los grandes sucesos que la esperan. Pero la voluntad de Dios es la única solucion de sus dudas y el mayor consuelo de sus penas.

Sí, católicos, la causa de que la sumision á la voluntad de Dios sea de tanto consuelo aun en medio de las mayores adversidades en que nos coloca, es primeramente el ser la voluntad de un Dios omnipotente á quien todo es fácil, dueño de los sucesos, que con una sola mirada puede acabar todas nuestras penas, para quien nada es difícil y solo con que él lo diga quedan hechas todas las cosas. ¡Oh! los hombres á quienes nos entregamos no nos podrán sacar de los enredos y peligros en que nos empeñan. Todos los dias

vemos á los amadores del mundo caer con sus protectores y con aquellos apoyos de carne y sangre en quienes ponen una vana confianza; semejantes, dice el profeta, á aquellos que buscan un débil asilo contra la pared de barro ya inclinada y pronta á caer, que tarde ó temprano quedan sepultados en sus ruinas: *Tanquam parieti inclinato, et materiae depulsa*.¹ Infinitas circunstancias hay en que los hombres con todo su poder nada pueden hacer por nosotros; á lo menos nunca podrán hacernos mas felices que ellos, y como ellos nunca son enteramente dichosos, no debemos esperar que hagan nuestra condicion mejor que la suya, ni que hagan por nosotros lo que no pueden hacer por sí mismos.

Pero el gran consuelo para una alma sujeta á Dios es el poderse decir á sí misma: Dios es bastante poderoso para sostenerme; nada aventuro en dejarle obrar; tiene remedios para todas mis necesidades; lo que á los hombres parece desesperado es fácil á su poder; quiere que esperemos contra la misma esperanza, y cuanto mas inútiles parecen los socorros humanos, mas bien acude á socorrernos, para acostumbrarnos á que todo lo esperemos de él y á no poner nuestra confianza en los hombres.

En segundo lugar, nos sometemos á la voluntad de un Dios sábio que tiene sus eternos fines en los sucesos que nos proporciona, que ve las diferentes utilidades de las circunstancias en que nos coloca, que nada hace por acaso, y conoce los sucesos aun antes de tomar las medidas. ¡Ah! Nosotros podemos inquietarnos acerca del estado que nos proporcionamos nosotros mismos, porque no nos conocemos bien para poder determinar lo que nos conviene; y por lo

¹ Psalm. 61. v. 3.

comun en nuestras elecciones mas consultamos los intereses de nuestra pasion que los de nuestra alma; pero lo que consuela á una alma fiel sujeta á Dios, es la sabiduría del mismo Señor en quien pone su confianza. Dios tiene sus razones, se dice continuamente el alma fiel, para colocarme en estas circunstancias, y aunque yo no las conozco, no por eso son menos justas y adorables. Yo no debo medir sus incomprensibles fines con mis luces flacas y limitadas. Es verdad que yo no veo adónde pueda conducirme por los caminos por donde me lleva; pero una vez que su mano es quien me los franquea, no hay mas que caminar sin temor. Muchas veces guia hácia la tierra de promision por los rodeos penosos y áridos del desierto, y casi siempre nos oculta sus fines por dejarnos entero el mérito de la sumision y de la confianza.

Finalmente, no solo porque nos sometemos á la voluntad de un Dios poderoso y sábio, sino tambien de un Dios bueno, compasivo y misericordioso, que nos ama y no quiere mas que nuestra salvacion. Los hombres muchas veces fingiendo favorecernos, solo intentan dañarnos; en tanto nos estiman en cuanto les somos útiles; mas bien quieren aprovecharse de nosotros para su felicidad que hacernos dichosos.

Pero Dios solo intenta nuestra salvacion; cuanto quiere en orden á nosotros, no lo quiere mas que para nosotros. Solamente nuestros intereses eternos reglan sus pasos en orden á nosotros; si nos castiga es por salvarnos, si nos humilla no intenta mas que nuestra salvacion, si nos eleva nuestra salvacion es quien le mueve; finalmente, en cualquiera situacion que nos coloque, siempre es padre que nos guia, amigo que nos gobierna, protector que nos ampara, guia que nos dirige y enseña los caminos. ¡Ah, católicos!

nosotros nos tenemos por muy seguros cuando nuestros intereses y nuestra fortuna están en manos de un amigo fiel á quien por mucho tiempo hemos experimentado y de quien nos fiamos como de nosotros mismos; no queremos ni aun informarnos de las razones que tiene para valerse de los medios que usa para servirnos; aprobamos cuanto hace, nos conformamos y nos parece que nos conviene. Pues este es el consuelo de una alma fiel que ha puesto su suerte en las manos de Dios; no examina las razones que puede tener su bondad paternal en las diversas circunstancias en que la coloca; le basta el saber que es un Dios en quien todas las ideas están llenas de bondad y de misericordia para con sus criaturas, un padre que solo desea la salud de su hijo, un amigo cariñoso y fiel á quien nada mueve tanto su corazón como los intereses de su amado. ¡Qué estado, católicos! ¡Hay en la tierra otro mas apetecible para la criatura? Y aun cuando no se hallara en la religion mas que esta sola utilidad, ¿no seria la eleccion del justo y del fiel la mas feliz y la mas razonable que puede escoger el hombre en la tierra?

Finalmente, los disgustos de lo pasado son el último manantial de las inquietudes humanas. No nos acordamos de los molestos sucesos de nuestra vida sino con unas tristes representaciones que emponzoñan la memoria. Nuestras pasadas pérdidas nos atormentan aún con las inútiles reflexiones acerca de las medidas que pudiéramos haber tomado para evitarlas; continuamente nos estamos acusando de haber sido nosotros mismos los autores de nuestra desgracia, continuamente nos estamos diciendo que si hubiéramos tomado tal ó tal precaucion nos hubiéramos ahorado muchas lágrimas y pesares; añadimos á nuestras desgracias la de atribuir las á nuestra inconsideracion; después

de hecho el daño nos representamos como muy fáciles los medios de evitarle, para sentir mas vivamente la pena de haber caido en él; y en vez de contemplar en esto la sabiduría y voluntad de Dios que lo gobernaron todo y que debieran hacernos olvidar nuestras penas, no miramos en ellas mas que nuestros engaños, los que aumentan nuestros pesares y hacen que sean eternos nuestros trabajos.

En esto nos sirve tambien de ejemplo la sumision de María. En todos los sucesos de su vida pasada no mira mas que á Dios; en la embajada del ángel, en el prodigio de su parto, en la fe de los pastores, en la adoracion de los Magos, contempla, dice el Evangelio, y conserva en su corazón todas estas maravillas y toda la pasada conducta de Dios para con ella; la esperanza y el lenguaje profético de la santa viuda Ana y del justo Simeon la acuerdan todo cuanto el Señor habia hecho hasta entonces por ella y por aquel Hijo: *Conferens in corde suo*. En todas estas ocasiones nada ve humano, sino todo divino; y no pudiendo dudar que sola la mano del Altísimo la habia gobernado hasta entonces, no halla dificultad en persuadirse que es la misma quien la guia al templo á sujetarse al sacrificio y á la humillacion que la pide.

Esta, católicos, es la gran ciencia de la fe; lo pasado debiera servirnos de una instruccion continua, en que debiéramos estudiar las disposiciones y voluntad adorable del Señor acerca del destino de los hombres; debiéramos acordarnos continuamente de cuanto hemos visto suceder, particularmente en la corte donde vivimos, y que es como el teatro de las revoluciones humanas; tantas mudanzas repentinas, tantas muertes terribles y no esperadas, los accidentes tan funestos, las prosperidades ó desgracias del Estado, la elevacion ó caida de los que ocupaban los prime-

ros puestos; en fin, tanta variedad en el favor, en la fortuna, en la estimacion, en la decadencia ó aumento de las familias: debiéramos acordarnos de esto solamente, vuelvo á decir, para ver en todo ello la sabiduría de Dios, que continuamente se burla de las pasiones humanas, y eleva ó trastorna en un instante para darnos á conocer la fragilidad de cuanto sucede, y enseñarnos que toda la sabiduría humana no podrá librarnos del menor contratiempo, y que no hay consejo contra los consejos de Dios.

Con todo eso, la memoria de lo pasado, en vez de instruirnos nos engaña; no sirve mas que de despertar en nosotros pasiones injustas; nos acordamos de la caída de aquellos á quienes vimos á la frente de todos los negocios, y eran los árbitros de la fortuna del público, y esta memoria en vez de desengañarnos de cuanto hemos visto desaparecer y eclipsarse en un instante, y enseñarnos que nada son las prosperidades temporales si no se immortalizan usando de ellas cristianamente, mas sirve de avivar nuestra ambicion con los obstáculos que siempre habia opuesto á nuestra fortuna su grande autoridad, que de instruir nuestra fe con la inconstancia que lo ha trastornado todo en un instante. Finalmente, en ninguna parte contemplamos á Dios; todo pasa, todo desaparece, todo huye de nuestra vista; se levanta insensiblemente un nuevo mundo sobre las ruinas del que vimos cuando venimos á él; se manifiesta una nueva corte en lugar de la que habiamos visto en nuestros primeros años; han aparecido en el teatro nuevos personajes; continuamente se observan en el universo nuevas escenas; nos hallamos casi solos y extranjeros en medio del mundo y entre los hombres á quienes hemos visto nacer, y separados de aquellos con quienes habiamos vivido al principio; todo huye, todo desaparece, todo corre rá-

pidamente á precipitarse en la nada. Y en medio de estas revoluciones continuas, en que solo Dios, que no se muda, parece tan grande; en que solo Dios, que mudando continuamente la cara del universo, siempre permanece el mismo y se manifiesta tan digno de nuestros respetos, no le vemos, nunca levantamos la consideracion hasta él, nos mantenemos, entre las ruinas de un mundo que ya está medio deshecho entre nuestras manos, nos divertimos en nuestra idea con lo que ya pasó, tenemos por realidad lo que ya no existe, nuestros primeros años manchan aún nuestro corazon con ideas lascivas é injustas, hacemos revivir continuamente los delitos de nuestros días ya pasados, nos parece que nos falta tiempo para ofender á Dios, excitamos sin cesar dentro de nosotros las imágenes que renuevan nuestros pasados delitos; esto es, hacemos que nuestra vida sirva dos veces á la culpa, sin haber servido ni un instante á la virtud. De este modo lo pasado, en vez de desengañarnos é instruirnos, nos inficiona y engaña; no vemos en ello mas que las revoluciones humanas, no elevamos á mas nuestra consideracion, y vivimos como si el universo se gobernara por acaso, y como si no hubiera mas razon de lo que en él sucede que el mismo suceso.

¡Ah, católicos! los patriarcas, cuya vida era tan dilatada, no se ocupaban mas que en meditar en los grandes sucesos que les habian acaecido en su larga vida, en las maravillas del Señor y en el orden de su adorable voluntad; se acordaban de los diferentes caminos por donde los habia conducido su sabiduría; admiraban en ellos las inefables disposiciones de su Providencia; este era el libro en que continuamente estudiaban las grandezas de Dios y sus misericordias para con las criaturas; este era el mas suave consuelo de su peregrinacion; miraban á Dios en todas las

cosas; el invisible era como visible para ellos en todos los diversos y maravillosos sucesos de su vida; no veían mas que á Dios en el universo, y nunca contaban con los hombres de quien se servía su sabiduría para cumplir sus adorables fines.

Y esta, católicos, es la grande ciencia que nos enseñan nuestras divinas Escrituras. En las demás historias que nos han dejado los hombres solo se ve obrar á los mismos hombres; ellos son los que ganan las victorias, los que toman las plazas, sujetan los imperios, destronan los soberanos y se elevan á sí mismos al supremo poder. No se hace mención de Dios en ninguna parte; los hombres son los únicos actores. Pero en la historia de los libros santos, Dios solo es quien lo hace todo, Dios solo quien hace reinar á los reyes, quien los coloca ó derriba del trono; Dios solo quien combate contra los enemigos, quien arruina las ciudades, quien dispone de los Estados y de los imperios, quien da la paz ó la guerra; no se ve mas que á Dios en esta divina historia; en ella, si es lícito decirlo así, no hay otro héroe; los reyes y los conquistadores solo se manifiestan en ella como ministros de su voluntad santa. Finalmente, estos divinos libros quitan el velo á la Providencia; Dios, que se oculta en los sucesos que se refieren en nuestras historias, se manifiesta en ellos claramente. En este solo libro que el espíritu de Dios nos ha dejado en la tierra, es en el que debemos aprender á leer las historias que nos han dejado los hombres, á suplir con la fe lo que ha omitido el espíritu humano, y á mirar las diferentes revoluciones con que ha sido agitado el universo, como la historia de los fines y voluntad del Señor para con los hombres.

Estas son las instrucciones que halla una alma fiel en la memoria de lo pasado. También será uno de los ma-

yores consuelos para los santos en la gloria el ver claramente el orden admirable de la voluntad del Señor en todos los sucesos de su vida pasada. Entonces se descubrirá el enigma; verán cómo acá en la tierra todo se ordenaba á su salvacion; verán con qué bondad, con qué adorable sabiduría hacia Dios que todo sirviese á la santificacion de los suyos, esto es, todo cuanto sucedia en la tierra, toda la historia de su siglo, la piedad ó desorden de los príncipes, la ganancia ó pérdida de las batallas, la felicidad ó desgracia pública, y verán que todo esto, con una oculta y maravillosa conexión que entonces conocerán claramente, debia contribuir á la consumacion de sus escogidos, y cómo hasta las mismas caídas fueron útiles para su salvacion.

Al contrario, el mayor sobresalto de los pecadores será el ver que al mismo tiempo que creían vivir sin yugo y sin Dios en este mundo, estaban en las manos de su sabiduría, que se servía aun de sus mismos desórdenes para el cumplimiento de sus eternos designios; que creyendo vivir para sí solos, eran en las manos de Dios instrumentos útiles para la santificacion de los justos; que de este modo aun sus mas ruidosas acciones eran útiles á los fines de Dios, aunque inútiles para sí mismos; que los grandes espectáculos que dieron al mundo y que tanto lisonjeaban su vanidad, no tenían conexión alguna con ellos; que solo vivieron para los escogidos, y que ellos solos fueron los que no tuvieron parte alguna en todos los grandes sucesos en que fueron los principales actores, y por los que serán celebrados en las historias; en una palabra, que hicieron mucho ruido en el mundo, pero que era Dios á quien glorificaban, y que nada hicieron para sí mismos; semejantes al trueno que admira á la tierra y da á conocer á los hom-

bres la grandeza y poder de Dios, pero en sí mismo no es mas que un vano sonido, y en pasando, solo deja la infeccion de la materia que le produce.

Esta reflexion, católicos, debiera atraer á todos los hombres á una continua sumision á la voluntad del Señor, porque por último, sujétense ó no á su voluntad santa, es cierto que siempre obran bajo su dominio, y que no hacen mas de lo que les permite el Soberano dueño; que solo consiguen sus fines en cuanto su adorable sabiduría lo tiene por conveniente; que no pueden eximirse de las órdenes de su poder, y que rebelándose contra sus leyes, sin alterar los sucesos, no hacen mas que multiplicar sus delitos.

Estas son las utilidades que sacan los fieles de la sujecion á las órdenes de Dios; á cualquiera parte de la vida humana que os volvais, católicos, no hallareis mas que este punto fijo y este consuelo sólido; sujetarse á Dios y no querer sino lo que Dios quiere. Este es el gran secreto de la piedad cristiana, la mas preciosa utilidad de la fe y la mayor ciencia de una alma fiel. Fuera de esto, católicos, ¿qué es la vida humana mas que un mar furioso y agitado, en el que siempre estamos al arbitrio de las olas, y en el que cada instante se muda nuestro estado y nos da nuevos sustos? ¿qué son los hombres sino el triste juguete de sus insensatas pasiones y de la continua variedad de los sucesos? Ligados por la corrupcion de su cofazon á todas las cosas presentes, están en ellas en continuo movimiento, y semejantes á aquellas figuras que se lleva tras sí una rápida rueda, nunca tienen consistencia segura. Cada instante es para ellos un nuevo estado. Fluctúan á discrecion de la inconstancia de las cosas humanas, queriendo continuamente fijarse en las criaturas, y obligados sin cesar á desprenderse de ellas, creyendo siempre haber hallado el

lugar de su reposo, y continuamente precisados á volver á empezar su carrera; cansados de las agitaciones, y con todo eso, llevados siempre de su torrente; nada les fija, nada les consuela, nada les alivia en sus penas, nada les suaviza su dolor en los adversos sucesos; ni el mundo, que es la causa, ni su conciencia, que se los hace mas amargos, ni el orden de Dios contra quien se vuelven; beben hasta las heces toda la amargura de su cáliz; se contentan con mudarla de un vaso á otro, dice el profeta, se consuelan de una pasion con otra pasion nueva, de una pérdida con un nuevo empeño, de una desgracia con nuevas esperanzas; en todo les sigue la amargura, mudan de situacion, pero no de suplicio. *Et inclinavit ex hoc in hoc; verumtamen fax ejus non est exinanita.*¹

Gran Dios, ¿por qué no os ha de estar sujeta mi alma, *Nonne Deo subjecta erit anima mea.*² ¿Sois por ventura algun Señor tan cruel que haya peligro en poner nuestra suerte en vuestras manos? ¿qué es lo que yo puedo temer en orden á cuanto me pertenece, ¡oh gran Dios! entregándome todo á vos solo? ¡Ah! mientras que yo mismo he querido ser el árbitro de mi suerte, me he confundido con mis propios proyectos; jamás han correspondido los sucesos á mis deseos y medidas; no he conseguido mas que fabricarme cada dia nuevos estorbos y pesares; queriendo buscar seguridades, me formaba precipicios, y lo que miraba como mi descanso, se volvía inmediatamente contra mí mismo. Vos, Señor, os divertíais en trastornar el edificio segun yo le iba levantando; queríais enseñarme que el hombre edifica en vano la casa, y que si no la sostiene y levanta vuestra so-

¹ Psalm. 74. v. 9.

² Psalm. 61. v. 2.

berana mano, solo se dispone tristes ruinas; que es mucho mas seguro el dejaros obrar á vos solo, ¡Dios mio! ó no obrar sino segun vuestras órdenes. ¿De cuántas inquietudes me hubiera libertado si hubiera sido fiel á esta obligacion? Mi suerte hubiera sido la misma, pero no hubieran sido los mismos pesares: en mi sumision á vuestra voluntad santa hubiera hallado la paz que jamás he podido hallar en el mundo ni en mi propio corazon, y despues la recompensa que prometeis á los que en la tierra no han deseado mas que el cumplimiento de vuestra voluntad eterna. Amen.



SERMON II.

PARA LA FIESTA DE LA PURIFICACION.

ACERCA DE LAS DISPOSICIONES NECESARIAS PARA CONSAGRARSE A DIOS CON UNA NUEVA VIDA.

Postquam impleti sunt dies purgationis Mariæ secundum legem Moysi, tulerunt Jesum in Jerusalem, ut sisterent eum Domino.

Habiéndose cumplido el tiempo de la purificacion de María, segun la ley de Moisés, llevaron el Niño á Jerusalem para presentarle al Señor.

LUC. 2. v. 22.

No solamente va Jesucristo hoy al templo para cumplir con la ley que mandaba consagrar al Señor todos los hijos primogénitos, sino tambien para dar cumplimiento á la figura; no solo va á sujetarse á un precepto que no se habia impuesto para él, sino tambien á manifestar los misterios de una ceremonia que solamente se ordenaba á él.

¿Por qué mandaria, católicos, el Señor que se le ofreciesen los primogénitos de los hombres y de los animales, como para rescatar en esta ofrenda la vida y servidumbre de

berana mano, solo se dispone tristes ruinas; que es mucho mas seguro el dejaros obrar á vos solo, ¡Dios mio! ó no obrar sino segun vuestras órdenes. ¿De cuántas inquietudes me hubiera libertado si hubiera sido fiel á esta obligacion? Mi suerte hubiera sido la misma, pero no hubieran sido los mismos pesares: en mi sumision á vuestra voluntad santa hubiera hallado la paz que jamás he podido hallar en el mundo ni en mi propio corazon, y despues la recompensa que prometeis á los que en la tierra no han deseado mas que el cumplimiento de vuestra voluntad eterna. Amen.



SERMON II.

PARA LA FIESTA DE LA PURIFICACION.

ACERCA DE LAS DISPOSICIONES NECESARIAS PARA CONSAGRARSE A DIOS CON UNA NUEVA VIDA.

Postquam impleti sunt dies purgationis Mariæ secundum legem Moysi, tulerunt Jesum in Jerusalem, ut sisterent eum Domino.

Habiéndose cumplido el tiempo de la purificacion de María, segun la ley de Moisés, llevaron el Niño á Jerusalem para presentarle al Señor.

LUC. 2. v. 22.

No solamente va Jesucristo hoy al templo para cumplir con la ley que mandaba consagrar al Señor todos los hijos primogénitos, sino tambien para dar cumplimiento á la figura; no solo va á sujetarse á un precepto que no se habia impuesto para él, sino tambien á manifestar los misterios de una ceremonia que solamente se ordenaba á él.

¿Por qué mandaria, católicos, el Señor que se le ofreciesen los primogénitos de los hombres y de los animales, como para rescatar en esta ofrenda la vida y servidumbre de

los demás? ¿Por qué se reservaría en la ley de Moisés las primicias de los frutos de la tierra? ¿No es igualmente dueño de todos nuestros bienes? ¿le es acaso menos debido el sacrificio de la tarde que el de la mañana? ¿para que serán estas figuras? Porque Jesucristo, primogénito entre sus hermanos, debía algún día ofrecerse para libertarlos de la condenación de Adán, y también porque Jesucristo, fruto sublime de la tierra, como le llama un profeta, debía ser presentado en el templo, santificar con esta oblacion á toda la naturaleza y restituir al hombre el derecho de usar de los bienes que ella produce, del que estaba privado por haber abusado de él injustamente.

Esto no era mas que una sombra de lo futuro, y por eso no cesaban los profetas de anunciarnos que el resplandor del antiguo templo cederia á la majestad del nuevo. Ya no bajan desde el cielo nubes de gloria para cubrir el santuario, sino que hoy llueven en él al justo; ya no anuncia el ángel del Señor su voluntad á su pueblo desde lo íntimo del propiciatorio, sino el mismo Señor del templo viene en persona á instruir á los hombres en las eternas verdades de su salvacion; ya no vienen los príncipes y conquistadores, atraídos de la fama y majestad de aquel santo lugar, á adorar en él al Dios de los ejércitos y á cargar sus altares de magníficas ofrendas, sino el mismo príncipe de la paz, el rey inmortal de los siglos, el conquistador de Judá, revestido con los despojos de las naciones, viene á ofrecerlas todas á su Padre, como trofeo de su victoria: ya no sube con majestad el humo de los inciensos hácia el trono celestial, sino las oraciones y súplicas de Jesucristo, las que siempre son oídas por causa de su excelencia; ya no corre sobre el altar la sangre de las víctimas, sino que en él se cumple anticipadamente la oblacion sangrienta del Redentor de Is-

rael: finalmente, no es éste un primogénito á quien la Sinagoga ofrece y rescata al mismo tiempo, como incapaz de purificarla de sus manchas, sino que es la misma Iglesia figurada en María, que va á ofrecer su cabeza, su primogénito, las primicias de los que duermen en el seno de Abraham, para quedar con esta santa oblacion sin mancha y sin arruga, y como una pura Virgen, dispuesta para entrar con el Señor en el santuario eterno para siempre.

Como esta es, pues, la primera señal pública de culto que Jesucristo da á su Padre, sin duda quiere enseñarnos en ella las disposiciones con que se debe entrar para consagrarse á él con una nueva vida. Examinemos, pues, las principales circunstancias de este misterio y hallaremos en él un espíritu de sacrificio en Jesucristo que se ofrece á su Padre, y un espíritu de fidelidad en María que le ofrece. Estas son las dos disposiciones que hacen durable y sincera la conversion y agradable á Dios la ofrenda de nuestros corazones; un espíritu de sacrificio, que cuando se ofrece no reserva nada, y un espíritu de fidelidad que en nada falte mientras le sirve. Imploramos, etc. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

El primer respeto que ofreció el alma santísima de Jesucristo cuando entró en el mundo á la justicia y grandeza de su Padre, fué, dice el apóstol, una oblacion de sí misma, y el seno de María fué como el primer templo en que por la primera vez se ofreció este holocausto. Pero en este sacrificio invisible se hallaba todo el aparato de las ceremonias visibles; era preciso que la víctima estuviese sobre el altar, que el precio con que se rescataba fuese llevado al templo, que se pusiese en las manos del pontífice de la ley,

que las santas y justas mujeres se hallasen en este nuevo Calvario; que María Santísima estuviese presente al sacrificio, que reluciese allí anticipadamente la espada del dolor que habia de atravesar su corazón. En una palabra, que allí todo delinease á la vista de su Padre las circunstancias de la cruz y la anticipada historia de aquel grande sacrificio.

A la verdad, católicos, que no habiendo aún llegado su hora, Jesucristo solo se presenta hoy en el templo para darse prisa mientras se espera, á delinear en éi los preludios y semejanza de su cruento sacrificio; y así como antes de unirse á nuestra naturaleza se deleitaba, dice Tertuliano, en manifestarse á los patriarcas bajo una forma visible, como para satisfacer la impaciencia de su amor con estos símbolos y ensayos de su encarnación, del mismo modo antes de espirar en la cruz se deleita en ofrecer á su Padre unas anticipadas representaciones de aquel gran sacrificio, como para contentar anticipadamente el deseo que le oprime de ser bautizado con aquel bautismo de sangre y de gloriarse con su muerte.

Pero aunque no se vea aquí mas que una imagen del Calvario, no por eso es menos real la oblación, dice San Bernardo, y esta es la primera condición que me propondré por modelo, la realidad de la ofrenda. Los demás primogénitos á quienes ponían en las manos del pontífice, se presentaban en el templo mas para ser rescatados que para ser consagrados al Señor. Esta ofrenda solo era simulada y aparente; víctimas de pura ceremonia, que nunca morían en el altar, pues reemplazadas inmediatamente por un vil animal, solo conservan en sí la exterioridad y aparato del sacrificio.

Pero Jesucristo entrando hoy en el templo, puesto en las

manos del pontífice y colocado sobre el altar, dice á su Padre: Vedme aquí; las hostias de la ley no eran dignas de vuestra Majestad, pero vos me formásteis un cuerpo, y la ley de muerte que contra mí habeis pronunciado, es el mas ardiente deseo de mi corazón. Desde entonces acepta y padece anticipadamente cuanto ha de padecer despues por su Padre. Ya se le presentan todos los trabajos futuros de su ministerio, las humillaciones de su vida oculta en Nazareth, las penosas carreras de su vida pública, la inutilidad de sus prodigios y doctrina; las calumnias de los sacerdotes y fariseos y todas las circunstancias del infame suplicio; ya ve en el templo el lugar de donde se ha de sacar el precio de su muerte, ya descubre entre la multitud de sacerdotes que cercan el altar, á los padres de aquellos que se sentarán algun dia para juzgarle como á reo; llevado por las calles de Jerusalem en los brazos de María, está ya oyendo á aquel pueblo sedicioso que pide su muerte con terribles gritos; ya ve el fatal camino en donde quedarán impresas sus sangrientas pisadas, y por donde, cargado con la cruz y cubierto de espinas, ha de subir al Calvario; y aunque no está aún entregado á sus enemigos, empieza su amor el sacrificio que el furor de éstos ha de acabar en la cruz.

Primera instruccion. Sin duda que Dios pudiera pedirnos el sacrificio de nuestra vida, pues todo pecador es indigno de vivir, y desde el instante que nos hacemos hijos del pecado nos hacemos tambien hijos de muerte. Pero su clemencia conmutó esta pena, y el continuo sacrificio de los sentidos es la ley de muerte impuesta á todos los fieles. Esta es la ley que hemos aceptado todos en el sagrado bautismo, cuando nos ofrecieron al Señor en el templo; esta es la hostia que se nos manda ofrecer por nosotros para libertarnos de la comun maldición y adquirir el derecho de ser

asociados al pueblo de Dios; este es el martirio de la fe que todos hemos ofrecido. Este martirio, dice San Cipriano, no espera á los tiranos ni á los suplicios, porque halla en la tranquilidad del culto y en las continuas violencias que hace á las pasiones, una paz mucho mas amarga y dolorosa que el terror de sus persecuciones y tormentos: este es el gran testimonio que todos debemos dar á la fe cristiana, confesando la verdad de sus promesas con el continuo sacrificio que la hacemos de nuestros sentidos y de nuestras pasiones, y en este sentido cualquiera cristiano es su testigo, esto es, mártir de Jesucristo. *Eritis mihi testes.*¹

Esta, católicos, es la vida cristiana, una vida que en todo se renuncia y se sacrifica. No obstante, el consagrarse á Dios en la mayor parte de las almas que arrepentidas de sus pasados desórdenes quieren servirle, no consiste mas que en manifestar algunas exterioridades religiosas, contraer amistades mas santas, no huir la comunicacion de los justos, separarse algunas veces del mundo para respirar con mas tranquilidad en el retiro, no avergonzarse de las obras públicas de misericordia, escoger un director espiritual y no vivir olvidados enteramente de los Sacramentos. Pero si no sois menos ambiciosos, menos terrenos, menos sensuales, menos delicados, menos envidiosos ni menos vanos, os ofreéis al Señor como primogénitos de Israel, esto es, os poneis entre las manos del pontífice, os presentais al pié de los altares, pero no sois de la suerte del Señor; no haceis mas que ofrecer por vosotros un vil animal, obras exteriores y apariencias de religion, suponeis que Dios se contenta con esto, y que en lugar de vuestro corazon y de vosotros mismos aceptará una ofrenda extraña.

¹ Act. I. v. 8.

No obstante, la mayor parte de las conversiones, particularmente entre los cortesanos, son de esta especie, subsisten con todas las pasiones, y aunque éstas no son tan manifiestas, no por eso dejan de ser menos verdaderas. Entregáronse al Señor, pero no por eso se han separado de los mas viles y peligrosos cuidados de la fortuna. Las envidias, los rencores, las concurrencias, las conexiones humanas no hacen menos impresion en nosotros. La estimacion, la amistad de los grandes, las distinciones públicas, los aplausos de los hombres, y sobre todo, el favor del soberano, nada han perdido de su valor en nuestro corazon, y acaso ocupan el principal lugar en el plan de nuestra nueva vida. Entregáronse al Señor, pero hicieron de la piedad una vida suave y tranquila, libre solamente de los cuidados é inquietudes de las grandes pasiones; una simple indiferencia en orden á las inquietudes anexas á los placeres, en lo que mas hay de pereza que de virtud; una vida reducida á ciertas ocupaciones, que aunque á la verdad son inocentes, son al mismo tiempo fáciles y gustosas; una vida por otra parte natural y muchas veces ociosa, en la que solo se niegan á los sentidos las excesos mas torpes, y en la que muchas veces el vivir mas separado del tumulto y de los grandes placeres, solo sirve de dejar mas tiempo desocupado para cuidar de las comodidades del cuerpo y de la salud: se entregaron al Señor, pero aunque hayan conocido los desórdenes de una conexion ilícita, aun no han roto el lazo fatal que la conservaba, cultivan aún las tristes reliquias de una pasion que creen estar apagada porque se acabaron los excesos; gustan aún de ver aquellos objetos y aquellos lugares en que tantas veces perecieron; semejantes á Rachél, no tributan honores públicos á sus ídolos, pero no acaban de resolverse á separarse de ellos, ni

á perderlos de vista. En una palabra, se entregan al Señor, pero todo cuanto les agradaba antes todavía los agrada; no se han sacrificado, se han contentado con quitar la piel á la víctima, con mudar de exterior, con despojarse de un exterior lascivo y profano, pero no han tocado á lo de más; no han despedazado la víctima como mandaba la ley, y la espada de la fe no ha hecho separacion alguna dolorosa: *Detractaque pelle hostiæ artus in frustra concident.*¹

Entre tanto, perseverando en el uso de las cosas santas, viviendo exentos de los grandes delitos, siguiendo casi los mismos caminos que los justos, falta poco para tenerse por justos como ellos. Y en estos sugetos no es hipocresía, sino que permanecen en el error con buena fe. En el principio, en los primeros tiempos de la conversion, mas atemorizados entonces con la memoria aún reciente de nuestros desórdenes y de las satisfacciones de penitencia de que éramos deudores á la divina justicia, conociamos que nada habiamos hecho por Dios, nos avergonzábamos aun de llamarnos siervos de Jesucristo; y cuando el mundo, demasiado pronto muchas veces para dar nombre de virtud y santidad á las mas leves mudanzas de vida, no nos conocia bien, nosotros no nos engañábamos á nosotros mismos. Pero insensiblemente nos hemos ido familiarizando con este estado; las exterioridades de justicia nos han ocultado nuestra verdadera miseria; las alabanzas que daban los hombres á nuestra aparente virtud, nos han persuadido á que era verdadera y que nos pedia mas el Señor. A fuerza de mirarnos con ojos ajenos, hemos conseguido el tenernos por lo que no somos, y sin haber hecho jamás á Dios un sacrificio real y doloroso de nuestros sentidos, de nuestras incli-

¹ Levit. I, v. 6.

naciones, de nuestras esperanzas, de nuestras comodidades, de nuestras antipatías, de nuestros secretos rencores, de nuestra soberbia y ambicion, creemos habernos consagrado al Señor, haber renunciado al mundo y hecho el sacrificio que Dios nos pedia.

La piedad, pues, católicos, no es mas que el sacrificio de nuestro corazon; pero no basta el que la ofrenda sea real y verdadera, es tambien necesario que sea universal. *Segunda condicion.* Jesucristo, dice San Bernardo, sacrifica hoy á su Padre todos sus títulos, toda su gloria y aun su misma inocencia; nada reserva, para enseñarnos, dice este santo Padre, que en la integridad del sacrificio consiste regularmente todo su mérito: *Offerentes illi utique quod sumus nosmetipsi.*

Es verdad que algunos quieren seriamente volverse á Dios y empezar una nueva vida; pero no quieren hacer de repente un divorcio universal con el mundo; se figuran que si quisieran emprenderlo todo desde el principio, no harian nada; que es necesario irse venciendo poco á poco en ciertos puntos antes de llegar á otros; que en los principios no reprueba el Señor el que se concedan muchas cosas á la flaqueza; que es necesario ensayarse en los enemigos mas débiles para acometer con mas felicidad á los mas fuertes, y que David antes de atreverse á pelear con Goliath habia ya vencido leones y osos.

De este modo se moderan en el juego excesivo, pero no se atreven á privarse aún de los demás deleites; rompen una amistad culpable, pero no quieren al principio abandonar los espectáculos, las conversaciones peligrosas, las conexiones sospechosas é inútiles, y el excesivo cuidado de los adornos; se dicen á sí mismos, que cada cosa tendrá su tiempo, que es necesario que el mundo se vaya acostumbrando insensiblemente á su mudanza de vida, é írsele ellos

tambien facilitando; temen apresurarse demasiado, y bautizan su flaqueza con el nombre de prudencia; pero unos principios gobernados de este modo nunca son felices ni hacen grandes progresos. No sucede en la conversion lo que en las demás obras de los hombres; cuando no es entera, no es conversion; y en faltando un solo punto, falta todo: en el alma todas las pasiones se reducen á una, y es superfluo el acometerlas separadamente, porque esto no es mas que cortar las cabezas de la hidra, que vuelven á renacer, y la gracia con nadie divide la victoria.

Es verdad que la piedad tiene sus grados, que cada dia se va perfeccionando, y que necesita el trabajo de cuarenta años para levantar y perfeccionar los muros y el templo de la Jerusalem santa, figura del alma fiel. Pero el mundo, y cuanto mal en él se encierra, debe desde el principio ser destruido en nuestro corazon; todo lo que es incompatible con la vida cristiana debe cesar de repente, y luego que el Señor hace resonar su voz en el corazon, debe caer toda entera á sus piés la pecadora Jericó, y no conservar de lo que antes era mas que sus ruinas y reliquias.

Y á la verdad, católicos, que viniendo hoy Jesucristo para ofrecerse á su Padre á los piés del altar, podia sin duda, como dueño que era del templo, manifestar en él algun rayo de su gloria y de su poder, como cuando arrojó á los que le profanaban; pero su amor se ofende con cualquiera division. Es el eterno Pontífice de una nueva alianza; él solo tiene derecho para entrar en el verdadero santuario, y sacrifica esta augusta cualidad viniendo á comprar el derecho de entrar en este templo figurativo; es el Redentor de Sion, y es rescatado como una víctima comun; es el legislador de los pueblos, y viene á sujetarse á una ley cuyo cumplimiento es él mismo. Finalmente, es el libertador

tantas veces prometido y no rehusa el ser rescatado de la comun servidumbre con la ofrenda de un vil animal; hace á su Padre un universal sacrificio de todos los títulos con que su mismo Padre le adornó.

Pero esto es particularmente en lo que rara vez dejamos de reservar alguna cosa, no haciendo al Señor un sacrificio sincero de todas las vanas distinciones que nos ensalzan á la vista de los hombres. Aun cuando desengañados del mundo nos apartamos de los excesos de las pasiones, no nos apartamos de la vanidad ni de la ostentacion de nuestra clase y nacimiento, y queremos, si es lícito decirlo así, que nuestros titulos tengan tambien parte en lo que hacemos por el Señor; si se consagran algunos dones á los templos, se ha de immortalizar la memoria con las soberbias señales del nombre y de las dignidades; si se fabrican asilos de misericordia, vienen á ser estas casas monumentos públicos de la grandeza de sus bienhechores, y casi siempre lo primero que se ve en estas obras santas son las señales de la vanidad. Esta es la flaqueza, particularmente de los grandes; los sacrificios ocultos no agradan, las obras de religion que nos confunden con el pueblo nunca nos gustan, es necesario que cuanto hacemos para el cielo lleve el carácter de lo que somos en la tierra: nos ejercitamos en obras de misericordia, pero queremos en ellas los primeros honores; nos humillamos hasta ejercitar los ministerios mas viles de la caridad, pero nos humillamos con fausto, y aun en este mismo abatimiento damos á conocer que somos grandes; concurrimos á los lugares ocultos consagrados á los humildes ejercicios de la misericordia, pero en ellos nos damos á conocer con distinciones de vanidad, y parece que no queremos arriesgar el humillarnos sin que esté ya preparada la recompensa en los elogios.

Ya no se conoce aquella ingeniosa humildad de que nos han dejado tantos ejemplos los santos distinguidos en el mundo. ¡Qué gozo experimentaban cuando pudiendo ocultarse á la vista del público y despojarse por algun tiempo del peso de su grandeza, iban incógnitos, ó á aliviar á sus prójimos, ó á exponerse á los oprobios, ó á honrar al Señor en alguna secreta obra de religion! ¡De qué santas industrias se valian para hallar estos felices momentos! Entonces era cuando se tenian por verdaderamente grandes. En estos instantes de humillacion se miraban á sí mismos con una santa complacencia, porque hallaban en sí las señales mas parecidas á su divino Maestro, despojado hoy de todos sus títulos en presencia de la grandeza de su Padre, y confundido con una vergonzosa ceremonia con los demás hijos de Israel. Entonces era cuando hallándose como aliviados del peso de su elevacion, caminaban con mas fervor y ligereza por los caminos de la justicia, y entonces, finalmente, era cuando el Señor se les comunicaba con mayor abundancia, y gustaban unas dulzuras que no puede comprender el corazon humano. Por eso luego que Moisés se despojó del pomposo título de hijo de la hija de Faraon, y fué al desierto como un hombre oscuro y desconocido á guardar los ganados de Jethro; se le manifiesta el Señor en la zarza, y derrama en su alma unos consuelos inefables que le recompensan excesivamente de toda la pompa de Egipto que acababa de sacrificar al oprobio en que habia de verse Jesucristo.

Pero no solamente sacrifica hoy Jesucristo á su Padre toda la gloria de sus títulos, sino que, para que nada falte á la integridad del sacrificio, le hace hasta de su misma inocencia. Se presenta en el templo como un pecador, es rescatado en él como un esclavo é hijo de ira; lleva sobre sí to-

da la vergüenza del pecado de que está exento; y nosotros en los sacrificios que Dios nos pide siempre queremos salvar una vana reputacion de la inocencia y rectitud que hemos perdido.

Temeis el que si restituís los bienes mal adquiridos hareis públicas vuestras ocultas injusticias; pero os engañais si estais persuadidos á que hasta ahora ha estado intacta vuestra reputacion en este punto; ya ha mucho tiempo que se dice públicamente en el mundo que esos ricos equipajes, esos soberbios edificios, esa opulencia doméstica son los bienes de la viuda y del huérfano; que habeis levantado vuestra fortuna sobre la miseria pública, y que no puede ser inocente una prosperidad tan pronta. El mismo mundo se ofende de vuestras profusiones y os mira con un género de indignacion y desprecio; y así, lejos de peligrar vuestra reputacion con los procedimientos públicos de arrepentimiento, no os queda mas que este solo camino para recobrar la que habeis perdido. Decís que si rompeis de una vez tal comunicacion, el ruido hará pensar que no era inocente; pero ya ha mucho tiempo que murmura el público de esa continuacion, que creéis se ignora; estais persuadidos á que es secreta, y es un escándalo; los justos gimen, el mundo en vez de interpretarla favorablemente, pasa acaso aun mas allá de la verdad, porque sus engaños en esta materia mas son porque presume malicia que bondad; y el rompimiento repentino no es para vosotros un ruido que debéis temer, sino un paso tan necesario para vuestro honor como para vuestra salvacion. Os pareceis á Saúl que pedía á Samuel respetos y honores públicos que conservasen su gloria y su reputacion en el espíritu del pueblo, cuando sus infidelidades eran ya tan conocidas en todo Israel. Además de que cuando se trata de obedecer á la ley de Dios,

no se deben temer las acciones humildes, siendo éstas indispensables para nuestra salvacion.

Finalmente, católicos, la ofrenda de Jesucristo es una ofrenda enteramente voluntaria, que es la última condicion. Es una obra de supererogacion, digámoslo así, que no halla sus motivos en la obligacion de la ley, sino solo en el amor del que la ofrece, y la obra de la salvacion de los hombres, de que le habia encargado su Padre, podia consumarse sin que añadiese á los oprobios y trabajos futuros de su ministerio la vergüenza de este primer paso.

Pero queria cumplir toda la justicia y enseñarnos que una alma que separándose de los desórdenes del mundo se consagra á Dios, no puede al principio negarse á sí misma los santos excesos; no cuida de entrar en cuentas con su Señor para saber justamente lo que le debe; nada le parece excesivo en su dolor y en la viveza de su arrepentimiento, y en vez de que la tibieza de su celo espere la inevitable obligacion del precepto para obrar, ella misma se forma una ley de cuanto la inspira un celo santo.

¿Pero dónde está, católicos, esta especie de almas? Cuando movidos de la gracia queremos volvernos á Dios, el primer cuidado es buscar entre todas las máximas para servirle la mas suave y la menos molesta al amor propio; lejos de abrazar rigores superabundantes, lo primero que se examina es hasta dónde puede llegar la condescendencia, para contenerse dentro de estos peligrosos límites. Desde el principio se forman un plan de virtudes, en que tiene casi tanta parte el mundo como el Evangelio: lejos de proponerse por modelos á los mas justos, se declara desde luego no querer llevar las cosas al extremo como ellos; no queremos hacernos ridículos por la singularidad ni dar en el extremo de una piedad excesiva; en vez de busear en sus ejemplos lo

que se debe imitar, solo se busca en ellos lo que se debe huir, y queremos ser de Dios empezando por condenar á los que le sirven. De este modo solo se da á Dios lo que no se le puede negar y se trata con Su Majestad, no como un Padre irritado á quien se intenta aplacar, sino como un enemigo á quien se cede con pesar lo que es preciso concederle.

Sí, católicos, muy poco amamos á Dios cuando podemos señalarnos á nosotros mismos la medida con que le hemos de amar; muy poco nos mueven nuestros delitos cuando podemos buscar al principio mitigaciones á nuestra penitencia. ¡Qué sospechosa es la conversion cuando se empieza poniéndola límites! ¡qué poco mudado está el corazon cuando aun hay tiempo para contar los primeros pasos de su mudanza! Los principios de la penitencia no pueden ser tan tibios y mesurados; no pudiendo entones el corazon casi sufrir las primeras impresiones del Dios que le llena, solo busca modo de aliviar su dolor; nunca le parece que las lágrimas corren con bastante abundancia, y la compuncion mas viva no le parece suficiente. ¡Qué inquietudes no ocasiona la gracia en el alma de un verdadero penitente acerca del deplorable esta lo en que ha vivido! ¡En qué santa indignacion no le hace prorumpir contra las disoluciones de sus primeras costumbres y el escándalo de su vida pasada! ¡Qué razones no se le ofrecen para respondernos cuando queremos moderar los excesos de su celo y consolar la amargura de su dolor! ¡Qué temor de no hallar en Dios todo aquel perdon que nos prometemos! ¡qué deseo de reparar el tiempo perdido en los errores del siglo, de aprovecharse de la vida que le resta, y de no perder de vista el inestimable beneficio con que acaba de ser llamado al conocimiento y al amor de la verdad! ¡Qué santa envidia á los que tuvieron

la felicidad de darse á Dios antes que él! ¡y qué triste cosa le parece el haber amado tan tarde al que solo es digno de nuestro amor! ¡Qué celo de vengar en su carne las iniquidades con que se habia manchado, y de hacer servir á la justificación los miembros que habian servido al pecado!

Estas, católicos, son las conversiones que en lo sucesivo no se ven aflojar ni retroceder. Pero aquel jóven del Evangelio que llamado por Jesucristo empieza á disputar si está obligado á renunciarlo todo por seguirle; aquel otro que entregándose al Señor quiere aún reservarse el derecho de ir á despedirse de su padre; todas estas conversiones mitigadas é imperfectas, todos estos sacrificios en que se empieza mezclando la miel contra el precepto de la ley, son despreciados del Señor, y para que sean dignos de su vista es necesario que la realidad del sacrificio santifique la ofrenda, que la integridad la perfeccione, y finalmente, el fervor y superabundancia del celo la consume, y haga que suba en olor de suavidad hasta el trono de la Majestad Santa. Esta es la ley del sacrificio. *Hæc est lex sacrificii.*¹ Pero si las conversiones son poco sinceras por defecto de estas condiciones, tambien son poco durables por falta de fidelidad; y en esto vamos á ser instruidos con el ejemplo de María.

SEGUNDA PARTE.

Las mas frecuentes infidelidades en que incurrimos en la práctica de los medios para la salvacion que Dios nos ordena, nacen de una prudencia de la carne, siempre ingeniosa para hallar inconvenientes en los fines que tiene la gracia para con nuestra alma; ó de una soberbia y secreta

¹ Levit. 6, v. 14.

complacencia que aun en los mismos dones del Espíritu Santo halla el escollo de la virtud; ó finalmente, de una peligrosa cobardía, que viendo los males de que está amenazada, consulta demasiado al amor propio y mide sus obligaciones por su flaqueza.

La fidelidad de María en este misterio nos da admirables reglas para evitar estos tres escollos. Es dócil, y así no discurre; es humilde, y así no se ensalza; es generosa, y así no se desanima. Estadme atentos.

Es dócil, y así no discurre. Porque ¿qué cosas no podria decirse á sí misma para dispensarse de la ley comun de la purificacion? Aun cuando no hubieran sido capaces de moverla las razones de su propia gloria, ¿podia acaso mostrarse indiferente á la gloria de su Hijo? Confundiéndose con las demás madres por su sumision á una ceremonia vergonzosa, ¿no parecia que le confundia tambien con los demás hijos de Israel? ¿Podia degradarse públicamente del honor de su divina maternidad, sin usurpar á su Hijo la gloria de su eterno origen, y disponer desde lejos las pruebas á la incredulidad y á las blasfemias de sus enemigos?

Pero en su retiro de Nazareth habia aprendido que la vista de la gracia es sencilla, que el discurrir demasiado cuando se trata de los fines de Dios, es un exceso de luz que deslumbra y descamina; que la vida de la fe deja siempre tinieblas y dificultades, por no quitar al alma justa el mérito de su docilidad; y que hay en el entendimiento un ojo de escándalo, que es necesario arrancar y echarle lejos de sí, para no mirar demasiado adelante en los caminos adonde nos llama la gracia. Se sujeta con sencillez y adora en el secreto de Dios los eternos designios de su providencia, que parece no ofrece á la razon mas que inevitables inconvenientes.

¡Pero qué pocos imitadores tiene el ejemplo de María, aun entre aquellos que tenemos por justos y que viven en práctica de la virtud! Sí, católicos, en las cosas que interesan la gloria de Dios nos valemos casi siempre de pretextos para eximirnos de su ley santa, y hallamos el secreto de disfrazarnos á nosotros mismos nuestras pasiones con el nombre de piedad; y así decimos que nos privamos de muchas cosas que la ley de Dios prohíbe, pero que no queremos hacer odiosa la piedad con unas singularidades que no dejaría de satirizar el mundo; que daríamos ciertos pasos que aun nos faltan para no tener nada que reprehendernos; pero que los inconvenientes que se temen parecen mas peligrosos que el mismo mal en que nos vemos obligados á permitirnos; que sabríamos disimular mejor una injuria, pero que nos hallamos revestidos de un carácter sagrado, cuyo honor estamos precisados á vengar; que sufriríamos una calumnia sin quejarnos, pero que se halla interesada en ella la obra de Dios, y si no se manifiesta el impostor, quedará engañada la credulidad pública y frustrada una obra de virtud; que guardariamos con aquel escritor las reglas de la caridad y aun de la cristiana cortesía, pero que el celo de la verdad que se defiende no permite esta justa moderación, y contra el error no se debe suavizar y mudar simplemente la voz, como en otro tiempo el apóstol escribiendo contra los abusos de una Iglesia fiel, sin tocar la trompeta, como los sacerdotes de la ley contra Jericó. De este modo la misma religion sirve muchas veces de asilo y apoyo á las pasiones injustas.

Pero, católicos, dejemos á Dios el cuidado de vengar su gloria. Defendamos la verdad con las armas de la caridad; impugnemos el error con aquel espíritu de suavidad y modestia, capaz solo de atraer á los que yerran; descubramos

el mal sin irritar al enfermo, y no añadamos al escándalo de las perversas doctrinas el de los excesos con que las impugnamos. No nos valgamos de la gloria de Dios para nuestras transgresiones; cumplamos la ley que es clara; no nos detengan los dudosos inconvenientes que nos parece ver desde lejos; esto pertenece al que nos manda obedecer, y pues estas razones no le han obligado aún á mudar su ley, tampoco deben mudar nada en la fidelidad de nuestra obediencia.

Por otra parte, vosotros los que os manifestais tan celosos de los intereses de la gloria de Dios, y que acaso confundís este dictámen de la fe con un deseo absolutamente humano de vuestra propia gloria, ¿sabeis en dónde halla su gloria el Señor? ¿creeis que la halla en el feliz suceso de una obra ruidosa, útil á la piedad? ¿en la confusion y descrédito de un enemigo de la virtud? Os engañais; muchas veces suele hallarla en la paciencia de un justo perseguido y en el silencio de una alma fiel que se halla calumniada. Estos actos penosos y secretos de la fe son en algun modo mayores á su vista y mas dignos de su gloria, que los mas públicos honores que se dan á la virtud, y acaso aquellos israelitas que se hicieron fieles y fervorosos en el cautiverio, le honraban mas en las riberas de los rios de Babilonia con sus ocultos gemidos, con sus santos y ardientes deseos, con los tristes cánticos que continuamente dirigian hácia el trono del Dios de sus padres, con la paciencia con que sufrían los rigores de su cautiverio y el yugo de los iucircuncisos, que le pudiera haber honrado la entera ruina de los enemigos de Israel, la gloria de Jerusalem reedificada y la magnificencia de su templo y de sus sacrificios. No siempre hace el Señor que se le glorifique proporcionando honores á la virtud, sino que las mas veces lo hace ejercitando á los justos con oprobios.

Otra instruccion nos da aquí la docilidad de María, y es que elevada al mas sublime grado de la gracia y unida á Dios con los mas excelentes dones del Espíritu Santo, no desprecia una ceremonia vulgar del divino culto, no afecta caminos mas sublimes, mas espirituales y mas perfectos, porque siempre es de temer para la piedad este escollo. Muchas veces creen algunos tener una devocion mas ilustrada y de mejor gusto, dejando al pueblo simple y rústico y á las almas menos instruidas todo aquello que parece estar solo establecido para el culto exterior y los ejercicios mas comunes de la religion que ha autorizado la piedad pública, y que por su sencillez parece que están destinados para la multitud ignorante; desprecian estos inocentes socorros, como si una fe mas ilustrada pudiera pasarse sin ellos. Creen que sin ocuparse tanto en los sentidos y en la carne, que de nada sirven, obran mas segun el espíritu que es útil para todo. Dejan muchas costumbres santas y sensibles que al principio de nuestra penitencia derramaban una suavidad secreta en nuestros corazones y mantenian la fidelidad de nuestra piedad en sus principios. Persuádense á que este es un camino mas excelente, y con todo eso, despues que abandonaron estas costumbres han caído en tibieza y sequedad; no sienten aquellos santos consuelos que eran la recompensa y el apoyo de la virtud. Despreciando estas obras, al parecer de tan poca utilidad, han despreciado poco á poco las mas esenciales, y han llegado á ser del todo carnales despues que solo quisieron gobernarse segun el espíritu.

Y así, católicos, todo ayuda á la verdadera piedad, todo despierta su fe, todo perfecciona su amor, todo consuela su esperanza; para ella no hay obra imperfecta sino la que está falta de fervor, y los mas simples ejercicios le parecen

tan elevados en la presencia de Dios, como las mas puras contemplaciones de los serafines cuando están animados del amor y el celo. La perfeccion de la virtud no consiste en el cumplimiento de las obligaciones sublimes, sino en la grandeza de la fe que puede acompañar aun á las obras mas vulgares. Muchas veces nos juzgamos mas adelantados solamente por habernos dedicado á ejercicios mas sublimes, á lecciones mas espirituales, á métodos mas perfectos; pero si entre estos sublimes métodos teneis los defectos de los imperfectos y flacos, habeis subido al Tabor como los apóstoles para contemplar allí la gloria del Señor, y allí conservais aún como ellos un gusto de carne y sangre, y pensais aún edificaros en la tierra un tabernáculo y una ciudad permanente.

En segundo lugar. *Es humilde María y no se ensalza.* Porque, católicos, ¿quién podrá dudar de que fué superiormente ilustrada acerca de todo el futuro ministerio de su Hijo, y mas habiendo manifestado sus maravillas de un modo tan sublime en su divino cántico, y que la elevacion de sus luces corresponderia á la de su gracia y dignidad? Con todo eso, recibe de buena gana los consejos del justo Simcon, no se desdefia de ser instruida por el santo viejo acerca de su futura suerte y de la de su Hijo, da muestras de aprender lo que una plenitud de gracia y de espíritu la habia ya enseñado; no manifiesta ansia de contar las grandes cosas que en ella habia obrado el Señor y cuanto le habia revelado el ángel en Nazareth; y como si el cántico del viejo Simeon le hubiera descubierto acerca de este Hijo unos misterios que ella hubiera ignorado hasta entonces, escuchaba sus palabras, dice el Evangelio, con una admiracion atenta y respetuosa: *Erat pater*

*ejus et mater mirantes super his, quæ dicebantur de illo.*¹

No hay cosa mas rara, aun en la piedad, que esta prudente modestia que oculta sus propios dones y manifiesta los ajenos. Muchas veces desvanecidos con algunas cortas luces que nos parece haber adquirido en la mas exquisita leccion, queremos gobernarlo todo sin conocimiento, reglarlo todo sin vocacion, emprenderlo todo sin talento y decidir de todo sin autoridad. Apenas hallamos un director bastante ilustrado que nos gobierne, todo nos parece menos de lo que juzgamos ser nosotros mismos; necesitamos de unos Pablos bajados del cielo, y aun éstos no hablarian con propiedad la ciencia de los perfectos; la sencillez, la devocion, la plenitud del espíritu de Dios solo nos parecen unos talentos destinados á salvar las almas vulgares; queremos para nosotros un cierto gusto, unas luces raras, unos dones sobresalientes y alguna cosa mas que la ciencia de los santos, y se manifiesta la vanidad hasta en la eleccion que se hace de aquel de quien queremos aprender la humildad cristiana.

Muchas veces tambien se conserva en un ministerio santo, como sucedia á aquellos fieles en Corinto, un espíritu de emulacion de los dones exteriores. Todo lo que resplandece mas que nosotros nos ofende. Quanto nos desluzca y oscurece, nos halla inexorables; aunque Jesucristo sea mas glorificado, si resulta contra nosotros menos gloria, censuramos la obra de Dios en los dones de nuestros prójimos; no tenemos celo sino para los ministerios grandes; dejamos á los demás los que son mas útiles para los pueblos; al mismo tiempo que trabajamos en el edificio del Señor, huimos de aquellos cuidados oscuros y penosos que solo pre-

¹ Luc. 2 v. 33.

paran los caminos en secreto, y dejan á otros la gloria pública del suceso y todo el honor de la obra. Hay muy pocos semejantes á David, que se contentó con haber juntado con increíbles cuidados todos los materiales del templo, y dejó á su hijo Salomon la gloria inmortal de haberle fabricado y toda la honra de aquel famoso edificio. No obstante, cuando la soberbia y vana complacencia se mezclan con los talentos y dones exteriores del Espíritu Santo, hay gran motivo para temer. Este es un gusano que los inficiona y aniquila el fruto y el uso de ellos; vosotros regais y el Señor no da el incremento; trabajais y sembrais vanidad; Dios no bendice un instrumento que no obra bajo su mano, y os haceis culpables de los dones que habeis recibido y de los frutos que el Señor habia unido al empleo santo que debíais hacer de ellos.

Finalmente, *es generosa y así no se desanima.* La anuncian que una espada de dolor ha de atravesar su alma; que este Niño que viene á ofrecer, será expuesto como un blanco á los tiros de la contradiccion y de la calumnia; no presentan á su espíritu sino imágenes tristes y espantosas; no la hacen ver de lejos mas que desgracias, cuyo solo pensamiento hace temblar su ternura: no obstante, ofrece una fe generosa y sumisa á unos pronósticos tan funestos; como verdadera hija de Abraham, imita su fidelidad y su valor; ve ya el santo monte, ve preparada la fatal hoguera y al verdadero Isaac dispuesto á ser sacrificado, sin que su amor detenga el brazo que va á herirle; confórmase con las divinas disposiciones de su Hijo, uniendo su sumision á la suya; saca de él toda su fuerza, y como ofrecen una misma hostia, no es mas, por decirlo así, que la misma obediencia la que consume y santifica la oblacion.

En esto sí que es poco imitado el ejemplo de María. La

piedad no arranca siempre del corazón de los padres, aun de los más cristianos, el amor carnal y desordenado á sus hijos, y así no ofrecen siempre al Señor como María, ni lo mejor ni aun acaso lo que él les pide. Si se descubren en un hijo las primeras esperanzas de aquellos talentos con que se adelanta en el mundo, si parece más proporcionado que los otros para mantener la gloria de su nombre y la estimación pública, se le separa para la tierra, se le mira como consagrado y destinado al mundo por su nacimiento: el Señor no tiene ya derecho sobre él; en vano se manifiestan en su persona mil señales de una santa vocación; en vano se dejan conocer los fines de Dios para con él, por medio de mil deseos de separación y de retiro, que produce ya la gracia en su alma; en vano como Moisés, prefiriendo el oprobio de Jesucristo á las riquezas de Egipto, se esconde acaso para huir al desierto; resisten al orden de Dios, se tienen los más santos movimientos de la gracia por ligerezas de la niñez, aun no se le juzga capaz de elegir camino, y le presentan el del siglo; no quieren distraerle abiertamente de un fin tan laudable, pero con pretexto de probarle la vocación le hacen que la pierda; pretenden que antes conozca al mundo y esperan á que le haya amado; quieren dejar madurar la razón y se deja marchitar la inocencia y fortificar las pasiones; persuádense á que es necesario exponerle á las diversiones que corrompen su alma. Y como Noé, aunque con muy diferentes intenciones, envían muchas veces esta casta paloma á una tierra inundada de iniquidades, para probar si podrá fijarse en ella; halla por último donde fijarse, y no vuelve más al santo refugio á donde la había llamado el Señor.

No intento reprobear con esto las precauciones de una cristiana prudencia; pero repruebo los vanos pretextos de

la carne y de la sangre. Y á la verdad que cuando hallais los mismos deseos de retiro en aquellos hijos que ó por el orden de su nacimiento ó por lo mediano de sus talentos no son tan á propósito para el mundo ni para seguir la vanidad de vuestros proyectos, no sois tan circunspectos ni mirados. No tomáis tantas medidas para averiguar si es el buen espíritu el que los impele, no exponéis su vocación á unas pruebas tan peligrosas. ¡Ah! que entonces en vez de desconfiar de su edad y de su niñez, abusáis de ella; en vez de representarles los inconvenientes de una elección temeraria, procuráis inspirársela, en vez de darles á conocer los placeres del mundo para probar su vocación, vuestro mayor cuidado es el apartarlos de él y representárselo bajo un terrible aspecto; en vez de proponerles con indiferencia el siglo y el retiro, los colocáis en unas circunstancias en que todo les da á entender lo que vosotros no os atreveis á decirles. Formáis de su educación un camino que los conduce á vuestros fines; con pretexto de apartarlos de los peligros, ocultáis en tiempo el mundo á su vista, porque teméis que les parezca demasiado amable; no los lleváis atados al altar como desgraciadas víctimas, pero acaso con la severidad é injustos tratamientos que experimentan en vosotros, haceis que miren el retiro como un asilo amable. Después de esto nos decís que habeis sido felices en colocar vuestra familia. Felices habeis sido; ¿pero son igualmente dichosos vuestros hijos? Teneis por felicidad su desgracia y la inhumanidad con que los habeis sacrificado al ídolo de vuestra ambición.

Además. La vergüenza de vuestra familia viene á ser la herencia del Señor. De este modo escogéis los vasos despreciables, á quienes no habeis juzgado dignos de colocar en vuestra casa, para que sean vasos de honor en el

templo del Dios vivo. De este modo escogéis para servir de piedras angulares y columnas de la casa del Señor, aquellas inútiles piedras, que arrojais como incapaces de entrar en el profano edificio de vuestra fortuna. ¡Y qué, católicos! ¿pide menos talentos el arte de las artes, el gobierno de las almas, que las inútiles y frívolas ocupaciones de la tierra? ¿por ventura la interpretación de los misterios de la fe, la defensa de la verdad y de la doctrina, la instrucción de los pueblos, la distribución de las gracias de la Iglesia, unas obligaciones tan sublimes deben abandonarse solamente á talentos inútiles y á espíritus vulgares y medianos? ¿por ventura son ministerios vulgares y bajos la fuerza para resistir al error, la luz y la elevación para descubrirle y confundirle, el celo para combatir al mundo con sus abusos y máximas, la santidad para corregirlos, la plenitud del Espíritu de Dios para mover, la elocuencia santa para convencer, la intrepidez para resistir y la grandeza de alma para no dejarse llevar de sus amenazas y promesas? ¿es preciso haber nacido para unas funciones tan sublimes con menos talentos que para las diversiones del mundo, y para unos pueriles inquietudes en que consisten sus mas serios cuidados?

Pero vosotros mismos queréis que tengamos unas cualidades raras y excelentes; queréis que nuestras costumbres sean irreprehensibles, y que con la santidad de nuestra vida resplandezcamos como astros en medio de las tinieblas y de la general corrupción del mundo; queréis que os aclaremos vuestras dudas, que corriamos vuestros desórdenes, que alentemos vuestra flaqueza, que os consolemos en vuestras aficciones; queréis que seamos los depositarios de la doctrina y de la verdad, los oráculos de la tierra, pronto siempre á dar razón de nuestra fe y á humillar toda

altivez que se levanta contra la ciencia de Dios. Pero vosotros mismos, católicos, sois los que nos habeis entregado á la Iglesia; de vuestras manos nos ha recibido el Señor. Pues si presentais en el templo lo peor y mas defectuoso que teneis, ¿cómo quereis hallar en él lo mas raro y excelente que hay en la tierra?

Además de esto, católicos, vosotros mismos haceis el objeto mas comun de vuestras burlas y de vuestras censuras, los desórdenes ó la ignorancia de las personas consagradas á Dios. Pero esto que teneis por tan digno de risa es la obra de vuestra soberbia y de vuestros intereses. ¿No fueron las manos de vuestra codicia las que pusieron en el altar estos ídolos despreciables á quienes insultais? Si no hubiera en la Iglesia padres avaros, ambiciosos, injustos, no se vieran en ella muchos ministros mundanos, escandalosos é ignorantes. Si el Señor se escogiera él mismo sus víctimas, no serian éstas tan indignas de su Majestad, y los santos retiros no ocultaran dentro de sí tantos disgustos, tantas flaquezas y tantas murmuraciones. Llorad, pues, los desórdenes de los cuales sois vosotros los únicos autores, y de los que os pedirá cuenta algun dia la divina justicia. Cubrid con el velo del silencio las heridas que vosotros mismos habeis hecho á la Iglesia, volved vuestras censuras contra vosotros mismos. Los escándalos del santuario sirvan solo de acordaros la injusticia del destino que disteis á vuestros hijos; nuestros desórdenes siempre son ó castigo ó efecto de los vuestros.

Por otra parte. ¿Qué cosa mas feliz pudiera sucederos que el consagrar al Señor el hijo que nació con mejores prendas en vuestra familia? En este caso daríais á la Iglesia unos ministros ilustrados, unos hombres poderosos en obras y palabras, que atraerian á los pecadores, que con-

solarian á los justos, que confortarian á los flacos, que servirian, como hoy Jesucristo, para la salud de muchos, para ser la gloria de su pueblo, la luz de las naciones, el consuelo de la Iglesia y el alivio de sus prójimos. Y aun cuando el Señor os pidiera como en otro tiempo á Abraham y hoy á María, el único heredero de las promesas, el único sucesor de vuestros títulos y de vuestro nombre, ¿no seria esto una nueva gracia con que queria favoreceros? El mundo le hubiera inficionado y el Señor le defenderá en lo íntimo de su tabernáculo. Acaso hubiérais sido el desgraciado padre de una posteridad maldita, y tendreis el consuelo de ver en él un escogido que os volverá á dar Jesucristo en el cielo; acaso siendo consagrado al Señor y revestido en la Iglesia de un carácter de dignidad, recibirá en la tierra vuestros últimos suspiros, será el ángel tutelar de vuestra muerte, os confortará en aquella última hora con las palabras de la fe y con los últimos remedios de los moribundos. Acaso humillareis vuestra cabeza, ya desfallecida, bajo su sagrada mano, que habrá servido de instrumento á vuestra reconciliacion, y como el viejo Jacob cuando agonizaba, asistido de su hijo elevado á gran dignidad en Egipto, tendreis como él el consuelo de adorar el báculo de su pastoral poder, y la sagrada señal de su autoridad: *Adoravit fastigium virgæ ejus...*¹ ¿De qué os sirve tener en la tierra sucesores de vuestro nombre, supuesto que habeis de dormir en el polvo del sepulcro? No hay para nosotros, dice San Ambrosio, mas verdadera posteridad que la que nos ha de seguir en el cielo. Aquellas personas de nuestra extirpe á quienes la divina justicia hubiere separado de sus santos y destinado á las eternas llamas, serán para nosotros como si nun-

¹ Hebr. 11, v. 21.

ca hubieran sido, dice el Espíritu de Dios: *Nati sunt quasi non nati.*¹ Y no debemos contar en nuestros parientes sino á aquellos que nos serán unidos en la Jerusalem santa con los inmortales lazos de la caridad: *Illa enim vera posteritas, quæ non in terris sed in cælo est.*²

Estos son los consuelos temporales con que aun acá en la tierra recompensaria Dios vuestro sacrificio. Cuando al contrario, estas vocaciones dispuestas de antemano, insinuadas, inspiradas, mandadas; estos sacrificios forzados de la codicia, ocasionan por lo comun, aun acá en la tierra, la calamidad y la desolacion de las familias, oscurecen el nombre, hacen secar la raiz de una posteridad soberbia, ven perecer la gloria y la descendencia de las cosas por los excesos de un hombre sin juicio, á quien se le habian sacrificado todos sus hermanos y son un manantial de amargos pesares y de ruidosas confusiones. Ven á sus hijos, á quienes la carne y la sangre habia colocado en el altar, deshonar su ministerio, ser el oprobio de la Iglesia y aun algunas veces caer en el abismo, sacudir el yugo y perder la fe, despues de haber perdido la vergüenza y la inocencia. Y si los intereses de la Iglesia y los de vuestra salvacion no son suficientes para inspiraros horror á un abuso tan deplorable y tan bárbaro, á lo menos deteneos por vuestros propios intereses, por el cuidado de vuestra fama y la de vuestro nombre, y aprended de un príncipe tan religioso, particularmente en la eleccion de los sujetos que coloca en el santuario, á quien mueven tan poco el nombre, los títulos, el nacimiento, los servicios hechos al Estado, ni cualquiera otro género de mérito, si no está acom-

¹ Eccli. 44. v. 9.

² Ambr. de Interpr. cap. 3.

pañado con la doctrina, con los talentos y con la piedad, y que cuida tanto de no dar á la Iglesia ministros que ella desprecia y que no se entregan por sí mismos.

Estas son las instrucciones que descubre la fe en este misterio. Consagrémonos, pues, hoy al Señor con Jesucristo, pero consagrémonos del todo. Estas ofrendas defectuosas y estas conversiones imperfectas, forman algunas veces un estado mas peligroso que el mismo delito. Correspondamos con fidelidad, como María, á los fines de Dios para con nosotros; mantengámonos como ella en el camino en que nos ha puesto la gracia; nunca impidamos con injustos deseos, disimulados con pretextos santos, los fines de la Providencia en orden á nuestro destino. Vivamos bajo la mano de Dios, y unamos al sacrificio de nuestro corazon aquella fidelidad que continuamente le renueva, que le extiende á todo lo que Dios nos pide, y que conserva hasta el fin el tesoro de la justicia para hallar la consumacion en el cielo. Amen.

SERMON

PARA LA FIESTA DE LA ENCARNACION.

Loquimur Dei sapientiam in misterio, quæ abscondita est, quam nemo principum hujus seculi cognovit.

Anunciamos la sabiduría de Dios, oculta en su misterio, la que no ha conocido ninguno de los príncipes de este mundo.

1. Cor. 2. v. 7. et 8.

El que los caminos de Dios son por lo comun distintos de los del hombre, y el que la eterna sabiduría en sus designios se agrada siempre de confundir las vanas preocupaciones de la ciencia humana, se ve principalmente en el misterio que hoy reverencia la Iglesia. Sí, católicos, un Dios que desciende de su gloria por elevarnos á ella, que se carga de nuestras enfermedades y trabajos por aliviarnos, que se une al hombre por reconciliar al hombre con Dios, ha sido en todos tiempos ó escándalo ó locura para la prudencia de la carne, y aun hoy la sabiduría de Dios en este misterio es absolutamente incógnita para el siglo: *Loquimur Dei sapientiam in misterio, quæ abscondita est, quam nemo principum hujus seculi cognovit.* A la ver-

pañado con la doctrina, con los talentos y con la piedad, y que cuida tanto de no dar á la Iglesia ministros que ella desprecia y que no se entregan por sí mismos.

Estas son las instrucciones que descubre la fe en este misterio. Consagrémonos, pues, hoy al Señor con Jesucristo, pero consagrémonos del todo. Estas ofrendas defectuosas y estas conversiones imperfectas, forman algunas veces un estado mas peligroso que el mismo delito. Correspondamos con fidelidad, como María, á los fines de Dios para con nosotros; mantengámonos como ella en el camino en que nos ha puesto la gracia; nunca impidamos con injustos deseos, disimulados con pretextos santos, los fines de la Providencia en orden á nuestro destino. Vivamos bajo la mano de Dios, y unamos al sacrificio de nuestro corazon aquella fidelidad que continuamente le renueva, que le extiende á todo lo que Dios nos pide, y que conserva hasta el fin el tesoro de la justicia para hallar la consumacion en el cielo. Amen.

SERMON

PARA LA FIESTA DE LA ENCARNACION.

Loquimur Dei sapientiam in misterio, quæ abscondita est, quam nemo principum hujus seculi cognovit.

Anunciamos la sabiduría de Dios, oculta en su misterio, la que no ha conocido ninguno de los príncipes de este mundo.

1. Cor. 2. v. 7. et 8.

El que los caminos de Dios son por lo comun distintos de los del hombre, y el que la eterna sabiduría en sus designios se agrada siempre de confundir las vanas preocupaciones de la ciencia humana, se ve principalmente en el misterio que hoy reverencia la Iglesia. Sí, católicos, un Dios que desciende de su gloria por elevarnos á ella, que se carga de nuestras enfermedades y trabajos por aliviarnos, que se une al hombre por reconciliar al hombre con Dios, ha sido en todos tiempos ó escándalo ó locura para la prudencia de la carne, y aun hoy la sabiduría de Dios en este misterio es absolutamente incógnita para el siglo: *Loquimur Dei sapientiam in misterio, quæ abscondita est, quam nemo principum hujus seculi cognovit.* A la ver-

dad, el mundo no conoce mas verdadera grandeza que aquella que se manifiesta á los sentidos; el mundo no tiene por verdadero honor sino el vivir entre los placeres y abundancia; el mundo cree haberle tocado por herencia la razon, y llama siempre al juicio de sus propias luces las obras del Señor.

Sobre estos tres errores estribaba toda la ciencia de los hombres antes de que el Altísimo se dignase de visitarlos con su misericordia. Los judíos solo suspiraban por la gloria y grandeza temporal de un Mesías carnal que habia de subyugar todos los imperios y hacer á todas las naciones tributarias de Jerusalem; los filósofos solo esperaban el remedio de sus males de los vanos esfuerzos de una razon enferma; los príncipes, los potentados y el pueblo, buscaban en los deleites de los sentidos lo que no habia puesto en ellos el Autor de la naturaleza y una felicidad indigna del hombre, y este mismo es aún el deplorable estado del mundo despues del cumplimiento del gran misterio de piedad.

Hoy, pues, intento manifestar cómo la sabiduría de Dios, oculta en este misterio, confunde estos tres principales errores, en que consiste propiamente toda la ciencia humana. Primeramente, el Verbo en él se anonada, y con este anonadarse nos enseña que el hombre no puede amar la elevacion sin injusticia. En segundo lugar, el Verbo se carga en él de nuestros dolores y trabajos, y este ministerio nos descubre que no puede ya el hombre amar los deleites sin pecado. Finalmente, en él se une el Verbo á nuestra carne, y proponiéndonos esta union incomprensible como el objeto de nuestro culto y el único alivio de nuestros males, nos enseña que ya no puede el hombre contar con su razon sin temeridad. Un Dios anonadado ensalza la hu-

mildad; un Dios cargado de nuestros dolores hace amables los trabajos; un Dios unido al hombre hace callar la razon y aun hace razonable la fe. Manifestemos estas tres verdades, pues en ellas se encierra toda la doctrina del gran misterio de misericordia. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

La soberbia ha sido en todo tiempo la herida mas peligrosa del hombre. Como nació para ser grande y Señor de todas las criaturas, ha conservado siempre en su interior estas primeras impresiones de su origen. Hallando continuamente en su corazon no sé qué secretos dictámenes de su propia excelencia que no le borró del todo su caída, se entregó desde el principio á tan lisonjeras inclinaciones; solo intentó irse elevando de grado en grado, y no hallando acá en la tierra nada que pudiese satisfacer á la grandeza de una alma que solo habia sido criada para reinar con su Dios, subió mas arriba de las nubes y se colocó al lado del Altísimo. De aquí provino hacer el hombre que se le tributasen honores divinos. El hombre se rindió al hombre mismo, y el universo adoró como á sus autores á unos insensatos, á quienes habia visto nacer y que habian venido muchos siglos despues que él.

No obstante, el hombre despues de la culpa no es mas que un vil esclavo. Todo lo que le ensalza le saca de su estado natural, pues el honor solamente es debido á la inocencia, y al vicio solo le corresponde el desprecio, y si aun le queda alguna esperanza de recobrar su primera grandeza, solo puede ser confesando su bajeza con humildad.

¿Pero cómo podría el mundo persuadirse á una verdad tan nueva, desautorizada con la doctrina de todas las sec-

tas, con la preocupacion de todas las naciones y con los mas vivos sentimientos del corazon humano? Confieso que los justos de los antiguos tiempos, que precedieron la venida del Salvador, dejaron grandes ejemplos á los hombres. ¿Qué es el hombre, ¡oh Dios mio! exclamaba un santo rey, para que os digneis de bajaros hasta él y visitarle? ¿os habeis olvidado de que yo en vuestra presencia soy como una béstia sin razon, y que la nada es el único apoyo en que estriban mis fuerzas?

Pero estas solo eran instrucciones y el hombre necesitaba de remedios. Estos modelos eran insuficientes; los hombres no podian inspirar el amor de una virtud que ellos no amaban, pues un culpado que se humilla puede hacer que se aborrezcan sus delitos, pero no que se amen sus humillaciones; tenia, pues, la miseria humana necesidad de un ejemplo que al mismo tiempo fuese su remedio. Era necesario instruirla y curarla juntamente; y este, católicos, es el gran misterio que hoy obra la sabiduría de Dios en Nazareth en el seno de María despues de la esperanza de tantos siglos, de los deseos de tantos justos y de los oráculos de tantos profetas.

Permitidme, pues, que para sacar de este adorable misterio las importantes instrucciones que en él ha escondido la divina sabiduría, os advierta cuáles son los principales caracteres de la soberbia humana y la oposicion que tienen con aquel anonadarse del Hijo de Dios en su union con nuestra naturaleza.

El primer carácter de la soberbia es aquel error que nos hace salir, por decirlo así, de nosotros mismos; y que para ocultarnos aquel interior y humilde dictámen de nuestra miseria, busquemos para nosotros mismos con gusto en las cosas que están fuera de nosotros, en las riquezas, en los

títulos, en las dignidades, en la reputacion y en el lustre del nacimiento, una gloria cuyo origen solo debiera estar dentro de nosotros mismos.

Las circunstancias exteriores, católicos, de la encarnacion del Verbo corrigen en los hombres este primer error. A la verdad, ¿no parecia que un misterio, cuyas figuras habian sido tan pomposas, los preparativos tan augustos, las promesas tan magníficas y las sombras, por decirlo así, tan brillantes, debiera haberse cumplido en la plenitud de los tiempos, aun con mas resplandor que aquel con que habia sido prometido, y que pues unas señales tan ilustres habian anunciado tantos siglos antes á los hombres que el Altísimo habia de visitarlos, debia ser acompañada su venida de tanta gloria y majestad que no pudiera equivocarse?

Con todo eso, no hay cosa mas oculta á los ojos de los sentidos que lo que hoy pasa en Nazareth. La santa doncella, preferida á todas las demás doncellas de Judá, y en cuyo seno se obra el inefable secreto del abatimiento de un Dios, nada tiene que la distinga en su tribu sino su pudor y su inocencia. El resplandor de la sangre que tiene de David está oscurecido con la bajeza de su fortuna. Su oscuridad ha hecho que casi se ignore su origen. No se abren los cielos como en otro tiempo sobre el monte Sinai para disponer caminos de luz al Dios que baja á la tierra. No le rodean los ángeles para anunciar á los hombres su venida con el ruido de relámpagos y trompetas; no resuenan las montañas; no bajan nubes de gloria para llover al justo, ni aun la casa de María tiembla, como otro Cenáculo, para significar el santo horror con que está sobrecogida con la presencia del Dios que en sí recibe. Un solo ministro del cielo, invisible á todos los hombres, se aparece á María en el silencio, bajo la simplicidad de una humana

forma, como para honrar en sí mismo, ocultando su gloria, la humildad del Dios de quien es ministro. Nazareth, ciudad la mas despreciable de Judá, y de la que era fama pública que nada podia salir que hiciese honor á Judea; Nazareth, vuelvo á decir, en donde se consuma este misterio, le ignora del mismo modo que Jerusalem. Aun el mismo José no sabe el secreto de la embajada celestial, y solo el rincon en que está oculta María es el confidente de un prodigio en que tanto se interesa el mundo entero. En los demás misterios los abatimientos del Verbo están mezclados con resplandor y grandeza; en este, todo es oscuro, nada habla á los sentidos, porque en él el fin de la divina sabiduría es corregir los errores y sustituir los nuevos caminos de la fe á las antiguas ilusiones de la humana sabiduría.

A la verdad, católicos, que hasta entonces habian creido los hombres que las prosperidades temporales eran favores del cielo, la reputacion un bien sólido, y los grandes talentos los mas dichosos beneficios de un Dios favorable; que las distinciones de puesto y de nacimiento tenian un verdadero resplandor y no eran indignas de los cuidados y estimacion de los hombres; pero en este misterio la sabiduría de Dios nos descubre un nuevo orden de cosas; pone presente á nuestra vista un mundo en todo nuevo y espiritual, nuevos bienes, nuevos honores y nueva gloria, y reformando nuestros juicios nos enseña que la inocencia y la virtud son las únicas riquezas del hombre; que todo el mérito del alma fiel está oculto en su corazon; que un solo grado de caridad ensalza mas á un cristiano que el imperio del mundo entero; que la paciencia, la humildad y benignidad son los mayores talentos de un discípulo de Jesucristo; que el vencerse á sí mismo á la vista de solo Dios, es una gloria mas sólida y mas inmortal que la conquista de las provin-

cias y reinos; y finalmente, que nuestra grandeza exterior no es mas que una fantasma que nos burla, y que solo es grande el que es santo.

Ahora bien, católicos, ¿no se ignora todavía en el mundo esta sabiduría? *Dei sapientiam quam nemo principum hujus seculi cognovit.* ¿En dónde están los que miran con ojos cristianos el vano espectáculo de la gloria humana, y que guardan toda su admiracion para los dones de la gracia y para el mérito de la santidad? ¿Quién se granjea antes nuestros respetos, ó un ambicioso que á la frente de un pueblo de hombres armados consigue victorias y llena al universo del ruido de su nombre y de su vanidad, ó un justo acompañado solamente de su inocencia, que sabe sufrir una injuria, sostener una humillacion, ahogar un sentimiento y que sabe pelear y vencer para el cielo? ¿Por qué caminos intentamos distinguírnos nosotros mismos de nuestros prójimos? ¿Es acaso por medio de una caridad mas viva, de una fe mas abundante, de una conciencia mas pura, de una fidelidad mas inviolable á todas nuestras obligaciones? ¡Oh! nos gloriamos de un nacimiento ilustre, como si la gloria de nuestros antepasados fuera nuestra y no fuera para nosotros oprobio y bajeza, cuando solamente conservamos su nombre sin sus virtudes. Contamos nuestros títulos y nuestras hazañas militares como gloriosas prerogativas que nos ensalzan sobre los demás hombres, y no vemos que la casualidad, el favor, la temeridad, la coyuntura han tenido mas parte en estos honores que la obligacion y la virtud. Nos adornamos con las eminentes dignidades que nos distinguen en nuestro pueblo, y no conocemos que los mayores puestos son los mayores escollos, que aumentan nuestras obligaciones sin aumentar nuestro mérito. Nos gloriamos de la superioridad de nuestras luces y

de nuestros talentos, é ignoramos que el mas vasto conocimiento del espíritu humano es una luz pueril si se limita á las cosas presentes y nos hace perder de vista las eternas. Sí, católicos, las grandezas y distinciones de la gracia y de la fe á nadie mueven. Miramos lo eterno como si no existiera. ¿Pero qué le importa al cristiano ser desconocido ó brillar á vista de los hombres, pues en la realidad no es otra cosa mas de lo que es en la presencia de Dios? La fe nos despoja de todo lo que no es exterior, y solamente ve en nosotros á nosotros mismos.

El segundo carácter de la humana soberbia es aquella flaqueza que en nada tiene el mérito, aun de la misma virtud, mientras está oculto, y solo aborrece en el vicio la confusión y el oprobio; como si el vicio y la virtud no fueran mas que opiniones, y solo pudiera el hombre ser grande ó despreciable en la idea de los demás hombres.

El haberse, pues, anonadado el Verbo en este misterio, confunde esta vana atención á los juicios humanos; y á la verdad, el Hijo de Dios no baja á la tierra sino para glorificar á su Padre y volver á tomar en los corazones de los hombres los honores que le habian usurpado las criaturas. Este intento pedia, al parecer, que se les manifestase con toda su gloria resplandeciente como en el Tabor, y que se dejase ver tan glorioso y tan digno de sus respetos como se dejó ver entonces á sus discípulos encantados con la dulzura de este espectáculo. Entonces sí que se lo hubiera llevado todo tras de sí, y la incrédula Jerusalem no hubiera visto á sus ciudadanos dividirse acerca de la verdad de sus prodigios y de la santidad de su doctrina y ministerio.

Con todo eso, no quiere que el resplandor y majestad sea quien triunfe de nuestros corazones, sino la humildad y los oprobios. Oculta todo lo que es en sí, no da á nadie su

gloria, sino que, digámoslo así, se la quita á sí mismo. Nada de cuanto tenia de grande en el seno de su Padre le acompaña á la vista de los sentidos en el seno de María. Su poder se muda en flaqueza, su infinita sabiduría no es mas que una razon que empieza á manifestarse; su inmensidad parece estar encerrada en los límites de un cuerpo mortal, la imágen de la sustancia del Padre está oculta bajo la vil forma de esclavos; su eterno origen empieza á contar tiempos y momentos. Finalmente, aparece anonadado en todos sus títulos.

De este modo, luego que se manifieste en Judea, le disputará la incredulidad la suprema autoridad de su sacerdocio. *¿Quién es este, dirán, que viene á perdonar los pecados?*¹ El temor de las potencias de la tierra hará que rehúsen el conocerle por rey y le harán pagar el tributo como á un esclavo; la prudencia de la carne tendrá por locura su divina sabiduría; sus mismos parientes le mirarán como á un insensato: *Quoniam in furorem versus est.*² La envidia le degradará de su divino nacimiento, y sus conciudadanos publicarán que no es mas que un hijo de María y de José. Finalmente, un falso celo le quitará la eternidad de su duración y querrán apedrearle solo por haberse atrevido á decir que era antes que Abraham.

Pero la opinión de los hombres nada mudará en la aparente oscuridad de su ministerio; él se manifestará, á la verdad, suficientemente para ser conocido de los judíos espirituales y fieles; sus obras, su doctrina, Moisés, los profetas, las divinas Escrituras darán testimonio de él. Y el que amase la verdad será imposible que no le conozca, pero no

¹ Luc. c. v. 49.

² Marc. 3. v. 21.

se manifestará suficientemente para evitar el desprecio de los judíos carnales; el resplandor de su ministerio será manifiesto al corazón humilde é inocente; con la oscuridad de su ministerio cegará la soberbia y la incredulidad; mezclará con él tinieblas para recompensar la fe de los que han de creer, y la suficiente luz para castigar la incredulidad de los que se han de negar á creerle.

¿De dónde, pues, proviene, católicos, una conducta tan extraordinaria? ¿Por qué despues de haberse Dios ocultado por tantos siglos, se manifiesta por último á los hombres de modo que no le conozcan? ¿Por qué no vendria con toda su gloria si queria salvarnos manifestándose á nosotros? Dejemos por ahora las razones que tuvo para ocultar su ministerio, por no ser de nuestro asunto; las que nos hacen al caso son primeramente, porque queria enseñarnos á los que estamos encargados de la distribucion de su Evangelio, á no mudar cosa alguna de las órdenes de Dios en las funciones de nuestro ministerio, con pretexto de atraer mas fácilmente á su palabra los votos de los hombres; á no creer que Dios es mas glorificado con la gloria que nos resulta á nosotros mismos; á no interesar al Señor, si es lícito decirlo así, en nuestra propia causa, y para que no nos persuadamos á que ha unido el feliz suceso del Evangelio á los aplausos que recibe de nuestra boca. Las contradicciones que padece el ministro son las mas veces toda la gloria y toda la felicidad de su ministerio. Declaremos las verdades que nos ha confiado la Iglesia, no mezclemos con ellas nuestras opiniones ni nuestros propios discursos; plantemos, reguemos y dejemos al Señor que dé el incremento: su palabra nunca se volverá á él vacía, y será siempre ó condenacion para el incrédulo ó consuelo para el fiel.

En segundo lugar. Quería enseñarnos, católicos, que

nunca deben los juicios humanos decidir en orden á nuestras obligaciones, que en lo que mira al servicio de Dios no debemos atender á lo que el mundo aprueba, sino á lo que Dios nos pide; que las censuras y las burlas son siempre la recompensa de la verdadera piedad; que no es posible agradar á los hombres y ser siervo de Jesucristo; que el celo que quisiera ganar para la virtud los votos públicos, no seria mas que una soberbia disfrazada que los pretenderia para sí misma; que toda la seguridad de los justos en la tierra consiste en la injusticia que con ellos usa el mundo; que el desprecio es el asilo mas seguro de su virtud; que no es este el tiempo de su manifestacion y que no tendrán derecho de manifestarse hasta que parezcan con Jesucristo en su gloria.

No obstante, si bien lo reflexionamos, por mas justos que seamos siempre contamos mucho con los hombres; casi no vivimos sino para nosotros, nos interesa poco lo que somos á nuestra vista y á la vista de Dios; solo parece que nos mueve y ocupa lo que somos á la vista de los hombres; y cuidando poco de nuestra perfeccion, todo nuestro cuidado se reduce á enriquecer esta idea quimérica de nosotros mismos que existe en el espíritu de los demás, por lo que nunca nos sucede el preguntarnos á nosotros mismos lo que en la realidad somos, sino que continuamente estamos preguntando qué piensan los demás de nosotros. De este modo toda nuestra vida es imaginaria y fantástica; aun el error que hace que nos tengamos por lo que no somos, lisonjea nuestra soberbia; nos dejamos llevar de las alabanzas que desconoce nuestro mismo corazón, tenemos por honor el engaño del público, y mas nos ensalzamos con el error que nos atribuye falsas virtudes, que lo que nos humillamos con la verdad que nos hace conocer nuestros defectos y nuestras verdaderas miserias.

El último carácter de la soberbia es aquella ficción de la vanidad que busca la fama aun en el mismo humillarse, que solo parece se abate á vista de los hombres para que éstos con sus aplausos la ensalcen mucho mas de lo que se habia humillado. Y á la verdad, católicos, que casi no hay humildad sincera; no nos ocultamos sino para ser mas conocidos, no huimos de la gloria sino para que la gloria nos siga; no renunciamos los honores sino para ser honrados, no sufrimos los desprecios sino cuando nos resulta gloria de ser despreciados. La soberbia tiene mil arbitrios imperceptibles aun á nosotros mismos, y no hay cosa mas rara que un abatimiento voluntario que solo se ordene á la humildad.

Este, pues, es el escollo que nos enseña á evitar el Verbo anonadándose en este misterio. Revístese de la semejanza del pecado, pero para sufrir toda su vergüenza; se carga de nuestras iniquidades, pero para ser la víctima que satisfaga por ellas; quiere ser tenido por un samaritano y por un enemigo de la ley, pero para ser castigado como un engañador; se oculta cuando quieren reconocerle por rey, pero es para morir como un esclavo. Los mas vergonzosos ultrajes son la recompensa de sus abatimientos; los hombres le desconocerán hasta el fin y morirá con todo el mérito de su humildad.

Pero nosotros, católicos, si sufrimos con paciencia la calumnia es porque prevemos que la verdad la ha de confundir y que ha de ceder en gloria nuestra; nos agradan las obras de humildad porque no da lugar nuestra clase á que se ignore que nos humillamos; nos gustan los oprobios leves en que nuestra vanidad ve pronto el remedio, y aun las almas mas fieles necesitan de algun otro atractivo que les suavice el desprecio mas que el gusto de ser desprecia-

das; perdonamos, pero dando á conocer que somos los ofendidos y que cedemos de nuestro derecho; nos adelantamos á reconciliarnos, pero no nos disgusta el que se sepa que solamente la piedad ha tenido parte en esta accion; hablamos bien de los que nos infaman, pero es por quitar todo el crédito á sus calumnias. Finalmente, es cosa difícil el no buscarse á sí mismo, y mucho mas en el abatimiento que en la elevacion, porque cuanto mas parece que el hombre se olvida de sí, tanto mas cuida la soberbia de hacer que se busque á sí mismo.

Avergoncémonos, pues, de nuestra flaqueza, católicos; miremos con frecuencia á nuestro ejemplar, adoremos las primeras disposiciones del alma santa del Verbo encarnado en sus nuevos abatimientos; pensemos alguna vez en que la soberbia es casi nuestro único delito, y que si pudiéramos olvidarnos absolutamente de nosotros mismos, estaríamos libres de mil manchas secretas que no conocemos y que apartan á Dios de nuestro corazon; reprendámonos continuamente este monstruoso conjunto de nuestras miserias con nuestras vanidades, este principio de corrupcion que sentimos en nosotros mismos, con estos deseos de gloria que tienen parte en nuestras obras; aquella ley de la carne que nos humilla, con aquellos pensamientos de elevacion que nos ensoberbecen. En una palabra, lo que somos con lo que quisiéramos parecer. Visto ya que despues del abatimiento de un Dios no hay cosa mas injusta para el hombre que el quererse ensalzar, escuchad ahora cómo despues que un Dios anonadado se cargó de nuestros dolores y enfermedades, no hay cosa mas vergonzosa para el hombre que el buscar una vida descansada y feliz en la tierra.

SEGUNDA PARTE.

El hombre en el estado de la inocencia debiera pasar una vida feliz y tranquila; la tierra solo habia recibido su fecundidad para proveer á sus castas delicias, sus destinos no estaban destinados mas que á conducirlo á la conservacion de su ser con impresiones suaves y agradables, todas las criaturas debian servir á su felicidad, pues en la mente de su autor todas habian sido destinadas para su uso, y bajo el dominio de un Dios justo nada podia hacerle desgraciado, ni turbar sus placeres mientras conservase su inocencia; pero el hombre pecador nació para padecer, todos los deleites de la vida están negados á un pecador que ni aun vivir merece; el dolor es el natural estado del desorden, y es injusticia el que sirvan las criaturas á un infeliz que abusa de ellas y que se ha rebelado contra el Soberano cuyas son.

Con todo eso, todavía es el deleite la pasion dominante de este hombre pecador; á pesar de su trasgresion quiere vivir feliz, y la culpa por la cual perdió el derecho y la esperanza no le quitó el deseo; los trabajos que han venido á ser la pena inseparable de su delito, no acaban de ser libre eleccion de su amor; y aunque condenado á padecer, nunca ha podido amar los trabajos: era preciso, pues, que un grande ejemplo le hiciese amable lo que le era necesario, y que un Dios lo padeciese todo por salvar al hombre, para que el hombre aprendiese y amase el padecer para aplacar á su Dios.

Por esto el ministerio del Verbo encarnado es un ministerio de cruz y de trabajos; desde el primer instante de su

union con nuestra naturaleza en el seno de María, renunció al gusto sensible de que pudiera gozar, dice el apóstol, y abraza la cruz que le presenta la justicia de su Padre; desde entonces como víctima de nuestros pecados, pone su sagrada cabeza bajo la vara de la indignacion divina, y siente los primeros golpes de la severidad debida al hombre pecador; pero aun le esperan mas verdaderos rigores al salir de aquella humilde morada; apenas se abrirán sus ojos á la luz cuando ya se verán correr sus preciosas lágrimas; con la edad irán creciendo sus trabajos, el hambre, la sed, el cansancio, que son las penas de nuestro pecado, serán el ejercicio de su amor; solo anunciará cruces y tribulaciones, no prometerá su reino sino á la violencia, maldecirá á los placeres, no llamará bienaventurados sino á los que padecen, y temiendo que en lo sucesivo los hombres, que siempre son ingeniosos para suavizar su cruz, diesen á sus máximas interpretaciones favorables á su amor propio, aspirará entre los brazos del dolor, y su doctrina no será mas que la relacion de sus ejemplos.

Digo, pues, que desde que el Verbo encarnó para manifestarnos el camino del cielo y satisfacer por nosotros á la divina justicia, vino á pasar en la tierra una vida triste y penosa; luego ya no puede el cristiano vivir á gusto de sus sentidos ni prometerse el llegar á la eterna salud por caminos suaves y fáciles. A la verdad, despues que por este misterio se hizo Cristo nueva cabeza de un pueblo santo y origen de una nueva vida, no podemos aspirar á la salvacion sino como miembros de Cristo, esto es, como haciendo parte de este cuerpo místico que vino á formar en la tierra, porque solo éste penetrará los cielos, dice el apóstol, y entrará con su cabeza y su pontífice en el verdadero santuario. Esto supuesto, católicos, ¿en qué consiste el ser

miembro de Cristo? Consiste en estar animado de su espíritu, en vivir con su vida y obrar por los mismos fines; consiste en no formar interiormente mas que sus santos deseos y pensamientos: *Hoc sentite in vobis, quod et in Christo Jesu.*¹ En una palabra, consiste en seguir el destino de la cabeza y conformarse con ella, morir á todo con ella, ser crucificado con ella, y no buscar, como ella no buscó, el consuelo de este mundo.

Ahora, pues, os pregunto, señores: el pasar toda la vida en unas costumbres tibias y sensuales, entregarse continuamente á todos sus gustos con tal que en ellos no haya pecado grave, no ocuparse en otra cosa mas que en desenfadarse de las molestias de la vida mundana con la variedad de los placeres y de los espectáculos agradables á los sentidos, y pasar tranquilamente los dias sin mas cuidados que los que nacen de la misma ociosidad y abundancia, ¿es esto ser miembros de Jesucristo y vivir animados de su espíritu? ¿Qué tiene de comun el espíritu de Jesucristo con esta prudencia de la carne, que solo es ingeniosa para disculpar en sí misma la corrupcion de las costumbres, para condenar la obligacion de padecer como una invencion humana y una ley injusta, que reduce todas las máximas del Evangelio á no ser impío, ladron, fornicario ni adúltero, que confunde la naturaleza con la gracia, y mira á la cruz de Jesucristo como un objeto ajeno de la fe y de la piedad?

No hablaron de este modo, católicos, á nuestros primeros padres aquellos hombres apostólicos que vinieron los primeros á anunciar á Jesucristo: *Non ita didicistis Christum.*² El espíritu de Cristo es un santo deseo de padecer,

¹ Philip. 2, v. 5.

² Ephes. 4, v. 20.

un continuo cuidado en mortificar el amor propio, en quebrantar su voluntad, en reprimir sus deseos y en prohibir á sus sentidos las inútiles mitigaciones. Esta es la realidad del cristianismo y el alma de la piedad; si no teneis este espíritu no sois de Cristo, dice el apóstol; aunque no seais del número de aquellos impúdicos y sacrílegos que no tendrán parte en su reino, no por eso sois menos extraños de él; vuestros pensamientos no son los suyos, aun vivís sujetos á la naturaleza, no perteneceis á la gracia del Salvador; perecereis, pues, porque en él solo puso el Padre, dice el apóstol, la salud de todos nosotros.

No falta quien se queje algunas veces de que hacemos á la piedad áspera é impracticable, prohibiendo mil placeres que autoriza el mundo. ¿Pero qué es lo que os decimos, católicos? Permitíos todos los placeres que se permitió el mismo Cristo, la fe no os permite otros; mezclad con la piedad todas las mitigaciones que el mismo Jesucristo mezcló con ella, el Evangelio no condesciende con mas: seguid todas las costumbres que pudo seguir el mismo Jesucristo; la religion no tiene otra regla: es verdad que no todo lo que no es expresion de las costumbres de Cristo, ni impresion del espíritu de Cristo, es siempre obra que da la muerte; pero tampoco podrá ser obra de vida, y por lo menos siempre es un proceder ajeno de sus miembros y del que les será preciso dar cuenta.

Este, católicos, es el fundamento de toda la piedad. Este el Evangelio, tanto del cortesano como del solitario, tanto del príncipe como del pueblo. Este es el principal origen de las reglas de las costumbres, al que es preciso que llegue el que quiera hallar el punto fijo, que resuelve todas las dificultades que nos proponéis continuamente para autorizar todos los abusos de la vida mundana; vuestra con-

formidad con Jesucristo es la que debe decir si vuestro estado es cristiano ó profano, inocente ó pecaminoso: cualquiera otra regla es falsa para vosotros, porque solo Jesucristo es vuestro camino. Los usos, las mudanzas de las costumbres y de los siglos, las opiniones de los hombres nada mudan de esta regla, pues Jesucristo ayer, hoy y siempre será el mismo. ¡Oh Dios mío, y cómo quedarán arruinadas algun dia las decisiones del mundo en orden á nuestras obligaciones! Y como se verá mudar el nombre á la probidad y regularidad mundana, que acá en la tierra asegura á tantas almas engañadas con una apariencia de virtud, cuando se las compare con Jesucristo crucificado, allí se buscará su semejanza y se las juzgará segun este modelo.

Es verdad, católicos, que tenemos el consuelo de que al mismo tiempo que Jesucristo nos impone una ley, por solo el carácter de su ministerio, de violentarnos y abandonarlo todo, al mismo tiempo nos hace amable la cruz con que nos carga. El padecer es para nosotros una suerte inevitable en la tierra; pero sin él hubiera tenido el hombre que padecer sin consuelo y sin mérito: viene, pues, á suavizar y santificar nuestros trabajos, y en vez de imponerlos un nuevo yugo, viene á hacer suave y ligero aquel bajo el cual habian gemido nuestros padres tantos siglos.

Primeramente, su ejemplo quita á los trabajos todo su abatimiento y desprecio; es felicidad el padecer despues que él padeció, es cosa gloriosa el seguir sus pasos: Jesucristo lloró; las lágrimas, pues, deben servir de honor á sus discípulos. Jesucristo padeció hambre y sed; luego los santos rigores de la abstinencia consagran los cuerpos de los fieles. Jesucristo fué humillado, calumniado, despreciado; luego los santos abatimientos de los discípulos de la cruz

son para ellos títulos de honor, y hay ignominias padecidas por la justicia, que son mas gloriosas aún para con el mundo que toda la gloria del mismo mundo.

En segundo lugar. La suavidad de su gracia mitiga la amargura de la violencia y de la propia abnegacion: convengo en que el negarse continuamente á sí mismo, disputarse todo cuanto agrada, reglar con la ley rigurosa del espíritu los mas inocentes deseos de la carne, ser naturalmente vano, magnífico, presuntuoso, y reducirse á una modestia simple y cristiana; amar el gusto de los placeres, los deleites de la sociedad y de las conversaciones, y contener la viveza de estas inclinaciones en el silencio, en la oracion y en el retiro; haber recibido de la naturaleza un génio inclinado á la ociosidad y negligencia, enemigo de violentarse, excesivamente amante de sí mismo, y sujetar una carne que resiste al yugo y á las obligaciones mas penosas y tristes; convengo, vuelvo á decir, que este estado es trabajoso, y que este estado de violencia, si no estuviera mezclado con alguna suavidad, cansaria presto á la flaqueza del hombre.

Pero no está en los sentidos el origen de los verdaderos placeres, sino en el corazon; á éste, pues, aplica Jesucristo el remedio y la suavidad de su gracia. Cuando en lo exterior todo le parece á la alma fiel triste, molesto y doloroso, un consolador invisible recompensa estas amarguras con unas delicias que jamás gustó el corazon del hombre carnal, y le dice continuamente en lo interior de su alma, como decia en otro tiempo el padre de Samuel á su esposa afligida: ¿Por qué os dejais abatir de unos males que solo son aparentes? Reprimid vuestros suspiros y enjugad vuestras lágrimas; ¿no puedo yo solo ocupar en vuestro corazon el lugar de todo lo que os falta? ¿el amor que os tengo

no vale mas que todo cuanto llorais? *¿Anna cur Files? ¿nunquid non ego melior tibi sum, quam decem filii?* En una palabra, los deleites de los sentidos siempre la dejan triste, vacía é inquieta; los rigores de la cruz la hacen feliz; las puntas de la penitencia que penetran su carne llevan consigo el remedio, y semejantes á aquella zarza misteriosa, al mismo tiempo que solo ofrece á la vista de los hombres cambrones y espinas, tiene interiormente oculta la gloria del Señor, y con él lo posee todo. ¡Suavidad santa de las lágrimas y de la tristeza de la penitencia! Divino secreto de la gracia, ¿cómo no sois mas conocido del hombre pecador?

Finalmente, las promesas de Cristo quitan á los trabajos toda la inutilidad y desesperacion que tenían. Antes de que se manifeste en nuestra carne se padecía por la fama, por la patria, por la fortuna, por la amistad; pero la vanidad era corta recompensa de los trabajos, particularmente para el hombre que quiere ser dichoso; los públicos aplausos podian calmar el dolor en aquellos primeros instantes en que la embriaguez y novedad de la fama y de un vano heroismo sorprenden al alma y la sacan como fuera de sí misma; pero pasada la embriaguez conocia bien el hombre su desgracia y su locura; lejos de la vista del público todos aquellos héroes de la mundana ostentacion, aquellos mártires de la vanidad, caian en la cuenta y buscaban otros consuelos á sus males, más que la reputacion y la fama. Por eso el hombre entonces padecía sin consuelo, porque solo padecía por los hombres.

Pero el fiel que padece, que se castiga á sí mismo, que lleva su cruz, que mortifica sus sentidos y reprime sus deseos, vive con la esperanza de otra vida eterna. Aun cuando sus penas no tuvieran consuelo en la tierra, las suavi-

zaria la sola esperanza que está oculta en su seno. Una sola mirada hácia los años eternos restituye inmediatamente la alegría y la serenidad á su alma afligida; un Dios encarnado es la seguridad de su confianza. Sus trabajos hallan en Cristo un premio y un mérito digno de Dios; Cristo los presenta al Eterno Padre como un sacrificio de buen olor; con Cristo han recibido ya en su persona la gloria y la inmortalidad que les ha prometido.

¡Oh! ¿cómo os sostiene, católicos, el consuelo de estas verdades, á los que ya ha mucho tiempo que entrásteis en los caminos de la justicia y de la salvacion! No dejeis, pues, entibiar vuestra fe bajo el peso de la cruz que habeis abrazado, no os acobarden los rigores y aspereza del camino, no os canseis en unos caminos tan santos; pronto se acabarán los dias de vuestra peregrinacion, ya estais tocando la corona inmortal; estos instantes rápidos de tribulacion pasarán como un relámpago. Esperad un poco; el Señor no tardará, ya va á manifestarse; hoy le veis bajar con nuestra enfermedad; presto le vereis venir con su gloria. ¿Qué quiere decir el corto tiempo de algunos dias de lágrimas y de luto que inmediatamente se han de perder y aniquilar en el abismo de la eternidad? ¿pero qué digo perderse? Se han de mudar en una nueva vida, en un dia sereno y eterno, en que se enjugarán las lágrimas y el luto tendrá consuelo. Nada perece para el justo; vivid, pues, en la fe, esperad al invisible como si ya le viésteis; pensad que todas vuestras mortificaciones, aun las mas secretas, están notadas por aquel fiel testigo que teneis en el cielo; que todas vuestras obras, aun las menores, están contadas; que todos vuestros trabajos están depositados en los tabernáculos eternos, y que vuestros fervorosos suspiros se conservan entre los preciosos perfumes que presentan los an-

cianos al rededor del altar. Así quanto mas os acercáis al término, tanto mas sentís crecer vuestro fervor y renovarse vuestras fuerzas. ¡Qué felicidad el ver dentro de poco y como en un instante, desaparecer esta nube de nuestra mortalidad y empezar el día de aquella eternidad dichosa!

No puedo usar de las mismas palabras de consuelo con vosotros, católicos, los que vivís aún según la carne; sería cosa inútil el manifestaros los bienes futuros de que no gustáis, que no conocéis y que acaso no creéis. Me hubiera sido preciso confirmaros en la doctrina de la fe, y acabar manifestándoos que la union incomprensible del hombre con Dios en este misterio, confunde la razon humana y hace que no solo sea la fe necesaria, sino tambien razonable. Voy á concluir.

TERCERA PARTE.

A la verdad, católicos, no bastaba que la sabiduría de Dios en este misterio hubiese confundido la soberbia del hombre, haciendo que no pudiese hallar su salud sino en la humildad y en el abatimiento; que hubiese puesto freno á los desarreglados deseos de la carne, no dejándole mas herencia que la cruz y los trabajos; era tambien preciso para sanar todas sus heridas que cautivase su razon (la que por tantos siglos le habia extraviado tan tristemente sus pensamientos) proponiéndola por único objeto de su culto, de su esperanza, de su consuelo, de su ciencia y de su sabiduría la union del Verbo con nuestra carne; esto es, á Jesucristo, locura de la razon humana y la contradiccion mas incomprensible é insensata en la apariencia.

El medio mas seguro de detener estos insaciables é inútiles deseos de saberlo todo y de comprenderlo todo, que

hasta entonces habian engañado á los maestros tan ponderados de la sabiduría humana; aquella vana confianza que prometia el descubrimiento de la verdad con solas las fuerzas de la razon; aquella desenfrenada licencia que todos los dias producía nuevos mónstruos, creyendo hallar nuevas verdades; el medio, vuelvo á decir, mas seguro de detenerle era la locura del Evangelio, quiero decir, el Verbo hecho carne y la sabiduría de Dios ignorada de los poderosos y sábios del siglo en este misterio.

¡Oh hombre! de aquí puedes inferir que el Autor de tu ser no quiere salvarte por la razon, sino por la fe que te le oculta; que no debes buscarle con los vanos esfuerzos del entendimiento, sino con los movimientos del corazon; que la verdad que te ha de libertar solo se te manifiesta acá en la tierra en enemiga, y que para conocer es necesario creer *Credite et intelligitis*. No quiero decir que la religion nos propone solamente misterios que exceden nuestra capacidad ni que nos prohíba absolutamente el uso de la razon, tiene tambien sus luces como sus tinieblas, para que por una parte la obediencia de los fieles sea racional y por otra no carezca de mérito. Vemos lo suficiente para ilustrar á los que quieren conocer; no vemos lo bastante para forzar á los que no quieren ver. La religion tiene suficientes pruebas para no dejar á una alma fiel sin seguridad y sin consuelo; no tiene bastantes para dejar sin réplica á la soberbia y á la incredulidad. De este modo la religion por la parte que tiene de claridad consuela á la razon, y por la que tiene de oscuridad deja todo su mérito á la fe.

Con todo eso, hoy todo el mundo está lleno de cristianos filósofos y de fieles que se hacen jueces de la fe, todo lo mitigan, todo quieren fundarlo en razones; con conservar la raiz de la doctrina cristiana y de la esperanza en Jesucris-

to, pretenden formarse una religion mas sana, haciéndose la mas clara y mas inteligible; desconfian de todo lo que en sí tiene algo de prodigioso y extraordinario; fomentan dudas acerca de las eternas llamas que preparó la divina justicia para el impío y el impuro. Quieren penetrar los fines de Dios en orden á la suerte de los hombres, y con unas ideas de su bondad, puramente humanas, reformar ó su terror ó su incomprendibilidad: se atreven á examinar si podemos nosotros ser herederos de la culpa ó del castigo de nuestros padres, y si nuestra profunda corrupcion proviene mas de nuestra naturaleza que del pecado. Preguntan continuamente, ¿por qué se nos han de imputar á pecado las inclinaciones al deleite que parece nacieron con nosotros? Hallan inconvenientes en la venerable historia de nuestros santos libros; censuran los hechos raros y maravillosos que nos han conservado en ellos unos hombres inspirados de Dios, unos hechos obrados en otro tiempo por el Señor para libertar á su pueblo. Dudan de cómo pudo criar un mundo que no habia, exterminar á toda la carne en las aguas del diluvio, salvar la especie de los hombres y de los animales en una sola arca, abrir y cerrar el mar para facilitar la huida de su pueblo, mantenerle en el desierto con un pan milagroso, guiarle con una resplandeciente nube y mandar al mismo sol que se detuviese en su carrera para acabar de vencer los enemigos de su nombre: ¿qué mas diré? quieren hallar en las fuerzas de la naturaleza la posibilidad de estos extraordinarios prodigios, en los que la fe de nuestros padres conoció siempre el dedo de Dios, y mudan la historia de la religion y las apariciones del Señor á los hombres, en sucesos casi todos naturales y monumentos demasiadamente ponderados por una prudencia absolutamente humana. De este modo, ¡oh Dios mio! el hombre insensa-

to se disputa á sí mismo el consuelo de creer que habeis obrado maravillas en su favor, y pone todo su estudio en afear los mas hermosos títulos de su gloria y esperanza.

Pero, católicos, despues que adorais á un Dios hecho hombre, es locura, dice un santo Padre, el discurrir sobre los misterios que nos propone la religion como inaccesibles á nuestra capacidad. No hay cosa tan incomprendible que no allane y haga creible Jesucristo Dios y hombre; ó negad, pues, á Jesucristo, ó confesad que Dios puede hacer lo que vosotros no podeis comprender; ó blasfemad con el impío, diciendo que no es mas que hijo de María y de José, ó si confesais que es el Cristo Hijo de Dios vivo, dejad de buscar dificultades en los demás misterios de la fe. Un cristiano no debe disputar de los caminos de Dios, si es que ha de proceder consiguiente. Por eso el apóstol llama á Cristo el autor y consumidor de nuestra fe: *Autorem fide, et consumatorem Jesum.*¹ Es el autor, porque nos la inspira, es el consumidor, porque es, por decirlo así, su perfeccion y su mas alto punto, y fuera de él no tiene la fe cosa mas alta ni mas incomprendible que poder proponer á la razon humana.

Meditemos, pues, católicos, continuamente el misterio de Jesucristo Dios y hombre. En él hallaremos la solucion de todas las dificultades, porque hallaremos en él un nudo aun mas indisoluble; iluminará nuestra razon acabando de confundirla, y nos guiará á la inteligencia, haciéndonos conocer la necesidad de la fe. Imitemos la docilidad de María, constituida hoy Madre del Verbo encarnado. El ministro del cielo la anuncia que será Virgen, y fecunda que el que de ella ha de nacer será hijo del Altísimo y obra

¹ Heb. 22. v. 2.

únicamente del Espíritu Santo. ¿Qué cosa mas á propósito para alterar toda la razon? Con todo eso, sin dudar, sin examinar, sin pedir señal alguna por prenda de este misterio tan increíble, cree y adora el poder y los designios de Dios para con ella. Zacarías en la edad y esterilidad de Isabel halló razones especiosas para dudar de la divina promesa, y á pesar de los célebres ejemplos de Sara y de la madre de Samuel, duda y desconfía; al contrario María, en un misterio en que todo es nuevo é incomprendible, sin hallar en la historia de las maravillas del Señor nada que pueda asegurarla por semejante, no quiere mas prenda de su fe que la omnipotencia y la verdad del que se la pide. Una vírgen sencilla é inocente cree sin recelo, y un sacerdote instruido en la ley duda y desconfía de la divina promesa. La mucha ciencia siempre usurpa alguna cosa á la simplicidad de la fe, y por un inevitable destino en el estudio de las ciencias humanas, inseparable por lo comun del amor propio y de la soberbia, la sumision que nos hace fieles, parece que por una parte pierde lo que ganan por otra las luces que nos hacen instruidos; como si siendo mas sábios no debiéramos conocer mejor la flaqueza de la razon y la incertidumbre y oscuridad de sus luces.

Y á la verdad, católicos, ¿de qué sirven las vanas reflexiones acerca de la doctrina santa? Si la salvacion dependiera de la razon, motivo tendríais para desconfiar de todo lo que no podeis comprender; pero la justicia nace de la fe y se perfecciona con la fe; ¿pues por qué temeis como un escollo las santas oscuridades que son vuestro camino y vuestro remedio?

Vivid, pues, con la fe, católicos, y empezad purificando vuestro corazon; la inocencia es el origen de los verdaderos talentos: llamad á Jesucristo en vuestro interior, con él te-

neis todos los tesoros de la doctrina y de la sabiduría; afirmaos en la caridad, este es el único medio de hallar la verdad; no conocemos á Dios sino cuando le amamos: acordaos de que un corazon corrompido no podrá tener una razon sana y pura, que cuanto mas os acerqueis á Dios por la gracia, mas participareis de sus luces, mas adelantareis en los caminos de sus mandamientos, mas crecereis de claridad en claridad: finalmente, conoceréis iluminarse mas en vuestro espíritu estas divinas verdades, las que veremos claramente cuando seamos semejantes á él, como él se hace hoy semejante á nosotros. Amen.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

1-3-2000

SERMON

DE LA PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Ego in hoc natus sum, et ad hoc
veni in mundum, ut testimonium
perhibeam veritati.

Para esto nací y para esto vine
al mundo, para dar testimonio á la
verdad.

JOAN. 18. v. 37.

El carácter mas esencial del mundo y la pena mas universal del pecado ha sido siempre la oposicion á la verdad. Desde que el hombre borró de su corazon la ley eterna, que habia grabado en él la mano del Señor al tiempo de su formacion, para iluminarle y guiarle, y sustituyó á esta ley divina, nacida con él, sus pasiones y sus tinieblas, se formó entre él y la verdad una oposicion invencible, la que se aumentaba á proporcion que el mundo, cada dia mas corrompido, se alejaba de la pureza de su origen, y se multiplicaba la malicia de los hombres sobre la tierra. Es verdad, católicos, que en medio de las tinieblas que cubrian la faz del universo, hacia Dios resplandecer aún

de tiempo en tiempo su verdad y su luz. De siglo en siglo parecian algunos hombres justos, enviados desde el cielo para dar testimonio á la verdad é impedir el que los errores y las pasiones prescribiesen contra ella. Desde la sangre de Abel hasta el Bautista habia el cielo mantenido en la tierra una tradicion continuada de profetas, de mártires y de testigos de la verdad; unos habian dado testimonio de la verdad con su sangre, como Abel; otros con su religion, como Enoc; algunos con su inocencia, como Noé; otros con la fe, como Abraham; Isaac con su obediencia, Job con su paciencia, Moisés con sus prodigios; finalmente, para que el mundano no tuviese excusa, tuvo la verdad en todos los siglos testigos y defensores que se levantaron contra el mundo y conservaron entre los hombres el depósito de la doctrina y de la verdad, que el mundo, á pesar de sus precauciones, no habia podido extinguir absolutamente en la tierra.

Confieso que esta nube de testigos, como habla el apóstol, que de siglo en siglo habian dado testimonio á la verdad, pudo muy bien condenar al mundo por la verdad; pero no pudieron con ella libertar al mundo; necesitaba, pues, la verdad de un testimonio mayor; era preciso que aquel que es la sabiduría y la luz viniese él mismo á darnos testimonio de lo que habia visto, que confirmase su doctrina con su sangre, que su doctrina purgase á la tierra de los errores que hasta entonces la habian infestado, y que Cristo crucificado fuese hasta el fin de los siglos el gran testigo de la verdad contra la ceguedad del mundo y error de sus máximas.

Hoy, pues, nos ofrece el misterio de los dolores é ignominias del Salvador dos espectáculos muy diferentes; por una parte el mundo tan ciego y tan opuesto á la verdad,

que despues de haber despreciado en todos los siglos el testimonio de los justos y de los profetas, desprecia hoy tambien el del mismo Jesucristo; por otra Jesucristo en la cruz, hecho el gran testigo de la verdad, para confundir hasta el fin la ceguedad del mundo; esto es, la muerte de Jesucristo, es la mayor prueba de la oposicion del mundo á la verdad, y el mayor testimonio de la verdad contra el mundo.

¡Oh Salvador mio! hasta aquí hemos ofrecido como el mundo un corazon rebelde á la verdad de vuestra doctrina; hemos oido vuestra divina palabra en estos dias de penitencia y de salud, con la misma insensibilidad que Jerusalem os oyó antiguamente durante el tiempo de vuestro ministerio; pero hoy, Señor, que solo hablais con vuestros dolores y con vuestros oprobios, que solo os dejais entender con la voz de vuestra sangre; hoy, que puesto en ese trono de ignominia sois el gran testigo de la verdad contra el mundo, no permitais que una instruccion tan nueva y tan penetrante nos halle tambien insensibles. Venimos á poner á los piés de vuestra cruz unos corazones que á la verdad están aún llenos de pasiones y afectos injustos; pero dejad que caiga sobre nosotros una sola gota de esa sangre que hoy ofreceis por nosotros á vuestro Padre, y quedaremos purificados; favorecednos como á aquel feliz pecador que espira á vuestro lado con una mirada de misericordia, y seremos salvos; libradnos por medio de la verdad, de quien sois hoy el gran testigo, y pasaremos de la servidumbre del mundo y del pecado, á la santa libertad de hijos de Dios. Esto es lo que os pedimos postrados á los piés de vuestra cruz: ¡Oh cruz! ave.

PRIMERA PARTE.

Nunca amó el mundo la verdad, porque ésta siempre ha condenado al mundo; los hombres quieren gozar tranquilamente de sus errores y de sus delitos, y como esta falsa tranquilidad solo puede durar mientras permanezcan en su ceguera, cualquiera luz que abra sus ojos á la verdad los ofende y sobresalta.

Por eso los justos y profetas que el Señor por su misericordia envió de siglo en siglo á la tierra para que fuesen testigos de la verdad, fueron siempre odiosos á los hombres, y condenados por un mundo cuyas máximas venian ellos á condenar. Isaías, no obstante la sangre real de que descendia, vió á todo Jerusalem que conspiraba á perderle, y queria apagar en su sangre la verdad que no muere con los justos que mueren por ella. No fué Jeremías mejor tratado de su pueblo, y las cadenas y prisiones fueron para él el premio de la verdad, cuya recompensa en la tierra es siempre las persecuciones de los malos. Elías no halló en Israel sino corazones rebeldes á la verdad, y apenas pudieron las mas inaccesibles montañas servirle de asilo contra las emboscadas de los impíos; finalmente, el mundo, opuesto siempre á la verdad, se ha levantado siempre contra los que le venian á turbar en la pacífica posesion en que estaba de sus errores y de sus máximas.

Con todo eso, es indubitable que en la condenacion y muerte de Jesucristo, da hoy el mundo la mayor y mas autorizada prueba de su oposicion á la verdad; esto es, á la verdad de su doctrina, de las Escrituras, de sus milagros, de su inocencia y de su reino: explicaré por menor todas estas circunstancias.

Dije primeramente una oposicion á la verdad de su doctrina, y el respeto humano es quien forma esta oposicion aun entre sus mismos discípulos; en vano los habia preparado el Salvador para el escándalo de la cruz anunciándoles muchas veces que era necesario que Cristo padeciese y entrase así en su gloria, que no debian prometerse el tener parte en su reino si no la tenian en la amargura de su cáliz, y que son bienaventurados los que padecen y son perseguidos; en vano se reducía toda su doctrina á una preparacion á la cruz y á los trabajos. Luego que el mundo se declara contra él, luego que se juntan los sacerdotes, que conspiran los doctores, que murmura el pueblo, que le desprecia todo Jerusalem, titubean, se desaniman, y ved aquí cómo el respeto humano y el temor del mundo los ciega acerca de la verdad de su doctrina.

En Judas forma un pérfido que hace traicion á su divino Maestro y que se junta con sus enemigos para perderle. Este infeliz discípulo, intimidado con la rabia de los principales de Jerusalem contra el Salvador, no se contenta con abandonarle, sino que se encamina á los príncipes de los sacerdotes y se hace el principal ministro de su celo y de su furor. ¿Qué me habeis de dar, les dice, y yo os le entregaré? ¿Pero qué puede darte el mundo, infeliz discípulo, que equivalga á lo que vas á perder y á lo que habias recibido de Cristo? ¿acaso la gloria y estimacion de los hombres? Advierte que tu nombre estaba escrito en el cielo y va á ser para siempre el oprobio y el horror de toda la tierra; el mundo autoriza el vicio, pero en la realidad solo estima á la virtud. ¿Acaso títulos y honores? Advierte que Cristo te habia hecho pastor de su rebaño, columna

1 Math. 26. v. 15.

de su Iglesia, príncipe de un nuevo pueblo, y el mundo en lugar de estos augustos títulos te destina á los mas viles é infames ministerios. ¡Oh qué grandes somos cuando somos de Jesucristo! ¡y qué despreciables y entregados á lo mas vil y mas bajo, cuando somos esclavos del mundo! ¿Acaso bienes y riquezas? Advierte que Jesucristo te habia confiado los tesoros del cielo, te habia dado toda la tierra, todo ero tuyo, y el mundo solo te paga con un vil precio que te hace esperar mucho tiempo, y cuya posesion desde el primer instante te disgusta; el mundo promete mucho y no da nada; Jesucristo nos da siempre aun mas de lo que esperamos, y sus dones siempre exceden á sus promesas. ¿Qué mas puede darte el mundo? ¿deleites verdaderos y una felicidad durable? Advierte que Jesucristo te hubiera dejado la paz del corazon, que es la herencia de sus discípulos y el solo principio de los verdaderos placeres, y el mundo no te dejará mas que crueles remordimientos, una desesperacion terrible y todo el peso de tu delito. El mundo guia por los placeres á las amarguras de las pasiones; Jesucristo guia por la cruz á la paz del corazon y á los placeres sólidos y tranquilos de la inocencia. ¿Qué quereis, pues, que os dé el mundo? Como de él nada se puede esperar, tampoco nada se debe temer.

Pero el temor de los hombres, que fué el primer principio de la perfidia de Judas, lo es tambien de la desercion de los demás discípulos; herido el pastor, se desparraman las ovejas. Habíanle seguido con valor mientras le habian visto dueño de la muerte y de la vida y atraer á sí á los grandes y al pueblo con el resplandor de sus prodigios; entonces gustaban de ser de aquel pequeño número de discípulos que él habia escogido, no se avergonzaban de ser suyos, se gloriaban de ello en la presencia de los hombres;

pero luego que fué preso, atado y despreciado, se ocultan, no le conocen, les escandaliza su flaqueza, y se desalientan con sus oprobios tantas veces anunciados; nunca faltan discípulos á la virtud aplaudida, favorecida y honrada; pero la virtud despreciada ó perseguida, no halla quien se atreva á declararse abiertamente por ella.

Aun el mismo Pedro que lejos de los peligros fiaba de su valor, falta en la prueba de una tan peligrosa tentacion. Preguntadle si es discípulo de aquel hombre: *Numquid, et tu ex discipulis es hominis istius?*¹ Es decir, si es del corto número de aquellos felices hombres á quienes el Padre celestial habia revelado el misterio de Jesucristo; es decir, si es de aquellos depositarios de su poder á quienes ha confiado las llaves del cielo y del infierno, el poder de caminar sobre las serpientes y de disponer á su voluntad de toda la naturaleza; es decir, si acaso es de aquellos fundadores de su Evangelio que van á plantar la fe en medio de las tinieblas de la idolatría, á conquistar todo el universo, á arruinar los altares profanos, á confundir todas las sectas, á ilustrar todas las naciones, á hacer callar toda la ciencia de los filósofos, á sujetar los Césares, llevar la salud á toda la tierra, y que por último, han de parecer en medio de los aires sobre doce tronos de luz para juzgar á las doce tribus de Israel; es decir, finalmente, si es de aquellas nuevos ministros de su sacerdocio, que han de ser los primeros pastores de su Iglesia, los pontífices de los verdaderos bienes, los Melchisedech de un nuevo pueblo, los mediadores de una nueva alianza, los reconciliadores de los hombres con Dios, á cuyos piés los reyes y príncipes de la tierra vendrán á bajar sus cabezas y á poner sus

¹ Joann. 18. v. 17.

cetros y sus coronas? *Numquid, et tu ex discipulis es hominis istius?* Cobarde discípulo, ¿te avergüenzas de confesar tanta grandeza, tanta gloria, tanta magnificencia? *Numquid, et tu ex discipulis es hominis istius?* ¡Qué locura avergonzarse en presencia de los hombres del título de discípulo de Jesucristo! ¿Tiene el mundo con toda su gloria alguna cosa tan grande, tan alta, tan apreciable y tan digna de la razón como la verdadera virtud?

Con todo eso, no se atreve Pedro á declararse por discípulo del Salvador; le ciega un temor cobarde; declara que no conoce á este hombre: *Non novi hominem.*¹ Finge ignorar hasta el nombre de su divino Maestro. ¡Cobarde discípulo! Mira que es Jesucristo quien de pescador de peces te hizo pescador de hombres, y que en recompensa de tu barca y de tus redes te constituyó cabeza y ministro principal de su Iglesia: *Non novi hominem*, no le conoce. Mira que es aquel Hijo de Dios vivo á quien confesaste con tanta generosidad y por quien habías afirmado tantas veces que estabas pronto á morir: *Non novi hominem*, no quiere conocerle. Mira que es aquel amoroso dueño que te ha honrado con su mas tierna familiaridad, que te ha admitido á sus mas secretos favores, y que te ha distinguido siempre entre los demás discípulos; finge que hasta el nombre ignora: *Non novi hominem*. Mira que es aquel Señor que te mantuvo sobre las olas, á quien obedecía el mar y los vientos, y á quien viste en el Tabor rodeado de tanta gloria é inmortalidad; no le conoce: *Non novi hominem*. Mira, finalmente, que es aquel Cristo de quien dieron testimonio todos los profetas, aquel Cordero de Dios que te había señalado el Bautista, á quien habian figurado todos los sacri-

¹ Matth. 26. v. 72.

ficios, á quien habian pedido todos vuestros padres, á quien poco tiempo antes llamaban los hombres, unos Elías, otros Juan Bautista ó alguno de los profetas, y á quien tú mismo conociste por hijo y enviado de Dios, en quien solamente se hallaban palabras de vida eterna. Tampoco le conoce: *Non novi hominem*. Olvida sus beneficios, sus milagros, su doctrina. ¡Cómo ciega el respeto humano á un corazón flaco y tímido! y cuando aun tememos á los hombres, ¿qué fidelidad podemos prometer á Jesucristo?

¡Qué flaqueza, católicos! Temer á vista del mundo cuando se obedece á Dios, gloriarse de servir á los reyes de la tierra y avergonzarse de servir á quien sirven los mismos reyes, y de quienes solamente tienen el derecho de reinar. Haber tenido valor para envejecer en el servicio de un mundo miserable, para sufrir sus amarguras, sus inconstancias, sus sujeciones y sus disgustos, y no tener aliento para consagrar públicamente á Jesucristo el resto de una vida mundana, ni para cumplir á vista de los hombres la grandeza de las obligaciones que nos impone y la nobleza de sus máximas. ¡Qué flaqueza al preciarse de sacrificar al mundo, y muchas veces á unos dueños injustos é inconstantes, su reposo, su salud, su conciencia, y no atreverse á sacrificar á Jesucristo los frívolos discursos y vanas censuras del mundo! ¡Oh Dios mio! ¿ha de tener siempre el mundo secuaces declarados de sus pueriles ilusiones, y la sublime sabiduría de vuestra doctrina no ha de hallar mas que discípulos cobardes y tímidos? Flaqueza y temor en los discípulos que les ciega acerca de la verdad de la doctrina de Jesucristo.

En segundo lugar, envidia en los sacerdotes y doctores que los ciega acerca de la verdad de las Escrituras. Estas eran las que les citaba muchas veces Jesucristo, como el

testimonio menos sospechoso de la verdad de su ministerio. Leed las Escrituras, les decia con frecuencia; ellas os darán testimonio de mí.¹ El cetro de Judá en poder de un extranjero no les deja razon de dudar que ya han llegado los tiempos señalados, y que debe por fin parecer el que ha de ser enviado; los ciegos que ven, los cojos que andan, los pobres que evangelizan, y otras infinitas señales de su ministerio, les daban á entender bien claramente que él era de quien habian hablado Isaías y los demás profetas cuando anunciaban á Cristo; pero la envidia que los ciega vence á la verdad que los ilustra; la gran reputacion de Jesucristo y su celo contra su hipocresía, forma en ellos una ceguedad de envidia, que cierra sus ojos para que no vean nada de cuanto deben á la verdad; cuanto mas resplandece la santidad de Jesucristo, mas se empeora y enciende su injusta pasion, y todos sus pasos son como se sigue.

Primeramente *la mala fe*. ¿Qué hemos de hacer, dicen, porque este hombre hace muchos prodigios y le sigue todo el pueblo?² No pueden disimularse á sí mismos la verdad de sus milagros: *Quia hic homo multa signa facit*. Todos convienen en esto; pero esto mismo es lo que les indisponen y los ciega; conocen que su estimacion se disminuye en el pueblo segun se va estableciendo y aumentando la fama de Jesucristo. ¿Pues qué hemos de hacer? dicen: *Quid facimus?* Ciegos y conductores de ciegos, lo que debeis hacer es exclamar con el pueblo que el Señor ha visitado á Israel, y que ha sido suscitado entre vosotros un gran profeta.³ Decirle con el escriba instruido en el reino de los

¹ Joann. 5. v. 39.

² Joann. 11. v. 47.

³ Luc. 7. v. 16.

cielos: Maestro, nosotros sabemos que sois enviado de Dios,¹ porque nadie puede hacer las obras que vos haceis, si no está Dios con él: *Quid facimus?* Lo que habeis de hacer es decir con el ciego de nacimiento: Señor, nosotros creemos que vos sois el Hijo de Dios.² Con la mujer de Tiro: Hijo de David, tened misericordia de nosotros.³ Con el justo Simeon: Ya moriremos en paz, pues han visto nuestros ojos la salud de Dios.⁴ Con los discípulos: ¿A quién nos podremos encaminar en adelante, pues vos tenéis las palabras de vida eterna?⁵ A lo menos, finalmente, con los demonios: Sabemos quién sois, ¡oh Santo Dios!⁶ *Quid facimus?* ¿Qué habeis de hacer? ¡Ah! Tiro y Sidon en donde nunca se han obrado milagros, pudieran decir: ¿qué hemos de hacer? ¿quién nos manifestará la salud prometida á la tierra? Las naciones que tantos siglos antes le deseaban, podrian decir: ¿qué hemos de hacer? Hemos esperado la luz y estamos sumergidos en las tinieblas. Los reyes y profetas que tanto habian deseado el verle, pudieran exclamar: ¿qué hemos de hacer, pues tanto tarda en venir? ¿y quién nos dirá el dia de su llegada? Pero vosotros á quienes se ha manifestado la gracia de Dios nuestro Salvador; vosotros, cuyos ojos han tenido la felicidad de ver lo que tantos profetas habian anunciado, lo que habian deseado tantos justos, lo que habian esperado tantas naciones, lo que tantos siglos antes habia el cielo prometido á la tierra; vosotros, á quienes el Padre celestial manifestó su Hi-

¹ Joann. 3. v. 2.

² Joann. 6. v. 38.

³ Matth. 15. v. 22.

⁴ Luc. 2. v. 29. 30.

⁵ Joann. 6. v. 68.

⁶ Marci. 1. v. 24.

jo querido, ¿qué teníais que hacer mas que escucharle y recibir la salud tanto tiempo antes prometida á vuestros padres?

Y este es el primer paso de una injusta envidia, la mala fe. Disputamos en público á aquellos cuya elevacion miramos con envidia; los talentos y cualidades laudables que en lo interior nos vemos precisados á concederles; aun cuando no podamos dar el colorido de vicios á sus virtudes, siempre hallamos en ellas algo que notar. La misma envidia nos alumbra para que veamos lo mas estimable de ellas y hace que lo despreciemos; quisiéramos que el público se declarase contra ellos, cuando al mismo tiempo nuestra conciencia, mejor instruida, los justifica. De este modo el gusto que tenemos en ver que otros se engañan en el juicio que de ellos hacen, nunca es perfecto, porque no podemos conseguir engañarnos á nosotros mismos.

En segundo lugar *la bajeza*. Buscan ellos mismos ocultamente un falso testimonio contra Jesucristo y no pueden hallarle: *Et querebant falsum testimonium contra Jesum, et non invenerunt.*¹ Si le hubieran buscado verdadero, ¡ah! todo hubiera respondido en favor del inocente. El pueblo hubiera exclamado que Dios nunca dió á los hombres un poder semejante.² Tantos muertos resucitados, tantos enfermos curados hubieran protestado que él es la resurreccion y la vida;³ tantas pecadoras convertidas hubieran publicado que no se puede resistir á las palabras de gracia y de salud que salen de su boca.⁴ Las mismas piedras del templo hubieran gritado á su modo que le consumia el ce-

¹ Matth. 26. v. 59. 60.

² Matth. 9. v. 8.

³ Joann. 11 v. 25.

⁴ Luc. 4. v. 22.

lo de la casa de su Padre.¹ ¡Qué luz si hubieran querido ver! ¿á cuántas verdades es menester cegarse y á cuántas bajezas es preciso reducirse cuando uno se ha entregado ya á esta injusta pasion?

Y este es el segundo paso. Los medios de que se vale la envidia para dañar, siempre son secretos, porque siempre son bajos é infames. Nos solemos gloriarnos de otras pasiones. Un ambicioso se alaba de sus pretensiones y esperanzas, un vengativo pone su gloria en hacer ruidosa su venganza, un lascivo se gloria de sus excesos y desórdenes; pero en la envidia hay no sé qué bajeza que aun á nosotros mismos la ocultamos; es pasion de almas viles, es confesar nosotros mismos, en nuestro interior, nuestra inutilidad; es una ceguera que nos cierra los ojos para que nos arrojemos á las mayores indignidades; de todo somos capaces desde el instante que somos enemigos del mérito y de la inocencia.

En tercer lugar *la dureza*. Aquellos jueces corrompidos entregan al Salvador á la insolencia y al furor de sus criados y ministros, y la envidia, siempre cruel, les hace mirar con un inhumano gusto los oprobios y salivas con que le cubren. El mismo santuario de la justicia y majestad del tribunal en que están sentados, no puede servir de sagrado á un inocente contra las afrentas y ultrajes. ¡Ah! el Arca de Israel estuvo segura aun en el templo de Dagon, y el mismo ídolo cayendo á sus piés, respetó la majestad y la gloria del que residia en ella; y Jesucristo, Arca del nuevo Testamento, es hoy ultrajado aun en medio de su santuario y de sus ministros, y si se postran á sus piés es para insultarle y añadir esta burla á sus dolores é ignominias!

¹ Joann. 2. v. 17.

¡Qué pocas reliquias de humanidad quedan en un corazón que después de haber mirado con envidia y tristeza la prosperidad de su prójimo, ve con alegría y complacencia sus desgracias! Tercer paso de esta injusta pasión, *la dureza*. Esta obstina el corazón y le cierra á todos los pensamientos piadosos y compasivos; miramos con una interior alegría las desgracias y decadencia de nuestros prójimos, no podemos ser felices sino con sus desgracias. En la casa de Amán se respiraba un aire de júbilo y alegría con solo el espectáculo de las desgracias y del suplicio de Mardoqueo. Esta es pasión de un corazón perverso, y no obstante, esto es lo que vemos suceder todos los días, y esta la pasión dominante de las cortes. Esta cruel pasión hace de la sociedad un teatro terrible, en el que solo parece que se juntan los hombres para despedazarse y destruirse, y en donde el abatimiento de unos sirve de triunfo y de victoria á otros. ¡Qué ceguedad para los cristianos, que siempre deben mirarse como hermanos y como herederos de unos mismos bienes y de unas mismas promesas!

Finalmente, en cuarto lugar, *el sacrificio de los intereses de la patria*. No tenemos mas rey que el César, exclaman: *Nos Regem non habemus, nisi Cæsarem.*¹ Los que poco antes se gloriaban de que nunca habian sido vasallos ni esclavos de nadie: *Nemini servivimus unquam,*² que detestaban el yugo de los incircuncisos, que tenian el privilegio de ser el pueblo de Dios y de no tener mas rey ni mas Padre que el Señor; que miraban el cetro de las naciones como una tiranía, y creian que todos los reyes y todos los pueblos habian de venir á ser tributarios de Jerusalem, sa-

1 Joann. 19. v. 15.

2 Joann. 8. v. 33.

crifican esta gloria, estos privilegios que los distinguian de los demás pueblos de la tierra, al cruel gusto de ver perecer á aquel con cuya reputacion les hacia irreconciliables una secreta envidia: *Nos Regem non habemus nisi Cæsarem*. Renuncian á la gloria de ser el reino del Señor, á la esperanza de Israel y á las promesas hechas á sus padres, con tal que perezca el inocente. ¡Oh pasión detestable, cómo naciste en el corazón del hombre! ¿Es posible que os ha de mover menos la ruina del pueblo y de la patria, que el horroroso derecho de veros satisfechos?

Sí, católicos, este es el último paso de la envidia. La religion, el Estado, los intereses públicos, la gloria de la patria, todo se sacrifica á la bajeza de su resentimiento; aborrecemos todo lo que favorece á las personas que nos hace odiosas la envidia; si proponen consejos útiles á los pueblos y al Estado, los despreciamos; si ellos se oponen á los injustos y perniciosos, los abrazamos. Esta ciega pasión se introduce hasta en el santuario de los reyes y en el consejo de los príncipes; separa á los que debia unir el interés comun, el bien público y el amor al príncipe y á la patria; buscan medios de arruinarse á costa de los negocios y necesidades públicas; mil veces han nacido las comunes desgracias de las envidias particulares; se olvida todo lo que se debe á la patria y á sí mismo, y un corazón inficionado con la envidia, nada respeta, por sagrado que sea: tal es la oposicion que la envidia de los sacerdotes pone en su corazón á las promesas y á la verdad de las Escrituras.

En tercer lugar, furiosa la ingratitud pone en el pueblo una oposicion insensata á la verdad de los milagros del Salvador; habiendo sido testigos de tantos prodigios como habia obrado en su presencia, le seguian en tropel con sus discípulos; poco antes le habian tambien acompañado cuan-

do entró triunfante en Jerusalem, haciendo resonar los aires con aclamaciones y alabanzas, y cubriendo el camino con ramos de oliva, como señalando los trofeos al Rey pacífico que venia á traer la paz y la salud á Sion. Con todo eso, este mismo pueblo enfurecido se declara hoy contra Jesucristo, huye de él como de un sedicioso, y pide á Pilatos su muerte. Sea crucificado, exclaman; no queremos que reine sobre nosotros.¹ ¡Qué ingratitude! querian aclamarle por su rey en el desierto cuando les mantenía con un alimento milagroso, y en medio de Jerusalem ya no le conocen y miran su yugo como una injusta servidumbre.

La ingratitude, católicos, es la que forma todas nuestras inconstancias en los caminos de Dios. Movidos algunas veces de su gracia y de los beneficios singulares de que nos ha colmado en particular, proporcionándonos mil sucesos felices para nuestra salvacion, hemos querido hacerle reinar en nuestros corazones; le hemos seguido algun tiempo, hemos estado inclinados al agradecimiento por los cuidados de preferencia y de bondad que ha usado con nosotros; pero el mundo, nuestra flaqueza y las ocasiones que no hemos evitado suficientemente, han borrado muy presto estos afectos de nuestro corazon; nos hemos olvidado de sus beneficios y de nuestras promesas, y como la ingratitude y el abuso de las gracias es la que cierra la fuente de ellas en el seno de Dios, este Señor nos ha entregado á toda la corrupcion de nuestros corazones; nosotros nos hemos declarado abiertamente contra él, no hemos guardado regla en el desorden, y para acabar de sofocar las reliquias de nuestros antiguos pensamientos de virtud, hemos manifestado nueva audacia en la culpa.

¹ Lucæ. 10. v. 14.

Por eso, católicos, la inconstancia en los caminos de la salvacion es el mayor obstáculo que halla la gracia que vencer en nuestros corazones; no perseveramos los mismos ni un solo instante; tan presto nos sentimos movidos de Dios, como embriagados del mundo; tan presto formando proyectos de retiro como de ambicion; tan presto cansados de los deleites, como experimentando que nace en nosotros un nuevo gusto á ellos; cada instante huye de nosotros nuestro corazon, no hay cosa que le detenga ni que le fije, nuestra inconstancia es molesta aun para nosotros mismos. Quisiéramos poder fijar nuestro corazon y hacer que tomase una consistencia permanente en el vicio ó en la virtud, y el primer objeto se apodera de él y le lleva tras de sí; vivimos en una continua variacion, sin regla, sin máximas seguras y sin principios, no pudiendo fiarnos de nosotros mismos, ni aun por un instante, tomando por reglas de nuestra conducta las desigualdades del génio y de la imaginacion.

Y esto es lo que nos hace tan poco proporcionados para la verdad y la virtud; la virtud pide una vida uniforme, y sacrifica continuamente las inconstancias de una imaginacion ligera y variable al orden y á la obligacion, y aunque es verdad que nos cansamos de nuestra propia inconstancia, nos cansa mucho mas la uniformidad de la virtud; una vida siempre la misma, siempre sujeta á las mismas leyes, siempre sumisa á las mismas reglas, siempre oprimida con las mismas obligaciones, nos desanima y molesta. ¡Ah! si para ser santo no se necesitara mas que una accion heroica de virtud, un sacrificio grande, un paso generoso, poco les costaria á los hombres. En nosotros hallamos bastante resolucion para violentarnos por un instante; entonces parece que se reunen todas las fuerzas del alma, y la cor-

ta duracion del combate mitiga y alivia el dolor; pero lo que cansa en la virtud es que hecho un sacrificio se presenta otro que hacer, que vencida una pasion renace inmediatamente otra, y necesitamos de nuevos esfuerzos para vencerla. Hoy se halla Pedro con valor para sacar la espada y defender á su Maestro contra los sacrilegos que le insultan; pero luego que vuelve la tentacion se desanima y cae. Es cosa fácil el ser valiente y heróico en ciertos instantes; lo que cuesta trabajo es el permanecer siempre constante y fiel; ceguedad de ingratitud y de inconstancia en el pueblo que resiste á la verdad de los milagros del Salvador.

En cuarto lugar. Ceguedad de ambicion en Pilatos, que resiste á la verdad de su inocencia.

Fué llevado el Salvador del mundo á la presencia de este magistrado infiel. En todo veia Pilatos las pruebas de su inocencia; él mismo confiesa que no halla que este hombre sea digno de muerte; amenázante con el César: *Non es amicus Caesaris.*¹ Y ved aquí los obstáculos que una ambicion cobarde pone en su corazon á la verdad que él conoce y que él no puede ocultarse á sí mismo.

Primeramente, un obstáculo de disimulo y de mala fe. No pudiendo menos de conocer la inocencia del Salvador, de la que su silencio, sus respuestas, las acusaciones de los judíos, los sueños de su mujer, todo, en fin, daba testimonio, y por otra parte, no queriendo ponerse á peligro de excitar una sedicion en Jerusalem que pudiera desagradar al César y ocasionarle su desgracia, propone arbitrios para salvar á Jesucristo, quiere valerse de la ocasion de la Pascua, en la que era costumbre conceder al pueblo la vida de

¹ Joann. 19. v. 12.

un reo, y de este modo le da á entender, contra el dictámen de su conciencia, que Jesus Nazareno necesita de gracia, y que es digno de muerte si los votos del pueblo no le aplican el perdon, concedido siempre al tiempo de la Pascua.

Primer obstáculo que pone la ambicion en un corazon; hace que seamos falsos, cobardes y tímidos cuando tenemos que defender los intereses de la justicia y de la verdad; siempre tememos el desagradar; queremos conciliarlo y componerlo todo; nos hallamos incapaces de rectitud y de candor, de aquella nobleza de alma que inspira el amor de la equidad, y la que sola constituye los grandes hombres, los buenos vasallos, los ministros fieles, los magistrados ilustres y los héroes cristianos; ponemos en paralelo á Jesucristo y Barrabás, dispuestos siempre á sacrificar cualquiera de los dos, segun lo pide el tiempo y las ocasiones; por eso no se puede contar con un corazon en quien la ambicion domina; no hay en él cosa segura, fija ni grande; no camina sobre máximas, principios y dictámenes seguros; toma todas las formas, se dobla siempre al gusto de las pasiones ajenas; dice continuamente como Pilatos: *¿Quem vultis vobis de duobus dimitti?*¹ ¿A cuál de los dos quereis que dé libertad ó que condene? Dispuesto igualmente á todo, segun el favor del viento, ó á defender la equidad ó á proteger la injusticia. Por mas que quieran decir que la ambicion es pasion de almas grandes, lo cierto es que nadie es grande sino por el amor á la verdad y cuando solo intenta agradar con ella.

En segun lugar, un obstáculo de aborrecimiento á la verdad que hace que ésta nos sea molesta; la preferencia que

¹ Matth. 27. v. 21.

los judíos dan á Barrabás respecto de Jesucristo, turba á Pilatos. ¿Qué he de hacer, pues, de Jesus, á quien llaman Cristo?¹ les decía; el Salvador le sirve de estorbo, su inocencia le pesa, quisiera que los judíos tratasen ellos solos este negocio: *Tollite eum vos, et secundum legem vestram judicate.*² La causa del inocente les es odiosa.

Segundo obstáculo que pone la ambicion en un corazon; hace que nos sea odiosa la justicia y la verdad. La causa justa nos embaraza, quisiéramos que aquellos á quienes es preciso perder por agradar, fuesen siempre culpados; tenemos por desgracia el estar encargados de su causa, y buscamos medios para deshacernos de ella, y en vez de abrazar con gusto la ocasion de amparar con nuestro ministerio al inocente, huimos la gloria de una accion heroica como debiéramos huir la infamia de una vileza.

En tercer lugar, un obstáculo de hipocresía que hace que aun la misma verdad sirva á los fines de la ambicion. Habiendo sabido Pilatos que Jesus era galileo, le envia á Herodes con pretexto de que obedeciendo Galilea á este príncipe, le pertenecía á él juzgar la causa de Jesucristo. No da Pilatos este paso con el fin de conservar la vida á un inocente, sino por recobrar la amistad de Herodes, que habia perdido. Hace servir á Jesucristo para sus fines y se aprovecha de él para su propia utilidad.

Tercer obstáculo. Un corazon ambicioso dista tanto mas de la verdad, quanto mas ostenta amarla y seguirla; este es el vicio de que se forman todas las falsas virtudes, y aun en un reinado en que la virtud es el camino seguro para conseguir los favores y las gracias, hay quien como

1 Matth. v. 22.

2 Joann. 18. v. 31.

Pilatos se valga de Jesucristo para adquirir la estimacion del príncipe. Despues de haber tentado todos los caminos, este es el último recurso que inspira la ambicion; se vale de lo mas santo y sagrado bajo las apariencias de celo y de virtud. ¡Qué desgracia el llegar uno á estar tan depravado que se valga aun del mismo Jesucristo para perderse, para formar de la virtud el camino de las pasiones y el fomento del vicio, para emplear la religion en favorecer los deseos del siglo que ella condena, para mudar aun los mismos socorros de la piedad en motivos de concupiscencia, y las armas mismas de la verdad en instrumentos de engaño y de mentira! ¡Qué poca esperanza de su salvacion debe tener una alma que puede abusar del don de Dios, y no valerse de Jesucristo, juez y enemigo del mundo, mas que para emplearle en conseguir los honores y la estimacion del mismo mundo!

Finalmente, último obstáculo. Un obstáculo de falsa conciencia, la que hace que aun cuando sacrificamos la verdad á los intereses humanos, nos parezca que nada tenemos que reprendernos. Viendo Pilatos que sus dilaciones y arbitrios solo servian de indisponer y encender mas y mas el furor de los judíos, entrega por último el Salvador á su venganza: *Tradidit voluntati eorum;*¹ pero al mismo tiempo lava sus manos; consiente en que muera y declara que él no es responsable de la muerte de este justo: *Innocens ego sum á sanguine Justí hujus.*²

Ultimo obstáculo que opone la ambicion á la verdad. Nos formamos una falsa conciencia acerca de la mayor parte de las acciones mas opuestas á la obligacion á la regla; nos

1 Luc. 23. v. 25.

2 Math. 27. v. 24.

persuadimos á que la necesidad, las ocasiones, los intereses públicos, la razon de Estado, el bien parecer, la obligacion de los empleos, haciendo como inevitables ciertas trasgresiones, las hacen al mismo tiempo inocentes. Por eso tenemos por necesarias las condescendencias de que usamos contra nuestra conciencia y obligacion, siempre que las juzgamos útiles; siempre tienen alguna cara por donde solo nos presentan las exterioridades de la sabiduría y de la prudencia, cuanto sirve para nuestros proyectos desde luego nos parece inocente: *Innocens ego sum.*

De este modo la ambicion, este vicio que forma tantos rencores, envidias, ruindades é injusticias; este vicio que se introduce hasta en nuestras virtudes y del que apenas se ven libres los mas justos; este vicio que inficiona todas las cortes y que es como el alma y el principio que da movimiento á todo; este vicio, vuelvo á decir, es acerca del que no tenemos remordimientos y el que nunca cuidamos de manifestar en el tribunal de la penitencia; los felices sucesos de la ambicion nos aseguran contra la injusticia de sus caminos, y basta el haber sido feliz para persuadirse á no haber sido culpable.

Dije, por último, una ceguedad de impiedad en Herodes, que se burla del reino de Jesucristo. El no puede disimularse á sí mismo que es el usurpador del trono de David y extranjero en la herencia de Sion. Los temores de su predecesor acerca del nacimiento de un nuevo Rey de los judíos á quien vinieron á adorar los Magos, no eran tan antiguos ni estaban tan olvidados, y aun habian sido notados con señales tan públicas y sangrientas, que no podia menos de tener noticia de ellas; pero el impío siempre trata á la verdad de credulidad y supersticion, y en Herodes produce:

Primeramente un movimiento de curiosidad. Deseaba ver á este hombre cuya fama publicaba cosas tan maravillosas; prometíase que él mismo habia de ser testigo y ver alguno de aquellos prodigios que habia obrado el Salvador en la Judea: *Sperabat signum aliquod videre ab eo fieri.*¹ No busca instrucciones, solo quiere la diversion de un espectáculo; hace mil inútiles preguntas á Jesucristo acerca de su doctrina y ministerio: *Interrogabat autem eum multis sermonibus;*² pero no era con el fin de conocer la verdad, sino para burlarse de él y obstinarse en su incredulidad; modo de proceder muy comun de los impíos. Quisiéramos ver milagros para creer; no damos fe á la voz de todos los siglos y de todos los pueblos que publican los extraordinarios prodigios á los que debe la Iglesia su nacimiento y sus aumentos; no queremos conocer que la admision del Evangelio y su subsistencia en el universo es el mayor de los milagros que pudo Dios obrar en la tierra; queremos ser cristianos por los sentidos y no podemos serlo sino por la fe; quisiéramos ver, como Herodes, hombres célebres por la singularidad de sus talentos y por una fama pública de su celo y virtud; pero no para instruirnos, sino para proponer como Herodes infinitas dudas y cuestiones vanas y frívolas: *Interrogabat autem eum multis sermonibus.* Nos preciamos de dificultar acerca de la comun creencia, gustamos de filosofar acerca de la verdad, pero no buscamos la verdad, y hablamos siempre de la religion sin tenerla: *Interrogabat autem eum multis sermonibus.*

Los que preguntaban á Jesucristo con deseos de aprender, se contentaban con decirle: Maestro, ¿qué hemos de

1 Luc. 21. v. 8.

2 Ibid. v. 9.

hacer para conseguir la vida eterna? Y empezando primero por las obligaciones, iban á buscar el remedio de sus mas peligrosos males; querian que primeramente les enseñase á vencer sus pasiones, á ejercitarse en los preceptos de la ley y á hallar el camino que conduce á la vida: *Quid faciendo vitam eternam possidebo?*¹ Querian llegar á la verdad por el camino de los preceptos y no dudar de la verdad para eximirse de ellos. Al contrario estos; no tienen mas fin en sus cuestiones y dudas que el decirse á sí mismos que por último en nada hay certidumbre, que no hallan respuesta que los satisfaga, y el tener atrevimiento para dudar de la verdad es para ellos una prueba decisiva contra ella. De este modo, ¡oh Dios mío! vuestra divina justicia castiga la soberbia de la flaca razon, entregándola á sus propias tinieblas.

Junta Herodes la burla con la curiosidad, y no habiendo podido sacar á Jesucristo ni una sola palabra, le desprecia, y toda la corte sigue su ejemplo: *Sprevit autem illum Herodes, cum exercitu suo.*² El silencio del Salvador, su modestia, su paciencia en las afrentas que padece, su humildad que le hace ocultar su divina sabiduría y sus admirables obras delante de Herodes, todo esto que para con este príncipe debiera haber servido de prueba auténtica de la santidad de Jesucristo, solo sirve de hacerle que sea tenido por un hombre de poco talento y menos juicio. Pónenle una vestidura blanca como á un loco, y le vuelven á enviar á Pilatos: *Et illisit indutum veste alba.*³ De este modo, católicos, trata continuamente el mundo, principal-

1 Luc. 10. v. 25.

2 Luc. 23. v. 11.

3 Ibid.

mente en las cortes de los reyes, á Jesucristo en sus siervos. Si los justos se abstienen de ciertos deleites, si callan en ciertas conversaciones, si no se conforman con ciertas costumbres, si forman escrúpulo de ciertos abusos autorizados con el comun ejemplo, en vez de admirar en ellos la fuerza de la gracia y la grandeza de la fe que puede resistir al torrente de placeres y malos ejemplos; se trata á su piedad y á la magnanimidad de su virtud, de flaqueza de espíritu; se les mira como á hombres ociosos y para poco, sin ideas grandes ni valor, é incapaces de seguir mas ilustres caminos; nos parece que debe dejarse cierto género de devoción para aquellos que por la cortedad de sus talentos no pueden emplearse en obras mas sublimes; nos preciamos de no parecernos á ellos, la demasiada estimación que hacemos de nosotros mismos nos hace creer que debemos reducirnos solo á cumplir con las sublimes obligaciones de la religion. Nos persuadimos á que hemos nacido para cosas mayores que para servir á Dios, para salvar nuestra alma, para merecer un reino inmortal, para ser recibidos en aquella eterna ciudad en donde todos los ciudadanos serán reyes, y en donde destruída toda grandeza, gozarán solos de la inmortalidad y la gloria.

¡Mundo profano! Siempre despreciarás á Jesucristo, porque Jesucristo siempre te condena; te parecerá siempre su cruz una locura porque confunde siempre tu falsa sabiduría. ¡Mundo reprobado! Siempre separarás de tí á Jesucristo, porque el mismo Jesucristo te ha separado siempre de su herencia; siempre tendrás por locos á sus discípulos porque su conducta te da continuamente á conocer que tú eres el verdadero loco. ¡Mundo miserable! Tú entregarás siempre á Jesucristo, porque Jesucristo te estorba é incomoda. Sacrificarás siempre la conciencia y la obligacion

á unos intereses viles y bajos, porque no conoces á Dios y porque nunca tendrás mas divinidad que una fortuna de barro, la que te cuesta mucho y nunca puede llenar tus deseos ni tus esperanzas. ¡Mundo injusto! Tú siempre perseguirás á Jesucristo, porque Jesucristo no viene mas que á destruir tu imperio; siempre te será sospechosa la inocencia, la virtud y la rectitud de sus siervos, porque siempre te será importante el persuadirte que la virtud no es mas que un fingimiento y que los mas justos son semejantes á tí. ¡Mundo insensato! Tú te avergonzarás siempre de Jesucristo, te avergonzarás siempre de la piedad como de una flaqueza, porque siempre preferirás la gloria de los hombres á la de Dios; nunca te libertará la verdad, porque siempre la retendrás en la injusticia, y en medio de tí hallará siempre Jesucristo, como hoy en Jerusalem, una ceguedad de respeto humano que resistirá á la verdad de su doctrina; una ceguedad de envidia que resistirá á la verdad de las Escrituras; una ceguedad de ligereza y de ingratitud que resistirá á la verdad de sus milagros, una ceguedad de ambicion que resistirá á la verdad de su inocencia; finalmente, una ceguedad de impiedad, que resistirá á la verdad de su imperio. De este modo manifiesta hoy el mundo su oposicion á la verdad, condenando á Jesucristo; resta el ver cómo Jesucristo en la cruz es hoy el gran testigo de la verdad para condenar al mundo con ella.

SEGUNDA PARTE.

La muerte de Jesucristo es el gran testimonio de la verdad contra los errores y preocupaciones de las pasiones humanas, y hoy es propiamente cuando el Padre constituye á su Hijo, como se lee en Isaías, testigo de la verdad, para condenar al mundo que la desprecia: *Ecce testem populis dedi eum.*¹

Ya hemos visto cómo despreciando hoy el mundo á Jesucristo se ciega acerca de la verdad de las Escrituras que dan testimonio de él, acerca de la verdad de su doctrina que tantas veces se le habia anunciado, acerca de la verdad de sus milagros de los que habia sido testigo, acerca de la verdad de su inocencia, de la que estaba convencido, y finalmente, acerca de la verdad de su imperio estableciendo su poder y conquistando al mundo con la cruz. Por esto solo vino al mundo, para dar testimonio á la verdad: *Ego in hoc natus sum, et ad hoc veni in mundum, ut testimonium perhibeam veritati.*²

En primer lugar, á la verdad de las Escrituras cumpliéndolas con su muerte. Sí, católicos, la muerte de Jesucristo es hoy la prueba convincente de la verdad de las Escrituras. Ella sola justifica las profecías, manifiesta las predicciones, ilumina las oscuridades, explica las figuras y es la sagrada llave que abre los siete sellos de aquel libro cerrado. Sin la explicacion de este gran sacrificio, los libros santos serian incomprensibles, las tinieblas de las profe-

¹ Isai. 55. v. 4.

² Joan. 18. v. 37.

cías serian impenetrables, las menudencias del culto y ceremonias de la ley parecerian pueriles, y una oscura noche cubria este divino libro; pero la muerte de Jesucristo derrama en él una nueva claridad por medio de este misterio, preordinado antes de todos los siglos; en todas sus figuras se ve lo figurado, se descubre el espíritu de todas sus ceremonias, se penetra el sentido de todas sus profecías, se conoce la verdad y la divinidad de nuestros libros santos; aquí está aquel Cordero muerto desde el principio del mundo, aquel Abel que muere á los golpes de una indigna envidia, aquel Isaac obedeciendo hasta la muerte y pronto á ser sacrificado en el santo monte, aquel José entregado por sus propios hermanos y hecho salvador de Egipto, aquel Job hombre de dolores, mereciendo por su paciencia y por sus trabajos volver á la posesion de sus riquezas y fortuna, aquel David arrojado de Jerusalem subiendo al monte cubierto de vergüenza y de ignominia, acompañado de las maldiciones y burlas de su pueblo que le ultraja é insulta, aquel Jonás sepultado por tres dias en el seno del abismo y resucitado para salvar á Nínive. Finalmente, desde el principio del mundo parece que solo cuidó Dios de disponer á los hombres para este sangriento misterio, y de representarle á lo lejos en los libros santos con símbolos y figuras. La alianza de Siná, confirmada con la sangre, nos anunciaba que la sangre de Jesucristo ratificaria la nueva alianza que debía el Señor contraer con los hombres. La amargura de las aguas de Mará dulcificadas con el misterioso leño, nos figuraba la corrupcion de las naciones purificada con el sagrado leño de la cruz. La serpiente de metal elevada y sirviendo de remedio á las heridas del pueblo, no era mas que un símbolo de Jesucristo elevado en la cruz y hecho el remedio de nuestras heridas

y manchas. Finalmente, se halla que hasta las menores circunstancias de la muerte de Jesucristo, todo está pronosticado en los libros santos y anunciado á los hombres desde el principio; la hiel que en su sed habian de darle, las salivas con que le cubren, los clavos que atraviesan sus manos y sus sagrados piés, la suerte que divide sus vestidos, la perfidia del discípulo que le entrega, y apóstata de su apostolado, los dos malhechores en medio de los cuales espira, la lanza que abre su costado, sus huesos que no fueron rotos, y el fuerte clamor que dirige á su Padre. De modo que las profecías parecen una historia clara y anticipada de los dolores y oprobios de la cruz.

De este modo la muerte de Jesucristo todo lo confirma, como dice el apóstol, todo lo completa y todo lo justifica. Por eso este misterio que altera la razon, que es locura para el gentil y escándalo para el judío, es no obstante la prueba de nuestra fe, la certidumbre de nuestros santos libros y la confusion de la incredulidad; por eso era preciso que Jesucristo padeciese y muriese, para que se cumpliesen las Escrituras, para que los pueblos, testigos de su cumplimiento, se sujetasen á su autoridad; para que este divino libro se esparciese entre todas las naciones y fuese hasta el fin de los siglos la prenda de nuestra fe, el fundamento de nuestras esperanzas, la regla infalible de nuestro culto, la misteriosa roca contra la cual vienen á romperse todos los esfuerzos de la soberbia humana y toda la violencia de las supersticiones y sectas, y finalmente, el eterno monumento de las misericordias del Señor para con los hombres. ¡Qué grandeza no hay en la bajeza de nuestros misterios! Por eso, ¡oh Dios mio! vos siempre habeis querido confundir la soberbia de la razon y burlaros de la vana ciencia de los hombres, ocultando la sabiduría y gran-

deza de vuestros caminos bajo las apariencias de vileza y de locura, guiándonos á la verdad por la humildad y ofuscando las flacas luces de una vana razon para iluminar sus tinieblas. Primer testimonio que da hoy Jesucristo á la verdad de las Escrituras, cumpliéndolas con su muerte.

En segundo lugar, da testimonio á la verdad de su doctrina confirmándola con sus oprobios y trabajos. Habíanos enseñado que eran bienaventurados los que padecen, y que la violencia que el hombre se hace á sí mismo era el único recurso para la salvacion; toda su doctrina parecia reducirse á humillar el espíritu y mortificar los sentidos. Ningun filósofo hasta él habia enseñado á los hombres que era necesario caminar á la felicidad por las humillaciones y por los trabajos; este era el secreto del reino de los cielos, ignorado hasta entonces de los hijos del siglo. Era, pues, preciso que confirmase con su ejemplo la novedad de sus preceptos, que no se pareciese á aquellos sábios aparentes que le habian precedido, los que al mismo tiempo que con mucho fausto predicaban el desprecio, gustaban de gozar de todo, y que los abatimientos y dolores de su muerte fuesen el gran testimonio de la verdad de su doctrina.

Dije los dolores de su muerte; ¡y qué dolores! La hiel y el ajeajo que le dan á beber, la infeccion de las salivas con que cubren su adorable rostro, los azotes que desgarran su sagrado cuerpo, las bárbaras bofetadas que dejan cárdeno su venerable rostro, la corona de espinas que le penetran, el peso de la cruz que le oprime, los clavos que en ella le fijan, los inhumanos esfuerzos con que le crucifican. ¡Qué dolores! Su alma afligida con el horror de nuestros delitos, su corazon contristado con la inutilidad de sus trabajos, su amor consumido con la ingratitud de su pueblo y con las desgracias que han de venir sobre aquella

nacion tan amada. Este es el gran misterio que hoy se nos manifiesta desde lo alto del monte santo, y la respuesta decisiva á todos los vanos pretextos.

Porque, católicos, ¿qué puede oponer nuestra impenitencia á este grande ejemplar? ¿acaso nuestra inocencia? ¿una vida regular, libre de ciertos excesos, y que parece nos dispensa de aquella vida de lágrimas y de mortificacion que se cree estar solamente destinada para castigar los grandes delitos? Pero Jesucristo, santo, inocente, separado de los pecadores, cumple su ministerio con los trabajos, obra nuestra salvacion con la cruz, se hace hombre para ser el hombre de dolores. ¿No bastará, pues, el ser su discípulo para no poderse excusar de seguir sus pasos?

¿Qué mas podreis alegar? ¿vuestra inocencia? ¡Gran Dios! vos nos conoceis, vos habeis contado nuestros pasos desde el seno de nuestras madres, habeis seguido los mas secretos caminos de nuestras pasiones, habeis previsto nuestras caidas aun antes de que cayésemos; nuestras primeras costumbres y nuestros últimos caminos, todo está igualmente presente á vuestra vista: *Tu cognovisti omnia, novissima et antiqua.*¹ Y vos sabeis, ¡oh gran Dios! la vida que algun dia hemos de presentar ante vuestra justicia cuando se corra el velo y cuando esta fantasma de virtud que nos engaña, caiga y se desvanezca delante de la luz y resplandor terrible de vuestros juicios y de vuestra justicia.

¿Qué mas? ¡el grado y elevacion en que nos hizo nacer la Providencia? Pero Jesucristo, descendiente de tantos reyes, Rey inmortal de los siglos, ¿buscó acaso en la grandeza de

¹ Psalm. 138. v. 5.

sus títulos razones que le dispensasen de la cruz y de la violencia? Al contrario, quiere padecer con todas las señales de su grandeza, con su cetro, su púrpura y su corona, como para enseñarnos que la penitencia es aun mas necesaria á los grandes que á los pueblos, porque tienen mas pecados que llorar, mas pasiones que vencer, mas escándalos que reparar, mas culpas que expiar; porque las mismas señales de su grandeza no son mas que principios é instrumentos de sus trabajos, y el privilegio de su estado no es para que gocen de mas placeres, sino para que tengan mas que sacrificar que el comun de los fieles.

¿Qué mas? ¿la flaqueza de la salud y debilidad del temperamento? Pero el cuerpo de Jesucristo, formado por el Espíritu Santo y el mas sensible al dolor que jamás hubo en la tierra, es atormentado y hecho pedazos por nuestro remedio; además de esto, ¿qué debilidad de temperamento es esa que tiene tanta fortaleza para sufrir la fatiga de las pasiones y para correr por los caminos de la iniquidad, que solo es débil y le falta el valor cuando es preciso ir á Dios y dar un solo paso en los caminos de la justicia?

¿Qué mas? ¿la bondad de Dios, que no es un Señor tan cruel y que nos ama demasiado para pedirnos que nos hagamos infelices por agradarle? ¿pero acaso nos ama mas de lo que amaba á su Hijo unigénito, y en quien solo somos nosotros dignos de su amor? Y con todo eso, ¿qué cáliz le mandó beber! ¿por qué tribulaciones le hizo pasar! Si el justo es tratado con tanto rigor, ¿reservará acaso toda su compasion para el delincuente?

¿Qué mas, finalmente? ¿los rigores y las dificultades de la penitencia? Pero, católicos, comparemos la violencia que nos impone la religion con los trabajos de Jesucristo, y ved si hay proporcion en este paralelo. ¡Ah! nuestras

violencias consisten mas en privarnos de algunos placeres que en sufrir algun trabajo, en arrancar algunas superfluidades que en imponernos privaciones dolorosas; en no conceder á los sentidos todo lo que piden que en mortificarlos; y aun estas leves privaciones ¿por cuántos caminos se suavizan? Con la grandeza que nos rodea, la abundancia que nos sigue, la elevacion que nos lisonjea, la magnificencia que nos ensalza, y con todas las comodidades con que nacimos, ¿qué es lo que padecemos, católicos? Si no padecemos, ¿qué derecho podemos alegar á las promesas, que solo están hechas á los que padecen? Segundo testimonio que Jesucristo en la cruz da á la verdad de su doctrina, confirmándola con sus abatimientos y trabajos.

En tercer lugar, da en la cruz testimonio á la verdad de sus milagros renovándolos. No tanto confirma hoy su poder y da testimonio á la verdad de todos sus milagros abriendo los sepulcros, rompiendo los peñascos, oscureciendo el sol y cubriendo toda la tierra de tinieblas, como convirtiendo á un malhechor que espira á su lado, mudando el corazon del mismo Centurion que preside á su suplicio, y obligándole á confesar públicamente su divinidad, moviendo á los que miraban su muerte y obligándolos á volverse hiriendo sus pechos y derramando lágrimas de compuncion y penitencia: *Et revertebantur percutientes pectora sua.*¹ Este es el mayor milagro de la muerte de Jesucristo, la conversion de los grandes pecadores; y notad en la calidad de los pecadores que convierte desde la cruz, la grandeza de su poder en su flaqueza.

El primero es un malhechor que está espirando, el que hasta entonces habia vivido sin Dios en este mundo, que

¹ Luc. 23. v. 48.

no habia llevado mas disposiciones para morir que los horrores de la mas perversa vida. No obstante, este gran pecador, en aquel instante último en que casi siempre es desesperada la conversion, en el que las señales que se dan de arrepentimiento mas son por el castigo que se teme que por los delitos que se detestan; en que está el pecador asustado, pero casi nunca mudado su corazon; en aquel último instante en que Dios, despreciado hasta entonces, desprecia tambien y se retira; en que está llena la medida, en que ordinariamente se niega la gracia del arrepentimiento; en aquel último instante en que el pecador está ya juzgado y en el que el susto de su muerte es por lo comun el justo castigo de la impenitencia y desorden de toda su vida; en aquel último instante este feliz pecador halla la gracia y la salud, y luego que llega á él la sangre de Jesucristo que corre desde la cruz, purifica en un instante todas las manchas de su vida; reconoce la gloria y la divinidad de su Salvador, aunque le ve cargado de oprobios; despues de una vida llena de pecados, recibe al tiempo de morir, de la boca del mismo Jesucristo, la seguridad del perdon, y el último momento en que espira es el preciso de su eterna salud.

Este, católicos, es el gran milagro de la muerte de Jesucristo, la conversion de un pecador que está para espirar. Con todo eso, no hay pecador que no espere este mismo prodigio en su última hora. Locura parece el esperar que se vuelva á eclipsar el sol, á abrirse los sepulcros, resucitar los muertos, rasgarse el velo del templo, y el que todos los milagros que entonces sucedieron se renueven ahora; ¿pues qué locura no será el esperar el milagro de la conversion de un pecador que agoniza, milagro mayor que todos los que sucedieron en el Calvario? Era preciso que este grande sacrificio, anunciado en todos los siglos y tan ne-

cesario al género humano, fuese señalado con circunstancias únicas é inauditas hasta entonces; que en él todo fuese singular, que todo con su novedad diese testimonio á la gloria y divinidad del Hijo del hombre. Pero Jesucristo muerto una vez no vuelve á morir mas, dice el apóstol; ya no se abren los peñascos, no resucitan mas los muertos, la tierra no se cubre de tinieblas, el velo del templo no se rompe, ni los pecadores que agonizan se convierten. Las conversiones en la hora de la muerte solo tienen en su favor este ejemplar y este prodigio.

El segundo pecador cuya conversion obra Jesucristo en la cruz, es un pecador incrédulo, un centurion gentil que hasta entonces habia mirado á Jesucristo con desprecio y habia tenido su doctrina por impostura. Con todo eso, la incredulidad, que cierra el corazon á todas las gracias, que hace inútiles todos los socorros de la religion y muda en veneno aun los mismos remedios, la incredulidad es hoy el triunfo de Jesucristo cuando muere. Este centurion, movido de las maravillas de su muerte, llega al conocimiento de la verdad, no pidiendo milagros como algunos de los circunstantes, sino considerando en Jesucristo su poder en sus oprobios, su agrado para con sus enemigos, su paciencia y majestad en los tormentos, su amor á los hombres, la inocencia de sus costumbres y la santidad y divinidad de sus máximas. Este es el gran milagro que le mueve; conoce que si fuera impostor no se hubiera valido de un medio tan penoso y violento para engañar á los hombres, sino que hubiera lisonjeado sus pasiones ó su soberbia; que les hubiera propuesto como otros filósofos, una doctrina agradable á los sentidos ó halagueña para el entendimiento y para la curiosidad; pero que por medio de la cruz nadie sino el Hijo de Dios podia formarse discípulos, ganar á

los hombres no prometiéndoles mas que persecuciones y trabajos, prohibiéndoles todos los deleites y no prometiéndoles acá en la tierra mas recompensa de su amor á su doctrina, que las lágrimas, la cruz y las violencias, y que solamente el dueño de los corazones podia intentar el ganar á todos los hombres con una ley severa y de abatimiento, que á todos los habia de poner en arma y venir á establecer un nuevo culto por los caminos mas propios para trastornarle y extinguirle: *Vere Filius Dei erat iste.*¹

Finalmente, el tercer género de pecadores que convierte Jesucristo desde la cruz, es una multitud de circunstantes á quienes solo la curiosidad habia llevado al Calvario; libres de las pasiones que animaban á los escribas y fariseos, no oponian á la gracia mas obstáculo que una culpable indiferencia en orden á su salvacion, casi siempre mas difícil de vencer que las mas delincuentes pasiones; movidos del espectáculo de los trabajos del Salvador y de las abundantes gracias que corren con su sangre, sienten mudarse repentinamente su corazon y que se rompe con un santo dolor: *Et revertebantur percutientes pectora sua.*²

No sé si me atreva á decir, católicos, que en las circunstancias de estos tres géneros de pecadores se halla la imagen de los que hoy asisten al templo á oír la historia y ver el espectáculo de los trabajos del Salvador. Unos son pecadores escandalosos y cargados de culpas como los dos facinerosos que ponen en la cruz al lado de Jesucristo, que solo vienen hoy al Calvario y á este santo espectáculo renovado en nuestros templos como á un suplicio; que miran

1 Luc. 23. v. 48.

2 Matth. 27. v. 54.

estos santos dias, estos dias felices que consagra la Iglesia á los misterios dolorosos de Jesucristo, y en los que se suspende la libertad de los públicos placeres, como un yugo odioso que les impone una religion vana; que murmuran y cuentan todos los instantes como si ellos mismos estuvieran sobre la cruz; otros son pecadores incrédulos y que como el centurion solo asisten á este espectáculo de la religion por cumplir con las obligaciones de su empleo y el bien parecer de su estado, por no faltar á lo que el mismo mundo les pide; pero interiormente miran la cruz como una locura, y acaso insultan á los trabajos de Jesucristo y á la piedad y luto público de los fieles. Finalmente, otros son pecadores mundanos y ociosos, á quienes solamente la curiosidad trae á oír la relacion de la muerte del Salvador; que no vienen ni con fe, ni con compuncion, ni con deseo de mas santa vida; que siguen la multitud y solo vienen al Calvario movidos de la curiosidad, porque corre hácia allá el tropel y porque el mismo mundo los lleva consigo.

Renovad, pues, hoy en ellos, ¡oh Salvador mio! los milagros del Calvario; el instante en que espirais es el instante de las gracias y de las misericordias. De vuestro costado abierto salen arroyos de bendiciones capaces de purificar las almas mas manchadas y rebeldes; todo les es favorable á los pecadores á los piés de vuestra cruz, vuestras manos estendidas para recibirlos, vuestro corazon abierto y dispuesto á perdonarlos; la sed extrema que teneis de su salvacion y el fuerte clamor que en su favor enviáis hácia el trono de vuestro Padre; hoy, Dios mio, es el dia de vuestras misericordias; enviad desde lo alto de ese sagrado leño algunas poderosas miradas sobre los pecadores que están presentes, y consagrad la memoria de este gran dia con algunas de aquellas prodigiosas conversiones que dan á conocer la vir-

tud de vuestra sangre y la perpetuidad de vuestro sacrificio. Tercer testimonio que Jesucristo en la cruz da á la verdad de sus milagros renovándolos.

En cuarto lugar, da testimonio á la verdad de su inocencia y santidad rogando por sus enemigos; en efecto, católicos, la señal menos equívoca de santidad es el amar á aquellos que nos ultrajan, rogar por la salud de aquellos que quieren perdernos, y llenar de beneficios á los que nos cargan de maldiciones y oprobios. Este es, pues, el gran testimonio que hoy da Jesucristo á su inocencia; muere por los que le crucifican, muere pidiendo á su Padre que perdone á sus enemigos. No desprecia su furor y sus ultrajes, porque esto hubiera sido padecer como filósofo; no les echa en cara sus beneficios y su ingratitude, porque esto hubiera sido padecer como un hombre flaco; no les amenaza con su poder, porque esto hubiera sido padecer como un hombre vano; no se consuela con la esperanza de su castigo, porque esto hubiera sido padecer como un hombre resentido y agraviado; ni aun se queja del exceso de su barbaridad, porque esto hubiera sido padecer como un hombre vulgar; ruega por ellos, solo piensa en su salud, y parece que en este último instante se olvida de sus mas fieles discípulos, sin pedir para ellos á su Padre cosa alguna, pensando solo en sus enemigos, sin rogar ni hablar sino en favor de éstos; solamente pide á su Padre gracias para ellos: esto sí que es padecer como hombre-Dios; ellos le maldicen y él los bendice; ellos piden su muerte y él pide su perdon; ellos quieren que caiga sobre sí y sobre sus hijos el delito de su sangre derramada, y él no quiere que se les impute.

Padre, perdonadlos, dice, porque no saben lo que ha-

cen.¹ Acordaos, Padre mio, que la sangre de esta nueva alianza que hoy derraman, los pone en el número de vuestros hijos; que con el precio del sacrificio que yo os ofrezco, mis verdugos se hacen mis corderos y hermanos; que ya no sois un Juez armado para castigarlos, sino un Padre dispuesto siempre á perdonarlos, y que poniéndome ellos en la cruz, se han levantado un asilo que debe defenderlos de vuestros rayos y de vuestras venganzas: *Pater dimitte illis*: no mireis á las manos que me han herido, sino mirad la sangre que corre de mis llagas para aplacar vuestra justicia y borrar el delito de los que me sacrifican: *Pater dimitte illis*: ellos ignoran todavía que vos me enviasteis; perdonad á unos ciegos que creen glorificar vuestro nombre entregándome á la muerte; no saben que esta sangre que derraman ha de santificar todo el universo, que está víctima que sacrifican es el precio de la salud de todos los hombres, que esta cruz en que me han clavado ha de ser la vida y la resurreccion de los que duermen en las sombras de la muerte y el remedio de los males del género humano; que ella va á esparcir por toda la tierra el conocimiento de vuestro nombre, y á formaros en todos los pueblos adoradores en espíritu y verdad. ¡Padre santo! vos que conoceis las grandes utilidades que ha de sacar el mundo de mi cruz, no les imputeis un delito tan feliz, y perdonadles la culpa de mi muerte, por los inestimables beneficios que de ella han de resultar á la tierra: *Non enim sciunt quid faciunt*. No saben que quitándome la vida me van á dar á mí mismo la gloria de la inmortalidad, que borrando mi nombre en la tierra de los vivientes, van á elevarle sobre

¹ Luc. 23. v. 14.

los principados y potestades; que despreciándome, me van á hacer conocido de todos los pueblos; que rehusando el conocerme por su rey, van á jurarme príncipe del siglo futuro, Juez de todas las tribus, Señor de todas las cosas, y asegurarme todo poder en el cielo y en la tierra. ¡Padre santo! vos que habeis unido la gloria que me prometisteis á mis oprobios y á mis trabajos, perdonad á unos ciegos que sin saberlo sirven á la exaltacion de mi nombre y á la extension de mi reino: *Non enim sciunt quid faciunt*. No saben que el delito de mi muerte ha de llenar la medida de sus padres; que han de venir sobre ellos los dias en que se llamarán felices las que no han parido, en que Jerusalem será una espantosa soledad, en que será destruido su altar, abandonado su templo y reducido á tristes ruinas; sus ciudadanos andarán errantes y fugitivos, y vuestra herencia, manchada por ellos con la sangre inocente, será entregada á una maldicion eterna. ¡Padre justo! vos que preparais estos dias destinados á vuestra indignacion, contentaos con estas calamidades temporales con que los habeis de afligir; salvad las reliquias de Israel, perdonad á las ramas de una raiz santa, salvad á un pueblo á quien escogisteis, no perdais para siempre á mis hermanos segun la sangre, huesos de mis huesos y carne de mi carne; no saqueis vuestra salud de Judá, de donde ha salido la salud; perdonad á los hijos de los santos, y juntad por último algun dia las dispersiones de Israel; reunidlos en los últimos tiempos al tronco de que se han separado; volvedlos á traer al recinto de la verdadera Jerusalem; finalmente, no haya mas que un rebaño y un pastor, y haced que os ofrezcan con todas las naciones, no cabritos y toros, sino la verdadera renovacion y los signos místicos del gran sacrificio que hoy ofrezco á vuestra gloria. Cuarto testimonio que Jesucristo en la cruz

da á la verdad de su inocencia, rogando por sus enemigos.

Finalmente, da testimonio á la verdad de su imperio conquistando el mundo con la cruz. El mundo le habia disputado la realidad y el esplendor de su imperio, no le habia tratado como á rey sino por burla; todas las insignias de su reinado habian sido nuevos oprobios; el cetro una vil caña, la púrpura un vestido de ignominia, la corona una corona de dolor, y el trono un madero infame, lecho de sus oprobios y trabajos. Pero hoy estas vergonzosas señales de un reinado de tanto abatimiento son las insignias gloriosas de su poder y de su imperio; esa débil caña que le sirve de cetro ha de arruinar todos los altares profanos, abatir todos los ídolos, confundir todas las sectas, aniquilar todos los imperios, derribar los gigantes de la tierra y destruir toda la ciencia que se levanta contra la ciencia de Dios. Esa corona que le cubre de dolor y confusion ha de adornar las cabezas de los Césares con mas pompa que los mas soberbios laureles y diademas, y un rey del primer trono del mundo, de la mas augusta sangre del universo, irá á exponer su vida y libertad por llevar en triunfo á su patria sus preciosas reliquias, mas glorioso por haber enriquecido su reinado con este santo y precioso tesoro, que si hubiera conquistado un imperio; ese trono de ignominia en donde está clavado se mudará muy presto en trono de gloria, á cuyos piés vendrán los príncipes y soberanos á doblar sus soberbias cabezas; en trono de poder y de autoridad, desde el cual juzgará á todas las naciones de la tierra; en trono de gracia y de misericordia, á cuyos piés hallarán todos los pueblos la vida y la salud; en trono de ciencia y de doctrina, desde el cual instruirá hasta el fin á todos los hombres y les enseñará las verdades de la vida eterna; finalmente, en un trono de sabiduría y de consejo, desde el

que este nuevo Salomon gobernará todos los pueblos en justicia, en paz y en abundancia.

El poder y el reino de los reyes de la tierra se acaba con ellos; el reino de Jesucristo no empieza á resplandecer hasta despues de su muerte, y sus oprobios son el primer origen de sus grandezas y de su gloria. ¡Padre santo! con que aun vive vuestro hijo y verdadero José, á quien lloramos, y la malicia de sus hermanos que le entregaron, solo ha servido de hacer resplandecer mas su grandeza y su poder! Salió del fatal pozo en que le habia sepultado la envidia, y todos los pueblos de Egipto y del universo reconocen su dominio y su supremo poder. *Filius tuus vivit, et ipse dominatur in omni terra Egipti.*¹

Pero, católicos, hoy todo obedece á la soberanía de Jesucristo; su cruz triunfa del cielo y del infierno, de la ceguedad de los judíos, de la incredulidad de los gentiles, de la barbaridad de los verdugos y aun de la obstinacion de un pecador que agoniza; toda la naturaleza le confiesa, todas las criaturas le reconocen; ¿y solamente nosotros le hemos de cerrar nuestros corazones? ¿solamente nosotros nos hemos de obstinar en decir que no queremos que reine sobre nosotros? *Nolumus hunc regnare super nos.*² Los muertos oyen hoy su voz y salen de sus sepulcros; [¿y nosotros hemos de permanecer aún sepultados en el abismo de nuestras disoluciones, aunque su poderosa voz nos grita hoy en lo íntimo de nuestros corazones, desde lo alto de la cruz, y nos dice: ¡Oh vosotros los que dormís un sueño de muerte! levantaos; salid de lo profundo de vuestros delitos y de vuestras tinieblas, y este Jesus á quien veis crucifica-

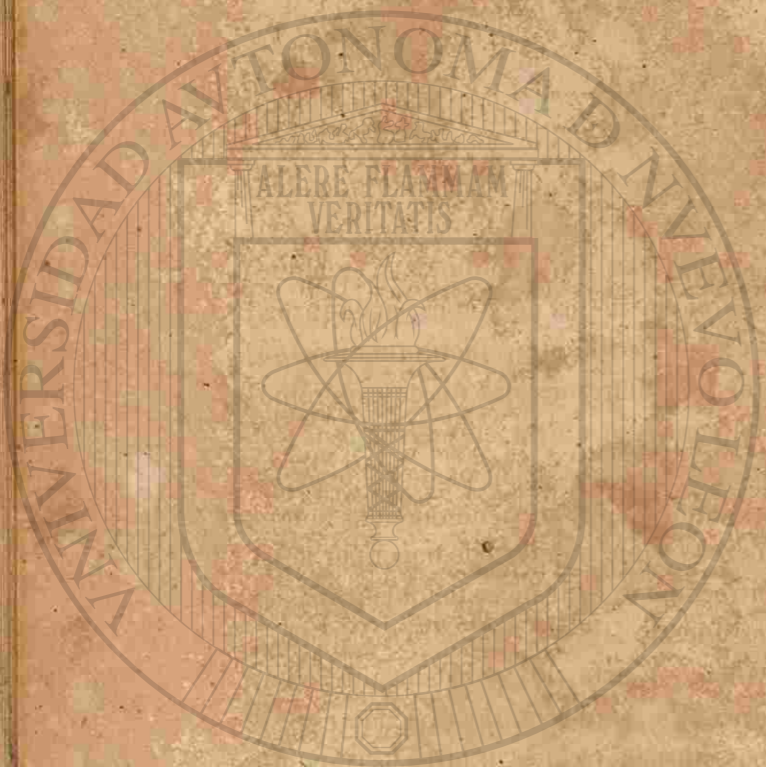
¹ Gen. 45. v. 26.

² Luc. 19. v. 14.

do por vosotros, os volverá la vida y la luz que habeis perdido: *Surge qui dormis, et exurge a mortuis, et illuminabit te Christus!*¹ ¿Las peñas se abren y nuestros corazones, mas insensibles, no se han de poder ablandar? ¿el velo del templo se rasga y el velo impenetrable que cubre nuestra conciencia, habitacion de la iniquidad, que tanto tiempo ha nos impide el que manifestemos al confesor sus ocultas manchas, no puede rasgarse? ¿y aun tenemos ocultos en nuestro interior estos misterios de abominacion que de nuestro corazon hacen templo á los demonios, asilo á los espíritus inmundos y teatro terrible de remordimientos, de confusion y de espanto? ¿no saldremos por fin de este reino de tinieblas en que vivimos, para entrar en el reino de la luz? ¿no nos cansaremos ya de haber sido hasta ahora esclavos miserables de un mundo que no tiene derecho sobre nosotros, que no nos merece y que nada puede hacer por nosotros? ¿rehusaremos el reconocer á Jesucristo, que acaba de morir por nosotros, por nuestro Rey y nuestro verdadero Señor? ¡Oh Salvador mio! ¡qué arbitrios pueden quedar á vuestra infinita misericordia para con los pecadores, si cuanto hoy hicísteis por ellos no excita su amor, su compuncion y su agradecimiento, y si aun se obstinan en pecar, no obstante el camino que hoy abris con vuestra sangre para que lleguen á la vida eterna! Amen.

¹ Eph. 5. v. 14.





SERMON

DE LA RESURRECCION DE NUESTRO SEÑOR.

Traditus est propter delicta nostra, et resurrexit propter justificationem nostram.

Fué entregado á la muerte por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificación.

Rom. 4. v. 25.

Con razon, católicos, ha celebrado la Iglesia nuestra madre desde el principio el gran misterio á que hoy tributamos nuestros respetos como el mas feliz de sus dias, y su solemnidad por excelencia. Hoy es el gran dia del Señor, aquel dia que el Señor hizo, y que hizo mas glorioso para sí y para su Iglesia que todos los demás dias. Sí, católicos, este es el dia en que se quita el escándalo, en que se descubren todos los misterios ignominiosos de Jesucristo, se aclara el secreto de sus trabajos, se comprende la oscuridad de sus parábolas y se manifiesta el sentido de las Escrituras. En este dia se autoriza su mision, se reconoce su ministerio, se confirman sus promesas, se cumplen

sus profecías, se justifica su doctrina y se coronan todos sus trabajos. Este es el día en que los discípulos tímidos se confirman, su tristeza se muda en alegría, queda curada su incredulidad, son confundidos los enemigos de la religión, se establece la fe de todos los siglos, se prueba la verdad de nuestros misterios, la Iglesia sale con su Salvador triunfante del sepulcro, se prepara la docilidad de todos los pueblos del mundo, y todos los espíritus de error que algun día habian de levantarse quedan convencidos de contradicción ó de impostura. Este es, finalmente, el día en que se nos asegura la inmortalidad, se suavizan las tribulaciones de la carne, se consuelan los trabajos de nuestro destierro y se propone una vida espiritual á los cristianos.

Sí, católicos, murió Jesucristo para crucificar al hombre antiguo y resucita para formar el nuevo. Murió para libertar los esclavos y resucita para enseñar á los hijos á que usen santamente de su libertad; murió para pagar nuestras deudas y resucita para llenarnos de sus gracias; murió para salvar á los culpados y resucita para instruir y perfeccionar á los justos; murió para cerrar las puertas del infierno y resucita para abrírnos las del cielo. En una palabra, murió por nuestros pecados y resucita para nuestra justificación: *Traditus est propter delicta nostra, et resurrexit propter justificationem nostram.*

¿Por qué así, católicos? Por dos razones, que os suplico escuchéis con atención. Primeramente, resucita para nuestra justificación, porque su resurrección encierra los mas poderosos motivos que nos puede presentar la religión, para perseverar en la gracia de la justificación que acabamos de recibir en los sacramentos. Este será el primer punto. En segundo lugar, porque su resurrección nos propone los medios mas seguros para perseverar en ella; este

será el segundo. La resurrección de Jesucristo nos anima y nos enseña á perseverar en la gracia recibida, y es el motivo y el modelo de nuestra perseverancia. Este es el sentido de las palabras de mi texto: *Traditus est propter delicta nostra etc.*, y este es todo el asunto de mi discurso.

PRIMERA PARTE.

Las principales raíces de la inconstancia de los hombres en los caminos de Dios consisten, ó en una flaqueza de la fe que empieza á apagarse y á esparcir una especie de nube sobre las verdades de la doctrina santa, ó en la tibieza de la esperanza que no abre ya el seno de la gloria á sus ojos, y no despierta en ellos el deseo de los bienes eternos; pero la piedad cristiana halla en el misterio de la resurrección preservativos contra estos dos escollos y motivos muy poderosos para perseverar en la gracia en que la participación de los santos misterios debe estableceros en estos solemnes días.

En primer lugar, si la debilidad de la fe es comunmente la primera raíz de nuestras recaídas, si se halla siempre en ellas una especie de incredulidad que antecede al pecado, si es preciso que el entendimiento dude en alguna manera de las verdades que abandona el corazón, y que la religión se debilite en una alma en quien se apaga la piedad; ¿quién puede dudar que la resurrección de Jesucristo sea el gran testimonio de la fe cristiana, y que todos los demás misterios hallen en este su verdad y su certeza? A la verdad, si Jesucristo no resucitó, decía en otro tiempo el apóstol á los fieles de Corinto, nuestra predicación es inútil, vuestra fe es vana y nosotros somos unos impostores. Pe-

ro por el contrario, si Jesucristo resucitó, nuestro ministerio viene del cielo; vuestra fe es cierta, la doctrina del Evangelio es divina y sus promesas son infalibles.

Si, católicos, si la virtud del Padre sacó á Jesucristo de entre los muertos, se sigue que Jesucristo era un enviado del cielo para anunciar á los hombres la doctrina de la salvacion. El Dios fiel y verdadero no habia de haber querido autorizar una impostura revistiéndola con el carácter de la verdad y honrándola con una gracia con la que hasta Jesucristo ningun hombre mortal habia sido favorecido, pues resucita para nunca mas morir; prodigio que el mismo Jesucristo habia prometido á sus discípulos y á sus enemigos, como el mas decisivo testimonio de la verdad de su ministerio. Una vez, pues, establecida su resurreccion, quedan probados todos sus misterios, dice San Agustin, y la fe de los cristianos no necesita mas que este testimonio: *Resurrexit Christus, absoluta res est.*

Pero como yo hablo aquí con un pueblo fiel, á quien debo edificar y no argüir, no quiere detenerme en manifestaros que hoy todo confirma la verdad del prodigioso milagro de la resurreccion del Salvador. Primeramente, las mismas precauciones de sus enemigos, éstos habian sellado el sepulcro, le habian cercado de soldados, nada omitieron para impedir el que le robasen; acordábanse de que este mismo Jesus á quien ellos habian crucificado, habia profetizado que resucitaria al tercero dia, y solo parece cuidan de estorbar el que los discípulos roben el cuerpo de su divino Maestro. Unos enemigos tan poderosos, tan vigilantes, tan interesados en no dejarse engañar, ya cuidarian de evitar la sorpresa. En segundo lugar, la deposicion de los soldados; les hacen publicar que mientras dormian fueron los discípulos y quitaron el cuerpo de su Maestro; pero si

un sueño profundo no les dió lugar á que lo viesén, ¿cómo les puede permitir que lo aseguren? Por otra parte, ¿una multitud de ministros, destinados á velar sobre el sepulcro y á guardarle, pudieron todos de comun acuerdo entregarse á un mismo tiempo al sueño y á un sueño tan profundo y durable, que estando casi sentados sobre la piedra que cerraba el sepulcro, diesen tiempo á los discípulos para abrirle y sacar el cuerpo del Salvador, sin que una obra tan larga, tan difícil y que no se podia ejecutar sin ruido y movimiento, despertase á alguno de los soldados y desconcertase una empresa tan loca y temeraria? Además, estos mismos discípulos dudaban; no esperaban ya el cumplimiento de las promesas de Jesucristo; rehusaban aun el creer á las santas mujeres: unos espíritus tan groseros é incrédulos distan mucho de publicar lo que ellos mismos no creen. En tercer lugar, las apariciones del Salvador: no se manifiesta una vez sola á sus discípulos, porque entonces pudieran temer alguna ilusion, sino que se les manifiesta muchas veces; no se les manifiesta de paso, porque la imaginacion herida puede por algun tiempo suplir la verdad con sus imágenes y figurar fuera de sí sus propios sueños, sino por espacio de cuarenta dias; no desde lejos ó en medio de los aires, en donde pudiera haber sospechas de prestigio, sino en medio de ellos, comiendo y bebiendo con ellos, dejándose ver de sus ojos y tocar de sus manos, instruyéndolos y hablándolos del reino de Dios; no á uno solo, porque hay unos espíritus mas crédulos que otros, sino á todos en comun y á muchos en particular; no bajo una figura, porque la mudanza hubiera podido ser sospechosa, sino con sus llagas y con todas las señales por donde podian conocerle. Finalmente, el martirio de los apóstoles en testimonio de la verdad de este milagro, de que

habian sido testigos: *Cujus nos omnes testes sumus.*¹ Si Jesucristo no resucitó, ¿qué interés podian tener en publicarlo? ¿habian de exponerse á los mas crueles tormentos por fundar una doctrina que ellos mismos tenian por falsa? ¿habian de engañar al linaje humano sin esperar mas recompensa de su impostura que el fuego, las ruedas y los suplicios? Una persuasion falsa, particularmente en materia de religion, puede inducir á los espíritus simples y crédulos á excesos y procedimientos extraordinarios; pero el que unos rústicos pescadores, unos hombres sin letras y de la ínfima clase del pueblo, intenten, á sangre fria, ir á engañar al universo y á desafiar á los mas crueles géneros de muerte por publicar que su Maestro ha resucitado, estando ellos persuadidos á lo contrario, es una especie de extravagancia de que no son capaces los hombres, y seria mayor prodigio que todos los que la incredulidad disputa á la fe de los cristianos. Por otra parte, estos discípulos abandonaron á Jesucristo cuando vivia y cuando le tenian aún por el Salvador prometido á sus padres y el Cristo Hijo de Dios vivo; ¿y habian de confesarle generosamente sobre los cadalsos, despues de su muerte, cuando ya no le debian mirar sino como á un engañador, que no habia resucitado como habia prometido? ¿habian de derramar toda su sangre por un hombre que hubiera abusado de su credulidad? ¿habian de distribuirse por todo el universo como desesperados para publicar un hecho que ellos tenian por fabuloso? ¿y ninguno de todos estos hombres flacos y tímidos habia de desdecirse, ni confesar en medio de los tormentos su locura ni su extravagancia? Pero ya conozco que me detengo demasiado acerca de una verdad tan clara, y que se ofen-

1 Act. 2. v. 32.

de vuestra religion del cuidado con que parece intento justificarla.

Ved, pues, católicos, cómo la resurreccion del Salvador mantiene la fe del hombre justo; en este misterio ve asegurada toda la religion; ve que son ciertos los castigos con que amenaza, sus promesas infalibles, sus preceptos necesarios, sus consejos importantes, sus observancias venerables, y aun las mas leves ceremonias de su culto dignas de nuestros respetos. Desde que resucitó Jesucristo, ¡ah! desde entonces no hallo cosa que sea tan grande como la virtud, nada que temer sino el vicio, ninguna locura mayor que el despreciar el cuidado del alma, y nada tan prudente como el sacrificarlo todo á la salvacion. Desde entonces las burlas de los impíos acerca de la santidad de nuestros misterios, son extravagancias que apenas puedo comprender y blasfemias que me horrorizan. Las reflexiones de los sábios del mundo acerca de las santas oscuridades de la fe, son discursos pueriles; desde entonces el Evangelio me parece una sola regla, los ejemplos de Jesucristo mi modelo, los temores de la piedad dones de Dios, la seguridad de los libertinos un desesperado furor. En una palabra, miro la infidelidad á las gracias recibidas y las recaídas en los primeros desórdenes como la mayor de las desgracias y el carácter de precitos.

¿Qué cosa mas propia puede haber, católicos, para refrenar la inconstancia del corazon del hombre y fijarle en una piedad sólida y durable, que estas grandes verdades? Por eso los discípulos, testigos de la resurreccion de Jesucristo, no se desdican, perseveran todos hasta el fin en la oracion y en el ministerio de la divina palabra; no se halla entre ellos otro Judas que abandone la verdad conocida. Desde que el Señor apareció á San Pedro, este apóstol no

vuelve á caer y aun confirma á sus hermanos. Apenas toca Tomás las gloriosas cicatrices de sus heridas, cuando adora á su Señor y su Dios, y permanece fiel para siempre; los discípulos de Emaús apenas le reconocen en la fracción del pan, cuando se vuelven á Jerusalem á juntarse con los demás discípulos. ¡Ah, católicos! ¿no somos aquí todos nosotros testigos de la resurrección de Jesucristo? ¿no somos nosotros los hijos de los santos que le vieron y adoraron sobre el santo monte de Galilea? Nosotros hemos visto con sus ojos y tocado con sus manos; nosotros en estos felices días hemos visto también resucitar á Jesucristo dentro de nosotros mismos por la gracia de los sacramentos. ¿Pues por qué hemos de volver atrás? ¿por qué hemos de volver á nuestros primeros caminos? Si este misterio hace que nuestra fe sea incontrastable, ¿por qué ha de dejar todavía inconstancias en nuestro corazón? Si como dice San Agustín sería una cosa monstruosa el no creer después de tantas pruebas, ¿lo será menos el creer y vivir como si no creyésemos? Un fiel que está persuadido á que ha de resucitar para gozar de una felicidad eterna ó para ser entregado á las eternas llamas, ¿podrá olvidarse de un negocio de tanta importancia para un instante que ha de vivir en la tierra? Y si los bienes fugitivos que nada tienen de verdaderos y de los que solo gustamos un momento, pueden engañarnos, la verdadera felicidad, los bienes infinitos y sin medida, una eternidad de gloria, de magnificencia y de verdadera felicidad que se nos manifiesta hoy, ¿no ha de poder desengañarnos y disipar para siempre el error que causa nuestro engaño y nos hace tener la sombra por verdad, la tierra por cielo, y un tiempo que se precipita y se ha de acabar mañana, por la eternidad?

Segundo motivo que deduzco de este misterio para ani-

marnos á conservar la gracia recibida en estos santos días. No solamente este misterio conforta nuestra fe, sino que también, primeramente, asegura nuestra esperanza; en segundo lugar, la consuela; en tercero, la corrige. La resurrección de Jesucristo asegura nuestra esperanza. Sabemos, dice el apóstol, que algún día hemos de ser semejantes á él y hemos de seguir la suerte de nuestra cabeza; sabemos que siendo el primogénito de sus hermanos, es las felices primicias de los que duermen para resucitar, y que una parte de nuestra naturaleza se libertó en él de la muerte y de la corrupción, para servir de prenda á la esperanza de toda la naturaleza; sabemos que sería inútil su resurrección si no hubiéramos de resucitar con él; que estaría en el cielo sin Iglesia, sin sacerdocio, sin sacrificio, y que no sería nuestro eterno pontífice si no ofreciera eternamente su cuerpo místico á su Padre; también sabemos que nuestros hermanos que nos han precedido con la señal de la fe y que duermen en Jesucristo el sueño de la paz y de la unidad, no han perecido absolutamente; que han desaparecido á nuestra vista, pero esperan la bienaventurada esperanza; que sus cuerpos fueron quemados, arrastrados, despedazados, hechos cenizas y pasto de los pájaros del cielo ó de los animales de la tierra; pero que aquel Señor que llama á las cosas que no existen como á las que existen, juntará de los cuatro vientos las porciones dispersas de su carne, separará de entre todas las criaturas lo que pertenece á sus escogidos, volverá á juntar sus preciosas reliquias, confundidas con la revolución de los tiempos y con la sucesión de las cosas, las que solo él conoce, y no perecerá ni un solo cabello de su cabeza. ¿Qué motivos tan poderosos se hallan, católicos, en esta memoria para confirmar al alma en la gracia y en el servicio de Dios?

¿Yo resucitaré con esta carne que voy á deshonrar, y la he de presentar á Jesucristo y á sus ángeles, señalada aún con las vergonzosas manchas de mis iniquidades? ¡Oh! si todo hubiera de morir conmigo, bien pudiera permitirlo todo á mis corrompidos deseos; pero el impío tambien ha de resucitar como el justo; la fatal trompeta despertará, sin excepcion, á todos los que descansan bajo el imperio de la muerte; será preciso volver á parecer en el teatro á vista de todo el universo, y ver revivir las obras de tinieblas que yo tenia por sepultadas en un eterno olvido. ¿Es posible que la vergüenza de la accion que voy á cometer se me ha de echar en cara por toda la eternidad? ¿ni los siglos, ni los años, ni los tormentos no han de borrar jamás esta vergonzosa circunstancia de mi vida? Un deleite tan rápido que apenas le gusto cuando ya no existe, y que al tiempo de gustarle me disputo á mí mismo su falsa dulzura, con remordimientos é inquietudes interiores, ¿este instante fugitivo se ha de escribir en el libro de las venganzas del Señor con caracteres inmortales? ¿se ha de sellar en los tesoros de la divina indignacion, y ha de durar tanto como la justicia del mismo Dios? ¡Ah, Señor! pues mis acciones, mis palabras, mis pensamientos, mis deseos han de vivir en vuestra presencia los años eternos, confortad mi flaqueza y haced que mi corazon entienda que un cristiano no debe permitirse á sí mismo cosa alguna que no sea digna de la eternidad.

En segundo lugar, la resurreccion de Jesucristo consuela nuestra esperanza. Porque, católicos, si la piedad tiene sus consuelos, tambien tiene sus amarguras, y los eternos combates en que es preciso pelear contra sí mismo ó contra casi todos los objetos que nos rodean, son sus espinas y violencias; la virtud no se conserva sino con continuos sa-

crificios, y si aflojais una sola vez estais perdidos. Las pasiones parece que renacen de su propia ruina; creéis haber resistido hasta derramar sangre y conseguido la victoria cuando ya es preciso volver al combate; nos cansamos, pues, de estar en continua guerra con nosotros mismos y de traer en nuestro interior un reino siempre dividido. Naturalmente nos inclinamos á contentar nuestros deseos y á gozar tranquilamente de nosotros mismos, y este es el mas comun principio de nuestras caidas.

En medio, pues, de tan peligrosas pruebas nada alienta ni consuela tanto al alma fiel como la esperanza de la resurreccion. Sabe que este cuerpo de pecado que la oprime, será muy presto, conforme á la semejanza del de Jesucristo, glorioso y resucitado. De este modo en vez de abatirse con el peso de su carne, conoce que se acerca su libertad. Cuanto mas la oprime el ángel de Satanás, mas se aumenta su deseo de librarse de este cuerpo de muerte; cuanto mas siente el aguijon del pecado, mas desea su dissolution y reunirse con Cristo; en su flaqueza halla una nueva fuerza, sus tentaciones llevan consigo el remedio, y todos los movimientos que la avisan del principio de su corrupcion, la consuelan con las esperanzas de la inmortalidad que la ha de libertar de todas sus miserias.

En las tribulaciones que suceden al justo por parte de las criaturas, ninguna hay que no suavice esta esperanza. Job en su muladar ve con serenidad caerse su cuerpo á pedazos.¹ Yo sé, dice, que vive mi Redentor, que he de resucitar de la tierra en el último dia, y veré á mi Dios y mi Salvador con esta misma carne, de la que los gusanos y la corrupcion han hecho ya un cadáver. Esta suave espe-

¹ Job. 19. v. 25. 26.

ranza está oculta en mi pecho,¹ y no necesita de mas para consolar todo el rigor de sus penas: *Reposita est hæc spes mea in sinu meo.* Nosotros nos regocijamos en las tribulaciones, decian los primeros fieles, porque esperamos á Jesucristo de lo alto del cielo, que reformará la bajeza de nuestro cuerpo, para hacerle semejante á la gloria y á la claridad del suyo, y nuestra esperanza es cierta. Con esta esperanza nos maldicen y bendecimos, nos cargan de cadenas y estamos libres, nos pisan y no somos abatidos, y siempre tenemos levantada nuestra cabeza para ver nuestra libertad que se acerca. De este modo hablaban antiguamente, por boca del apóstol, los fieles oprimidos, perseguidos, desterrados, y cuando los llevaban á las cárceles y á los suplicios, no habia tormentos, por terribles que fuesen, que no les pareciesen suaves, contemplando la bienaventurada esperanza.

Por eso, católicos, continuamente creian ver llegar á Jesucristo desde lo alto de los aires; creian que cada dia era el deseado de su venida; pero esto era un error de amor. Siempre nos parece que llega lo que con ansia deseamos; los apóstoles necesitaban de toda su autoridad para calmar en este particular la viva impaciencia de estos santos discípulos. El mismo Jesucristo tuvo por conveniente precaver los lazos que podrian poner algun dia sobre este asunto á la viveza de sus deseos y á su credulidad, advirtiéndoles que no diesen fácilmente crédito á los que vendrian á anunciarlos su venida: *Nolite credere.*² Por eso en medio de los tormentos desafiaban con una santa valentía á la barbaridad de las tiranos: Bien podreis despezar nuestros

1 Ibid. 27.

2 Matth. 24. v. 23.

cuerpos, les decian; pero el que mira desde el cielo la constancia de nuestra confesion nos los volverá mas gloriosos y resplandecientes; las crueles heridas con que desfigurais nuestros miembros se mudarán en rayos de luz, y vuestra inhumanidad aumentará nuestra gloria: este era el espíritu de aquellos felices siglos; aun no habia la falsa doctrina privado á la virtud de estos divinos consuelos, aun no estaba cerrado á los fieles el seno de la gloria para hacerlos mas dignos de ella, aun no se habia formado la monstruosa perfeccion de ser indiferente á las promesas de la fe para conseguirlas con mas seguridad, y hubiera horrorizado entonces el pensar que la salvacion pudiera ser el horrible fruto de la desesperacion ó de la indiferencia en punto de la salud eterna; la bienaventurada esperanza era entonces toda la piedad y toda la perfeccion de los fieles.

A la verdad que seria digno de compasion el justo si no hubiera para él otra esperanza mas que la de esta vida. Si Jesucristo no resucitó, decia en otro tiempo el apóstol, y solamente esperamos en él para esta vida, somos los mas desgraciados de todos los hombres. *Si in hac vita tantum in Christo sperantes sumus, miserabiliores sumus omnibus hominibus.*¹ Esta es la suerte del cristiano. El Evangelio, en algun sentido, forma desgraciados segun el mundo; sus máximas son tristes y no prometen cosa que sea agradable acá en la tierra, y si despues de esta vida no hay que esperar, no hay cosa que iguale á la desgracia de un discípulo de Jesucristo. Supuesta, pues, esta indubitable verdad, vosotros, amados oyentes míos, podeis decidir acerca de vosotros mismos, para conocer si sois discípulos de Jesucristo ó hijos del siglo, y por consiguiente de muerte y

1 1. Corint. 15. v. 19.

perdicion; la regla es segura. Pero aunque no hubiera resurreccion que esperar, seriais dignos de lástima. Cuando no esperais mas que una eterna aniquilacion despues de esta vida, ¿os haceis acaso, mientras dura, la suficiente violencia? ¿cuidais como debeis de vosotros mismos? ¿mortificais suficientemente vuestros deseos? ¿crucificais vuestras carnes? ¿sufiris los desprecios é injurias? ¿huís de los placeres? ¿vivís separados del mundo? ¿velais sobre vuestros sentidos? ¿estais desprendidos de la gloria de los bienes perecederos, como el apóstol, para decir con él: Si no esperamos en Jesucristo mas que para esta vida, somos los mas desgraciados de todos los hombres? Pero viviendo como vivís, aun cuando la religion fuera un sueño, ¿qué perderiais en ella? Cuando todo lo que nos dicen de la resurreccion futura y de las promesas de la fe fueran fábulas, ¿qué engaño podiais padecer en vuestras medidas? Cuando todo muriera con vosotros, ¿tendriais motivo para arrepentiros al tiempo de morir de no haberos formado vuestra felicidad en la vida presente, para quejaros de los deleites de que os habiais privado, de los sacrificios, de las violencias, de las austeridades, de las mortificaciones que habiais sufrido por una eternidad y por una felicidad quimérica? Si os dijeran que la fe de los cristianos es una invencion humana, ¿tendriais mucho que mudar en vuestras costumbres, en vuestros proyectos, en vuestros negocios y en toda vuestra conducta? ¡Ah! los primeros fieles podian muy bien decir que si Jesucristo no habia resucitado, todo lo habian perdido. Unos infelices que todo lo sacrificaban á esta esperanza, que sufrían el hambre, la sed, la desnudez, el destierro, la infamia, la pérdida de los bienes y de la vida por agradarle y por la sola esperanza de gozar de él algun

dia: *Tantum ut Christo fruatur.*¹ Unos hombres que no tenían consuelo alguno en la tierra, que no se atrevían á disfrutar de los mas leves deleites, y que miraban la vida presente como un destierro y como un valle de lágrimas, estos hombres podian asegurar que si no habia de haber resurreccion, no habia en la tierra cosa alguna que pudiese igualar á su desgracia. Pero vosotros á quienes nada cuesta el creer en Jesucristo, que no sacrificais á sus promesas ni deleites, ni gustos, ni superfluidades, ni inclinaciones; vosotros, que bajo el Evangelio vivís con tanta tranquilidad, con tanta conveniencia, con tanta delicadeza y aun acaso tan licenciosamente como se vive entre las naciones infieles, donde no se conoce su nombre, ¿qué os importa que haya ó no resucitado? La falsedad ó verdad de sus promesas nada muda á vuestra suerte, y por eso no sois cristianos; no pertenecéis á Jesucristo y no teneis derecho á su esperanza.

Y ved aquí, por último, cómo la resurreccion de Jesucristo no solamente asegura y consuela, sino que tambien corrige nuestra esperanza, propotiéndonos los medios que solamente nos dan derecho para esperar, dándonos á entender que no es posible buscar la felicidad en la tierra y esperar en Jesucristo, y que el fiel que nada padece acá, nada debe esperar en lo futuro.

Pero no solamente corrige por este camino nuestra esperanza la resurreccion de Jesucristo. Una de las causas mas comunes de nuestras recaidas, despues de esta solemnidad, es el persuadirnos que es fácil el volver á la gracia, y así esperamos contra la esperanza; el misterio, pues, de la resurreccion de Jesucristo corrige este error tan comun

¹ Ign.

y tan peligroso, porque el beneficio de la resurreccion fué en él el premio del mas doloroso sacrificio; no mereció el libertarse del sepulcro sino habiéndose hecho el hombre de dolores; la resurreccion, pues, de Jesucristo es el modelo de la nuestra, esto es, que si recaemos será preciso pasar por unas terribles pruebas para llegar á la renovacion de la penitencia. Si yo recaigo, ¡oh Dios mió! ¡qué caro me ha de costar este rápido y frívolo deleite! ¡qué cáliz he de beber para recobrar la vida y la inocencia que voy á perder! Ya sé, bien á mi costa, lo mucho que cuesta el volverse á Dios cuando ha habido la desgracia de separarse de él, y lo terribles que son para el alma los principios de una conversion, y despues de la recaída, ¿costaria menos trabajo esta empresa? Al contrario, mis malas inclinaciones serán mas difíciles de vencer; mis cadenas se habrán fortificado, se habrán entibiado mis flacos deseos de salvacion, tendré mas temor á la vista del público por las desigualdades de mi conducta; en todo habrá que hacer nuevos esfuerzos, todo me será mas molesto y penoso. Pues si el dar el primer paso me costó tanto trabajo cuando todo parecia que se me facilitaba, ¿cómo he de contar con seguridad con el segundo, cuando todo me ofrecerá nuevos obstáculos? De este modo se confirma en la perseverancia una alma fiel.

Poro por otra parte, ¿se os concederá acaso la gracia de una segunda penitencia? Segunda razon que se deduce de este misterio. ¿Sabeis bien lo que es la gracia de la conversion, aquella gracia que nos hace pasar de la muerte del pecado, á la vida y á la resurreccion de la justicia? Oid al apóstol que os lo enseña: La misma virtud sobreeminente de Dios, dice, que ha obrado en Jesucristo para sacarle de entre los muertos, debe obrar en nosotros para

sacarnos de los caminos de la muerte y de la perdicion, y para restituirnos á la vida de la gracia: es decir, que la resurreccion espiritual del pecador es una obra tan grande para Dios, como la resurreccion corporal de Jesucristo; que aquí es igual el milagro; que tiene necesidad de una virtud tan sublime para lo uno como para lo otro, y que si se halla alguna diferencia, consiste en que resucitando á su Hijo manda á la muerte y es obedecido, y la muerte, que oye su voz, no resiste á sus órdenes; pero cuando resucita al pecador manda á un corazon corrompido, y este corazon se opone, y este corazon, ó no quiere oírle, ó aun despues de haberle oído, resiste á sus órdenes y aparta la mano que viene á sacarle del sepulcro y de las sombras de la muerte. ¿Teneis, pues, derecho para esperar de él otra vez un favor tan distinguido? ¿os podreis fiar en que ha de obrar dos veces por vosotros un prodigio que solo obró una vez en favor de su Hijo? ¿quién sois vos para prometeros temerariamente unos efectos tan milagrosos del divino poder? Entre todas las gracias la de la conversion es la mas rara; ¿y vosotros la mirais como un favor cotidiano? ¿qué sabeis si el Señor, despues de haber hecho resplandecer una vez en vosotros las maravillas de su misericordia, rompiendo las cadenas de la muerte y del pecado que ataban vuestra alma, y haciéndoos revivir con Jesucristo, resucitándoos á una nueva vida, manifestará en lo sucesivo en vosotros la severidad de su justicia, entregándoos para siempre á los deseos de vuestras locas pasiones? Es verdad que leemos en los libros santos que Lázaro, que la hija de Jairo, que el jóven de Naím fueron resucitados; pero no leemos que se les concediese dos veces este beneficio; la segunda muerte fué para ellos la última, y en esta imágen se nos quie-

re dar á entender que el milagro de una segunda resurreccion rara vez se concede á un pecador.

Conservemos, pues, preciosamente, católicos, un tesoro tan difícil de recobrar, si es que hemos tenido la felicidad de resucitar con Jesucristo en la participacion de los santos misterios. ¡Ah! si conociérais, católicos, lo que perdeis perdiendo la gracia santificante, si supiérais que en su comparación es nada la pérdida del universo; si pensárais en que ésta es el precio de la sangre de Jesucristo y todo el fruto de los trabajos de que habeis sido testigos; si reflexionárais en que ésta es la dracma preciosa con que se compra la eternidad; si pudiérais comprender que perdeis lo mas que podeis perder, de lo que no os pueden recompensar todas las criaturas ni el mundo entero; que perdeis lo que no podeis recobrar por vosotros mismos, y lo que solamente puede restituiros Aquel á quien ofendeis; que perdeis lo que por toda la eternidad estarán deseando tantos réprobos, lo que será la felicidad de tantos justos en el cielo, lo que es negado á tantos pecadores en la tierra; si pudiérais comprenderlo, sin duda os animaria esta memoria á perseverar en el servicio de Dios, á donde os acaba de traer la gracia del sacramento. Ya habeis visto los motivos en la resurreccion de Jesucristo; veamos ahora los medios que nos proporciona el mismo misterio.

SEGUNDA PARTE.

Jesucristo resucitado de entre los muertos ya no muere, dice el apóstol; la muerte no tiene ya dominio en él,¹ porque en su resurreccion se halla una renovacion entera y

¹ Rom. 6. v. 9.

perfecta. Al salir del sepulcro no tiene ya nada de terrestre y se sorbió á la muerte en su propia victoria.¹ Ved, pues, el modelo y el medio de nuestra perseverancia; ¿quereis no volver á caer, católicos? es necesario que se destruya cuanto habia en vosotros mortal y terreno, por decirlo así; que seais unos hombres renovados y celestiales: una pasion despreciada conserva todas las demás, una sola herida mal curada llama á sí los malos humores del cuerpo; por eso debe aumentarse vuestro cuidado y vigilancia, y como Jesucristo no contó por acabados sus trabajos ni asegurada su victoria hasta que absorbió enteramente en sí á la muerte, y la dejó sin armas ni aguijon, para hablar con el apóstol, mientras que os queden pasiones con quienes pelear, deseos que reprimir y virtudes que perfeccionar, debeis tener vuestra resurreccion por imperfecta, y adelantar siempre en la semejanza del hombre nuevo.

Con todo eso, el error comun mira al tiempo de la Pascua como un tiempo de diversion, de descanso, de libertad y de placeres; pero vuelvo á decir, si quereis conservar la gracia de la resurreccion, debe ser para vosotros un tiempo de renovacion y de fervor. Las razones son las siguientes, y me parecen dignas de vuestra atencion.

En primer lugar. Es evidente, ojalá no lo fuera, que la mayor parte de los fieles creen tener derecho de descansar y de tener menos cuidado con su salud eterna cuando ya han llegado al fin de esta carrera de penitencia; que fundan el privilegio de la resurreccion en unas costumbres mas suaves, en un uso mas libre de los deleites, de la mesa, del juego, de los espectáculos, y en ser mucho menos frecuentes las oraciones públicas y las demás obligaciones de la

¹ 1 Cor. 15. v. 5.

religion. Para dar, pues, á conocer, primeramente, la ilusión de un error tan vulgar y tan injurioso á la santidad de este tiempo, bastaría el deciros que la alegría de la Iglesia en estos felices dias solo está fundada en la victoria que Jesucristo, y con él todos los fieles, consiguieron hoy del pecado; que vuestra vuelta á la gracia es todo el motivo de sus cánticos de alegría, y que si aun estais en pecado, ella está aún cubierta de un luto invisible, y gime en secreto delante de su Esposo, y así en este dia solo se manifiesta triunfante y cercada de gloria para celebrar el triunfo de la gracia en vuestros corazones, y os mira como á otros tantos cautivos á quienes acaba de sacar del imperio de la muerte y del poder de las tinieblas. En una palabra, el destino de vuestra conciencia es quien decide siempre de su tristeza ó alegría, porque el tiempo de la vida presente no es el tiempo de su gozo, pues se contempla como extranjera, separada de su Esposo, despedazada con los cismas y altercaciones, deshonrada con los escándalos, afligida con las caídas de sus hijos, y gime sin cesar, suspirando por su libertad, y sus cánticos de alegría no son mas que deseos de la eternidad y vivas ansias de reunirse con la Iglesia del cielo, de la que es visible Pontífice su Esposo; pero dejemos estas razones que miran á ella sola, y detengámonos en las que hallamos en nuestras propias disposiciones.

A la verdad, en segundo lugar, si despues de unas costumbres desordenadas y una vida llena de pecados, habeis sido tan felices que habeis recobrado en estos dias vuestra inocencia con la gracia de los sacramentos, y os habeis reconciliado con Dios, luego sois nuevos hijos de la gracia y acabais de nacer á la justicia y santidad. En este estado, pues, de infancia y de flaqueza, como sois mas fáciles de

engañar y de pervertir, necesitais de mas precauciones y de mas socorros para no caer. Por otra parte, si acabais de salir de vuestras costumbres delincuentes, no podeis haber hecho nada para expiarlas; es verdad que habeis gemido á los piés del confesor, que os habeis declarado allí delincuentes, que habeis dado vivas muestras de compuncion, y que habeis detestado con sinceridad vuestros delitos; nosotros os hemos enjugado allí vuestras lágrimas, recogido vuestros suspiros y consolado vuestro dolor, el que á nosotros mismos nos llenaba de consuelo. Pero por ventura, ¿son estos los frutos únicos de la penitencia? ¿una vida entera, llena de placeres y desórdenes, puede borrarse con algunas pasajeras lágrimas? ¿y el pecado se expió acaso luego que fué perdonado? Pues si sois un nuevo penitente, ¿dónde están aquellos excesos de celo, aquella indignacion contra sí mismo, aquel deseo de trabajos que son siempre las primicias del espíritu de Dios en un corazon arrepenido? ¿aun no habeis comenzado y ya quereis permitiros mitigaciones que no se atreverian á permitirse aun los mas justos despues de largos años de penitencia? ¿es tiempo de descansar en el mismo principio de la carrera? Alguna vez puede suceder que se descansa al fin de ésta y que se entibie el fervor despues de muchos años de austeridad; pero á lo menos los principios fueron fervorosos. El rey de Nínive se cubre de ceniza, rasga sus vestiduras, mortifica su carne con el ayuno y el cilicio; este es el fruto de la primera gracia; los esfuerzos que ella inspira en el principio son heroicos, y entonces es cuando el pecador, nuevamente movido, necesita de freno, y es preciso que la prudencia del director modere las ansias y detenga el ímpetu del celo y del espíritu que le anima.

Pero vosotros, amados oyentes míos, si empezais por la

carne, ¿cómo habéis de acabar por el espíritu? Si vuestros primeros pasos son tibios y flojos, ¿cómo habéis de sufrir las tentaciones, las molestias y los disgustos inseparables de la continuacion y permanencia?

Además, vuestra propia experiencia os enseñará que las tentaciones nunca son mas violentas que en los principios de una nueva vida; entonces es cuando el demonio, furioso por haber dejado escapar su presa, se vale de todos sus ardidés para recobrarla; entonces es cuando multiplica los combates y todo lo convierte en lazos, despierta todas las pasiones, aun medio vivas, derrama disgustos y amarguras en todos nuestros pasos, junta todos los obstáculos, aumenta las dificultades. En una palabra, echa el resto de todos sus artificios para volver á entrar en la casa de nuestra alma con siete espíritus impuros, aun peores que él; entonces son por una parte mas vivas las tentaciones y por otra está mas flaca la piedad por hallarse ésta como una centellita apenas encendida, que es preciso mantener á costa de cuidados y precauciones; como una planta nueva, capaz de marchitarse al mas leve soplo, de secarse con el mas leve ardor de las tentaciones. ¿En qué tiempo, pues, se necesita de mas fidelidad y vigilancia? ¿seria acaso prudencia el que no pensáseis mas que en descansar, sin estar vigilantes, en una ocasion en que todo se dispone á acometeros? ¿no es entonces cuando teneis mas necesidad que nunca del retiro, de la oracion, de la abnegacion del mundo y de los placeres, del trato con los justos, del ejercicio de las obras de misericordia y de la leccion de los libros santos? Y el exponer un tesoro que teneis en vuestro corazon, sin saber aún defenderle, ¿no es querer perderle sin remedio?

Por último, no añado que no proveyendo la Iglesia en este santo tiempo á la piedad de los fieles de tantos socor-

ros exteriores, debéis vosotros suplir esta falta, renovando el celo y el cuidado. En los dias de penitencia de que acabamos de salir, parece que la fe y la piedad estaban sostenidas con solas las exterioridades del culto. La mas continua asistencia á nuestros templos, la palabra evangélica anunciada mas frecuentemente y en mas lugares; las preces de la Iglesia mas largas y mas solemnes; todo aquel aparato de luto y tristeza de que estaba cubierta; la memoria de los misterios dolorosos que nos acordaba; la ley de los ayunos y de las abstinencias; la suspension de los públicos placeres, la moderacion en la libertad de las mesas, la culpa casi obligada á ocultarse ó á lo menos á disimularse, la obligacion de la Pascua con la que todos se disponian á cumplir, excepto algunos pecadores inveterados y absolutamente abandonados de Dios; todo esto podia servir de apoyo á una piedad nueva; pero en el tiempo en que vamos á entrar, la virtud casi nada halla en las exterioridades de la religion que la ayude, que la anime, que la defienda; toda la hermosura de la hija del rey, por decirlo así, está en lo interior. La Iglesia, suponiendo que por la resurreccion hemos quedado del todo espirituales y celestes, no ofrece á nuestra piedad tantos socorros sensibles; cesan los ayunos, se minoran las oraciones públicas, callan los púlpitos, el culto y las ceremonias son mas regulares y sencillas, se acaban las solemnidades y se cumple la revolucion de los misterios. La Iglesia de la tierra resucitada es una imagen de la del cielo, en la que el amor, la adoracion, la accion de gracias y el silencio ocupan el lugar de los himnos y cánticos, y forman toda su religion y su culto.

Pero para los que aun estais débiles en la fe, esta privacion de socorros exteriores, esta vida interior y perfecta tie-

ne sus riesgos; puede temerse que no hallando al rededor de vosotros los apoyos exteriores de la piedad, no os podais mantener solos; puede temerse que el fin de las abstinencias sea para vosotros ocasion de intemperancia y de concupiscencia; que por estar distantes de las cosas santas, caigais en el olvido de Dios; que el uso mas libre de los placeres os abra el camino al pecado; que la falta de las públicas oraciones os haga perder la costumbre de levantar vuestro corazon á Dios; que con el silencio de los púlpitos os váyais adormeciendo acerca de las verdades eternas. En una palabra, que la santa libertad de este tiempo sea para vosotros ocasion de relajacion y de recaida.

Y para mejor manifestaros esta verdad, porque nunca se puede cometer exceso en daros á conocer el espíritu de la Iglesia en el orden y fin de sus solemnidades y misterios, por ser esta toda la piedad de este destierro y de nuestra peregrinacion, os suplico advirtais, católicos, que desde el nacimiento del Salvador hasta su resurreccion y efusion de su Espíritu Santo que esperamos, la Iglesia nos ha mantenido siempre bajo sus alas, por decirlo así, como polluelos que criaba y queria formar para Jesucristo; os ha hecho crecer sucesivamente con la gracia de cada misterio; no os ha perdido de vista y ha empleado todos sus cuidados con vosotros. Pero en adelante, cumplidos los misterios de la resurreccion y de la efusion del Espíritu Santo, mira como acabada en vosotros su obra; supone que sois hombres celestiales, llenos de todos los dones del cielo; que habeis llegado á la perfecta semejanza de Jesucristo glorificado, y que no teneis ya necesidad de los socorros con que hasta ahora habia mantenido vuestra infancia; os entrega á vosotros mismos, se retira á lo interior de su santuario, no propone ya á vuestra piedad sino el misterio inefable de la

unidad de la divina esencia y la Trinidad de las personas, que es toda la ocupacion, todo el culto y toda la religion de los celestiales espíritus y de los bienaventurados en el cielo; se persuade á que habiendo de hacer en adelante en la tierra una vida absolutamente celestial, no debe presentar á vuestra piedad otro objeto mas que el que la Iglesia del cielo ofrece á sus escogidos, y que solo debe presentaros el seno de la gloria y el inefable misterio de la Trinidad, en vez de seguiros aún y socorremos, como ha hecho hasta aquí, entre los peligros y escollos que hay en la tierra. Juzgad ahora si estos dias de perfeccion, de gloria, de vida celestial y plenitud del Espíritu Santo para los cristianos, pueden ser dias de relajacion y libertad, y si debéis seguir la regla de los sentidos en un tiempo en que la Iglesia supone que ya toda vuestra vida es interior y oculta en Dios con Jesucristo.

Y á mas de esto, aun cuando una vida deliciosa, sensual, menos circunspecta y menos acompañada de todas las precauciones y de todas las violencias de la piedad, no fuera peligrosa despues de la santa solemnidad, á lo menos seria injusto, católicos, para la mayor parte de los que me oís; y á la verdad, señores, ¿estos dias de penitencia de que acabamos de salir, han extenuado tanto vuestra carne, que os puedan dar derecho para que descanséis de vuestras penitencias? ¿Qué es lo que habeis padecido en este tiempo consagrado por la Iglesia á la mortificacion y á los trabajos de Jesucristo? ¿en qué le habeis distinguido de otros tiempos del año? ¿os habeis presentado en nuestros templos cubiertos de ceniza y de cilicio? ¿habeis mezclado vuestro pan con la amargura de vuestras lágrimas? ¿se han visto mas oraciones, mas retiro, mas austeridad, ó á lo menos mas regularidad en vuestras costumbres? ¿habeis á lo

menos cumplido con las leyes de la Iglesia y hecho gemir con la austeridad del ayuno, cumplido como se debe, á un cuerpo á quien nunca podreis suficientemente castigar? ¡Ah! el justo que ha llegado al fin de esta carrera tiene derecho para enjugar sus lágrimas, lavar su rostro, perfumar su cabeza y vestirse sus vestidos de gloria y de alegría, para tener parte en el público regocijo de la Iglesia y gustar con ella de los consuelos sensibles de este santo tiempo; el justo, sí, porque lejos de dispensarse la severidad de sus leyes, ha añadido rigores de supererogacion; pero vosotros que en vez de haber sido penitentes habeis sido prevaricadores aun de la ley comun de la penitencia; vosotros que venís al misterio de la resurreccion con una carne tan rebelde, con unas pasiones tan vivas y tan enteras como estaban antes de estos dias de mortificacion y abstinencia; ¡ah! en vez de permitiros hoy alivios que no habeis merecido, debeis poneros en estado de reparar vuestra pasada infamia, de cumplir lo que ha faltado á vuestra penitencia, de mudar este tiempo de alegría en tiempo de luto y de tristeza, y empezar una carrera en que no habeis dado paso alguno.

Y si deseais saber, antes de concluir, en qué consiste esta renovacion que se os pide y cuáles son por menor los medios de conservar la gracia de la resurreccion, que es lo que debe ser el fruto de todo este discurso, os respondo que la gracia no se puede conservar sino por los mismos caminos que se ha recobrado. Que los movimientos de amor y de compuncion que ha traído á vuestra alma, son los que únicamente pueden mantenerla en ella. Que al hombre espiritual sucede lo que al terrestre; esto es, que en su conservacion nada hay que no se parezca á su formacion primera.

Preguntaos, pues, ¿cómo os habeis portado en estos dias

solemnes para recobrar la gracia de la santificacion, si es que la habeis recobrado? ¿cuáles son los caminos por donde habeis llegado á este feliz estado? ¿las lágrimas, la compuncion, un vivo horror de vuestros delitos, una separacion infinita de las ocasiones que os habian engañado; un sincero conocimiento de vuestra flaqueza y de la necesidad que teniais de oracion y vigilancia, un verdadero disgusto del mundo y de sus deleites, un gusto de Dios y de todas las obligaciones de la piedad, y por último, un verdadero temor de morir en vuestro pecado? Pues este, amados oyentes míos, es el plan de vuestras obligaciones hasta el fin. Seguid siempre esas felices sendas que os han conducido á vuestra libertad, ese es vuestro camino; acordaos de que vuestra propia corrupcion pelea continuamente dentro de vosotros mismos contra la gracia de la santidad, que es necesario hacer los mismos esfuerzos para conservarla que hicisteis para recobrarla, y que así el aflojar es perderlo todo y arriesgar todo el fruto de vuestros pasados trabajos.

Estos son, católicos, los motivos y los medios de perseverancia que hoy nos da la resurreccion de Jesucristo. Permitidme, pues, que acabe este discurso, esta carrera santa y la obra de mi ministerio, dirigiéndoos las mismas palabras que el apóstol dirigia en otro tiempo á los fieles nuevamente convertidos á la fe. Hermanos míos, les decia, estad firmes y no volvais á poner os el yugo de la dura servidumbre de que acaba de libertaros la gracia de Jesucristo. *Stete, et nolite iterum jugo servitutis contineri.*¹ Quanto acabais de padecer para purificar vuestras conciencias y para aclarar sus abismos en el sagrado tribunal de la penitencia; esas lágrimas, esa vergüenza, esas confesiones

¹ Galat. 5. v. 1.

que tanto han costado á vuestra flaqueza, esos dolores del corazon, todo eso ¿es posible que lo habeis de haber sufrido en vano? *Tanta passi estis sine causa?*¹ No volvais, pues, á tomar las cadenas que ni aun vosotros mismos habeis podido sufrir. No hagais que vuelva á nacer en vuestro corazon aquel gusano consumidor que nunca pudisteis sosegar. No volvais á entrar en aquellos amargos caminos de iniquidad que ya habeis experimentado tan tristes y difíciles: *State, et nolite iterum jugo servitutis contineri.* Comparad el estado en que acaba de colocaros la gracia de los sacramentos, con aquel en que os hallábais antes de llegaros á ellos. ¿No sentís vosotros mismos una secreta alegría en lo íntimo de la conciencia, una suavidad y una paz que el mundo ni las pasiones nunca os habian concedido? ¿no han calmado vuestros sustos? ¿no se han sosegado vuestros remordimientos? ¿no mirais con mas gusto este templo, estos altares, todos estos pomposos espectáculos que hoy manifiesta la Iglesia á vuestra vista? ¿no oís estos alegres cánticos y su inocente armonía, como un prelude del eterno cántico de la Sion celestial? ¿no escucháis la divina palabra que se os anuncia, con un sensible consuelo, cuando antes os servia de espada penetrante que introducía el espanto y el dolor hasta lo íntimo de vuestra alma? Acordaos de vuestros días de disolucion y de tinieblas. ¿Hay en ellos cosa que pueda compararse con lo que hoy experimentais? ¿no es verdaderamente para vosotros este día el gran día que hizo el Señor? ¿visteis acaso en la region de la muerte de la que acabais de salir, otro tan sereno, tan feliz y tan augusto? Permaneced, pues, firmes en los caminos del Señor en que acabais de entrar, y nunca os can-

¹ Ibid. 3. v. 5.

seis de un yugo que es toda vuestra felicidad y todo el consuelo de los que le llevan: *State, et nolite iterum jugo servitutis contineri.* Os habeis hecho hijos de luz, mantened este feliz título; acabais de ser hechos herederos del cielo, despreciad con una santa valentía todo lo que es inferior á esa magnífica esperanza; ya sois victoria de Jesucristo, fruto de su muerte y trofeo de su resurreccion; no minoreis la gloria de su triunfo volviéndoos á sujetar á la dura y vergonzosa servidumbre de su enemigo: *State, et nolite iterum jugo servitutis contineri.* ¿Qué mas os diré, católicos? Los ángeles que en la gloria rodean el trono del Cordero, y vuestros hermanos que os han precedido con la señal de la fe; los santos protectores de esta monarquía, que anunciaron á Jesucristo á nuestros padres, os miran con alegría desde lo alto de la celestial morada; en la mansion de la inmortalidad celebran vuestra libertad, vuestra feliz-resurreccion á la gracia, y vuestra reunion con ellos y con toda la Iglesia del cielo; á los piés del trono cantan el cántico de alabanza y de accion de gracias. ¿Quereis, pues, volver á cerrar los cielos sobre vosotros, volveros á separar de la caridad de los ciudadanos de la Jerusalem celestial, y romper unos lazos tan felices y tan apetecibles para vosotros? Permaneced, pues, firmes y no paseis de la santa libertad de hijos de Dios á la terrible esclavitud del demonio y del pecado: *State, et nolite iterum jugo servitutis contineri.* ¿Qué mas puedo decir? Habeis tambien sido alegría de los ángeles de la tierra, de los ministros de la Iglesia que han sido testigos de vuestras lágrimas, de vuestros suspiros, del dolor de vuestra confesion y de la sinceridad de vuestra penitencia; ellos os aplicaron con gusto la sangre del Cordero y el remedio de vuestras manchas, os reconciliaron con el altar y con el Dios que en él se adora,

os dieron el beso de paz, os miran como obra suya en Jesucristo, como hijos de la fe á quienes ellos acaban de formar para el cielo con sus oraciones, con sus gemidos y con los mas vivos dolores de su celo sacerdotal. ¿Quereis, pues llenar su corazon de amarguras con una indigna apostasía? ¿obligarlos á que aun giman entre el vestíbulo y el altar, y que pidan á Dios contra vosotros la venganza de su sangre profanada, y en vez de ser vosotros su corona, su alegría y su consuelo, ser la mas dolorosa herida de su corazon? No hagais, católicos, que sean inútiles los cuidados de su celo y los trabajos de vuestra penitencia: *State, et nolite iterum jugo servitutis contineri.* Conservad el tesoro que acabais de recibir hasta el dia del Señor, para que podais presentársele en la general resurreccion como prenda y precio de la feliz inmortalidad. Amen.

NOTA.

El discurso siguiente es una instruccion familiar hecha á alguna congregacion de caridad en el dia de Pentecostés; no está escrita segun el estilo de los sermones; pero no por eso es menos sólida ni menos penetrante, y me persuade que la sencillez de estilo que en ella se observa no desagradará á los inteligentes.



SERMON

PARA LA FIESTA DE PENTECOSTES.

SOBRE LOS CARACTERES DEL ESPÍRITU DE JESUCRISTO Y DEL ESPÍRITU DEL MUNDO.

Nos autem non spiritum hujus mundi accepimus, sed spiritum qui ex Deo est.

Nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo sino el espíritu que viene de Dios.

I. Cor. 2. v. 12.

El espíritu de Dios y el del mundo, dice San Agustin, forman acá en la tierra dos ciudades, Babilonia y Jerusalem, y cada una tiene sus leyes, sus máximas, sus ciudadanos, y habiendo sido fabricadas en la tierra desde el principio del mundo, siempre han separado invisiblemente y á los ojos de Dios, los hijos del cielo de los del siglo.

Estos dos espíritus dividen todo el universo, las ciudades, los imperios y las familias; se hallan en todos los estados, entre los grandes y entre el pueblo; en todos los lugares, en el mundo y en el retiro, en la corte y en los claus-

os dieron el beso de paz, os miran como obra suya en Jesucristo, como hijos de la fe á quienes ellos acaban de formar para el cielo con sus oraciones, con sus gemidos y con los mas vivos dolores de su celo sacerdotal. ¿Quereis, pues llenar su corazon de amarguras con una indigna apostasía? ¿obligarlos á que aun giman entre el vestíbulo y el altar, y que pidan á Dios contra vosotros la venganza de su sangre profanada, y en vez de ser vosotros su corona, su alegría y su consuelo, ser la mas dolorosa herida de su corazon? No hagais, católicos, que sean inútiles los cuidados de su celo y los trabajos de vuestra penitencia: *State, et nolite iterum jugo servitutis contineri.* Conservad el tesoro que acabais de recibir hasta el dia del Señor, para que podais presentársele en la general resurreccion como prenda y precio de la feliz inmortalidad. Amen.

NOTA.

El discurso siguiente es una instruccion familiar hecha á alguna congregacion de caridad en el dia de Pentecostés; no está escrita segun el estilo de los sermones; pero no por eso es menos sólida ni menos penetrante, y me persuade que la sencillez de estilo que en ella se observa no desagradará á los inteligentes.



SERMON

PARA LA FIESTA DE PENTECOSTES.

SOBRE LOS CARACTERES DEL ESPÍRITU DE JESUCRISTO Y DEL ESPÍRITU DEL MUNDO.

Nos autem non spiritum hujus mundi accepimus, sed spiritum qui ex Deo est.

Nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo sino el espíritu que viene de Dios.

I. Cor. 2. v. 12.

El espíritu de Dios y el del mundo, dice San Agustin, forman acá en la tierra dos ciudades, Babilonia y Jerusalem, y cada una tiene sus leyes, sus máximas, sus ciudadanos, y habiendo sido fabricadas en la tierra desde el principio del mundo, siempre han separado invisiblemente y á los ojos de Dios, los hijos del cielo de los del siglo.

Estos dos espíritus dividen todo el universo, las ciudades, los imperios y las familias; se hallan en todos los estados, entre los grandes y entre el pueblo; en todos los lugares, en el mundo y en el retiro, en la corte y en los claus-

tros. Vosotros que me escuchais, seais quien fuéreis, sois ciudadanos de una de estas dos ciudades, esto es, sois ó de Babilonia ó de Jerusalem; estais animados ó del espíritu de Jesucristo ó del del mundo, y el estarlo á un mismo tiempo de ambos es imposible, dice Jesucristo; aun mas imposible es el no estarlo de ninguno de los dos; nadie puede dividirse entre los dos ni dejar de ser de alguno de ellos, y como es necesario que el uno domine en nuestro corazon, tambien lo es el que sea dueño de él ó el amor del mundo ó el de Jesucristo.

Este es el estado de todos los hombres; todos hemos elegido uno de estos dos partidos; es verdad que aun estamos confundidos con unas exterioridades que nos son comunes, con unas obligaciones exteriores que todos igualmente cumplimos, con las necesidades corporales, á las que aun estamos todos sujetos; pero un espíritu invisible nos distingue y nos separa, y tenemos dentro de nosotros mismos un hombre interior muy diferente. El espíritu que nos impele y nos anima no es el mismo, y Dios, que solamente juzga de nosotros por lo que somos interiormente, sabe bien distinguir en esta confusion en que vivimos los que le pertenecen de los que no son suyos.

Trátase, pues, hoy de que nos conozcamos nosotros mismos, de preguntarnos á quién pertenecemos, á quién se inclina nuestro corazon, cuál es el amor dominante que se halla en nuestras acciones, en nuestros deseos, en nuestros pensamientos; en una palabra, si vivimos con el espíritu del mundo ó con el de Jesucristo.

Mientras que el corazon es mundano, mientras está corrompido y muerto á los ojos de Dios, es fácil el engañarse uno á sí mismo y vivir tranquilo, confiado en algunas apariencias de bien, en la distancia de ciertos excesos y am-

en la participacion de los santos misterios, cuando acerca de esto nunca podemos despertar suficientemente nuestros temores y nuestra desconfianza.

Ahora, pues, católicos, para juzgarnos á nosotros mismos segun las reglas de la fe y evitar el engañarnos, no tenemos que hacer mas que examinar aquí cuál es el espíritu de Jesucristo y cuál el del mundo, y notando los diferentes caracteres que los atribuyen los libros santos, decidir á cuál de los dos pertenecemos, y si podemos decir en este gran dia con la misma confianza que el apóstol: Nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el espíritu de Dios.

Primera reflexion. El primer carácter del espíritu de Jesucristo es ser un espíritu de separacion, de recogimiento y de oracion. Apenas fueron llenos de él los apóstoles, cuando renunciaron á los demás cuidados exteriores para entregarse solamente á la oracion y al santo ministerio de la palabra; estos hombres que antes no habian podido aguantar una hora entera de recogimiento con Jesucristo, que aun ignoraban lo que debian hacer para orar, que merecian que el mismo Jesucristo les reprendiese de que hasta entonces nada habian pedido en su nombre; estos hombres luego que bajó sobre ellos el espíritu de Jesucristo y tomó posesion de su corazon, perseveran, dice San Lucas, en la oracion con los fieles; van continuamente al templo á diferentes horas del dia para levantar en él sus manos puras al cielo. Si la sinagoga los persigue, hallan en la oracion el consuelo mas sólido de sus penas; si los encierran en las prisiones, hacen que en aquellos lugares de horror resuenen cánticos de alegría y de accion de gracias; si temen que preso Pedro y lejos de su rebaño se descarrien las ovejas por la herida del pastor, todos juntos recurren á la

oracion, y sus fervorosas y continuas súplicas alcanzan de Dios la libertad de este apóstol. Finalmente, estos hombres tan carnales, tan disipados, tan enemigos del recogimiento y de la sujecion, se hacen repentinamente hombres de oracion, hombres interiores, espirituales, recogidos, cuya conversacion es en el cielo, y en medio de Jerusalem están tan ocupados con Jesucristo, tan llenos de sus maravillas y de sus beneficios, como si estuviera en el monte de Galilea.

Ved, pues, aquí, católicos, la primera mutacion que el espíritu de Dios obra en una alma; ved cómo ocupa el lugar del espíritu del mundo en su corazon, cómo muda sus deseos, sus fines, sus inclinaciones y sus pensamientos, cómo hace que le sean indiferentes ú odiosos todos los objetos que se presentan y en los que antes hallaba tanto gusto, y cómo llama á su corazon al Dios de paz y de consuelo que hasta entonces habia estado desterrado de él, y hace que halle toda su felicidad y todo su consuelo en esta misma paz. La mas suave ocupacion de esta alma, á quien el espíritu de Dios impele y llena, es el entrar dentro de sí misma, y como en su interior halla á su Dios, no sale de él sino con sentimiento; vuelve continuamente al mismo lugar, no obstante las distracciones y obligaciones exteriores é inevitables de la cortesía, y que al parecer debieran distraerla; aun en medio del tumulto y de las conversaciones del siglo se forma una secreta soledad en su corazon, en el que continuamente conversa con el Señor que mora en él, ó se queja á él mismo de la triste necesidad que la empeña aún en ocupaciones y atenciones mundanas, en el que con continuos actos de amor y celo le indemniza de todos los ultrajes de que la es preciso ser testigo, en el que apela á su ley y á su verdad, de todas las falsas máximas

que continuamente oye que se esparcen entre los hombres; en el que, finalmente, vive y reside mas tiempo que en las disipaciones exteriores á que la precisa su estado, pero en donde no se halla bien su corazon.

Por eso San Pablo llama al hombre cristiano, hombre espiritual ó interior, y al hombre mundano y pecador hombre exterior, es decir, que despues que una alma ha recibido el espíritu de Dios y que está verdaderamente animada de él, toda su vida es casi invisible é interior; cuanto hace nace de este principio divino é invisible de que está llena; aun las acciones mas comunes se santifican con la fe secreta que las purifica. Si come, si se alegra, si llora, si se halla en estado elevado ó en abatido, en abundancia ó en miseria, con salud ó enfermedad, en todos sus estados halla motivos de reflexiones santas; cuanto ve, todo lo ve con los ojos de la fe; los sucesos y variedades del mundo, las revoluciones de los Estados é imperios, la decadencia ó elevacion de las familias, la abundancia ó desgracias de los siglos, la licencia ó renovacion de las costumbres, las caidas de los justos ó la conversion de los pecadores, la decadencia ó exaltacion de la verdad entre los hombres, la disension ó la paz de los pastores y de las Iglesias, las desgracias ó el favor de los particulares; finalmente, todas estas eternas revoluciones que la figura del mundo presenta continuamente á nuestra vista, y que en las almas mundanas despiertan pasiones del mundo y pensamientos de carne y sangre, son continuas y secretas instrucciones para una alma llena y animada del espíritu de Dios; todo la llama á las verdades de la fe, todo la manifiesta con nueva claridad la nada de las cosas humanas y la grandeza de los bienes eternos; el mundo entero no es para ella mas que un libro abierto, en que continuamente descubre las

maravillas de Dios y la monstruosa ceguedad de casi todos los hombres.

No quiero decir que no puedan alguna vez sorprenderla y engañarla los objetos de los sentidos, que algunas veces no se deje arrebatarse del torrente, que su fe menos cuidadosa no ceda alguna vez á la impresion de las preocupaciones y máximas humanas, y que las distracciones del mundo no la saquen muchas veces fuera de sí y la hagan perder de vista la presencia de Dios que trae en su corazón. Pero estas sorpresas, estas ausencias, no duran más que un instante, por decirlo así; advertida al principio de su extravío, por las secretas reprensiones del espíritu de Dios que habita en ella, recoge inmediatamente su corazón distraído, vuelve á entrar en su alma, de donde como que la habia sacado el mundo; vuelve á aquel doméstico santuario á hacer en él á su Dios reparacion de aquel momento de ausencia y distraccion con secretos gemidos y con confesiones vivas y sinceras; cuanto mas mira hácia afuera, tanto mas conoce que el mundo es un gran vacío, y que un corazón en que habita Dios es el origen de los verdaderos placeres.

Este espíritu de fe, de recogimiento y de oracion es quien nos da testimonio de que hemos recibido el espíritu de Dios y que él habita en nosotros. Esta es la vida interior y espiritual que distingue á los justos de los mundanos, y es el mas esencial carácter de la piedad cristiana.

Los justos en los libros santos son aquellos que viven de la fe, cuya conversacion es en el cielo, que no tienen gusto sino para las cosas sobrenaturales, que se sirven de este mundo como si no se sirviesen de él, que le miran como una figura que pasa, que no fijan sus ojos en las cosas visibles, sino que esperan las invisibles como si ya las vie-

sen, que no juzgan de lo que estiman los hombres por lo que parece, sino por la verdad que no se manifiesta; que son extranjeros y pasajeros en la tierra, que son ciudadanos del siglo futuro, que todo lo ordenan á aquella eterna patria hácia donde caminan sin cesar, y en nada tienen todo lo que pasa y no puede permanecer siempre.

Á la verdad, luego que el espíritu de Dios es el espíritu dominante que nos gobierna y anima, debe reglar nuestros deseos, reformar nuestros juicios, renovar nuestros afectos, espiritualizar nuestros fines y restituírnos á nosotros mismos; debemos ver con los ojos del espíritu, obrar por la impresion de este espíritu, no desear más que los bienes espirituales; finalmente, toda nuestra vida debe ser espiritual y como vida de Dios en nosotros, porque un cadáver animado por un espíritu extraño, solo recibe de él el movimiento, no tiene mas impresiones que las suyas, mas pensamientos que los que el espíritu que en él habita forma en él; no es de sí mismo, por decirlo así, es del espíritu que le llena y le posee.

Nosotros, católicos, debemos juzgarnos ahora por esta regla. ¿Hallamos dentro de nosotros mismos este primer carácter del espíritu de Dios? Examinemos cuál es el que domina en nuestros juicios, en nuestros deseos, en nuestros afectos, en nuestros fines, en nuestros proyectos, en nuestras esperanzas, en nuestras alegrías, en nuestros pesares; finalmente, en todas las particularidades de nuestra vida. Yo no pregunto si nos engaña alguna vez el espíritu del mundo. ¡Ah! ¿cuál es el alma fiel que en medio de los peligros de que nos hallamos cercados, no se deje muchas veces sorprender de sus ilusiones y artificios? Lo que pregunto es, si es el espíritu de Dios ó el del mundo el que nos posee y domina en nosotros. Y cuando digo que

os lo pregunto, no es porque lo ignoro, sino para obligaros á que os lo preguntéis á vosotros mismos, porque á mí no me permiten las reglas de la fe dudar que la vida de la mayor parte de mi auditorio, y aun la de aquellos que viven en la profesion exterior de la piedad, es una vida llena del espíritu del mundo, y por consiguiente vacía del espíritu de Dios, indigna de la salvacion y de las promesas eternas.

Primeramente, porque se pasa toda fuera de nuestro corazón; es una vida absolutamente exterior y por consiguiente distante de Dios. Los cumplimientos nos divierten, las obligaciones nos ocupan, los placeres nos distraen, los negocios nos inquietan, la inutilidad nos cansa, nada de todo esto nos llama á nosotros mismos ni á nuestro corazón, ni aun las obras de piedad pueden fijar la distraccion de nuestra alma; nuestro corazón está en el mundo mientras consagramos nuestro cuerpo á los ejercicios piadosos; nuestro espíritu anda errante en mil vanos objetos mientras que nuestra boca se abre para rezar los santos cánticos; nuestra imaginacion está llena de fantasmas peligrosas, mientras queremos fijarlo en la memoria de los misterios de nuestra salud. Finalmente, con unas costumbres arregladas en el exterior y laudables á la vista de los hombres, somos no obstante siempre extranjeros para nosotros mismos; huimos de nosotros, buscamos las diversiones que nos distraen, tememos el encontrarnos con nosotros mismos; señal infalible de que Dios no habita en nosotros, porque si habitara estaríamos contentos con nosotros mismos, no temeríamos á nuestro corazón, en el que hallaríamos nuestro tesoro y el Dios de nuestro consuelo; nos costaría trabajo el separarnos de nosotros, porque nada hallaríamos en lo exterior que equivaliese á la presencia de Dios, de

quien nos apartamos. Pero como volviéndonos á nosotros nada hallamos mas que á nosotros mismos, esto es, un corazón vacío de verdaderos placeres y bienes sólidos, lleno de pasiones, de deseos, de inquietudes, no podemos durar con nosotros mismos, y por eso justificamos las diversiones y deleites que nos ayudan á olvidarnos; defendemos que son inocentes porque desterramos de ellos lo que puede conducir al pecado, pero no vemos que mantenemos todo lo que disipa é impide el recogimiento, y que este es nuestro mayor delito.

En segundo lugar. Digo que nuestra vida es una vida llena del espíritu del mundo y vacía del espíritu de Dios, no solamente porque no es interior y recogida, sino tambien porque el espíritu del mundo es quien forma los deseos, quien gobierna los afectos, quien arregla los juicios, quien produce los fines, quien anima todos los pasos de todas las cosas que nos rodean, de todos los sucesos que nos mueven y de todos los objetos que nos interesan; pensamos como el mundo, obramos como el mundo y sentimos como el mundo; las aflicciones nos abaten, las prosperidades nos ensorbecen, los desprecios nos alteran, los honores nos lisonjean; llamamos felices á los que consiguen en el mundo sus deseos, y á los que no, los tenemos por dignos de lástima; envidiamos la fortuna ó el favor de nuestros superiores, no llevamos con paciencia la de nuestros iguales, miramos con desprecio la condicion de aquellos que la naturaleza ha sujetado á nosotros, admiramos en los demás los talentos que admira el mundo, los deseamos para nosotros; si nos falta el valor, la reputacion, el nacimiento, las disposiciones del cuerpo y del espíritu, las deseamos; si las tenemos nos preciamos de ellas; finalmente, nuestros fines, nuestros juicios, nuestras máximas, nuestros deseos, nues-

tras esperanzas son mundanas: puede suceder que hablemos del mundo con desprecio; pero en nuestra particular conducta, nuestros fines, nuestros juicios, nuestros afectos siempre son mundanos. Puede suceder tambien que mezclemos con ellos algunos pensamientos cristianos, que algunas ocasiones nuestros fines sean conformes con los de la fe, que en ciertos sucesos nuestras disposiciones sean cristianas y espirituales; pero estas no son mas que unas centellas de fe, por decirlo así, que desaparecen, unos intervalos de gracia que no interrumpen mas que por un instante el curso de nuestras disposiciones mundanas. Lo que predomina en nuestra conducta, lo que constituye el cuerpo de nuestra vida, lo que somos aun independientemente de nuestras reflexiones y aun cuando obramos naturalmente; en una palabra, el principio constante y como universal de todos nuestros dictámenes interiores y de todos nuestros pasos exteriores es el espíritu del mundo; no tenemos que hacer mas que sondear nuestro corazon y nos veremos precisados á confesarlo. Pero el espíritu de Dios no habita en donde reina el espíritu del mundo. Es verdad que suele impelernos, excitarnos, inspirarnos santos deseos, despertar nuestra poca fe, pero no reina en nuestro corazon; llama á la puerta pero aun no le hemos recibido; deja caer en nuestra alma algunas centellas de su divino fuego, pero no ha venido él mismo á habitar en él.

Pertenece, pues, todavía al mundo y á su espíritu; bajo unas exterioridades religiosas y arregladas conservamos un corazon mundano; con apariencias de vida estamos aún en la muerte y en la culpa, y acerca de esto rara vez nos examinamos; juzgamos de nosotros mismos por la conducta exterior que es irrepreensible y por ciertas obras de religion á que el mundo da el nombre y la reputacion

de piedad; pero no cuidamos de preguntarnos, ¿es el espíritu del mundo ó el de Jesucristo quien me gobierna y quien me anima? Si aun me parezco al mundo en mis deseos, en mis alegrías, en mis fines, en mis juicios, en mis pesares, en mis deseos, en mis delicadezas, en mi soberbia; finalmente, en todas las disposiciones de mi corazon, no pertenezco al espíritu de Jesucristo, luego aun es el mundo el espíritu invisible que me anima y me posee: si mi corazon no se muda y se renueva, pereceré con el mundo, pues él está ya juzgado; la salvacion no es para él y su condenacion es inseparable de la mia mientras que yo no forme mas que un mismo espíritu y un mismo todo con él. *Primera reflexion.*

Segunda reflexion. El segundo carácter del espíritu de Dios consiste en ser un espíritu de abnegacion y penitencia. Y este carácter es consecuencia necesaria del recogimiento y vida interior de que acabo de hablar.

A la verdad, católicos, luego que el espíritu de Dios nos llama dentro de nosotros mismos y hace que habitemos dentro de nuestro corazon, nos descubre lo que somos, nos hace patentes todos los horrores de nuestras pasadas costumbres, hace que conozcamos en nosotros mil pasiones y mil miserias que nos habian ocultado la distraccion y ceguedad de la vida mundana; nos manifiesta toda la corrupcion de nuestras inclinaciones, la hinchazon de nuestro corazon, la oposicion que tenemos al bien y á la justicia, la herida que el mundo y las pasiones han hecho en nuestra alma; nos convence de que estamos sepultados en un desorden universal respecto de los verdaderos bienes; que nuestra voluntad, nuestro espíritu, nuestra imaginacion, nuestros sentidos y nuestro cuerpo, todo está desordenado en nosotros y rebelado contra el orden, contra la verdad y

la justicia: *Arguet mundum de peccato*,¹ dice Jesucristo.

Es, pues, imposible que descubriéndonos este oculto y universal desorden de todas las dificultades de nuestra alma, no produzca en nosotros dos disposiciones: la primera restablecer el orden que ha turbado en nosotros el pecado; la segunda, vengar la justicia de Dios ultrajada con este desorden.

Dije en primer lugar, *restablecer el orden que ha turbado en nosotros el pecado*, porque las luces de que llena al corazón el espíritu de Dios, no son luces estériles, sino unas luces vivas y eficaces; este espíritu obra en todas partes donde se halla y hace amar las verdades que enseña, porque muda el corazón á quien ilumina. Las almas mundanas pueden, á la verdad, conocer el desorden de su corazón y la corrupción de sus inclinaciones; pero solo lo conocen por las inquietudes que padecen y no por la turbación del buen orden, y como estas luces no son mas que secretas reprensiones del amor propio, aunque hagan aborrecer sus males no hacen amar el remedio.

Pero una alma renovada con el espíritu de Dios aborrece en sí todo cuanto ve que se opone á la verdad y á la justicia. Las nuevas luces, que casi en cada acción la manifiestan el desorden de sus afectos é inclinaciones, la animan con un santo celo para encaminarlas al orden y á la regla.

De este modo, á proporcion que conoce en las particularidades de su conducta que su corazón, corrompido aún con la soberbia, se altera con la más leve humillación, la busca y se la proporciona; si ve que se entrega á antipatías y rencores secretos, le castiga precisándole á demostraciones

¹ Joann. 8. v. 36.

exteriores de complacencia y caridad; si ve que tiene inclinación violenta á las distracciones y deleites, le castiga con el recogimiento y el retiro; si ve que aun conserva inclinaciones viles y frívolas al adorno y á la vanidad, le reduce á la sencillez y á la modestia; si ve que los deseos de agradar inficionan aún todas sus acciones, huye de las ocasiones ó desprecia los medios; si ve que ciertas obligaciones le hallan aún repugnante y rebelde, añade á ellas obras de supererogación, para que obligándole á pasar mas adelante, se le haga mas soportable la regla.

Finalmente, pone todo su cuidado en restablecer en su corazón con continuas violencias el orden que las pasiones injustas habian turbado en él. Nada se perdona, detesta lo que no puede corregir; cuando los cuidados y los esfuerzos son inútiles, recurre á los gemidos y padece mas con las miserias que aun no puede curar, que con las violencias que se hace para libertarse de aquellas de que la purifica la gracia.

Esta es la primera disposición para este espíritu de abnegación y penitencia que obra en nosotros el espíritu de Dios, y de aquí podemos fácilmente inferir si le hemos recibido ó si aun vivimos con el espíritu del mundo.

Porque el espíritu del mundo es un espíritu de pereza y de falta de mortificación; es espíritu indulgente para todas nuestras desarregladas inclinaciones, cuidadoso de satisfacerlas y hábil en justificarlas; un espíritu de amor propio que las gobierna y detiene acerca de las trasgresiones esenciales para excusarse de los remordimientos, pero que en todo lo demás se entrega y deja arrastrar de ellas; porque no debemos creer que el espíritu del mundo nos guía siempre á desórdenes torpes y manifiestos; es un espíritu artificioso que como el espíritu de Dios, sabe tomar diferentes

formas: *Multiformis spiritus*; lo que intenta es corromper el corazón y desordenarle; con tal que lo consiga poco le importa el que sea por medio de pasiones torpes ó de una multitud de inclinaciones mundanas, las que aunque puede suceder que consideradas cada una de por sí no sean pecaminosas, no obstante, estando juntas y subsistiendo habitualmente en el alma, forman un corazón mundano y un estado de muerte y de pecado, que nos separa de Dios y nos priva de su espíritu como la vida mas culpable.

Y así llamo corazón mundano y vacío del espíritu de Dios, en una vida por otra parte arreglada, á un corazón nada mortificado, enemigo de la violencia, y que en todo lo que mira á sus deseos, ó indiferentes ó levemente malos, no busca mas que su satisfacción sin saber contradecirse en nada; á un corazón que no quiere privarse de nada de cuanto le separa visiblemente de Dios, y que aun en las obligaciones esenciales extiende la pereza y la indulgencia para con sus pasiones hasta los últimos límites que la acercan al pecado y trasgresion, aunque ésta no llega á consumarse en la presencia de Dios; á un corazón que se entrega á sus rencores y á sus antipatías con tal que no lleguen á ser un aborrecimiento mortal y furioso; á sus impaciencias y á su genio, con tal que no lleguen á ser ruidosas y escandalosas; á las diversiones y placeres, con tal que de ellos se destierren los excesos y delitos; á los deseos de agrandar, con tal que no tengan alguna resulta notable y pecaminosa; al amor de la elevacion y de la fortuna, con tal que para esto no se valgan de medios odiosos ó injustos; á buscar gustos y comodidades, con tal que no se mezclen con ellas deleites culpables; á la vanidad y á la magnificencia, con tal que el mundo no se escandalice, y se añadan á esto algunas santas liberalidades;

finalmente, á todas las mitigaciones posibles acerca de la obligacion, como parezca que las mismas obligaciones quedan ilesas.

A este corazón es á quien llamo mundano y de quien digo que no habita en él el espíritu de Dios, porque aun subsisten en él todas las inclinaciones del mundo; pues el espíritu de Dios hace en nosotros, como dice el apóstol, divisiones y separaciones dolorosas, arranca, corta hasta lo vivo, llega hasta las mas secretas inclinaciones de nuestro corazón, á separar la carne del espíritu, los afectos humanos de los movimientos de la fe, el artificio de las pasiones de las obras de la gracia: *Vivus, et efficax pertingens usque ad divisionem animæ, et spiritus.*¹

¿Es este, pues, el espíritu que hemos recibido? Es verdad que nuestra vida presente está exenta de los grandes delitos; ¿pero qué violencia hacemos á todas nuestras inclinaciones? ¿cuánto nos cuesta el combatirnos á nosotros mismos y el vencernos? ¿qué cosa negamos á nuestro corazón y á nuestros deseos? ¿qué adelantamos con los ejercicios de piedad, de la que hacemos profesion, sobre nuestras inclinaciones desarregladas y mundanas? ¿en qué parte de nuestra vida se hallan los sacrificios y las violencias? El mundo nos lisonjea, la proporcion de nuestro estado nos lo facilita todo. La malicia de los hombres nos ofrece mil ocasiones de violentarnos; ¿pero en dónde están las que nos proporcionamos nosotros? ¿dónde están las que la fe nos hace indispensables, y á las que nos impele el espíritu de Dios? ¿qué es lo que padecemos para ser de Dios? ¿qué cuesta esto á nuestras pasiones, á nuestras comodidades, á nuestra pereza? La regularidad de nuestras cos-

¹ Heb. 4. v. 12.

tumbres acaso es efecto del temperamento ó de la circunspeccion que nos imponen la edad y el mundo. Nada nos ha costado el llegar á este estado; de este modo, no negando nada por otra parte á nuestras inclinaciones, toda nuestra vida es una vida falta de mortificacion y llena de pereza, sin que en nosotros se halle ninguna violencia, ninguna abnegacion, ningun sacrificio de nuestros mundanos afectos, y consiguientemente aun somos del mundo y el espíritu de Dios no habita en nosotros. La segunda disposicion de este espíritu de abnegacion y de penitencia, que es el carácter del espíritu de Dios, es el vengar la justicia divina, ultrajada con el desorden de nuestras pasiones; quiero decir, que la violencia nos es indispensable, no solamente por la necesidad que tenemos de reglar y reformar nuestro corazon reprimiendo sus desordenados afectos, sino tambien por la obligacion en que estamos de satisfacer á la divina justicia, á quien hemos irritado con el desorden de nuestros afectos: este es el primer pensamiento que el espíritu de Dios obra en una alma renovada; la hace que tome parte en los intereses de la divina justicia contra sí misma, la penetra con el temor de sus juicios, la anima con un santo celo contra una carne que ha servido á la iniquidad. El espíritu que os prometo, decia Jesucristo á sus discípulos, convencerá al mundo en orden á la justicia y en orden al juicio: *Arguet mundum de justitia, et judicio.*¹ Esto es, dará á conocer á los hombres cuán responsables son á la divina justicia de sus desórdenes, cuánto deben padecer para satisfacerla, cuánto he padecido yo mismo por reconciliarlos con ella, y hasta qué punto pide la justicia que el pecador se castigue á sí mismo.

¹ Joann. 16. v. 8.

para expiar sus delitos y prevenir la severidad de los juicios del Señor, que no puede dejarlos sin castigo: *Arguet mundum de justitia, et judicio.*

Para conocer, pues, si hemos recibido el espíritu de Dios, no tenemos mas que hacer que entrar dentro de nuestro corazon. ¡Advertimos en nosotros aquel celo de penitencia que no se satisface ni con las lágrimas, ni con los gemidos, ni con las mortificaciones, porque nunca se persuade haber suficientemente satisfecho á la justicia divina? ¡hacemos de las obligaciones de nuestro estado, de las incomodidades inseparables de la vida humana, de todas las criaturas que nos cercan, otras tantas ocasiones de sacrificios y sufrimiento? ¿nos quejamos en la presencia de Dios de la flaqueza de nuestra carne y de que no podemos hacer de ella con rigurosas satisfacciones el instrumento de nuestra penitencia, como lo fué de nuestros delitos? ¿la castigamos á lo menos segun sus fuerzas, aun cuando nuestra cobardía y flaqueza no nos permitan pasar mas adelante? ¿nos miramos como pecadores á quienes están prohibidos todos los deleites, y que solo pueden evitar la muerte eterna que por sus pecados han merecido, condenándose á una muerte temporal, esto es, muriendo todos los dias con la penitencia al mundo, á su carne, á sus deseos y á todas las criaturas?

¡Ah! todos nuestros cuidados se reducen á halagar á una carne á quien la justicia divina mira con horror y con ojos de indignacion y furor; solo somos ingeniosos para justificar en nosotros mismos nuestra falta de mortificacion y nuestra sensualidad. Miramos la obligacion de la penitencia, que nos es necesaria y esencial respecto de nuestros pasados delitos, como una obligacion indiferente y de supererogacion; en vez de estar animados de un santo celo con-

tra nuestro cuerpo, tenemos horror á todo lo que le molesta y mortifica; en vez de tomar parte en los intereses de la justicia divina, pleiteamos continuamente en nuestro favor contra ella; nos desagrada el que pida tanto á nuestra flaqueza, nos parece que sus pretensiones son excesivamente severas, mitigamos el rigor de sus máximas, las interpretamos en favor de nuestro amor propio, minoramos sus derechos aumentando los de nuestra concupiscencia; finalmente, amamos más á nuestro cuerpo que á la justicia de Dios que pide su castigo, y el espíritu que nos anima no es espíritu de celo y de penitencia, inseparable del espíritu de Dios, sino un espíritu de carne y sangre que nunca llegará á poseer el reino prometido á la cruz y á la mortificación.

Tercera reflexion. Finalmente, el último carácter del espíritu de Dios es ser un espíritu de fuerza y de valor; como este es un espíritu que venció al mundo, trastornó los ídolos, aniquiló las supersticiones, confundió las preocupaciones, condenó los errores y las sectas, combatió contra las pasiones; en una palabra, como es un espíritu más fuerte que el del mundo, no teme al mundo. Por eso los apóstoles, antes flacos y tímidos, á quienes habia intimidado la voz de una mujer, dispersos por la muerte de Jesucristo, y que escondidos en Jerusalem no se atrevian á exponerse al furor de los judíos y dar testimonio de la inocencia de su Maestro y de la verdad de su doctrina, luego que descendió sobre ellos el espíritu de Dios, ya no conocen estos temores; se manifiestan con una santa confianza en medio de Jerusalem, anuncian en presencia de los sacerdotes y doctores á aquel Jesus de quien antes no se atrevian á declararse por discípulos; no solo no temen los públicos discursos, sino que desprecian sus amenazas; desa-

fían á los suplicios, responden con valor que es más justo obedecer á Dios que á los hombres, y como si la Judea no presentara bastantes peligros ni bastantes persecuciones á su valor, se derraman por todo el universo, y ni la ferocidad de los más bárbaros pueblos, ni el horror de los tormentos, ni la crueldad de los tiranos, ni la esperanza de la muerte más terrible, ni el mundo entero, levantado contra ellos, hace más que aumentar su firmeza y su constancia.

Así es el alma que está llena del espíritu de Dios, de aquel espíritu que ensalza ó humilla á las personas según su gusto; que se burla de los grandes y poderosos, que trastorna ó asegura los nombres y las fortunas; que forma ó destruye los reinos y los imperios; aquel espíritu, origen de toda grandeza en el cielo y en la tierra, y en cuya presencia son nada todas las cosas; eleva al alma á quien llena sobre sí misma; la hace participar de su grandeza y de su soberanía; imprime en ella sus divinos caracteres de libertad y de independencia; la lleva hasta el seno de Dios, desde donde mirando está alma todo el universo, las grandezas y poder de la tierra no le parecen más que un átomo vano, incapaz de intimidarla y aun indigno de su vista y atención.

No hay cosa, pues, que iguale á la elevación, nobleza y firmeza de un alma á quien posee el espíritu de Dios. La elevación y firmeza que da el mundo siempre está mezclada de condescendencia y de bajeza, porque siempre está sujeta al mundo y depende de él por alguna parte; mientras estamos unidos al mundo siempre le tememos; pero una alma justa no le teme, porque no está unida á él; sus juicios la son indiferentes, sus discursos y burlas no la inquietan más que el sonido de una campana que resuena; hace gala de la virtud de lante de los mismos que la desprecian; solo ce-

de á la verdad, solo atiende á la caridad, no usa de aquellas tímidas condescendencias en que padece la piedad, y que en vez de edificar á los pecadores que nos las piden, los confirman en sus injustos errores. Considerad hoy á los discípulos; su celo es tratado de embriaguez y su celo se inflama mas; los tienen por locos y la injusticia de los públicos discursos solo sirve de confirmarlos en su santa locura; los miran como engañadores y no hacen mas para atraer al mundo á su favor que lo que hicieron para que se declarase contra ellos, esto es, condenarle, edificarle y reprenderle.

El espíritu del mundo es un espíritu de lisonja y artificio; como el amor propio es principio de él, solo busca la verdad en cuanto ésta puede agradarle, no se declara en favor de la piedad sino cuando ésta halla partidarios favorables, no hace alarde de la virtud sino en los lugares en que la virtud le honra; y este es el espíritu que nos rige y gobierna, un espíritu de timidez y de condescendencia; teme declararse por la parte de Dios, y en todas las ocasiones en que es preciso declararse es fácil y se acomoda á todo; por eso cuando es preciso exponernos por su gloria á la burla y censura de los hombres, retrocedemos y con una falsa prudencia disimulamos nuestra cobardía, y cuando se trata de desagradar por no faltar á las obligaciones, tenemos por legítima la trasgresion, y lo primero que se examina en las acciones que Dios nos pide, es si serán del agrado del mundo, y por no perder la estimacion del mundo parecemos tambien mundanos, hablamos segun su estilo, aplaudimos sus máximas, nos sujetamos á sus costumbres, y aun por evitar el ser molestos seguimos sus placeres, tomamos parte en sus distracciones y acaso participamos de sus delitos.

Si nos juzgamos con sinceridad á nosotros mismos, confesaremos que este es nuestro carácter; toda nuestra vida no es mas que un tejido de artificios y de condescendencias reprobadas por la ley de Dios; en todas las ocasiones sacrificamos las luces de nuestra conciencia á los errores y preocupaciones de aquellos con quienes vivimos; conocemos la verdad, y no obstante, la retenemos con injusticia; alabamos las máximas que la contradicen y no nos atrevemos á resistir á los que la condenan; sacrificamos continuamente á la lisonja y al deseo de agradar, mil cosas que nos reprende nuestra conciencia y aun de las que nos separa nuestra inclinacion; en una palabra, no vivimos para nosotros mismos y para la verdad, vivimos para otros y para la vanidad; queremos agradar, no podemos vivir sin el mundo, nos unimos á él por fines de gloria, de fortuna, de establecimiento, de crédito, de reputacion, de diversion y aun de amistad y sociedad, y de aquí proviene que cuando concurre la verdad con alguna de estas pasiones y que es necesario declararse por ella, la abandonamos, acomodándonos al tiempo; disimulamos é ideamos falsas máximas para justificar nuestras injustas condescendencias; nos persuadimos á que la vida del mundo, á que estamos ligados, nos los hace inevitables; por eso toda nuestra vida se pasa en condescender con los hombres, en acomodarnos á sus pasiones, en seguir sus ejemplos y en acceder á sus máximas; no tenemos constancia, resistencia ni valor; todo nos hace titubear, todo nos arrastra. La condescendencia es el principio de toda nuestra conducta, y sin tener acaso vicios en nosotros, nos hacemos culpables de los de los demás, y no nos ejercitamos en virtud alguna.

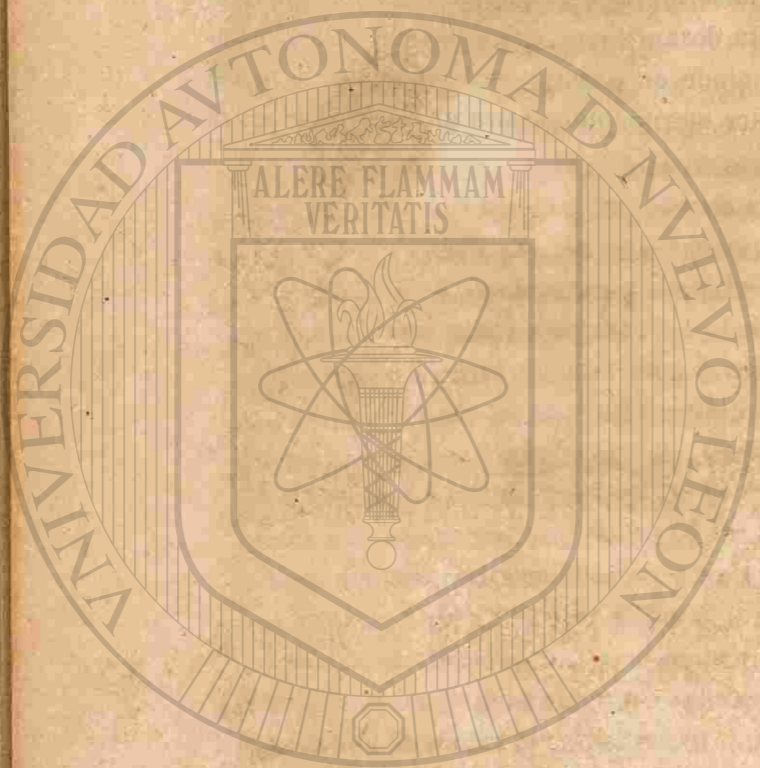
No obstante, como en nuestro corazon conservamos al-

guna reliquia de amor á la verdad, como no nos entregamos al mundo sino por fuerza, como evitamos los grandes desórdenes, y como nos distinguimos de él por acciones exteriores de piedad, creemos que no somos suyos, como aquellas almas mundanas á quienes tiene embriagadas. Pero nos engañamos; á lo menos es constante que no pertenecemos al espíritu de Dios, que no es él quien nos gobierna y nos posee, porque este divino espíritu es un espíritu de fortaleza, de firmeza y de valor; no teme al mundo porque le desprecia; no intenta agradar al mundo porque está crucificado para él; no busca la aprobacion del mundo porque él es juez de sus juicios; no intenta adquirir la amistad del mundo porque es su enemigo; no se deja llevar de los ejemplos del mundo porque le ha vencido. El carácter mas opuesto al espíritu de Dios es este carácter de cobardía y de condescendencia, y la mas segura señal de que Dios no está en el corazon y que aun somos del mundo, es cuando le tememos mas que á la verdad, cuando le servimos á costa de la verdad, cuando queremos agradarle á pesar de la verdad y cuando continuamente le sacrificamos la verdad.

¡Gran Dios! derramad hoy en nuestros corazones este triplicado espíritu de recogimiento, de abnegacion y de firmeza, que derramado en otro tiempo sobre vuestros discipulos los hizo nuevos hombres, vencedores del mundo y testigos de la verdad; aniquilad en nosotros este espíritu del mundo, este espíritu de distraccion, de falta de mortificacion, de condescendencia y de cobardía, que tanto tiempo ha cierra en nuestros corazones la entrada á vuestro divino espíritu; renovad en este dia nuestros deseos, nuestros afectos, nuestras inclinaciones y nuestros pensamientos;

venid, espíritu de verdad, á nuestros corazones, ocupad el lugar del mundo miserable que nos desagrada y á quien no tenemos valor para desagradar, y despues de haber establecido vuestra morada en nosotros acá en la tierra, haced que seamos templos eternos de vuestra gloria y de vuestra verdad. Amen.





SERMON

PARA LA

FIESTA DE LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA.

SOBRE LOS CONSUELOS Y LA GLORIA DE LA MUERTE
DE MARÍA SANTÍSIMA.

Indica mihi quem diligit anima mea,
ubi pascas, ubi cubes in meridie.
¡Oh tú, querido de mi alma! dime dónde
está el lugar de tu descanso y de tus
pastos eternos.

CANT. 1. v. 7.

De este modo se explica el alma fiel en la tierra separada de su esposo, porque aun se le ocultan las nubes de su mortalidad, no hallando en el mundo cosa alguna que pueda consolar su amor en esta ausencia, sino la esperanza de que se ha de acabar presto; suspirando continuamente por aquel feliz instante que la ha de abrir el cielo y manifestarla el Esposo inmortal á quien ama, y haciendo de la tristeza y amarguras de su destierro el ejercicio de su amor

y el mérito de su fe y de su paciencia, exclama continuamente: ¡Oh tú, querido de mi corazón! manifiéstame el lugar de tu descanso y de tus pastos eternos.

Pero como las ilusiones de los sentidos mezclan siempre con la fe de las almas mas puras mil conexiones inevitables, que dividen su amor acá en la tierra, que entibian en ellas el deseo de los bienes eternos, y hacen, segun el apóstol, que aunque desean sinceramente ser revestidas de la inmortalidad, quisieran no ser despojadas de la mortalidad que aun aman: *Nolumus expoliari, sed supervestiri.*¹ Se puede decir que esta disposicion de despego universal de la vida y de todas las criaturas, esta tristeza por lo largo de este destierro, esta alegría y este júbilo á vista de la muerte y de la feliz libertad, solo ha sido perfecta en María, y que ella sola en este dia, consagrado por la Iglesia á su salida del mundo y á su exaltacion en el cielo, tiene derecho como verdadera Esposa para usar de este estilo del amor: ¡Oh tú, querido de mi corazón! dime dónde está el lugar de tu descanso y de tus pastos eternos.

Las amarguras y abatimientos de su vida mortal hallan hoy en su muerte y en su feliz ascension su consuelo y su gloria. A ejemplo de su amado Hijo, habia sido para ella la tierra un lugar de oprobios y trabajos. Hija de dolor, degradada de todos sus títulos, ignorados todos sus dones, confundida con las demás madres de Judá, era, por último, justo que la gloria de su Hijo se reparase en su persona, y que siempre semejante á él, enmendasen las maravillas de su muerte la oscuridad de su vida.

Hoy, pues, intento manifestar los consuelos y la gloria de la muerte de María, en los que se encierra todo el mis-

¹ 2. Cor. 5. v. 4.

terio que propone la Iglesia á la piedad de los fieles. Los consuelos de su muerte, que compensan las amarguras interiores que en todo el tiempo de su vida habian afligido su alma santa; la gloria de su muerte, que repara los abatimientos que la acompañaron siempre en la tierra. Este es el asunto de mi discurso. Necesito de su intercesion, para alcanzar las luces del Espíritu Santo. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

Puede decirse que María habia experimentado tres géneros de amarguras durante su vida mortal, y que éstos habian sido como los tres dardos que atravesaron su corazón y consumaron el sacrificio de sus dolores y penas. Una amargura de desamparo, una amargura de celo y una amargura de deseo, y á estas tres amarguras corresponden tres consuelos en su muerte, que nos manifiestan la primera circunstancia de este misterio. Consuelo de fuerza y de valor, consuelo de paz y de alegría, consuelo de posesion y gozo. Vamos por menor y estadme atentos.

Llamo, en primer lugar, amargura de desamparo á la que experimentó María en la indiferencia y rigores aparentes con que Jesucristo parece que habia siempre pagado su ternura y sus mas santas ansias. En ninguna parte vemos que la distinguiese con los respetos y tiernas atenciones que parece pedia la autoridad que sobre él tenia y el amor que el Señor la profesaba; escondido en el templo á la edad de doce años, parece que reprueba la inquietud con que se hallaba la Señora por el temor de haberle perdido. En vez de manifestarse conmovido de los sustos y cuidados de su amor, solo la habla del Padre que está en el cielo, como si se hubiera olvidado de que tenia Madre

en la tierra. En las bodas de Caná, temiendo al parecer que María le usurpase en el espíritu de los convidados alguna parte de la gloria del prodigio que iba á obrar, declara que nada tiene de comun con ella y que solo su Padre es quien le señala los tiempos y momentos en que debe manifestarse con milagros, como que de él solo ha recibido el poder para hacerlos. Si las mujeres de Jerusalem llaman feliz al vientre en que estuvo encerrado, parece quita á María una alabanza que la habia dado el mismo ángel, y las declara que solo son felices en la tierra los que observan la ley de Dios. Si en otra ocasion le acuerdan que su Madre y parientes le esperan con impaciencia, responde que no conoce mas madre ni mas parientes que los que hacen la voluntad de su Padre que está en los cielos; finalmente, en todas partes parece haberse olvidado de ella, y siempre que los evangelistas la nombran en la historia de su Hijo, es para referirnos algun aparente rigor de Jesucristo para con ella.

Esta fué la conducta de Dios con esta santa hija de Judá. Probada siempre con desamparos y rigores por parte de Jesucristo, guiada siempre por caminos ásperos y rigurosos, habia de servir de modelo y consuelo á las almas á quienes Dios prueba, á las que nunca deja gustar ni un solo vislumbre de consuelo en la observancia de sus mandamientos, y á quienes entrega á todos los disgustos y sequedades de una virtud triste y amarga; habia de enseñarlas que este camino de desamparo, tan penoso al gusto de los sentidos y de la naturaleza, tiene sus méritos y sus utilidades á los ojos de la fe, que este es regularmente el camino de las almas justas y perfectas, que los gustos sensibles por lo comun, mas son apoyo de la flaqueza que frutos de la virtud; que sola la fe de las promesas debe mante-

ner á una alma fiel; que el seguir á Jesucristo solamente por el atractivo de los consuelos unidos á su yugo, es buscarse á sí mismo. Que el carácter de la fe es esperar, suspirar y padecer; que el tiempo de la vida presente es el tiempo de las privaciones y no de los consuelos. Que el Señor acá en la tierra es un Dios oculto, que cuanto mas quiere unir á sí á una alma por medio de una fe viva y fervorosa, mas la priva de consuelos humanos, para que se le haga mas insufrible este destierro y para avivar mas cada dia en ella el deseo de aquella patria inmortal, en donde llenos del Dios que nos hará felices, no podrán nuestros corazones gustar mas que de este bien inefable, y en donde la verdad vista claramente, parecerá siempre amable, porque siempre la veremos como es en sí.

Y á la verdad, el estado de la fe en que vivimos no consiste solamente en la sumision del espíritu á las verdades que aun no se nos manifiestan con luces claras y evidentes, sino tambien en la adherencia del corazon á los bienes invisibles y eternos, cuya hermosura no se nos deja aún conocer con gustos y deleites sensibles. La fe, pues, encierra en sí dos privaciones esenciales, una de luz, otra de deleite; es preciso poder creer lo que no se ve, y amar, por decirlo así, lo que aun no conocemos. El estado de la patria consiste en ver siempre la verdad y en conocer siempre que es amable; pero es necesario merecer este feliz estado, sacrificando continuamente nuestras propias luces á las luces y á las verdades que no vemos, y los deleites sensibles que nos rodean, á los placeres invisibles y dignos del corazon que aun no conocemos.

No quiero decir que el Señor no adelante algunas veces á algunas almas justas y privilegiadas aquellos inefabables dones que le están preparados en el cielo. Hay algunas

á quienes favorece con luces extraordinarias, y á las que revela, como á Pablo, secretos y misterios que casi no es permitido al hombre el publicar. Hay otras sobre las cuales derrama abundantemente aquellos placeres secretos é inexplicables de que jamás ha gustado el corazón del hombre, y que no pudiendo sufrir la plenitud del Dios de todo consuelo que los llena, se ven obligados á pedirle que suspenda la abundancia de sus dones ó que los modere. Pero estos favores salen del comun camino de la fe, y aun debe temerse en ellos la ilusion; en nuestro siglo y en los pasados tenemos bien tristes ejemplos de esta verdad. Las singularidades de la piedad degeneran muchas veces en fanatismo. No todo espíritu es de Dios; muchas veces estas luces extraordinarias que creemos venir del cielo son relámpagos engañosos, producidos de una imaginacion recalcada y engañada, y consagrados por una vanidad oculta, y las Priscias nos han enseñado á desconfiar de un camino que bajo el pretexto de conducirnos á la perfeccion, nos guía al precipicio. Muchas veces los gustos sensibles y abundantes que creemos ser frutos de la gracia, son sentimientos humanos, excitados por una natural ternura, que lisonjean al apetito sin corregir la virtud, y cuando uno cree estar lleno de Dios, está lleno de sí mismo. El camino de las privaciones es siempre el mas seguro, porque es el mas conforme al estado ordinario de la fe; por eso en vez de desanimarnos con los disgustos que experimentamos en los caminos de Dios, y de persuadirnos á que no le agradan nuestros respetos, porque no hallamos nosotros mismos ningun deleite en ellos, debemos confiar mas en que cuanto mas nos cuestan las obligaciones que le tributamos, mas meritorias son en su presencia, y que los mismos disgustos que ocasionan la pena y la tristeza de nuestra

virtud, son al mismo tiempo su seguridad y excelencia.

Estos son los desamparos que experimentó María en la tierra; era, pues, justo que la presencia de Jesucristo fuese el primer consuelo de su muerte; que asistiese el Señor á este último combate; que viniese á confortarla en esta última hora; que élla hiciese entre sus brazos el sacrificio de su vida; que él mismo fuese su ángel consolador, y que se diese tanta mas prisa á manifestarse á esta alma, impaciente de reunirse á él, cuanto mas habia manifestado negarse y ocultarse á ella, por decirlo así, en la tierra.

La segunda amargura que advierto en la vida de la Santísima Virgen, es una amargura de celo. ¡Con qué dolor no miraba la inutilidad de los prodigios, de las instrucciones y de todo el ministerio de Jesucristo en Judea, las asechanzas que los escribas y fariseos ponian á su inocencia, la desercion de sus discípulos, su muerte ignominiosa y cruel, la ingratitud y obstinacion de un pueblo que le arrojaba de sí, todas las promesas hechas á sus padres, todos los cuidados que en otro tiempo habia tenido el Señor de Jerusalem, finalizados con su reprobacion y su pérdida! La desgracia de sus hermanos segun la carne era su ocupacion mas triste y mas comun; ofrecia continuamente por ellos las virtudes de sus antepasados, de Abraham, de David, de los profetas, para aplacar la ira de Dios y mitigar con la memoria de estos hombres fieles los delitos de sus descendientes. Por eso todo el Evangelio nos la representa recogida, ocupada en las desgracias de Jerusalem y en la indignacion que el Señor iba á explicar sobre esta ciudad infiel.

Era preciso que enseñase á las almas justas y á las que un santo retiro defiende de los peligros del mundo, á ocuparse continuamente al pié de los altares en los males

y necesidades de la Iglesia; en gemir por los escándalos que la afrentan, y en solicitar las gracias del cielo para sus hermanos segun la carne, que se dejan arrebatarse del torrente de los deleites y de las tentaciones, y viven en un entero olvido de las cosas del cielo.

Este fué uno de los principales motivos que determinó al santo fundador de las fervorosas vírgenes que me oyen,¹ á edificar estos piadosos asilos, en donde hoy derraman con tanta edificacion sobre toda la Iglesia el buen olor de Jesucristo; quiso juntar bajo las mismas leyes de la caridad y de la abnegacion religiosa unas almas inocentes, que escondidas en lo interior del santuario puedan gemir como la paloma por los males que afligen á la Iglesia; pedir todos los dias al Señor pastores vigilantes que la gobiernen, doctores ilustrados que la defiendan, sacerdotes irrepreensibles y celosos que la edifiquen, príncipes religiosos que la protejan y dilaten; pedir la extirpacion de los cismas y errores, el triunfo de la verdad, que cesen las contiendas y turbaciones, el establecimiento de la paz y de la caridad, pedir luces y poderosos auxilios para los ministros de la divina palabra, que están encargados de la obra de Dios, y que trabajan en llamar á los pecadores de sus extraviados caminos; y finalmente, ser con el Señor medianeras continuas por los fieles, alivio de los males de la Iglesia, víctimas de los pecados ajenos, y tomar sobre sí mismas, en las lágrimas y mortificaciones de su retiro, las iniquidades de sus hermanos. Este celo de la gloria de Dios, del progreso de la fe y de la piedad; este deseo de la conversion de los pecadores y del aumento del reino de Jesucristo en

¹ Las religiosas de la Visitacion de Chayllat, donde estaba la reina de Inglaterra.

la tierra, es como el alma y carácter particular de este santo instituto; otras se entregan á los santos rigores y á las maceraciones continuas de la penitencia; estas están consagradas á los gemidos de la oracion y á las santas amarguras del celo y de la caridad.

Esta amargura de celo y de dolor fué la que ocupó el corazón de María en todos los estados de su vida mortal; en nada tenia su propia gloria, su elevacion de gracia, de luz y de dignidad, mientras veia blasfemado el nombre de su Hijo por su propio pueblo, despreciado su ministerio, tenidos por impostura sus prodigios, perseguidos sus discípulos, y que Israel parecia sin remedio: porque el amor, cuando es perfecto, se mueve menos por sus propios intereses que por los del objeto amado. Vírgenes santas, bien conoceis por estas señas el ardiente celo de la piadosa princesa¹ que aquí os anima con su ejemplo; el desorden é incredulidad de sus pueblos la mueven mas que su rebelion; mas llora por la pérdida de su fe que por la de su corona.

Era, pues, preciso que el celo de amargura y de dolor que habia llenado todo el curso de la vida de la Virgen, se mudase al tiempo de su muerte en un consuelo de paz y de alegría. Entonces, disipadas ya las nubes de su mortalidad y entrando su alma santa en la luz inaccesible de los consejos de Dios, ve claramente las razones profundas y adorables de la sabiduría divina en orden á los sucesos de su vida, que tanto habian contristado su celo y su tierno amor; ve la utilidad que habia de resultar á los hombres de los oprobios de su Hijo y de la obstinacion de los judíos; los grandes bienes que la Iglesia habia de sacar del aborrecimiento de éstos á Jesucristo, el infinito número de már-

¹ La reina de Inglaterra.

tires que habian de glorificar á Dios con sus tormentos y con su paciencia, la multitud de fieles que reemplazaria abundantemente la Jerusalem incrédula, y creceria con la misma sangre de los mártires; ve los tiranos desarmados por la flaqueza del Evangelio, los césares convertidos por el oprobio de Jesucristo, los filósofos atraidos por la locura de la cruz; ve suceder la pompa y magnificencia de la Iglesia á la oscuridad de sus tristes principios, ceder en gloria propia suya la gloria de su Hijo, y ser su culto el recurso de mayor consuelo á la piedad de los fieles.

Del mismo modo una alma justa que está para morir, descubrirá con consuelo todas las razones de la divina sabiduría en orden á los sucesos de su vida; entonces empezará á ver las secretas conexiones que aquellas desgracias, aquellas aficciones, aquellas circunstancias molestas en que casi siempre vivió, tenian con su santificacion eterna; entonces manifestándosele anticipadamente el orden de los eternos decretos para con ella, verá que en todo habia sus razones y sus utilidades en los caminos por donde la mano de Dios la habia guiado; que sin saberlo ella todo cooperaba á su salvacion, que aun las contradicciones que oponian á su piedad eran misericordias de Dios para con ella; que la malicia y perfidia que habia experimentado de parte de aquellos mismos que la debian una inviolable fidelidad, no era mas que un medio de que se valia Dios para purificar su fe; que aquellos sucesos tan tristes que al mismo tiempo que trastornaban su fortuna parecian ser tan funestos á la religion, no eran mas que caminos secretos y seguros por donde Dios queria santificarla; que la divina justicia sacrificaba pueblos y reinos enteros, que los entregaba á un espíritu de error y de rebelion, que los sacrificaba, vuelvo á decir, á su seguridad y á su santificacion par-

ticular; verá que la propagacion del cisma y del error, que tanto habia contristado su celo y su piedad, servia para fortalecer en la fe á un corto número de almas justas, que vivian en medio del contagio sin inficionarse; que los males de la Iglesia, por los que ella lloraba, contribuian á su gloria y á su triunfo; y finalmente, que cuando parecia que no oia el Señor los deseos de su corazon, los cumplia de un modo mas glorioso para la fe y mas útil para su salvacion.

Pero, ¡ah, católicos! miramos al presente la oscuridad en que viven las almas justas, su separacion del mundo, de sus ideas, de sus pretensiones, de sus esperanzas y de todo lo que aviva las pasiones humanas, lo miramos como una vida abatida, inútil y ociosa; miramos las obras de misericordia y los santos cuidados, que son sus mas importantes ocupaciones, como piadosas inquietudes, consagradas por la viveza ó simplicidad de su celo. Pero en aquel último instante, cuanto hubiéremos hecho mas sobresaliente por el mundo nos parecerá locura y puerilidad; las acciones célebres que tanto habian admirado los hombres, las empresas gobernadas con tanto secreto y prudencia, las victorias, los sucesos felices, los talentos eminentes que nos hicieron representar tan gran papel en las historias, todo esto lo miraremos entonces como unas pueriles escenas y como juegos de niños; toda nuestra vida nos parecerá una continua niñez; cuanto hemos padecido por el mundo, los cuidados en adquirir una vana reputacion, los esfuerzos para llegar á ella, las condescendencias, los abatimientos que tanto costaron á nuestra soberbia, los respetos á nuestros jefes, que tan pocos gastaban con nosotros; de todos estos trabajos no nos quedará mas que el inútil pesar de haberlos perdido. Veremos que todos nuestros deseos y

cuidados no tenían mas objetos que unas fantasmas; que corriamos como locos tras un humo que se desvanecía, y que aun el cumplimiento de nuestros deseos hubiera sido la mas terrible de nuestras desgracias. Entonces nos diremos á nosotros mismos: ¿Era menester fatigarnos tanto para no hacer nada? ¡Ah! ¿era menester pasar una vida tan penosa para no hallar al fin mas que el pesar de haberse engañado y de parecerse á los que con grandes fatigas han seguido un camino errado y solo lo advierten cuando les faltan las fuerzas y no tienen tiempo para buscar otro nuevo? ¿por qué no empleariamos mejor nuestros cuidados y fatigas? Los favores de la tierra se han alejado de nosotros á proporcion que corriamos tras ellos; para conseguir los favores del cielo y los bienes eternos bastaba el desearlos.

La última amargura de la vida de María en la tierra fué una amargura de deseo. Principalmente despues que su amado Hijo dejó al mundo, todos los deseos de su corazon le siguieron en la morada de la eternidad; no volvió á mirar esta vida mortal sino como un largo y triste destierro, y separada del único objeto de su amor, todas sus ansias, todos sus pensamientos, todo su corazon estuvieron en el cielo. De este modo, extranjera en la tierra, oculta á la vista de los hombres, desconocida del mundo, decia continuamente como la Esposa: ¡Oh tú, querido de mi corazon! manifiéstame dónde está el lugar de tu descanso y de tus pastos eternos. Continuamente, como el profeta, se quejaba de lo que duraba su peregrinacion; sin cesar decia como él: ¿Cuando iré, ¡oh Dios mio! á vuestra eterna morada, y cuándo me presentaré delante de la cara de mi Señor? Muerta á todas las criaturas, mas unida á su Hijo con los continuos y vivos esfuerzos de un corazon que sin cesar se elevaba hácia el cielo, que á la tierra con los débi-

les lazos que aun la detenian en ella; despedazada, por decirlo así, con el rápido movimiento que continuamente llevaba su alma hácia su Señor, y por el peso de un cuerpo terrestre que aun la detenian en este mundo, moria todos los dias de amor y de tristeza, y la vehemencia de sus deseos, que era la mas perfecta de sus virtudes, era tambien la mas viva de sus amarguras.

Nosotros no conocemos hasta dónde puede llegar el exceso de esta pena, porque aun estamos ligados á la tierra con mil diferentes lazos, porque aun estamos unidos á todo lo que nos rodea; al mundo, á nuestros bienes, á nuestros parientes, á nuestros amigos, á nuestras dignidades, á nuestra fortuna y á nosotros mismos. No conocemos cuánto padece una alma que nada ama acá en la tierra, que solo vive para su Dios y que se ve obligada á vivir lejos de él en este lugar de lágrimas y tentaciones, expuesta continuamente á perderle y nunca segura de poseerle. Los disgustos de nuestra vida son disgustos de nuestras pasiones, son secretas inquietudes de nuestros delitos, enfados de un mundo que nos ha engañado, un fastidio de todas las criaturas de que hemos abusado, y un continuo buscarnos á nosotros mismos; nos cansamos de no hallar acá en la tierra nada que pueda hacernos felices, y quisiéramos encontrar entre los objetos sensibles que nos rodean, alguno en quien pudiera descansar nuestro corazon y que fuese capaz de fijarle y satisfacerle.

Aun entre las almas consagradas al Señor hay pocas que sientan la tristeza de este destierro y la distancia en que en él vivimos de Dios; sentimos la dureza de la cruz que es necesario llevar para ser discípulos de Jesucristo, sentimos las tristezas y amarguras de la virtud, pero no sentimos la privacion de los inefables bienes que ha preparado Dios á los

que le aman; no sentimos las tinieblas de una razon degradada de su dignidad, envuelta toda en los sentidos, y que no ve sino confusamente las luces eternas de la verdad, en la que consiste toda su dicha y excelencia; no conocemos la flaqueza é impotencia de una voluntad nacida para gozar de Dios, y que necesita de violentarse continuamente para defenderse del amor injusto de las criaturas y amar al Ser Supremo. En una palabra, no conocemos la oposicion de los deseos entre la ley de la carne y la del espíritu, que hace que la servidumbre del cuerpo sea tan molesta é insufrible al alma fiel; no cuenta nuestra piedad con aquellos sublimes principios de lágrimas y tristezas de los santos en la tierra, que forman propiamente el estado y vida de la fe, y es la razon porque con el nombre y apariencias de virtud están aún nuestros corazones unidos á la tierra. Nos ocupan aún mil cuidados extraños; mil conexiones frívolas dividen y debilitan aún el amor que á Dios debemos; mil errores que nacen de la flaqueza de nuestra fe nos hacen perder de vista las verdades eternas; y lo peor es que ahogada muchas veces la caridad con la multitud de amores injustos, apagado absolutamente el deseo de los bienes eternos entre tantos objetos de los sentidos que nos ocupan y á que estamos unidos, perdemos la gracia sin saberlo; estamos muertos en la presencia de Dios, creyéndonos aún vivos, y se ha entrado la muerte en nuestra alma sin que sepamos por dónde.

Pero el alma santa de María nada hallaba en sí que no viniese de la gracia; no tenia mas deseos que los del cielo, mas movimiento que para su Dios, mas alegría que en la esperanza de ver á su querido. Esta alma pura, cuyo corazon no estaba derramado, como el nuestro, en mil objetos vanos é injustos, y que estaba toda recogida en la cari-

dad, sentia toda la desolacion que inspira un amor violento cuando está separado de lo que ama. Por eso su muerte no es mas que el término de sus suspiros, el consuelo de sus tiernos afectos y el fin de todos sus deseos; halla lo que miraba como perdido, va á unirse con aquel querido Hijo á quien la malicia de los hombres, ó por mejor decir, las rigurosas órdenes de su Padre habian separado de ella; pero no solamente su corazon va á unirse con su amado, sino que no le queda nada que desear á su amor; su felicidad es entera y cumplida, su cuerpo no se queda esperando la redencion perfecta bajo el imperio de la muerte; adelántasele aquel feliz momento de la libertad que está señalado para los escogidos en el dia de la revelacion, y va á ver con su carne á su Salvador, que era su casto fruto. ¡Cuáles serian los consuelos de esta union, deseada por tanto tiempo! ¡y quién podrá explicar aquí los excesos amorosos del corazon de María á vista de su Hijo, glorioso é inmortal, adorado de los ángeles y de los santos, que la manifiesta las incomprendibles riquezas de su divinidad y de su gloria! Pero estos son unos secretos que jamás vieron los ojos y que no puede explicar suficientemente la lengua del hombre.

Lo que debemos contemplar, católicos, es que la muerte nada tiene en sí que no sirva de consuelo á una alma justa; solo la separa de lo que nunca habia amado, de un mundo que siempre la habia parecido lleno de molestias y lazos, de una tierra en que siempre habia vivido como extranjera, de un cuerpo á quien siempre habia aborrecido, combatido, crucificado, y que habia sido la materia de todas sus tentaciones y el motivo de todas sus penas; de todas las criaturas que al mismo tiempo que aliviaban sus necesidades las multiplicaban y agravaban su servidumbre;

se da la enhorabuena de haber despreciado unos bienes que van á desaparecer, de no haber puesto su confianza en los hombres, que nada pueden hacer por ella, de no haberse edificado una ciudad permanente en un mundo que va á perecer, y de no haber tomado mas medidas que para otra vida en donde no se mudará de condicion; toca por último á aquel feliz momento que va á restituirla su Señor, en quien solamente habia siempre puesto su confianza, á aquel momento que va á poner fin á una vida triste, mortificada, peligrosa y lúgubre, y á dar principio al dia secreto de la eternidad.

Sí, católicos, el verdadero secreto para hacer que la muerte nos sea suave y nos sirva de consuelo, es el desprenderse anticipadamente de todo lo que ella nos ha de quitar, el morir todos los dias á cada uno de estos lazos que ella ha de romper; el acostumbrarse á vivir solamente con Dios en medio de todas las criaturas que nos cercan, pues la muerte no es otra cosa mas que una eterna soledad del alma con Dios. Mucho mas muere el pecador, por decirlo así, que el justo; aquel muere á todo lo que le rodea porque á todo está unido. Cuantos lazos tiene necesidad de romper, son otras tantas muertes particulares que padece; muere á su cuerpo, en quien siempre habia idolatrado, muere á sus bienes y á sus puestos, que habian sido el único objeto de sus cuidados y deseos, muere á sus placeres, de quienes habia sido esclavo, á sus esperanzas, en las que confiaba, á sus soberbios edificios, en los que creia haberse fabricado una eterna morada; á todas las criaturas, pues todas servian á sus pasiones. ¡Qué dolor padecerá cuando le sea preciso romper de un golpe todos estos injustos lazos que aun la ligaban á la tierra! Padece mil muertes en una sola muerte; cada una de estas separacio-

nes lleva en su alma su nombre particular, y con razon dice el profeta que la muerte del pecador es la mas dolorosa y mas amarga de todas.

Feliz, pues, el alma que como María, muerta á todo desde mucho tiempo antes, no experimenta entonces otra cosa nueva mas que el placer de no tener ya que sacrificar á su celestial Esposo, y que habitando ya con el corazon en el cielo, no deja en la tierra mas que los ejemplos de una santa vida y la memoria de una preciosa muerte. Pero si la muerte de María fué toda llena de consuelos, que la recompensaron de las amarguras que habia experimentado durante su vida, tambien fué acompañada de una gloria que reparó los abatimientos que habia padecido en la tierra.

SEGUNDA PARTE.

Cuanto mas quiere el Señor elevar una alma á un grado sublime de gracia, de luz y de dignidad, tanto mas la abate y envilece á los ojos de los hombres, y como si tuviera envidia de que sus siervos brillasen con otro resplandor que el suyo, parece que solo pone su cuidado en despojarlos de la grandeza que da el mundo para hacerlos mas dignos de la verdadera grandeza, que solo es fruto de la justicia y de la santidad.

Los abatimientos que sufrió María en la tierra son prueba de esta verdad. Como los designios de Dios para con la Señora la preparaban la mas alta elevacion á que puede llegar una pura criatura, los caminos por donde la condujo á ella son caminos de abatimiento y oscuridad. Notó, pues, tres géneros de abatimiento en la vida de la Santa Virgen; uno de privacion, otro de dependencia y otro de

confusion y desprecio; y digo que su asuncion al cielo la da hoy una gloria triplicada y proporcionada á los abatimientos de su vida mortal, una gloria de elevacion y excelencia, una gloria de poder y autoridad, y una gloria de veneracion y respeto; continuad vuestra atencion.

Cuanto mas se considera la vida de la Santa Vírgen en la tierra, mas se descubre en eila una série continuada de privaciones que la mortifican y humillan; primer género de abatimiento. Ninguna criatura habia hasta entonces recibido del cielo títulos mas augustos y sublimes que esta santa hija de Judá; habia nacido de la sangre de David, el privilegio de su gracia se habia anticipado aun al de su nacimiento; era vírgen siendo fecunda; finalmente, la augusta cualidad de Madre de Dios realzaba en ella todos los demás títulos que tenia por el nacimiento y por la gracia, y con todo eso, ninguno de todos estos pomposos títulos se manifestó en ella mientras vivió en la tierra. Su nacimiento estuvo siempre oscurecido con su pobreza, la excelencia de su gracia siempre estuvo oculta bajo una vida simple y comun; la elevacion de su dignidad y el Augusto título de Madre de Dios, estuvo como desmentido por la semejanza con los demás hombres que habia tomado su Hijo: la Judea la miró simplemente como á la Madre de Jesus Nazareno; en nada se distinguía de las otras madres de Juda; dejó á los hombres en la ignorancia de los grandes prodigios que en ella habia obrado el Señor; no cuida de desengañarlos y de descubrir las maravillas de Dios; sufre la privacion de su mayor excelencia y de la mayor gloria que puede comunicarse á una pura criatura; lleva con alegría esta privacion; no se la oye una palabra ni se ve una seña que pueda descubrir el secreto de su humildad, y contenta con vivir en esta privacion, solamente desea que

sea conocida la gloria de su Hijo y que se establezca su reino en la tierra.

De este modo con continuas privaciones preparaba la sabiduría divina á esta alma celestial para la gloria á que hoy se ve elevada; todo su cuidado habia sido el ocultarse á la vista de los hombres y confundirse con las demás madres de Israel, y parece que el único cuidado de Dios es glorificarla en el dia de su muerte y distinguirla con un privilegio singular, que habia de dar testimonio en todos los siglos de su augusta cualidad de Madre de Dios; su cuerpo puro y sagrado como el de su Hijo, no ve la corrupcion; la virtud del Padre la saca de entre los muertos; los cielos se abren para recibirla triunfante y gloriosa como á Jesucristo; sale del sepulcro rodeada de luz para tomar posesion de su gloria á la diestra de su Hijo, con la misma carne que ella le habia dado para abrir el cielo á los hombres; es colocada sobre todos los principados y potestades; es aquella arca de Israel, dice el santo obispo de Ginebra, que despues de haber estado algun tiempo en el desierto debajo de tiendas, esto es, en un estado oscuro y poco digno de ella, es por último introducida con pompa y magnificencia por el verdadero David en la Jerusalem celestial.

A la verdad, parece que Jesucristo no hubiera resucitado todo entero si una porcion de su carne adorable hubiera quedado sujeta á la corrupcion en la Santa Vírgen María, y si no hubiera esta Señora participado del privilegio de su resurreccion gloriosa. ¿Cómo podia ser conveniente que quedase bajo el imperio de la muerte la Madre de aquel que era la resurreccion y la vida? ¿seria justo que una carne, de la cual se habia formado la víctima que venia á abrir el cielo á los hombres, no fuese introducida en él inmediatamente? ¿que un cuerpo, preservado por una gracia

singular de la mancha inevitable á los hijos de Adan, participase de su maldicion y fuese presa de los gusanos y podredumbre? ¿que un cuerpo que habia sido en la tierra el vivo santuario del Verbo Encarnado, no fuese recibido al instante en el santuario eterno? Para honrar, pues, esta muerte y esta resurreccion milagrosa y para satisfacer á la piedad de los fieles, ha ya mucho tiempo que instituyó la Iglesia nuestra Madre la fiesta que hoy celebramos. Este es el premio que la magnificencia de Dios reservaba á las privaciones y abatimientos de la vida de María. Sufriendo con alegría el que los hombres ignorasen hasta su muerte las grandezas que habia obrado en ella la gracia, la hace brillar el Señor con un privilegio que una tradicion santa ha hecho venerable en toda la Iglesia y que ha derivado hasta nosotros la piedad de nuestros padres, como prenda inmortal de su celo y respeto á María.

Pero nosotros, católicos, estamos tan lejos de sufrir con alegría las privaciones que nos humillan y que hacen que los hombres ignoren lo que somos, que todo nuestro cuidado consiste en darnos á conocer, toda nuestra vida es un estudio de vanidad con el que nos dejamos ver siempre por aquella parte por donde creemos distinguirnos y agradar; aun cuando tocados de Dios y arrepentidos de nuestros desórdenes nos dedicamos á una vida cristiana, queremos que el mundo conserve la memoria de los desgraciados talentos y vanas prendas que hemos sacrificado al tiempo de romper con él; nos agrada el que en esta parte se aplauda continuamente nuestro sacrificio y que nos honren con lo que nosotros mismos hemos juzgado digno de desprecio; interiormente nos ensalzamos sobre los demás, como si hubiéramos dado mas á Dios, como si cuanto mas á propósito éramos para el mundo y para los deleites, no hubiera sido

necesario que fuese mas fuerte y abundante la gracia que nos ha causado su disgusto; como si las misericordias del Señor para con nosotros pudieran servir de títulos á nuestra ingratitud y hacernos olvidar de nuestras miserias, y así lo que fué ocasion de nuestras caidas y desgracias, viene á ser muchas veces, aun en el estado de piedad, motivo de nuestra vanidad deplorable; lo que debiera hacernos mas despreciables á nuestra vista solo sirve las mas veces de inspirarnos desprecio de nuestros prójimos. Por eso queremos participar á un mismo tiempo de la gloria del mundo y de la de la virtud, queremos que se alaben en nosotros las maravillas de la gracia y los talentos de la vanidad, y en vez de ocultar, como María, á la vista de los hombres lo que somos, queremos que aun se vea en nosotros lo que estamos pesarosos de haber sido.

Sí, católicos, no hay cosa mas rara que querer con sinceridad que se olviden los hombres de lo que puede honrarnos en su memoria. Miramos este olvido como una injuria, quisiéramos que todo el mundo leyese en nuestra frente, por decirlo así, nuestros talentos, nuestras virtudes, nuestra clase, nuestro nacimiento, y aun hasta en los santos retiros, en donde se arrojan al pié de los altares los despojos del mundo y de toda su gloria, se vuelve muchas veces á recoger con una mano todo aquel vano esplendor que parecia haberse sacrificado con la otra. . . Aun se manifiesta, bajo la oscuridad del velo santo, el falso resplandor del mundo y del nacimiento; aun hay quien vuelva á subirse sobre un barro despreciable que antes habia pisado; hay quien quiera hallar en el lugar de la humildad las distinciones que habia despreciado en el mundo, y aun en el mismo santuario del esposo hay quien haga caso de otros títulos mas que del sublime de esposa suya.

Pero si sucede rara vez el sufrir con fe este abatimiento de privacion, de que nos da ejemplo María, aun es mucho mas raro el sufrir con valor el abatimiento de dependencia en que vivió; siempre sujeta en la tierra y en todos los estados de su vida mortal, respetó siempre este camino de dependencia, como que era por donde la gracia queria guiarla; ya viviendo enteramente subordinada á la voluntad de José, ya inseparable de las órdenes y de la suerte de su Hijo, ya confiada al discípulo amado y mirándole como á dueño de sus acciones y árbitro de su conducta, ya, finalmente, yendo en seguimiento de los discípulos despues de la muerte de Jesucristo como una de las demás mujeres fieles, sin manifestar mezclarse en nada, sin atribuirse nada, no queriendo que dividiesen con ella los apóstoles el gobierno de la Iglesia que nacia, sujetándose á sus leyes y á su autoridad, no afectando preeminencia alguna en aquella santa congregacion, tratándose en ella todas las cosas sin hacer mención de la Señora, sin que ella afectase autoridad alguna, y portándose como una simple hija de la Iglesia la que era su protectora y madre. Sí, católicos; María, adornada de todos los dones y de todas las luces, revestida de la eminente dignidad á que nunca pudo aspirar ninguna criatura, el mas firme apoyo en la tierra, despues de la muerte de su Hijo, de la Iglesia que nacia, deja todo el cuidado á los apóstoles, sin reservarse mas gloria que la de sujetarse la primera á sus decisiones. ¡Qué leccion para reprimir la soberbia é inquietud de los fieles que sin participar de la eminencia de sus dones y de sus luces, no pueden imitar su sumision y dependencia!

Por lo que toca á nosotros, católicos, no es la sumision á la Iglesia lo que nos cuesta trabajo; esta sumision no ofende ni nuestra soberbia, ni nuestras inclinaciones, ni

nuestra ambicion, ni nuestra fortuna; lo que sí nos ofende es el depender de aquellos que juzgamos ser mucho menos que nosotros, el sufrir el peso de una autoridad que juzgamos estar mal colocada; nos consolamos aun en las mas inevitables dependencias de nuestro estado, con el interior desprecio que hacemos de aquellos de quienes dependemos; nos vengamos de su elevacion con nuestras murmuraciones; nuestra soberbia, forzada á obedecerlos, se consuela con despreciarlos, sus órdenes nos hacen ingeniosos para descubrir sus defectos, y rara vez sucede que nuestros superiores y jefes tengan sobre nuestro corazon la misma autoridad que sobre nuestra persona.

El segundo carácter de la gloria á que hoy es elevada María, opuesto el carácter de dependencia que tanto amó, es una gloria de autoridad y de imperio; hoy toma en el cielo, á la diestra de su Hijo, aquel poder que no quiso ejercer en la tierra; vuelve á entrar en todos sus derechos, queda constituida para con Jesucristo medianera de los fieles, canal de las gracias, esperanza y consuelo de la Iglesia, asilo de los pecadores, protectora de los justos, recurso de los puebllos y de los imperios, y reina del cielo y de la tierra. Sí, católicos, el poder de María no tiene mas límites que los del amor de su Hijo á esta Señora. El, por decirlo así, divide con ella su autoridad, la hace distribuidora de sus gracias, quiere que nosotros nos dirijamos á ella si queremos alcanzar de él todas las cosas, y no hay cosa que mas diste del espíritu de la fe que el creer que se honra el poder de Jesucristo, disminuyendo el de su santa Madre. En ella le honramos á él, exaltamos sus dones cuando exaltamos los dones inefables de su Santísima Madre; invocamos la eficacia de su poder cuando invocamos el de su santa Madre; esta Señora y nosotros somos lo que somos solo por

él, y nuestra confianza en María tiene su principio en las maravillas que Jesucristo se digna obrar por su intercesion.

No quiero decir, católicos, que basta el ponerse bajo la proteccion de María y tributarla algunos respetos para asegurarse la salvacion. La salud eterna solamente es premio de la observancia de la ley de Dios. El que ama al mundo, el que se entrega á los deseos de la carne, el que no vence sus desordenadas pasiones, por mas que se declare siervo de María no la conoce; la Señora le mira como á enemigo de su Hijo; detesta la confianza que pone en ella como injuriosa á la religion, y particularmente á la gloria de Jesucristo; ayuda con su intercesion á los pecadores que quieren salir de sus desórdenes, pero tambien solicita ella misma el castigo para los que hacen de su intercesion seguridad y motivo para perseverar en ellos.

Y á la verdad, católicos, ¿si el mismo Jesucristo no reconoce por su madre y hermanos sino á los que hacen la voluntad de su Padre celestial, reconocerá María por hijos suyos á los trasgresores de esta voluntad santa y á los enemigos de la doctrina y de la cruz de su Hijo? ¿si Jesucristo, no obstante las aclamaciones populares de las mujeres de Juda, no quiere que consista la felicidad de María en la honra que tuvo de tenerle en su casto seno, sino en su fidelidad en oír las palabras de vida y en observar las santas máximas, nos tendremos nosotros por felices solo por traer sobre nuestros cuerpos unas señales consagradas al culto de María, sin tener grabado en nuestro corazon el amor á Jesucristo y á su verdad? ¿no seria María en este caso protectora de las pasiones que condena su Hijo? Su poder trastornaria la obra del Evangelio y abriria á los hombres otro camino de salvacion mas que el que el mismo Jesucristo les habia manifestado. ¿Qué ilusion, cató-

licos, el tomar motivo para vivir con seguridad en la culpa, del respeto que nos inspira la Iglesia para con María, y persuadirnos á que basta el fiarnos de su proteccion para alcanzar despues de una vida tan llena de delitos y pasiones, la gracia del arrepentimiento y del perdon en la muerte! ¿Es posible que siendo, como seria, vana nuestra confianza en Jesucristo, que es el autor de la vida y de la salvacion, si no viviéramos como discípulos suyos, habia de ser mas poderosa nuestra confianza en María, aunque siguiéramos les sendas del mundo y de las pasiones? No todos los que dicen á Jesucristo, Señor, Señor, han de entrar por eso en el reino de los cielos, y todos los que llamasen á María nuestra Reina, nuestro refugio, nuestra esperanza, habian de ser admitidos á la gloria que solamente ha prometido Jesucristo á los que observen su santa ley. No todos los que han publicado la gloria de Jesucristo en la tierra, que han profetizado en su nombre, que han anunciado la doctrina y extendido su reino, serán por eso contados entre los obreros fieles á quienes dará la corona de justicia, si no ha acompañado la santidad de sus costumbres á la de su ministerio; ¿y hemos de creer nosotros que todos los que han publicado la gloria de María, que se han manifestado celosos de su culto, que han aumentado el esplendor y magnificencia, y acaso cargado sus altares con dones y ofrendas, han de ser contados entre los siervos vigilantes á quienes está prometida la recompensa de los justos, si la inocencia de su vida y la pureza de su corazon no ha santificado la pompa de sus respetos? No, católicos, la Iglesia siempre ha mirado á María como apoyo de nuestra flaqueza y no como asilo de nuestras pasiones; como remedio de nuestras necesidades y no como protectora de nuestros delitos; María no cuenta por suyos sino á

los que son de Jesucristo, no mira en los respetos que se la tributan sino la pureza y fidelidad del corazón que se los ofrece, y no ama en sus siervos mas que la inocencia, la fe, la caridad y todas las virtudes que á ella misma la hicieron grata á los ojos de Dios. Por eso su poder y autoridad en el cielo corona hoy el abatimiento de dependencia en que siempre vivió en la tierra.

Finalmente, el último abatimiento de María mientras duró su vida mortal, fué un abatimiento de desprecio y de confusión; sospechando de ella San José, sufrió con silencio toda la vergüenza de una sospecha tan infame; adoraba interiormente las órdenes del Señor para con ella, y sin descubrir á José el inefable misterio que acababa de obrarse en su seno, dejaba á la sabiduría del Altísimo el cuidado de manifestar la inocencia de su sierva; unia esta humillación á la que empezaba á padecer el Verbo encarnado en sus purísimas entrañas; se sujetaba, como él, á llevar sobre sí por algun tiempo la semejanza del pecado, á sacrificar su inocencia á las órdenes incógnitas y adorables de la divina sabiduría, y aun á regocijarse anticipadamente de la utilidad que de su humillación y oprobio sabría Dios sacar para el cumplimiento de sus eternos fines.

Esta era la disposición de María, y por eso se siguió á su muerte una gloria de veneración y respeto. Último carácter: Todos los pueblos y todas las naciones han oído hablar de las maravillas que Dios obró en la Señora. En todas las partes en donde la gloria de Jesucristo ha hallado adoradores, ha hallado tambien la suya honores y respetos: apenas desapareció de la tierra, cuando los hombres apostólicos la dirigieron sus votos; aquellos felices siglos de tanto honor para la fe, fueron los primeros depositarios del respeto de los fieles á María; era preciso que la Iglesia, aun

recien nacida, tributase ya solemnes honras á esta Reina del cielo, pues desde entonces se levantaron entre los fieles algunos hombres ignorantes y supersticiosos, que heridos con la eminencia de su gloria y de su dignidad, mudaron la piedad en superstición ó idolatría; la ofrecieron sacrificios y la tributaron honores que solo son debidos al Ser eterno. De este modo, á proporcion que se extendia la fe, se fué estableciendo el culto de María en la tierra; á proporcion que la Iglesia, favorecida de los Césares, vió el esplendor y la magnificencia acompañar á la santidad de sus misterios, se hicieron tambien mas suntuosos y solemnes los respetos que se tributan á María. En vano se manifestaron entonces algunos espíritus inquietos y soberbios, que se atrevieron á disputar la augusta cualidad de Madre de Dios; sus blasfemias no sirvieron mas que de avivar la piedad de los fieles; en todas partes se levantaron altares y templos magníficos, consagrados á la gloria de su Hijo bajo la protección de su nombre. La religión de los pueblos opuso monumentos públicos, levantados en honor de María, á las secretas empresas de sus enemigos. Los concilios se juntaron para conservarla sus augustos derechos, y dejar á la posteridad en sus decisiones los venerables títulos de su respeto, y del de sus padres á María, y el error solo consiguió, como sucede siempre, establecer la verdad con mayor lustre.

Pero ¡qué digo, católicos! Las ciudades y los imperios se pusieron bajo su poderosa protección; en todas partes se juntaron santas hermandades bajo su nombre y dedicadas á su culto; cesaron las plagas públicas por los votos y respetos que se la tributaban; nuestras ciudades y nuestras provincias, heridas por la mano de Dios, vieron caer por su intercesión la espada que las castigaba, y uno de nuestros

reyes, cuya memoria siempre nos será amable, porque fué rey justo y clemente, para inmortalizar la memoria de un tan señalado beneficio, hizo un voto público á esta Reina de los cielos, de todo su reino, al que acababa de conservar y liberrar de la calamidad que parecia anunciar su desolacion y su ruina.

La misma Inglaterra, antes que el desgraciado cisma introdujese la turbacion y el error en este reino, se señaló en su piedad para con María; sus reyes la miraron como á protectora de sus Estados; sus mas santos obispos fueron los mas celosos defensores de su culto; esto era un depósito sagrado que habian recibido de aquellos hombres apostólicos, que bajo las órdenes del gran pontífice San Gregorio fueron á establecer en aquella famosa isla la fe de Jesu-eristo sobre las ruinas de la idolatría. La ciencia con que muy en breve se distinguió aquella floreciente Iglesia, lejos de resfriar su celo para con María, le hizo mas fervoroso y mas solemne; su piedad se aumentó con sus luces; solamente la soberbia y las pasiones destruyeron lo que una fe humilde é ilustrada habia edificado en el principio; el Señor ha retirado su espíritu de aquella Iglesia infiel y la ha entregado á un espíritu de mentira y rebelion; pero nunca son sus castigos sin misericordia; ha querido castigarla, pero no quiere abandonarla ni perderla; aun se ha reservado para sí en medio de ella un corto número de fieles israelitas, á quienes no ha inficionado el universal contagio, y que no han doblado la rodilla delante de Baal; esta santa semilla, que aun mantiene la bondad divina en medio de aquellas ciudades rebeldes, dará fruto á su tiempo, y estorbará el que experimenten la misma suerte que Sodoma y Gomorra; y tambien una gran Reina, mas ilustre por las coronas que ha sacrificado á la constancia de su fe, que por

el poder y grandes cualidades que se las pusieron sobre su cabeza, halla aquí todos los dias á los piés de María el mas suave consuelo de sus penas; ofrécela continuamente un reino á quien ha inficionado la herejía, unos vasallos engañados con el espíritu de rebelion, siempre inseparable del de la herejía; adelanta al pié de los altares los momentos de misericordia, y contribuye á la conversion de sus pueblos y al restablecimiento de la dignidad real, indignamente violada, con los fervorosos suspiros que no cesa de derramar en lo íntimo del santuario, mas que pudieran contribuir todas las potencias de la tierra con la prudencia de sus consejos y con la fuerza de sus armas.

Este, católicos, es el cúmulo de gloria á que elevaron á María unos abatimientos transitorios, y esta es casi siempre la suerte de los justos que han experimentado reveses y abatimientos en la tierra; cada siglo nos ofrece ejemplos de esta verdad, y aun hoy un rey destronado,¹ expuesto toda su vida á la censura de los locos, que habia visto ser motejada su fe de flaqueza, su celo de imprudencia, y que á él solo se le imputaban sus desgracias, vuelve á adquirir despues de su muerte el derecho que tenia en la estimacion y veneracion pública, y se granjea unos respetos mil veces mas brillantes que los que habian rodeado su trono.

El usurpador que se ha ensalzado por caminos injustos, que ha despojado al inocente y arrojado al heredero legítimo para ocupar su lugar y vestirse con sus despojos, ¡ah! su gloria será sepultada con él en el sepulcro; su muerte descubrirá la vergüenza de su vida; entonces, quitado el freno que sus felicidades y poder oponian á los públicos discursos, se vengarán en su memoria de las falsas alabanzas que por fuerza tributaban á su persona; entonces, no

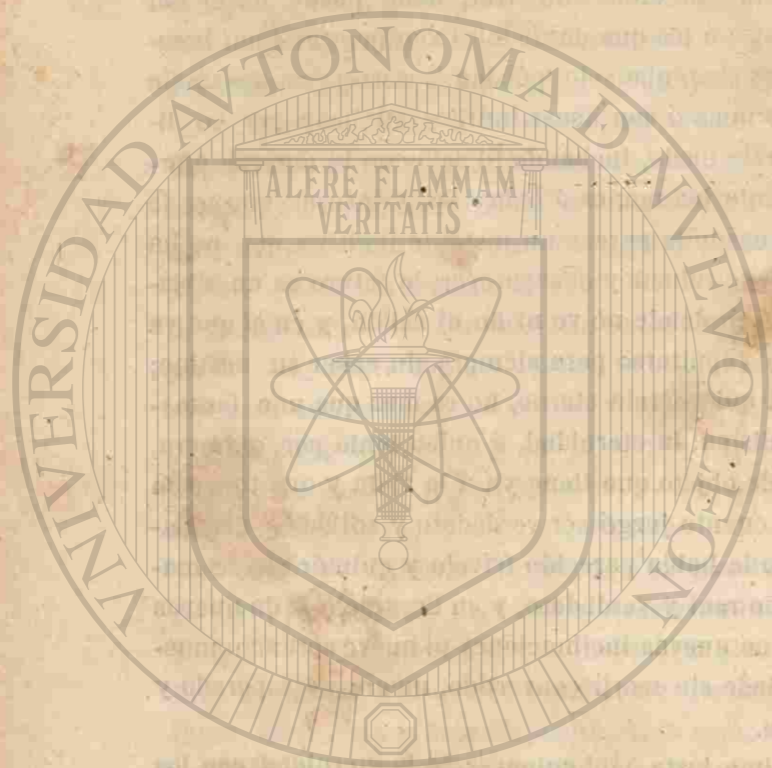
¹ Jacobo II, rey de Inglaterra.

subsistiendo ya los grandes motivos de temor y de esperanza, se quitará el velo que cubria las mas vergonzosas circunstancias de su vida, y se descubrirá el secreto motivo de sus gloriosas empresas, tan exaltadas por la adulacion, y se manifestará su indignidad y su bajeza; se verán de cerca aquellas heróicas virtudes, que solo se conocian por la buena fe de los elogios públicos, y se hallarán pisados los mas sagrados derechos de la naturaleza y de la sociedad; entonces será despojado de aquella gloria bárbara é injusta que habia gozado; se publicará la infamia y mala fe de sus empresas, que antes se habia tenido oculta, y lejos de compararle con los héroes, le llamarán hijo desnaturalizado, uno de aquellos hombres de quienes habla San Pablo, sin culto, sin afecto y sin principio; su falsa gloria no habrá durado mas que un instante, y su oprobio solo se acabará con los siglos; la última posteridad solamente le conocerá por sus delitos, por la piedad filial pisada en presencia de los reyes y de las naciones que tuvieron la cobardía de aplaudir su usurpacion; y finalmente, por el atentado que le hizo destronar á un padre y á un rey justo por ocupar su lugar; las historias, fieles depósitos de la verdad, conservarán hasta el fin su nombre con vergüenza, y el puesto á que ha sido elevado á costa de las leyes del honor y la probidad, dándole lugar en la escena del universo, no servirá mas que de inmortalizar su ambicion y su ignominia en la tierra.

¿Qué otra instruccion podria daros, católicos, al acabar este elogio de la muerte y exaltacion de María, sino el contraponerla á la muerte del pecador? Sí, católicos, la muerte acaba toda la gloria del hombre que ha olvidado á Dios en el tiempo de su vida; la muerte le priva de todo, le despoja de todo, le aniquila en todo cuanto tenia de grande á la vista de los hombres; le deja solo, sin fuerzas, sin ar-

rimo, sin remedio entre las manos de un Dios terrible; aquel número de amigos, de aduladores, de esclavos, de vasallos, entre los cuales se creia inmortal, nada puede hacer por él; semejantes á los que desde lejos ven perecer á un hombre entre las olas, que solo pueden socorrer su desgracia con sus lágrimas ó con hacer inútiles súplicas por su libertad; de este modo, luchando él solo con la muerte, alarga inútilmente las manos á todas las criaturas que se le huyen; lo pasado le parece un instante fugitivo que no ha hecho mas que relucir y desaparecer; lo futuro es un abismo inmenso en donde no ve ni fin ni salida, y en el que va á perderse y sepultarse para siempre sin saber su destino; el mundo, á quien creia eterno, no es mas que una fantasma que se disipa; la eternidad, á quien tenia por quimera, es un terrible objeto que tiene ya á la vista y que toca con sus manos; cuanto juzgó ser verdadero y sólido se desaparece; cuanto le habia parecido frívolo y quimérico, se manifiesta como real y verdadero, y su desgracia le da nuevas luces, pero no nuevas inclinaciones ni nuevo corazon; muere desengañado sin morir convertido, muere desesperado y no penitente.

Pero el alma justa, ¡ah! entonces ve la eternidad con los mismos ojos que la habia mirado siempre; nada se muda, nada se acaba para ella en este último instante, sino sus abatimientos y trabajos. De este modo, libre de todas las conexiones del mundo y de la vanidad, llena de buenas obras, defendida con la fe de las promesas, dispuesta ya para el cielo, cierra los ojos sin pena á todos los vanos objetos que nunca habia mirado sin molestia. Vuela al seno de Dios de donde habia salido y en el que siempre habitó con sus deseos, y entra con paz y confianza en la bienaventurada eternidad. Amen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

PARA LA

FIESTA DE LA VISITACION DE NUESTRA SEÑORA.

Exurgens autem Maria in diebus illis, abiit in montana cum festinatione in civitatem Juda.

Poco despues parte María con prontitud y va á las montañas de Judea á una ciudad de la tribu de Judá.

Luc. 1. v. 39.

¿Qué nuevo prodigio es este, católicos? Una doncella tímida, flaca, criada hasta entonces, dice San Ambrosio, en la tranquilidad y en la vergüenza del retiro, que poco antes no podia sufrir sin turbacion la presencia de un ángel, se manifiesta hoy al público, se expone hoy á la vista de los hombres, sin hacer caso de los sustos y peligros de un largo y penoso viaje.

¿Seria acaso porque incrédula quiere tener por prueba de su maternidad el milagro de fecundidad de Isabel, ó porque

incierta y dudosa va á confiarla el secreto de la embajada del ángel, para saber lo que ha de creer, ó porque soberbia con su nueva dignidad se da prisa, por una de aquellas secretas ansias que la inspira la alegría, para ir á anunciar la nueva á su prima?

¡Ah! exclama San Ambrosio; en este misterio todo está publicando la fe y la humildad de María; convencida de que el Omnipotente se agrada de obrar grandes maravillas, sabe que no le es mas difícil el unir la fecundidad con la virginidad, que con una esterilidad vergonzosa. Empieza á descubrir que la historia de las Saras y las Anas no habia sido mas que un preludio de lo que está pasando á su vista; pone los ojos en su nada, á proporcion que el Señor mas se acerca á ella para ensalzarla, y hallándose Madre del Salvador de Sion, á quien tantos siglos habian prometido, á quien tantos justos habian anunciado, y deseado tantos reyes y profetas, va á tributar á Isabel los mismos respetos que su Hijo habia de tributar algun día al Bautista, y se cree como él obligada á cumplir toda la justicia: *Sic enim decet nos implere omnem justitiam.*¹

Ni la vergüenza, continúa este santo padre, en la que es tan delicado este sexo, que muchas veces tiene en él lugar de virtud, ni la dificultad de los caminos, ni lo largo del viaje asustan su delicadeza; sin reflexionar en los obstáculos que el amor propio aumenta y multiplica siempre con tanto arte y eficacia, se entrega al divino impulso que la arrastra, y sigue sin detenerse las impresiones del Dios que lleva en su pecho: *Non a publico virginitatis pudor, non a studio asperitas montium, non ab officio prolixitas itineris retardavit.*²

¹ Math. 3. v. 15.

² San Amb.

Permitidme, señores, que me cifa á estas tres reflexiones. Si no examino la profundidad del misterio, es porque tenemos mas necesidad de ser movidos que instruidos. Estos milagrosos hechos en que se funda la religion, consuelan verdaderamente la razon y la ponen casi de acuerdo con la fe; pero comunmente dejan al corazón toda su tranquilidad; son unos relámpagos que nos regocijan por un instante, segun la expresion del Evangelio, pero casi nunca llegan á abrasarnos; apliquemos, pues, todas las circunstancias de este misterio á la edificacion de nuestras costumbres.

¿Cuáles son los obstáculos que nuestro amor propio opone casi siempre á la gracia? Primeramente, una falsa vergüenza que nos hace usar de respetos con el mundo y nos impide el que nos declaremos abiertamente por Jesucristo; en segundo lugar, lo difícil de la virtud que nos acobarda; finalmente, la aspereza del camino que entibia nuestro celo y nos persuade á que podemos usar de mitigaciones y buscar rodeos acomodados á nuestra flaqueza. María, pues, emprendiendo sola este viaje, confunde aquellas infinitas razones de nuestra vergüenza, que no nos permiten seguir el llamamiento del cielo; esta es la primera reflexion. María, no obstante lo delicado de su edad y de su sexo, yendo á buscar á Isabel, atravesando las montañas y mas ásperos caminos, condena nuestra flojedad que se acobarda con la dificultad de la virtud, y se detiene en el vicio; esta es la segunda; finalmente, María, dándose siempre prisa, no obstante lo largo del viaje, nos enseña á no usar de rodeos ni mitigar con nuestras lentitudes y temores los rigores de la vida evangélica. Esta será la última; ved aquí todo el objeto de este discurso. Pidamos al Espíritu Santo sus luces por la intercesion de esta Santa Virgen. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

Entre todos los errores que hoy corren en el mundo, no hay otro menos contagioso que el que atribuye gloria al vicio y vergüenza á la virtud; bien lo sé, católicos, y yo no quiero atribuir aquí al siglo excesos imaginarios. La iniquidad, no obstante el desórden del corazon humano, no ha podido hallar aún en nosotros una proteccion pública; apenas se ven ya aquellas almas desesperadas que se glorían de su confusion, como dice el apóstol, y que ponen su gloria en su infamia. El pecado trae siempre consigo cierta indignidad, cuyo espectáculo todos quisieran ocultar al público, y no sé por qué reliquias de rectitud el mismo siglo no puede menos de condenar en público lo que su corrupcion le hace aprobar en secreto.

Pero hay vicios menos odiosos, desórdenes mas felices, pecados agraciados, si es lícito decirlo así, que parece haber prescrito contra el Evangelio; que los coloca el siglo honrosamente entre las virtudes, y que no manifestando á primera vista fealdad alguna, retienen toda la malicia de vicio, sin retener su vergüenza y sus horrores.

Digo, pues, que de la engañosa idea que se atribuye á estas falsas virtudes, que son vicios verdaderos, nacen aquellos respetos tan poco cristianos y aquellos temores culpables que hacen que nos avergoncemos de Jesucristo; digo que de aquí proviene que hagamos tantas acciones contra el interior aviso de la conciencia, que omitamos otras muchas, cuya necesidad conocemos interiormente, y todo por no dar que decir al mundo. ¿Cómo no nos hemos de conformar, decimos, con unas costumbres que ya han

prevalecido? ¿por qué he de ser yo singular cuando el comun no hace escrúpulo? Es constante que el mundo no reprueba tal cosa, pero tambien lo es, que la reprueba el Evangelio. ¿Debo yo, pues, condenar á todo el mundo con mis singularidades? Por eso sucede que la piedad, acobardada y tímida, busca las tinieblas ó se ve precisada á conformarse con las costumbres de los mundanos ó á fingir como David en la corte del rey Achis. Casi nunca se atreve á manifestar todo lo que ella es; cuando al contrario, el vicio aplaudido ostenta lucimiento en vez de temer manifestarse. ¡Ah! ¿no bastaba que la flaqueza y corrupcion de nuestro corazon nos hiciera penosa y amarga la virtud? ¿era menester que el desórden del espíritu la añadiese tambien la vergüenza y el desprecio?

Hoy en la conducta de María tenemos con qué conven-
cer al mundo en un punto de tanta importancia. ¿Cuál es el motivo que la saca de Nazareth? Un ángel viene á anunciarla que Isabel, no obstante su edad y su esterilidad, era fecunda; que la misma Señora habia sido llena de la virtud del Altísimo, y que el *Emanuel* tantos siglos antes prometido, habiendo descendido á su seno, iba por último á ser la luz de las naciones y la gloria de Israel. Pero el público ignora esta embajada tan extraordinaria y augusta. ¿Cómo puede, pues, contar el que la han de creer sobre su palabra? ¿no es mas regular el verse expuesta á las murmuraciones de los insensatos y á las burlas de los espíritus que se precian de discretos?

Por otra parte, descendiente de la sangre de los reyes de Judá y poco antes ilustrada con la cualidad de Madre de Dios, ¿no parece que con esta accion se opone al bien parecer, y que abate demasiado su nueva dignidad, yendo á ejercitarse en los mas viles oficios con una mujer que tan

inferior era á ella? Finalmente, ¿pueden acomodarse bien las leyes de un riguroso pudor con los contratiempos y casualidades que son inevitables en un largo viaje?

De este modo se engaña, ¡oh Dios mio! una razon enferma; de este modo las almas flacas, demasiado ingeniosas para engañarse, se glorían continuamente de que tienen la fe suficiente para desear llegar á aquellas montañas santas de la tribu de Judá, pero que no tienen la necesaria para seguir los caminos que pueden conducir las á ellas.

¿Qué de razones no nos proponemos para cegarnos? ¿cuántos falsos pretextos no nos suministra el amor propio?

Un grande gime por la multitud que le rodea, y entregado á los cuidados de su fortuna, á las obligaciones de su empleo y á los cumplimientos de su estado, opone estas débiles razones á la voz del cielo que le llama. Quiere interesar á Dios en sus flaquezas, y cree que la sujecion á las leyes que ha inventado el capricho ó la vanidad de los hombres, es una razon justa en la presencia de Dios para dispensarle de las divinas leyes del Evangelio.

Yo no puedo hacer demostraciones de singularidad ni condenarme á un eterno retiro, os dirá una mujer cristiana; yo bien quisiera que el uso autorizase una vida mas oscura y retirada en las personas de mi clase, y que el mundo no hubiera hecho una ley de ciertas bagatelas de que yo me abstendria sin mucho trabajo; ¿pero he de pasar plaza de ridícula con la singularidad de mi modo de proceder? ¿me he de hacer extraordinaria por parecer devota?

Pero, ¡oh Dios mio! en el dia terrible de vuestras venganzas ¿no habeis de juzgar á los grandes y al pueblo por un mismo Evangelio? La falsa vergüenza que sofoca en tantos corazones las semillas de la gracia que en ellos arrojais, aquella ley del siglo, aquel Evangelio de los mun-

danos, ¿podrán formar alguna excepcion en las máximas generales del Evangelio de Jesucristo? Y si vuestra justicia pudiera sufrir mitigaciones en una ley que mandais observar hasta su último punto, ¿la relajaríais acaso en favor de los poderosos del mundo que os disputan hasta la mas leve mortificacion, y que jamás han sabido privarse de un solo deleite por vuestro amor ó en favor de aquellos infelices que por los secretos fines de vuestra Providencia están acá en la tierra entregados á la hambre, á la sed y á otras muchas calamidades, y que agobiados con el peso del yugo no han podido siempre poseer sus almas en su paciencia?

¿Qué ceguedad es la nuestra, católicos, en este punto? No queremos abrazar una piedad que nos haga reparables y pasar por hombres extraordinarios. Pero si es universal el contagio, ¿cómo podreis salvaros sin ser singular? Si todos van por camino ancho, ¿cómo quereis seguir la senda del Evangelio sin ser notados? ¿acaso Noé, por ser universal la inundacion, no debia edificar el arca y salvarse en ella con su familia? ¿debió Loth, por evitar la singularidad, esperar tranquilamente el incendio de Sodoma? Desengañaos, amados oyentes míos; los santos siempre han sido tenidos por hombres extraordinarios. Estamos hechos, decia antiguamente San Pablo, un espectáculo de los ángeles y de los hombres; la vida mas comun no puede ser vida cristiana, y tenemos segura la condenacion cuando no quereamos salvarnos sino con la multitud, porque ésta no reconoce ni frecuente mas camino que el ancho y espacioso que guía á la perdicion. Y vosotros, católicos, si estais de buena fe en este asunto, ¿no conoceis las ilusiones de las criaturas? ¿pueden éstas tener siempre razones para ofender á su Dios y vivir para el mundo, á quien debemos aborrecer

y detestar como nuestro mas cruel enemigo? ¿no se han de volver nunca ni han de servir á este Dios tan bueno, tan amante de nosotros y tan bienhechor, al mismo tiempo que todas las cosas nos están gritando que habiendo sido criados solamente para Dios, solo debemos vivir para Dios? ¿ha de haber en todas las edades, en todos los estados unos cumplimientos incompatibles con el Evangelio? ¿á uno le ha de servir de pretexto el ser demasiado jóven, á otro la vejez flaca y enferma? Si las cosas nos suceden prósperamente, nos excusamos con el tumulto y embarazo de la fortuna; si el Señor carga su mano sobre nosotros, mas cuidadosos de nuestras desgracias que de los delitos que dan motivo á ellas, dilatamos la conversion para el tiempo de mas calma y tranquilidad; si gozamos de una perfecta salud es necesario atender á mil cuidados, á los cumplimientos y distracciones de nuestro puesto y estado; si nos hallamos heridos con una enfermedad que nos priva del comercio del mundo, todos son cuidados y medidas para recobrar la salud; el negocio de la eternidad, solemos decir, pide demasiada atencion, y no nos hallamos en estado de poder hacer nada; tenemos sobre nuestra conciencia unos abismos que jamás hemos penetrado bien y que piden tiempo y libertad de espíritu; finalmente, tememos empeorar nuestros males con las mismas reflexiones que debieran servir para aliviarlos.

De este modo se nos pasan todos los momentos de la gracia, y de este modo apartamos nosotros mismos la mano saludable que llama á la puerta de nuestro corazon, al mismo tiempo que somos tan ingeniosos en lo temporal para no perder aquellas favorables coyunturas, que nos ofrecen esperanzas de fortuna y establecimiento. Los grandes tienen sus instantes, solemos decir, y la habilidad consiste en

saber aprovecharse de ellos: ¿pero no tiene tambien los suyos la divina clemencia? ¿creemos acaso, católicos, que nuestro Dios es un Dios de todas las horas, que distribuye sus gracias segun nuestros caprichos; y que despreciado mil veces, cuando se nos ofrece, no se ha de cansar por último de nuestras dilaciones y desprecios? ¡Ah! digámoslo para nuestra confusion; los hijos del siglo son mas prudentes que los hijos de la luz; los primeros no pierden ocasion alguna, porque su deseo es vivo y eficaz, y nosotros dejamos perder las mas favorables ocasiones, porque nuestra caridad es débil y tibia.

¡Oh, Dios mio! ¿cuántas veces me habeis advertido, solicitado, importunado para que entre en vuestros caminos? ¿cuántas veces, aun al tiempo de salir del delito, en vez de arrojar sobre mí los rayos de vuestra justicia, me habeis alargado una mano favorable, y os habeis aprovechado del momento en que satisfecha la pasion, y ya mas sosegada, dejaba libertad á la razon para reflexionar, para exponerme las terribles resultas de una vida delincuente? ¡Ah! el hombre mas bárbaro se enternecería, si al mismo tiempo que nos atravesara un puñal por el pecho, cuidásemos de su seguridad; ¿y mi alma siempre rebelde, y siempre favorecida ha podido hasta ahora resistir á todos los esfuerzos de vuestro amor?

¿Pero no os cansareis, por último, de vuestros favores y de mis desprecios? ¿estareis siempre á la puerta de mi corazon solicitando la entrada? ¿mi conversion depende de vos ó de mí? ¿podré yo volver á tomar, cuando me agrada, las gracias que me habeis ofrecido y yo he rehusado? ¿no me avisais vos de que vendrá tiempo en que yo os buscaré y no os hallaré, y que acabándose mis delitos con una muerte funesta, empezará entonces mi eterno suplicio?

Pero aun mas: Dime, ¡oh hombre tan ilustrado en las máximas del bien parecer! cuando con tus desórdenes y licenciosa vida eras el escándalo de la ciudad, ¿servía la vergüenza de freno para contenerte? dime, ministro del Señor, cuando olvidado de tu carácter bajas del sagrado altar para parecer en público, violando tú mismo las leyes de que eres depositario y protector, ¿te has abstenido jamás de una sola diversion por medio de las murmuraciones públicas? Cuando aquella mujer á quien su excesivo porte y la irregularidad de su conducta hacian que fuese la fábula de su barrio y la vergüenza de su familia, á quien los amigos y parientes hacian unos cargos tan fuertes, contra quien se enfurecia su marido justamente irritado, porque aniquilaba manifestamente su casa; ¿corrigió acaso sus excesos con las rígidas y austeras leyes del bien parecer? ¡Ah! Entonces, siendo la pasión mas fuerte, la hacia insensible á todo; solamente con vos, ¡oh Dios mio! somos tímidos y circunspectos; solo nos excedemos en precauciones cuando se trata de servir; para esto reparamos en todo, todo nos lo impide, y aun abultamos vanas sombras, y temblamos á vista de unas fantasmas que nos formamos nosotros mismos.

Pero ¡oh Señor! ya conozco lo injusto de mi conducta en este punto. Cuando se trataba de ofenderos hacia gala de mis desórdenes á cara descubierta y de ser pecador declarado; tranquilo entonces acerca de los intereses de mi honor, de mi fortuna, de mi conciencia y de la amistad, sacrificaba sin escrúpulo mi reputacion, mis bienes, mis amigos y mi salud; pero si me he de volver á vos, si he de pasar de esta region de tinieblas á la de la luz, me abandona mi fuerza, veo espirar al primer obstáculo todos mis proyectos de conversion; me parece, como á Pedro, que me anego al mismo tiempo que vos me teneis por la mano; y esto con-

siste en que no domina en mi corazón vuestro amor, como entonces dominaba la pasión; cuando este sagrado amor ha llegado á establecer su imperio en un corazón, no hay dificultad que le acobarde; aun los trabajos le son deliciosos, y santamente engañado con el divino atractivo de la gracia, lejos de aumentarse á sí mismo los obstáculos, se hace ingenioso el corazón para minorárselos. Este es el ejemplo que hoy nos da María; no la detienen las vanas razones de la carne y de la sangre: *Exurgens, abiit*. Ni la dificultad de los caminos, ni las mas inaccesibles montañas asustan su fe: segunda instruccion para aquellos á quienes la dificultad de la salvacion sirve de estorbo para seguir el camino del Evangelio. Esta es la segunda reflexion.

SEGUNDA PARTE.

Reinan en el siglo dos errores muy opuestos, aunque igualmente peligrosos, acerca de la dificultad de la salvacion, y á estos dos errores deben atribuirse los vicios y falsas virtudes de los cristianos.

El primero, que es el que ahora voy á impugnar, es el de los que asustados con la idea que forman de la perfeccion cristiana, y acobardados con solo el aspecto de la montaña evangélica, creen sea inaccesible el camino; y sin acordarse de que lo que es imposible para los hombres no lo es para Dios, solamente envejecen en la iniquidad, porque juzgan no poder llegar jamás á la verdadera justicia; ilusion peligrosa que ultraja á la gracia del Salvador.

La conducta, pues, de María nos ofrece hoy con qué poder desengañar al siglo de esta primera ilusion. Inspirada por el Altísimo del camino que debía seguir, no acobardan su flaqueza las mas inaccesibles montañas: *Abiit in*

montana. ¿Y qué otro camino podia seguir, dice San Ambrosio? La gracia siempre inclina nuestro corazon á aquellas montañas eternas, en donde se halla nuestro tesoro: *¿Quo enim, jam Deo plena, nisi ad superiora conscenderet?* Esta es la instruccion que doy á los que, fiados poco de la gracia, desconfian de poder llegar jamás á aquella santa ciudad, situada sobre la montaña.

Acaso me dirá alguno: yo bien conozco mi flaqueza, tengo horror al pecado, no quisiera haber perjudicado á mi prójimo; pero hay mil cosas cerca de las cuales todos los dias me está el predicador exhortando desde el púlpito, y yo no las puedo ejecutar; yo convengo en que si hemos de vivir segun manda el Evangelio, es preciso tomar otras medidas; bien sé que Jesucristo amenaza con una eternidad de penas á los que no padecen en la tierra; que los que aman desordenadamente á su alma, la pierden; que es preciso llevar su cruz y negarse á sí mismo para ser su discípulo; que la vida cristiana es una pública profesion de penitencia, y que así como no podemos llegar á Dios sin estar incorporados con Jesucristo, no podemos incorporarnos con Jesucristo sin ser crucificados con él; bien lo sé, y esto es precisamente lo que me hace desconfiar de no poder ser nunca virtuoso: yo procedo con buena fe, no estoy engañado en este punto; conozco hasta dónde se extienden mis obligaciones; y si abrazara el camino de la virtud le abrazaría enteramente; no seria como otros muchos que quieren juntar á Dios con el mundo, al Evangelio con los deleites, y que por querer vivir con el mundo y con Jesucristo, no agradan á uno ni á otro.

Pero ¡oh hombre! ¡y qué grande es tu desorden en este asunto! Conoces tu flaqueza y tu imposibilidad, pero ignoras que la gracia es el remedio de la flaqueza. ¿No oyes

las palabras consoladoras del Salvador de los hombres? Venid á mí todos los que estais débiles y cansados, y yo os aliviare: es verdad que nos declara que sin él nada podemos hacer; pero nos asegura al mismo tiempo que con él no hay cosa que nos sea imposible; que no hay obstáculos que no venza su gracia, ni enfermedad que no cure; aquí es, ¡oh hombre! donde debes buscar la fuerza que te falta. ¿Qué pensariamos de un enfermo que padeciendo una enfermedad peligrosa no quisiera tomar las medidas para su salud, solamente por haber conocido que estaba enfermo? La misma enfermedad nos avisa que es preciso recurrir al arte y á los remedios.

¿Os detiene la dificultad de la empresa, católicos? ¡Ah! si fuera menester, como en otro tiempo, exponeros al furor de los tiranos, padecer la pérdida de los bienes, de la honra y de la vida por la fe de Jesucristo, tendríais algun motivo para temblar, considerando vuestra flaqueza; aunque entonces debierais decir con el apóstol: *Todo lo puedo en aquel que me conforta.* Pero Dios no pide tanto; podeis vivir tranquilos entre vuestros parientes y amigos, sin tener que temer, ni en orden á vuestra fortuna ni á vuestra vida; lo que solamente se os pide es el sacrificio de vuestras pasiones, el que os apartéis del vicio, que aborrezcais al mundo y á sus máximas, y que os ejerciteis en las virtudes evangélicas; algo mas de ejercicio en la oracion, mas amor al retiro, mas fervor en frecuentar los Sacramentos, un aprovechamiento mas cristiano del tiempo, mas cuidado con vosotros mismos, menos horror á la cruz de Jesucristo; ¡y por eso solo os asustais, os acobardais y no os atreveis á intentar esta empresa? ¡y sacrificais locamente las esperanzas de una eterna felicidad á vuestra delicadeza y cobardía?

¡Oh generosos fieles de los primeros siglos! Los mas crueles tormentos no pudieron separaros de la caridad de Jesucristo; hubiérais recelado de vuestra virtud, hubiérais dudado de vuestro amor á Jesucristo si este amor no os hubiera costado vuestra sangre; os miraban como á la cosa mas infame de la tierra, y vuestro mas suave consuelo era el no poseer nada en ella y ser tenidos por dignos de padecer oprobios por el Salvador. En estos últimos tiempos nos persuadimos á que cuesta mucho trabajo el ser cristiano cuando tenemos que privarnos de un solo placer; el cielo nos parece muy caro á tanta costa. ¿Somos nosotros los sucesores de vuestra fe? ¿es nuestra esperanza diferente de la vuestra? ¿ó el Dios que nosotros adoramos es menos digno de nuestras ansias?

Por otra parte, católicos, os figurais amarguras en el partido de la virtud; pero sin hablar aquí de los divinos consuelos que Dios prepara, aun en la tierra, á los que le aman; sin hablar de aquella paz interior, fruto de la buena conciencia, á quien al mismo tiempo podemos llamar gusto anticipado y prenda de la felicidad que está reservada en el cielo á las almas fieles; sin deciros con el apóstol, que cuanto se puede padecer en la tierra no es digno de compararse con la recompensa que nos espera; si procediérais de buena fe y quisiérais manifestarnos aquí con sinceridad los disgustos que acompañan á la vida del siglo, ¿qué cosa nos diríais? ¿y qué cosas no se dicen en el mismo siglo acerca de esto? *Beata quae credidisti!* exclaman como en otro tiempo Isabel, cuando ven á una alma desengañada del mundo? ¡Qué feliz es aquel que sabe pasarse sin lo que la religion nos manda aborrecer! Es prudente, piensa en otra vida, escoge la mejor parte; ¿por qué no hemos de te-

ner nosotros valor para hacer lo que él hace? Aquello es lo sólido, lo demás es un engaño, y no hallamos en ello placer alguno que no sea preciso comprarle á costa de mil pesares.

Y á la verdad, ¿qué furores no trae consigo un matrimonio que salió mal, una pasión despreciada, un juego desgraciado, un negocio que se pierde, una amistad engañada, un puesto perdido, una reputación manchada, un pleito dudoso, un grande infortunio que nos arruina, una alianza que nos afrenta, un nombre que va á extinguirse, una muerte que nos quita una persona, ó querida ó necesaria; una familia mal educada, una desgracia ó una preferencia injusta?

Pero aun cuando hubiérais evitado todos estos contratiempos, no pudiérais libraros de vosotros mismos, porque por último, Dios mio, por mas que un pecador se ciegue, las reliquias de una educacion cristiana pleitean siempre á favor vuestro en lo íntimo de su corazon, y emponzoñan sus dulces alegrías; conocemos la nada del deleite, tenemos algunos instantes de reflexion que nos matan; el corazon, criado para una mas sólida felicidad, se divierte, pero no se satisface; da vueltas al rededor de las criaturas sin poder fijarse; lleva consigo á todas partes un peso de iniquidad y de tristeza que le despierta en medio de las alegrías y diversiones; finalmente, hallamos nuestro remedio en el mismo mal, el disgusto en la alegría, y solo experimentamos vivo deseo del deleite en el instante que le precede.

Sobre este pié gira el mundo; lo conocemos, nos quejamos, y con todo eso le amamos; nos familiarizamos con los pesares en que no podemos hallar alivio alguno; nos asustamos con solo la memoria de los santos rigores del Evangelio, en los que nos consuela la fe, nos mantiene la espe-

ranza, y á los que suaviza la caridad. ¡Ah! ¡si pudiera yo, católicos, exponeros aquí el corazón de un justo y haceros ver aquellas castas delicias, aquella tranquila felicidad que acompaña á la inocencia! ¡Qué secretos placeres no experimenta viviendo de la fe, mirándose como un extranjero en la tierra, y suspirando continuamente por su patria! ¡Qué excesos de amor durante el curso de aquellas fervorosas oraciones en que contemplando la fe con mas viveza, se acuerda de la eternidad, sin ver mas que de lejos la figura del mundo! ¡qué disgusto siente al salir de allí para asistir á las vanas alegrías de los mundanos! llora, se lastima de su desorden, los mira como á frenéticos que se rien estando para morir, y como á reos destinados al suplicio, y que sin saberlo se regocijan cuando los conducen á él.

Pero vosotras, vírgenes santas que me escuchais, ¿cómo podríais explicar esta doctrina mejor que yo! Vosotras que estais instruidas en las castas delicias que acompañan á la inocencia y á la piedad, ¿qué maravillas no descubriríais de la gracia? ¿qué podría oponer el siglo á un ejemplo de tanto consuelo? Quedarian confundidos los frívolos pretextos que tantas veces se alegan de la edad, del sexo, del nacimiento, pues vemos aquí la edad mas tierna, el sexo mas delicado, el mas distinguido nacimiento, añadir rigores á los rigores del Evangelio, y hallar en el santo ejercicio de las religiosas virtudes, dulzuras mas verdaderas que las que puede ofrecer todo el mundo á sus mas declarados partidarios.

Ahora es cuando yo quiero confundir la iniquidad con la iniquidad misma: ¿un hombre entregado á la ambición se acobarda acaso por las dificultades que halla en el camino? Parece otro hombre, se trasforma, fuerza su natural y le

sujeta á su pasión; aunque sea de un natural vano y soberbio, se le ve con ademanes de timidez y sumisión; sufre los caprichos de un ministro, procura merecer con mil ruindades la protección de un subalterno de manejo, y se degrada hasta querer ser deudor de su fortuna á la vanidad de un criado ó á la avaricia de un esclavo; aunque sea vivo y amante de las diversiones, gasta enfadosamente en las antesalas y en seguir á los grandes, el tiempo que en otra parte le prometia mil placeres; aunque sea enemigo del trabajo y de la molestia, cumple con empleos penosos; se priva, no solamente de sus comodidades, sino tambien de su sueño y de su salud por cumplir con ellos; finalmente, aunque sea miserable, se hace liberal y aun pródigo; todo lo inunda con sus dádivas, y paga con sus liberalidades hasta la afabilidad y miradas de un criado.

Un hombre entregado á una amistad profana, bien lo sabeis, en nada halla obstáculo; nada le cuesta trabajo cuando se trata de satisfacer su pasión; las mismas dificultades le sirven de gusto, le estimulan y avivan; solamente en el negocio de la salvación es en el que nos acordamos de que somos flacos, y en el que hallamos montañas inaccesibles.

¡Ah católicos! el sensual, el ambicioso, se levantarán contra nosotros en el día del Señor, y con la memoria de los trabajos que padecieron por satisfacer su antojo, nos confundirán en el tribunal de Jesucristo acerca de las excusas que alegamos para justificar nuestra flaqueza.

Digámonos, pues, desde ahora á nosotros mismos lo que aquella voz del cielo decia en otro tiempo á San Agustín, acobardado como nosotros con la dificultad de su salvación: *Tu non poteris quod isti, et istæ?* ¿Por qué no he de poder yo hacer lo que otros muchos antes de mí han hecho, y aun es-

tán haciendo todos los días? ¿me he de quedar yo, oh Dios mio! aprisionado en el mundo, y dejándome arrebatado de la corriente, cuando á mi presencia veo á algunos que se libertan del naufragio y caminan con felicidad hácia el puerto? ¿no sois vos mi Dios como el suyo? ¿no salió mi alma de vuestras manos y fué lavada con la sangre de vuestro Hijo? ¿no tengo yo la misma esperanza? ¿no soy yo llamado á la misma herencia? ¡Ah! solamente mi cobardía es quien me impide el que os siga; mil veces vuestra gracia me ha hecho dar el primer paso; pero deteniéndome por leves obstáculos, me he vuelto á mis caminos. Mandadme, Señor, otra vez que vuelva á vos, pero mandádmelo con aquella voz fuerte y poderosa á que no resiste la dureza de un corazón; y como Pedro, despojándome de todos estos vestidos que me estorban y detienen, libre y desembarazado, iré á juntarme con vos, aunque sea atravesando las olas del mar. Sí, Señor, iré atravesando las borrascas del siglo, en donde son tan resbaladizos los escollos, tan frecuentes los naufragios y tan difícil la salvación.

TERCERA PARTE.

El mundo está sujeto á otro error en orden á la dificultad de la salvación, muy distinto del que acabo de impugnar; y este error, aunque mas disimulado, es no obstante mas universal y menos fácil de corregir, y consiste en que aunque hay sujetos á quienes asusta la severidad de las leyes del Evangelio y les impide el que entren en el camino que conduce á la vida, como acabamos de ver, hay tambien algunos que quieren persuadirse á que la salvación no encuentra tan grandes dificultades: estos sujetos, habiendo nacido con un génio pacífico ó igual, no creen hallar en el

Evangelio nada que se oponga demasiado al amor propio: forman un plan de virtud en el que con nombres disfrazados entran la ambición, el lujo, el regalo, la vanidad y otras pasiones aun mas delicadas; su buena conducta consiste mas en huir del mal que en practicar el bien, y viviendo tranquilos acerca de su salvación, lloran el desorden de los pecadores que rehusan el salvarse casi á menos costa que otros se condenan; ilusión bárbara, injuriosa á la cruz de Jesucristo, y que voy á confundir tambien con el ejemplo de María.

No examina la Señora si se puede llegar á la ciudad de Judá por caminos menos ásperos y fatigosos; escoge sin detenerse el mas penoso, y en las mismas dificultades halla su seguridad; esta es la instrucción que da María con su ejemplo á los que quieren llegar á la celestial Jerusalén por caminos cómodos y llanos, sin pasar por las montañas santas sobre que está fundada. Desengañémonos, católicos; es necesario que el salvarnos nos cueste trabajo, y el reino de los cielos solo será premio de las continuas violencias que ejercitemos con nosotros mismos. No obstante, el mundo está lleno de estas falsas máximas en materia de religión. La austeridad de los claustros es santa, dicen algunos, pero no sería razón obligar á ella á los que no llama el cielo por este camino; en la casa del Padre celestial hay muchas moradas, y de no merecer las primeras no se sigue que debamos ser excluidos de todas las demás, pues finalmente hay algunos honestos placeres que no nos prohíbe el Evangelio.

Y fundada en este principio una mujer que no viola la fe conyugal, que no juega juegos excesivos, que se abstiene de ciertos excesos que son reparables entre la gente bien criada, que en sus conversaciones no excede los límites de

aquella vergüenza que tan bien parece en su sexo, que asiste al templo los días festivos para participar en él de la sagrada carne del Cordero, que ejerce algunas liberalidades en alivio de los miembros de Jesucristo, ya vive tranquila en orden á su salvacion, ya no tiene que reprenderia el confesor, y por mas revestido que esté de la autoridad de Jesucristo, no seria bien recibido si quisiera desconcertar este método de vida. Pero esta misma mujer es delicadísima en punto de los honores que se deben á su clase y nada perdona en esta materia; gusta de la pompa y del fausto, cultiva amistades tiernas, mantiene conversaciones vivas, muestra complacencia en oír los equívocos impuros de un hombre profano, y por alabar su talento favorece la corrupcion de su corazón; es extremadamente delicada en orden á su hermosura; emplea en su adorno unos cuidados que si los empleara en adornar su alma con virtudes celestiales, las pagaríais, Dios mio, con una eternidad de bienaventuranza. Pero la abnegacion de sí misma es un nombre que no conoce; acaso en toda su vida no se ha privado de un solo deseo por Jesucristo, y finalmente, toda su religion se reduce á los intereses de su honor y á cuidar de este cuerpo de barro en quien idolatra. O el Evangelio es una ley cruel, ó esta mujer no es cristiana; porque ¿qué cosa hay menos compatible con el Evangelio y por consiguiente con el cristianismo, que aquel regalo, aquella soberbia, aquel amor propio, aquella delicadeza de que no hace escrupulo? Pero no importa; el uso la asegura y la hace creer que va por buen camino, porque aun no se halla en lo profundo del precipicio.

Este es hoy el capricho del mundo; se forma planes de religion, idea una moral acomodada que reconcilia á Jesucristo con Belial, que ingerta en una raíz cristiana las mas

puras máximas del paganismo; mantiene del mundo los placeres, la inutilidad, el regalo y ambicion, y del Evangelio una fe muerta é inútil, esto es, por una parte separa los pecados y por otra las virtudes.

Acerca de esto se vive con tranquilidad en el mundo, y se espera sin temor, oh Dios mio! vuestro terrible juicio, cuando al mismo tiempo el justo, retirado en un oscuro rincon, con el rostro pálido y deshecho, con el cuerpo flaco y extenuado con los trabajos de una larga penitencia, con el corazón purificado con el fervor de las oraciones, os pide con el profeta que no entreis con él en juicio; repasa en la amargura de su corazón algunas faltas leves que le aumenta su piedad y que solo han sido efecto de la inadvertencia de su flaqueza, y no se atreve á tener seguridad ni en el tesoro infinito de vuestras misericordias, ni en el penoso cúmulo de obras santas en que su fe descubre manchas: *Quid ista cecitate tenebrosius*, exclama San Juan Crisóstomo; el pecado algunas veces conduce al arrepentimiento; pero esta vida mundana siempre viene á parar en una triste y funesta impenitencia.

¿En qué no podrá engañarse el espíritu humano, pues se engaña en esto? ¿qué precauciones podrán añadirse, oh Dios mio! á las que habia tomado vuestra sabiduría para dar á conocer á los hombres que la cruz y los trabajos les son tan indispensables como el Sacramento que los reengendra, y que es tan imposible el ser verdadero cristiano sin padecer, como el ser cristiano sin estar bautizado? ¿á qué se reduce todo el Evangelio sino á esta verdad? ¿cuántas veces se repite en él? ¿y en cuántas parábolas bien claras la habeis comprendido?

Además de esto, la religion, dicen algunos, no prohibe todos los placeres; pero, católicos, ejecutad todas las austeridades.

ridades que ella manda, y se os permitirán los placeres que no prohíbe; subid á la montaña como María, y supuesto que sin penitencia y mortificacion no hay salud eterna, ¿os sacais acaso aquel ojo que os escandaliza? ¿llevais aquella cruz que os oprime? ¿rompeis la propia voluntad que os tiraniza? ¿castigais la carne á quien tanto amais? ¿bebeis de aquel cáliz de que es preciso beber para sentarse á la diestra de Jesucristo?

Pero yo no me admiro de que el siglo se engañe en este punto; en él todo camina sobre el pié del error y de la mentira, y siempre ha estado en posesion de juzgar falsamente de lo que concierne á la salvacion; pero esta ilusion halla partidarios aun entre aquellos que hacen profesion de la piedad, y aun puede decirse que si fuera posible, casi caerian en este error los escogidos.

Hay algunos que despues de una conversion ruidosa viven tranquilos en su buena fama de piedad, aunque entregados todavía á todos sus defectos, altivos, coléricos, vanos, apasionados, sin tener mas virtud que un método de vida mezclada de flaquezas y de buenas obras, de tibieza y de devocion, de gracia y de amor propio, de sacramentos y de recaidas.

Algunas creen haber renunciado al mundo y á sus pompas sin haber renunciado mas que á la confusion y á los estorbos; se privan de las concurrencias ruidosas, pero frecuentan todos los dias otras menos públicas y mas delicadas; no se entregan ya al público ni se franquean á todos los importunos; pero entre personas escogidas gozan de todo el deleite de la conversacion sin padecer sus molestias; han abandonado el juego excesivo, pero no la ociosidad y pérdida del tiempo; no tienen aquellas profanas ansias por hacerse amar, pero no las disgusta el ser queridas; final-

mente, el solo nombre de pasion asusta su virtud, pero acaso solo se asustan del nombre.

Otra cree tener ya el cielo en prendas, sin poder contar entre sus virtudes mas que tener un director por vanidad, algunas confesiones arregladas y estar escrito su nombre en todas las devotas congregaciones de la ciudad.

Finalmente, otra se figura caminar con pasos agigantados en el camino de la justicia, no gobernándose sino por su antojo; interrumpe apresuradamente su método de vida, ya con la limosna, ya con alguna austeridad y otras veces con el retiro; Dios tiene sus intervalos, si es lícito decirlo así, y el mundo el corazon. Parece que vuestra ley, ¡oh Dios mio! mas durable que el cielo y que la tierra, es una ley incierta y variable; quitamos y ponemos en ella á nuestro gusto; la ajustamos al génio, á la edad y al estado; en una palabra, cada uno se forma un Evangelio aparte, en el que halla el secreto de introducir sus flaquezas.

Sí, católicos, el espíritu de la religion es poco conocido aun de aquellos que parece que practican sus máximas, y aun hoy podemos reconvenir, como en otro tiempo reconvenia Jesucristo á sus apóstoles, á la mayor parte de los que hacen profesion de seguirla: *Nescitis cujus spiritus estis*,¹ no sabeis á qué espíritu habeis sido llamados.

Aprendamos, pues, con el ejemplo de María, y enseñemos su fidelidad que Dios no solamente nos pide una parte de nosotros mismos, los intervalos de tiempo y algunas expresiones de fervor, sino todo nuestro corazon, todos nuestros deseos, todas nuestras acciones; en una palabra, una entera conformidad con el Evangelio, que debe ser nuestra regla en este mundo, pues él ha de ser nuestro juez

¹ Luc. 9. v. 55.

en el otro. Sí, católicos, seamos fieles á Dios, y despues de esto todo lo podemos esperar de su misericordia; contemplad cuántas bendiciones siguen á la fidelidad de María. El Verbo empieza su ministerio y santifica al Bautista; el precursor salta antes de nacer, Isabel profetiza; aun la misma Señora, que hasta entonces habia ocultado las maravillas que el Señor habia obrado en ella, las descubre por un santo exceso de alegría y exalta el poder y misericordia del Señor.

¿Cuándo llegará el tiempo, oh Dios mio! de que atravesando á su ejemplo estas fatales montañas que me separan de vos, yo pueda, como ella, celebrar las maravillas de vuestra gracia? Avergonzado de mi tibieza y de mi negligencia, hago vanos esfuerzos para acercarme á vos; pero ¡ah! apenas he vencido una flaqueza, cuando debilitado con la misma victoria, vuelvo á caer por mi propio peso, y me dejo arrastrar de otra; cansado de pelear continuamente conmigo mismo, me doy por último á partido con mi amor propio, y para vivir tranquilo en mis pasiones, solo las niego el pecado y las cedo todo lo demás.

Pero Señor, ¿esta oposicion que conservo al pecado proviene de vuestra gracia? ¡Ah! si la memoria del deleite profano pudiera perecer con el mismo deleite; si yo pudiera vencerme en orden á los crueles remordimientos que trae consigo la culpa mortal y vivir tranquilamente siendo pecador, ¿qué sé yo lo que pudiera una ocasion con mi flaqueza? ¿qué sé yo si todos mis proyectos de virtud tendrian un triste fin? No, yo no aborrezco al pecado; amo, sí, mi tranquilidad; si vuestra gloria fuera el sagrado principio de mi aborrecimiento, aborreciera todo cuanto os desagrade, no se me veria caer todos los dias con tanta reflexion en unas infidelidades que tanto ofenden á vuestro amor, no se-

me oiria informarme tan amenudo de si es pecado mortal el usar de tal placer; bastaríame el saber que os desagrade. Yo, á la verdad, no busco la inocencia; huyo, sí, de la inquietud; dichoso yo si de esta falsa paz no paso á una confusion eterna, desterrado para siempre de la paz verdadera que acompaña á la felicidad de vuestros santos! Esta es la que os deseo. Amen.



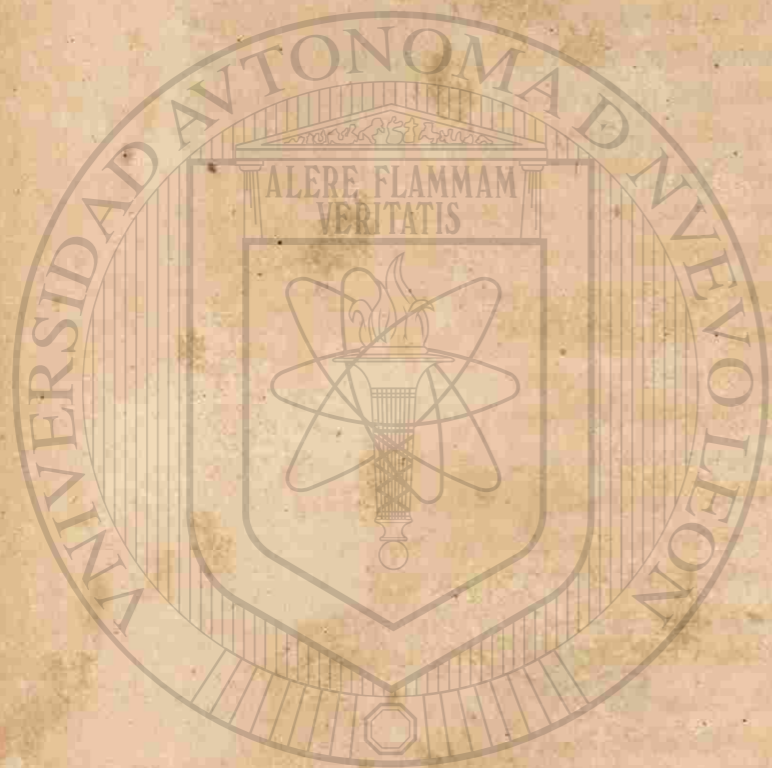
UNIVERSIDAD

JUANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

GENERAL DE BIBLIOTECAS





DISCURSO

SOBRE

LAS OBRAS DE MISERICORDIA.

PREDICADO A UNA CONGREGACION

DE CARIDAD DE SEÑORAS MUJERES.

¡Con qué espíritu se deben practicar estas obras! Si spiritu vivimus, spiritu, et ambulemus.

Si vivimos por el espíritu, gobernémonos por el espíritu.

GAL. 5. v. 25.

No vengo aquí solamente, señoras, á exhortaros á misericordia y exponeros las obligaciones de la piedad cristiana en orden á esta virtud; paréceme cosa inútil el ceñir el fruto de este discurso á establecer una obligacion que ya cumplís, y anunciar la ley de la caridad á unas personas á quienes la misma caridad junta en este lugar.

Cuando se habla con el comun de los fieles, podemos hacerlos ver en los libros santos aquellas máximas decisivas que nos mandan socorrer á nuestros hermanos afligidos, porque la mayor parte de ellos las ignoran. Podemos repetirles aquellos terribles anatemas que en ellos pronuncia el espíritu de Dios contra los que en su abundancia no socorren á los necesitados; porque hay algunos tan duros y crueles, que es preciso atemorizarlos con estas espantosas verdades: podemos abrirles el seno de la gloria, y manifestándoles un reino eterno, que es la recompensa de un vaso de agua fria, hacerles ver el excesivo precio del mas leve oficio de misericordia, porque entre los que nos escuchan hay siempre algunos cuya caridad tibia é insensible necesita de ser animada.

Pero aquí, señoras, en donde la caridad es una virtud comun, seria cosa inútil el intentar inspirarla; aquí en donde se hallan unos corazones que se compadecen de las calamidades de nuestros prójimos, vendrian mal aquellas terribles máximas de los libros santos contra la inhumanidad con los pobres; aquí, finalmente, en donde se mantiene la caridad con una hermandad celosa y se anima con los santos ejemplos, podemos excusar el alentarla y solo hay necesidad de instruirla.

Hoy, pues, intento, señoras, manifestaros el espíritu de la fe en el ejercicio de las obras de misericordia, porque estoy persuadido á que estas obras en la mayor parte de las almas no siempre son frutos de aquella caridad que no obra jamás en vano; que los engaños del amor propio destruyen muchas veces, sin que lo advirtamos, lo que edifica la piedad; que la obra del Señor en las manos del hombre participa, mas frecuentemente de lo que nos parece, un no sé qué de humano y defectuoso, capaz de aniquilar todo el

mérito, y que sucede muchas veces, por desgracia, que nuestras flaquezas tienen la mayor parte en nuestras virtudes.

Voy, pues, á reducir á tres reglas principales todo el espíritu de la piedad cristiana en los oficios de misericordia, y oponiendo estas reglas evangélicas á los abusos que con ellas mezcla el amor propio, á separar el oro de la paja, lo que el hombre pone en ellas de suyo, de lo que solo procede de la caridad, y á establecer señales infalibles para que no podamos engañarnos.

Primera regla. La primera regla en orden al espíritu con que deben practicarse las obras de misericordia, es el que debemos mirarlas como obligaciones que cumplimos.

A la verdad, señoras, entre las personas dedicadas á las obras santas hay un engaño comun, y es el figurarse que estas piadosas ocupaciones no son parte de nuestra obligación, y por eso las miran mas como ejercicios laudables, abrazados de una caridad abundante, que como obligaciones verdaderas que nos impone una ley indispensable. El amor propio favorece tanto mas este error, cuanto el solo cumplimiento de la ley nada tiene que nos lisonjee, porque en nada nos distingue; pero las obras de supererogacion, como ponen en nosotros alguna singularidad, nos dejan tambien mas complacencia; gustamos de decirnos á nosotros mismos que el justo no limita su fidelidad á solos los preceptos de la ley; que su celo debe pasar mas adelante, y que estos imperfectos límites solo están puestos, como dice el apóstol, para la flaqueza del hombre aun carnal. De este modo nos persuadimos haber llegado á la perfeccion de los consejos, y nos lisonjeamos interiormente como si hiciéramos mas de lo que se nos pide.

No obstante, señoras, la fe no pone los oficios de caridad

que hacemos con nuestros hermanos en la clase de aquellas obras arbitrarias que deja la religion al arbitrio de los fieles, y entre todas las obligaciones de vuestro estado casi no conoce la doctrina de Jesucristo otras mas sagradas y mas inviolables.

Porque primeramente, no ignorais que á todo cristiano se le encarga que cuide de su prójimo afligido, y que la ley que nos manda que le amemos, nos manda al mismo tiempo que le socorramos, pues es imposible amar sin sentir las desgracias del objeto amado. A la verdad, señoras, el precepto de amar al prójimo, tan solemne en el Evangelio, tan esencial á la fe, tan inseparable de la piedad cristiana, no se limita á prohibirnos solamente el que le quitamos lo que es suyo, que ofendamos su honor, perjudiquemos su fortuna ó su persona, ni turbemos su tranquilidad; los paganos y los mas bárbaros pueblos tuvieron leyes que les obligaban á no ser injustos, robadores, falsos ni crueles; estas son una obligaciones inspiradas por la misma naturaleza, y aunque cumplais con ellas, no por eso sois todavía cristianas.

La ley de caridad, pues, que es propia de la religion de Jesucristo, aun se extiende á mas. De nada la sirve el que no aborrezcamos; es necesario que amemos; no se contenta con que no dañemos, quiere que ayudemos; la parece poco el que nuestras manos no estén contaminadas con los bienes ajenos, quiere que demos los propios, es decir, que eres injusto si no eres compasivo, que aborreces á tu prójimo afligido si no le alivias pudiendo hacerlo; que eres el autor de su desgracia si no le socorres; en una palabra, que le usurpas lo que es suyo si le niegas tus propios bienes.

Y esto no es obra de supererogacion de que pueda lisonjearse el celo, sino una ley comun que está impuesta á to-

das las almas fieles, porque, señoras, la gracia que en el bautismo nos unió á la sociedad de los santos, nos hizo á todos miembros de un mismo cuerpo é hijos de un mismo padre; desde entonces contrajimos una conexion íntima y sagrada con todos los fieles; desde entonces ni ellos son extraños para nosotros ni nosotros para ellos; desde entonces no son para nosotros ni esclavos, ni nobles, ni plebeyos, ni pobres, ni ricos, sino solamente nuestros hermanos; desde entonces sus calamidades se hicieron nuestras, y sus necesidades son nuestras necesidades; desde entonces la augusta cualidad de cristiano que nos une á ellos derribó aquel soberbio muro de separacion y aquellas vanas diferencias de clase, de títulos, de nacimiento que entre ellos y nosotros habian puesto la naturaleza y las leyes del siglo. Cuanto sucede desde entonces en el sagrado cuerpo de los fieles es negocio propio nuestro; desde entonces, si padece un miembro, debemos tambien padecer nosotros, y no rompiendo este divino lazo que nos une á todos bajo Jesucristo nuestra cabeza, que es todo el fundamento de nuestra esperanza y de nuestro derecho á las eternas promesas, no podemos negar nuestro cuidado, nuestra atencion, nuestro ministerio á las necesidades comunes. Por eso los primeros fieles nada poseyeron en el principio en particular, porque no teniendo mas que un corazon y una alma despues de su vocacion al Evangelio, les pareció cosa inútil el poseer en particular unos bienes que ya eran de sus hermanos y cuyo uso debia reglarse solamente por la necesidad.

En segundo lugar digo que cuanto mayor sea vuestra grandeza en el siglo, tanto mas rigurosa es vuestra obligacion en este particular, y sin detenerme á averiguar las poderosas razones en que se funda esta máxima, permitid-

me que yo haga aquí una sola reflexión. La prosperidad y abundancia de los bienes de la tierra no nos dispensan ni de la frugalidad, ni de la simplicidad, ni de la mortificación evangélica; aunque cojamos como los israelitas mas maná que nuestros hermanos, solo podemos guardar para nuestro uso la medida señalada por ley: *Qui multum, non abundavit.*¹ Si esto no fuera así, Jesucristo solamente hubiera prohibido el regalo, el lujo y los deleites á los pobres é infelices, á quienes la desgracia de su estado inutilizaria esta prohibicion.

Supuesta, pues, señoras, esta gran verdad, si segun la regla del Evangelio no os es permitido hacer que sirvan vuestras riquezas á la felicidad de vuestros sentidos, ni el gozar de vuestra abundancia; si el rico está obligado á llevar su cruz sin buscar consuelo en este mundo y á negarse continuamente á sí mismo como el pobre, ¿cuál pudo ser el fin de la Providencia en derramar sobre vosotras los bienes de la tierra? ¿y qué utilidad es la que podeis sacar de ellos? ¿será acaso para que fomentéis las desordenadas pasiones? No, porque no debeis atender á la carne para vivir segun la carne. ¿Será para que mantengais la vanidad de vuestra clase y nacimiento? No, porque vuestra vida debe estar escondida en Dios con Jesucristo. ¿Será para que los junteis para vuestros descendientes? No, porque solo debeis juntar tesoros para el cielo. ¿Será para que paseis vuestra vida con mas tranquilidad y desuetudo? No, porque si no llorais, si no padeceis, si no peleais, perecereis. ¿Será para que vivais con mas apego á la tierra? No, porque el cristiano no es de este mundo, sino ciudadano del siglo venidero. ¿Será para que adorneis mas soberbiamente vuestros palacios? No, porque esta vana magnificencia es-

¹ 2. Corinth. 8. v. 15.

tá reprobada en el rico del Evangelio. ¿Será para que abunden en vuestras mesas los mas exquisitos manjares? No, porque la carne y la sangre no han de poseer el reino de los cielos, y si no haceis penitencia perecereis. ¿Será para que adquirais nuevas dignidades en el mundo? No, porque esta elevacion, segun las máximas de la fe, no es mas que la altura de un precipicio. ¿Será para que extendais vuestras posesiones y Estados? No, porque en esto no hariais mas que extender el lugar de vuestro destierro, y aunque adquiriérais todo el mundo os seria inútil si perdíais vuestra alma. Registrad todas cuantas utilidades podeis sacar, segun el mundo, de vuestra prosperidad; casi todas os están prohibidas por la ley de Dios.

Luego no fué su intento el dároslas para vuestra comodidad cuando quiso que naciéseis con riquezas; no naciésteis grandes para vosotras mismas. El Señor, como decia el prudente Mardoqueo á la piadosa Estér, no te ha elevado al punto de grandeza en que te hallas para tí, sino para tus hermanos, para su pueblo afligido, para que seas protectora de los desgraciados: *Et quis novit, utrum idcirco ad regnum veneris, ut in tali tempore parareris?*¹ Si no correspondes á los designios de Dios, se valdrá Su Majestad de otra que le sea mas fiel; trasferirá la gloria y la corona que te estaba preparada, y sabrá muy bien disponer por otro camino la libertad de su pueblo, porque no permite que perezcan los suyos; pero perecerás tú y la casa de tu padre: *Per aliam occasionem liberabuntur Judæi, et tu, et domus patris tui peribitis.*² No sois, pues, mas segun los juicios de Dios, que instrumentos de su providencia en orden

¹ Est. 4. v. 14.

² Ibid.

á las criaturas que padecen; vuestras grandes riquezas no son mas que sagrados depósitos que su bondad ha puesto en vuestras manos, para que así estén mas defendidos de la usurpacion y de la violencia, y se conserven con mas seguridad para la viuda y el huérfano; vuestra abundancia no es mas que por la porcion que toca á vuestros hermanos; vuestra elevacion segun el orden de la eterna sabiduría, solo está destinada á servirles de asilo; vuestra autoridad á protegerlos, vuestras dignidades á vengar sus intereses, el resplandor de vuestro nombre á consolarlos con vuestros oficios, vuestra clase á suavizar la condicion y la desgracia de su suerte, abatiéndoos hasta servirlos en los mas viles ministerios, vuestros ejemplos á confirmarlos en la fe y en la sumision al Dios que los aflige; en una palabra, cuanto sois lo sois para ellos. No sería vuestra grandeza obra de Dios, y os hubiera reprobado derramando sobre vosotras los bienes de la tierra, si os los hubiera dado para otro uso.

Y á la verdad, señoras, cuando los infelices ven á una alma fiel, no obstante su nacimiento, sus riquezas, su crédito, y no obstante las dignidades con que se halla distinguida, renunciar los placeres que hacen tan envidiable su prosperidad, huir del mundo que la busca, ocultarse á los honores que la cercan, entrar hasta los mas oscuros retiros y formarse de su propia lepra un espectáculo agradable á su vista, llevar sus caritativas manos hasta sus mas molestas miserias, derramar el aceite sobre sus heridas, respetar su carne podrida como templo del Espíritu Santo, aliviar su dolor con palabras de consuelo, calmar su impaciencia con las máximas de la fe, prevenir su vergüenza y sus necesidades con santos artificios, sacarlos de la ocasion y del peligro con prudentes arbitrios, finalmente, padecer infinito

ó por mitigar sus penas ó por asegurar su salud; entonces ellos levantan los ojos al cielo, reconocen un Dios sábio, dispensador de las cosas de la tierra y Padre comun del pobre como del rico; entonces publican las maravillas de su providencia. ¡Qué rico sois en misericordia, Señor! le dicen; nunca abandonais á los que esperan en vos; vuestros ojos, atentos siempre á las necesidades de vuestras criaturas, jamás permiten que padezcan sobre sus fuerzas; entonces miran su infortunio con ojos cristianos, y empiezan á conocer cuán grande es Dios y cuán digno de ser servido, pues puede formarse aun en medio de la corrupcion del mundo y de los peligros de la prosperidad, unos siervos tan fieles. De esto deben servir, señoras, las riquezas y la prosperidad; solo sois poderosas en la tierra para hacer que los que padecen bendigan la bondad de Dios y las riquezas de su misericordia, que les ha dispuesto en vuestra abundancia unos alivios de tanto consuelo.

Pero deo estas máximas generales porque creo se habrán repetido muchas veces en este puesto, y digo en tercer lugar que aun cuando no atendiérais á las obligaciones comunes que en orden á esto impone la religion, y á la clase que ocupais en el mundo, las santas ocupaciones de la misericordia y la particular atencion á la obra que aquí nos junta, no serian menos indispensables obligaciones para vosotras, señoras, que me estais oyendo; suplicoos que renoveis vuestra atencion.

Porque primeramente, seais quien fuéreis, vosotras que hoy caminais por los caminos de la virtud y que desengañadas de los errores del mundo y de las pasiones, no conocéis cosa mas sólida que el temor del Señor y la gloria de servirle, ¿habeis reglado siempre vuestras costumbres con la ley? ¿vuestro ejemplo no fué en otro tiempo un modelo

del lujo, de los placeres y del regalo? Si volveis la vista á vuestros dias de tinieblas y á aquellos primeros años en que aun no conocíais el don de Dios, ¿no hallareis en ellos que reprenderos los cuidados de una vana hermosura, la deplorable atención á corromper los corazones, las indecencias del adorno, que entonces hacia gemir á las almas justas por las libertades que autoriza el mundo, y en las que vuestros prójimos hallaron muchas veces el escollo de su inocencia, y aun tambien las flaquezas que hoy son el motivo de que suspireis en la presencia de Dios y la materia de vuestra penitencia? ¿no han parecido mil veces á vuestra vista vuestros conciudadanos, vuestros parientes, vuestros amigos, vuestros criados? ¿vuestra clase no autorizaba vuestras pasiones y vuestro ejemplo? cuando seguíais los injustos caminos, ¿á cuántas almas llevásteis con vosotras al precipicio sin conocerlo?

¿No debéis, pues, hoy con ejemplos contrarios reparar el pasado escándalo? ¿no debéis ser un olor de vida para vuestros prójimos, así como fuísteis para ellos un olor de muerte? ¿no debéis levantar sin temor el estandarte de la piedad, así como en otro tiempo levantásteis el del mundo y el de los deleites? ¿podrá acaso una virtud oscura y privada equivaler á unos perjuicios públicos? Y aun cuando los oficios de una caridad pública fuesen para otros ejercicios arbitrarios de una piedad edificante, ¿no deben ser para vosotras obligaciones indispensables?

En segundo lugar. Antiguamente, cuando no conocíais cosa mayor que el mundo y sus vanidades, ¿no os burlásteis alguna vez de la piedad? ¿no mirábais los ejercicios públicos de misericordia como indiscreciones de celo ó deseos de la vanidad? En vez de respetar á las personas que estaban dedicadas á ellos, ¿no hacíais de ellas regularmente

el objeto de vuestras murmuraciones? ¿no decíais de ellas lo que en otro tiempo decia Faraon de los israelitas que querian ir á sacrificar al desierto, que el motivo que tenían para buscar este género de ocupaciones y diversiones piadosas era solamente el ócio y una vida inútil? *Vacatis ocio, et idcirco dicitis: Eamus, et sacrificemus Domino.*¹ ¿No decíais como los gobernadores de las provincias vecinas á Jerusalem, cuando veían á Nehemías y á los principales del pueblo de Dios ocupados en reedificar el templo: ¿Cómo se divierten los infelices judíos! *Quid Judæi faciunt imbecilles?*² ¿Cómo les ha de dejar el mundo en paz y no se ha de hablar de una conducta tan extraña y singular? *Num dimittent eos gentes?*³ ¿Quieren hacerlo todo de una vez y ganar el cielo en un solo dia? *Num sacrificabunt, et complebunt in una die?*⁴ ¿Quieren que las cenizas de su ciudad se muden de repente en edificios soberbios; y pasar en un instante de un extremo á otro? *Numquid ædificare poterunt lapides de acervis pulveris qui combusti sunt?*⁵ Estos son aun hoy, ¡oh Dios mio! los vanos discursos del mundo contra la virtud. ¿No hablábais tambien vosotras en otro tiempo del mismo modo? Es preciso, pues, que vuestras obras públicas restituyan á la piedad el honor que la quitásteis con vuestras burlas públicas, es preciso que practiqueis vosotras mismas lo que tan injustamente habeis vituperado en otras fieles, es necesario que desaprobeis la temeridad de vuestras censuras exponiéndoos vosotras mismas á las del mundo, y que repareis el agravio que hicís-

1 Exod. 5. v. 27.

2 Esdr. 4. v. 2.

3 Ibid.

4 Ibid.

5 Ibid.

teis á la virtud dando muy ciertas señales de lo que la venerais.

En tercer lugar. ¿En que empleábais antiguamente vuestras riquezas? ¿alcanzaban vuestros inmensos bienes para el juego, para el lujo, para los antojos y para las pasiones? Hacíais que los dones de Dios sirviesen á la iniquidad, pues cuanto gastábais en usos injustos, lo usurpábais al pobre y al afligido; ¿y cómo quereis reparar esta injusticia sino con santas profusiones y con mas abundantes liberalidades?

Finalmente, en cuarto lugar. Habeis pasado la primera estacion de vuestra vida consagrándola al mundo y á sus errores, entre los placeres de una vida ociosa y regalada; entonces vuestra única ocupacion era la felicidad de vuestros sentidos, solo cuidábais de avivar continuamente con vuestros artificios el apetito cansado con el disgusto y saciedad, que son inseparables de todo lo que puede agradar no siendo Dios, solo vivíais para vuestro cuerpo.

Una virtud, pues, fácil, suave y ociosa no seria para vosotras mas que una peligrosa ilusion. Proporcionásteis á vuestros sentidos todo lo que podia halagaros; es preciso, pues, que os dediqueis á crucificarlos, que vayais á aquellos lugares de misericordia adonde llama la piedad á tantas almas santas, que os acerqueis á los lázaros fétidos y cubiertos de heridas, que no negueis vuestro ministerio y el socorro de vuestras manos á sus necesidades extremas, y que no obstante la secreta repugnancia de la naturaleza, acostumbreis vuestra delicadeza á estas obras de religion, y que venzais con vuestra fe y con el fervor de vuestro amor la flaqueza de una carne que tantas veces ha triunfado de vosotras: os parece que por estar dedicadas á los ejercicios de la caridad os excedeis en el cumplimiento de vuestras

obligaciones, pero bien veis que aun no dais uno por mil y que es necesario que la compensacion sea igual.

Lo que os engaña en este punto, señoras, á quienes la misericordia de Jesucristo ha desengañado del mundo y llamado á su servicio, y lo que hace que confieis tanto en el mérito de vuestras santas obras, es primeramente que por un secreto y sutil error de la vanidad os persuadís á que los títulos que os distinguen dan un nuevo mérito en la presencia de Dios á vuestras obras de religion, á que su precio se aumenta á proporcion de vuestras clases y á que las mas leves acciones de piedad se ilustran, por decirlo así, en la presencia del Señor con el resplandor que os rodea. Descansais sobre esta vana complacencia, la que se mantiene con injustas adulaciones; haceis que tenga parte en la idea que formais de vuestras obras, la que tambien teneis formada de vosotras mismas, y os persuadís á que los que no son de tan ilustre nacimiento aunque hagan mucho mas que vosotras nunca merecen tanto; como si no fuera la caridad quien solamente discierne nuestros méritos, como si en Dios hubiera acepcion de personas, y como si no se pidiera mas á los que han recibido mas. En segundo lugar, porque nunca reflexionais lo que sois, sino contraponiéndoos á las personas mundanas de vuestra clase y estado, que viven entregadas á los placeres, á las locas pasiones y á sus propios desórdenes y que absolutamente abandonan el cuidado de su salvacion. Este paralelo aumenta vuestro mérito á vuestra vista; vuestras obras comparadas con sus inutilidades y placeres, os parecen superabundancias de justicia; todo cuanto haceis mas que ellas por la salvacion, os parece que es hacer mas de lo que debeis, y la tibieza en que vivís opuesta á su desorden, se muda á vuestra vista en una virtud heroica. Semejantes en esto á

aquel obispo del Apocalipsis, que no obstante la tibieza y negligencia de sus costumbres, se tenía por rico en buenas obras, porque juzgaba sin duda de su virtud por la caída y los excesos de los falsos doctores que enseñaban la doctrina de Balaam y seguían sus vergonzosos caminos, siendo á la vista del que es testigo fiel y verdadero, pobre, miserable, desnudo y á pique de ser arrojado de su boca.

Esta regla, pues, es peligrosa. No debemos medir lo que somos en la presencia de Dios con estos paralelos engañosos, sino con la santidad de la ley, con lo sublime de nuestras obligaciones, con la excelencia de nuestra vocación, con la grandeza del Señor á quien servimos, con la multitud de iniquidades que tenemos que expiar, con las continuas flaquezas que nuestra tibieza ve multiplicarse todos los días sin enmienda; en una palabra, no debemos honrar nuestra débil virtud comparándonos con los pecadores, sino con los santos que nos han precedido, con las almas justas que caminan á nuestra vista y nos dejan muy atrás. Con estos ejemplos debemos confundir nuestra tibieza é impenitencia. Si la pecadora de Jerusalem hubiera juzgado de la profusión de sus perfumes y de la abundancia de sus lágrimas por la insensibilidad de otras mujeres mundanas de Palestina, no hubiera tenido tanta vergüenza de presentarse delante del Salvador, no hubiera escogido sus piés como para ocultar á sus ojos los santos ministerios de su caridad, que la parecían tan desproporcionados á los desórdenes de su vida. Si la mujer cananea hubiera comparado su conducta tan llena de fe con la ceguedad de las demás mujeres de Tiro, sin duda que nunca se hubiera comparado á un vil animal. Si David hubiera juzgado de su penitencia, de sus ayunos, de sus lágrimas, de sus maceraciones, por el lujo de las otras cortes y por el ejemplo de

los reyes sus vecinos, mas que por sus delitos, no hubiera suplicado al Señor que no entrase en juicio con él. Los desórdenes, pues, de nuestros prójimos nada añaden al mérito de nuestras obras, y muy bien podemos ser mas justos que el mundo sin estar suficientemente justificados con Jesucristo.

Segunda regla. La segunda regla que se ha de observar en la práctica de las obras de misericordia, es que no solo las hemos de mirar como obligaciones que cumplimos, sino tambien valernos de ellas como de remedios diarios contra nuestras continuas flaquezas. Me explicaré. Bien sabeis, señoras, que las obras exteriores de piedad no tienen mas mérito en la presencia del Señor, que en cuanto sirven de perfeccionar al hombre interior, porque el reino de Dios está dentro de nosotros, y cuanto hacemos por la salvacion es inútil si no se ordena á arreglar el corazon y á la entera mortificacion de los vicios y de los deseos que dentro de nosotros sirven aún de obstáculo á la gracia de nuestra perfecta libertad. Supuesta, pues, esta máxima de la fe, el socorrer á nuestros prójimos, vestirlos, visitarlos, consolarlos y aun servirlos, no es todavía mas que el cuerpo de la piedad. Estos son los oficios del cristiano, pero no es el cristiano mismo. Es preciso, pues, que la virtud se aumente y se purifique con estas públicas obligaciones de misericordia, que nuestras imperfecciones hallen en ellas su remedio, y que cada obra santa sirva de debilitar en nosotros alguna de nuestras pasiones; es decir, señoras, que para participar del espíritu de la fe en la práctica de las obras de caridad, es necesario antes de empeñarse en ellas poner nuestra alma en nuestras manos, contemplarla á los piés de Jesucristo y examinar en su presencia, con la luz de su gracia, cuáles son aún nuestras desordenadas

inclinaciones, y elegir los oficios de misericordia que las son mas opuestos y que parecen mas á propósito para desarraigárlas de nuestro corazón.

Y así, si aun gustais del mundo, de los placeres, de las distracciones del juego y de las concurrencias, preferid las obras que mas os separen de estas cosas y que mas á menudo os encierren en la oracion, en el silencio y en el retiro. Si sois naturalmente tan inclinadas al regalo y á la ociosidad, que en esto no os podeis vencer, si vuestra virtud consiste solamente en un natural retiro del bullicio y de las agitaciones del mundo, que no os gustan, y en una vida mas tranquila y ociosa, que la que regularmente se vive en el siglo, entonces os corresponden las obras mas difíciles y mas penosas de misericordia, los cuidados mas fastidiosos y las miserias mas asquerosas. Amais en la virtud lo que brilla, lo que distingue, lo que llama la atención del público; elegid las obras mas oscuras, las que mas os confundan con el pueblo; las mas expuestas á la burla de los locos; dejad para otros el primer puesto y todo el honor de las grandes empresas de piedad, y reservad para vosotras los cuidados y las fatigas; caeis con frecuencia en las mismas impaciencias, todo os enfada, todo os altera, y desacredita la virtud en el juicio de los que os tratan con flaquezas que son propias vuestras; escoged aquellas obras en que se necesita de mas agrado, de mas paciencia, de ser responsables á los sábios y á los necios, y aun de sufrir las quejas, los enfados, los géneos y aun los ultrajes de aquellos mismos á quienes se socorre. Experimentais unos injustos desvíos y unas secretas antipatías, en las cuales sois demasiado indulgentes con vuestro corazón, limitando casi toda vuestra virtud á huir de lo que no podeis amar; buscad las obras que os junten y os proporcionen nuevas conexiones

con las personas que por su sola piedad debiérais amar, y acostumbrad así vuestros corazones á que vean con gusto lo que deben amar sin ficción. Finalmente, haced de vuestras obras de misericordia los ejercicios de las virtudes que os faltan.

Someo, despues de haber reparado sus injusticias, hizo abundantes liberalidades, y su misma casa sirvió de asilo á su libertador; ¿pero qué intentaba con estas profusiones? acabar de apagar en su corazón aquella insaciable sed de riquezas que hasta entonces le habia tiranizado y que no se apaga de repente. La Magdalena derramó perfumes y limpió con sus cabellos los sagrados piés de su Maestro, y era porque sin duda sentia aún algunas reliquias de apego á los deplorables instrumentos de sus vanidades y placeres y se daba prisa su amor á perfeccionar el sacrificio. Las mujeres de los israelitas ofrecieron para la construcción del Tabernáculo lo mas precioso que tenían; pero era porque aquellos despojos de Faraon con que las habia adornado el Señor, servian de escollo á su flaqueza, y las hacian aún echar menos continuamente la pompa y los tesoros de Egipto.

Las obras exteriores de la piedad solamente son santas, señoras, cuando nos santifican, y solo nos santifican en cuanto nos corrigen: porque si Jesucristo es el fin de la ley, todas las obligaciones que ésta nos impone solo se dirigen á formar á Jesucristo dentro de nosotros mismos; debe, pues, el cumplimiento de cada precepto añadir como un nuevo rasgo á este hombre espiritual; nuestras obras solo se cuentan por los progresos de esta divina obra; si ésta no crece, en vano vestimos, visitamos y consolamos á nuestros hermanos; nada hacemos en la presencia de Dios, porque él solo mira en nosotros la semejanza con su Hijo, y solo

en Jesucristo somos dignos de que nos mire; lo que no perfecciona esta semejanza, nada añade á nuestro mérito: Jesucristo, pues, solo crece en nosotros sobre las ruinas del viejo Adán; es preciso que el uno se disminuya para que el otro crezca; solamente lo que mortifica las inclinaciones de la carne aumenta la vida del espíritu; solamente lo que contradice á la naturaleza corrompida, conduce á la perfeccion del ser cristiano; solamente lo que debilita aquellas infinitas inclinaciones, que aun se oponen en nosotros á la ley de Dios, da nuevas fuerzas á las inclinaciones de la gracia; casi todo es sacrificio en la vida del cristiano, señoras, porque éste vive de la fe, y todo cuanto nace de la fe cuesta violencia, porque siempre se opone á la vista de los sentidos: por eso las obras de misericordia deben ser como sacrificios diarios del alma fiel. El mismo apóstol no las da otro nombre; con tales sacrificios, dice exhortando á los fieles á los piadosos oficios de caridad para con sus hermanos, nos hacemos á Dios favorables: *Talibus enim hostis promeretur Deus.*¹

A esta regla de piedad se falta de dos modos: primeramente, entre las obras de misericordia casi siempre escogemos las mas conformes á nuestro gusto, á nuestro genio y á nuestras inclinaciones; el que es vivo, activo, eficaz, enemigo del respeto, del recogimiento y del retiro, se mezcla en todos los ejercicios de piedad, en todo quiere tener parte, abraza toda especie de cuidados, no vive para sí ni un solo instante, sin advertir que necesita retirarse en su interior mas á menudo, puesto á los piés de Jesucristo, para reparar allí las pérdidas, inseparables de los misterios exteriores, y renovar las fuerzas que no dejan de debilitarse aun con las mas santas ocupaciones.

¹ Heb. 13, v. 16.

El que nació con un corazon compasivo y misericordioso, gusta de aliviar á los que padecen, con una compasion absolutamente humana; el que es de un natural melancólico, austero é imperioso, abraza los ministerios que le colocan sobre los demás y que le hacen árbitro de su conducta, proporcionando al amor propio ocasion de satisfacer esta inclinacion natural que tiene de corregir y reprender; el que tiene inclinacion á una obra ó á un ejercicio, es insensible á todos los demás. Finalmente, por no molestar, si nos examinamos de cerca, veremos que nuestras desordenadas inclinaciones nunca padecen en estos religiosos ejercicios; que hasta en la piedad huimos de lo que nos desagradaba y molesta; que no hacemos mas que nuestro gusto, aun cuando pensamos que nos ejercitamos en obras de salud, y que no somos mas que hombres, aun cuando juzgamos que somos cristianos.

No quiero decir que debamos resistir á las inclinaciones de nuestra alma hácia la misericordia, ni que no merezcamos en estas piadosas ocupaciones, cuando cumplimos con ellas sin repugnancia. No, señoras, la fe sabe hacer que la naturaleza sirva á la gracia, y estas favorables disposiciones para la virtud con que nacemos, son dones del Creador, los que en los designios de su misericordia para con nosotros deben ser como las primicias de nuestra santificacion. Pero es menester que cuidemos de no cefir á esto todos nuestros esfuerzos; la piedad pasa mas allá de la naturaleza. Bien puede seguirse todo lo que nos inspiran nuestras inclinaciones cuando es laudable; pero si parais aquí, nada habeis hecho, aun estais al principio del camino, porque éste es áspero y difícil, y por muy felices que sean vuestras inclinaciones, nunca pasareis mas adelante mientras no hagais mas que obedecerlas y seguir las: con

todo eso, en solo el temperamento consiste casi toda la virtud de la mayor parte de los que hacen profesion de seguir las. La regla, pues, es que los oficios exteriores de piedad, que nos dejan siempre tan sensuales, tan poco mortificados y tan imperfectos como antes, solo tienen la apariencia y no pueden tener la fuerza de la virtud.

Aun es mas culpable el segundo modo con que violamos esta regla. No solamente nos ceñimos á una virtud puramente natural y escogemos entre las obras de misericordia aquellas que nada cuestan al amor propio y nunca enmiendan nuestras flaquezas, sino que muchas veces suelen servir estas obras para mantenernos en ellas.

Efectivamente, ¿cuántas de estas almas engañadas, en medio de una vida mundana, profana y sensual, viven tranquilas, fiadas en algunos ejercicios de misericordia y en la abundancia de sus liberalidades? Son como aquellas doncellas de Tiro de quienes habla el profeta, que viviendo en la infidelidad creían aplacar la justicia del gran Rey, mezclando con sus deleites algunos piadosos oficios de caridad y el mérito de algunas liberalidades y ofrendas: *Filia Tiri in muneribus cultum tuum deprecabuntur.*¹ Vivimos persuadidos á que la misericordia lo suple todo; que la oracion, el retiro, la negacion de sí mismo, el aborrecimiento del mundo, el huir de los placeres, el guardar los sentidos y todas las mas inviolables máximas de la vida cristiana, son obligaciones que pueden rescatarse, por decirlo así, á precio de dinero; que la fe conoce este género de compensaciones, y que una ociosidad misericordiosa no será distinguida de la virtud y de la justicia. Pero ¡oh Dios mio! ¡qué suave sería vuestra cruz! ¡qué favorable sería vuestra doctrina á los

¹ Psalm. 44. v. 13.

sentidos! ¡qué fácil sería el camino que conduce á la vida! ¡y cómo sería la corona de la inmortalidad un premio prometido á cortos trabajos, si para obtenerla no se necesitara mas que de algunas liberalidades, en que nuestros placeres, nuestras pasiones, nuestro lujo y nuestra sensualidad nada padecen!

Pero, señoras, Dios no necesita de nuestros bienes; lo que pide es nuestro corazon. Es verdad que la misericordia ayuda á expiar los delitos de que nos arrepentimos, pero no justifica los que amamos; bien sé que es el socorro de la penitencia, pero no es excusa de la sensualidad; la fe nos enseña que suple á los débiles esfuerzos del pecador que se convierte á Dios, pero no pone en seguridad al alma mundana que rehusa el convertirse á él; en una palabra, es el fruto de la virtud, pero no el remedio del vicio, y lo que en este caso hay mas digno de lástima, es que unas costumbres que nos parecerian peligrosas si no estuvieran acompañadas de algunos oficios de piedad, pierden á nuestra vista todas las dudas y peligros luego que están defendidas con estas obras exteriores. Y si alguna vez ó por oír las verdades eternas ó por alguna gracia mas eficaz se turba esta paz falsa y se excitan temores en la conciencia, entonces la desnudez cubierta, el hambre socorrida, la miseria consolada y la inocencia protegida, se presentan al instante á la memoria y calman esta feliz borrasca. Estas son las señales de paz que disipan al instante nuestros suspiros; este es aquel arco engañoso de que habla el profeta: *Arcus dolosus,*¹ del que en medio de los nublados y felices tempestades que el dedo de Dios empezaba á mover en el corazon, sale á prometernos una falsa serenidad y

¹ Ocas 7. v. 16.

apartar de nuestro espíritu la imagen presente del peligro. Nos dormimos con estas tristes reliquias de religion, por decirlo así, como si ellas pudieran salvarnos del naufragio, y las obras cristianas que debieran ser la prenda de nuestra salud, vienen á ser motivo de nuestra eterna perdicion.

¡Oh-Señor! ilustrad á estas almas engañadas, si es que entre las piadosas personas que me escuchan hay alguna de este carácter. No permitais que la misericordia que liberta, que salva, que purifica, se mude nunca para nosotros en camino de perdicion y de escándalo. Defended vos mismo de las ilusiones de la concupiscencia á una virtud que tan amable nos han hecho vuestros santos libros, y al mismo tiempo que nos dais un corazon misericordioso y compasivo de las miserias de nuestros prójimos, dadnos tambien un corazon cristiano que no sepa ni disimular ni perdonar sus propias miserias.

No quiero hablar de la tercera regla, que consiste en cuidar de que no se halle ningun fin humano en la intencion, y que el fin de los hombres oculto en lo íntimo de nuestros corazones y casi imperceptible á nosotros mismos, no nos haga perder en la presencia de Dios todo el mérito de la misericordia.

Acabo solamente con deciros con San Agustin: Aquí estais en la presencia de Dios; preguntad á vuestro corazon: *Ante Deum es, interroga cor tuum.*¹ No os pareis en la superficie de vuestros deseos que os engañan, no presentándoos cosa que no sea digna de alabanza; llegad á la raiz, sondead los caminos mas secretos, *intus vide,*² y mirad allí lo que hasta ahora habeis hecho y cuáles han sido los

1 S. August.

2 Ibid.

verdaderos motivos, por mas ocultos que estén en el corazon: *Vide quid fecisti, et quid appetisti.*¹ Mirad si las obras ocultas que no tienen mas testigo que la invisible vista del Padre celestial, despiertan tan vivamente vuestro celo, como las públicas que están expuestas á la vista y alabanzas de los hombres: *Vide, etc.* Mirad si en aquellas cuyo resplandor es inevitable os contentais con que se olviden de vosotras, con que os confundan con la multitud de las personas que en ellas se ejercitan, y si se resfria vuestra caridad cuando no os tributan los primeros honores: *Vide, etc.* Mirad si los piadosos ejercicios que el mundo reprueba os hallan con alguna indiferencia, y si apreciáis menos las obras que no tienen la aprobacion de los hombres: *Vide, etc.* Mirad si os mueve la felicidad que de ellas resulta y si os valeis de vuestro ingenio para atribuir la gloria á los otros: *Vide, etc.* Mirad, finalmente, si solo tenéis presente á Dios en vuestras acciones, si en éstas no haceis caso de los hombres, si estais igualmente contentas con que Dios sea glorificado tanto con los oprobios que padeceis, como con la fama que adquirís; si buscáis vuestra salvacion ó una gloria vana: *Vide quid fecisti, et quid appetisti, salutem tuam, an laudem humanam.*

¡Gran Dios! exclama este santo padre; ¡cuántas obras santas con las que contábamos acá en la tierra serán despreciadas algun día cuando venga el Señor á juzgar las justicias? Cuando creíamos parecer en su presencia con las manos llenas, ¿cuántos frutos de caridad se hallarán inficionados por el oculto gusano de una vana complacencia? ¿y qué poco será lo que nos quede, cuando dejándonos el Juez de nuestras obras por propias nuestras para toda la

1 Ibid.

eternidad solamente las que hayan sido frutos y dones de su gracia, nos despoje de todas aquellas que le pertenecen al parecer, pero que eran puramente de nosotros mismos? No creais, señoras, que las reglas de la fe en orden á los oficios de caridad que acabo de exponer y que al parecer piden precauciones tan penosas, sean capaces de disgustar á las almas fieles de estos piadosos ejercicios. Al contrario, no hay cosa mas propia para mantener la virtud, avivar el celo y consolar la piedad y la misericordia, porque lo que yo digo es que estos ejercicios santos son obligaciones; que no debeis mirarlos como obras de supererogacion, y que la misericordia es la virtud mas necesaria para los que nacen entre las riquezas. ¿Qué cosa mas persuasiva para animaros á que la ameis? ¿por ser precepto de Jesucristo puede perder algo de su hermosura? ¿puede ser menos amable á sus discípulos por haber sido la mas amada de su Maestro?

Lo que yo he dicho es, que las obras de misericordia deben ser los remedios diarios de vuestras cuotidianas flaquezas: ¿qué cosa de mas consuelo se os puede decir, que el descubriros en estos religiosos oficios un nuevo manantial de mérito y unos tesoros ocultos que no buscan en ellos la mayor parte de los fieles? ¿qué cosa mas feliz se os puede manifestar, que el enseñaros que estos oficios pueden servir de ejercicios á todas las virtudes que os faltan; que todos vuestros males pueden hallar en ellos su remedio; que la paciencia, la vergüenza, la humildad, la benignidad, el amor de la oracion y del retiro, si quereis, nacerán de la misericordia, y que en una sola obligacion de piedad recogeréis todo el mérito de las demás?

Lo que digo, por último, es, que es necesario tener presente á solo Dios en nuestras acciones, y no haer caso de

la aprobacion ó censura de los hombres. ¿Pero qué son respecto de Dios todos los hombres juntos para que el alma fiel haga caso de ellos? La estimacion de un mundo que desprecia, de quien huye, á quien ha renunciado, ¿podrá parecerla digno premio de las acciones que pueden valerla una felicidad eterna? ¿es acaso entibiar su caridad el enseñarla que el mundo entero no es digno de ella? ¿que solo Dios merece ser testigo de las obras que él solo puede recompensar? ¿y que para asegurarlas basta no buscar mas gloria que la que nunca ha de perecer? El espíritu de la ley no se opone á la ley misma. Cuanto mas se adelanta en la verdad, mas se crece en la caridad, cuanto mas se conoce la ley del amor, mas se ama; el error pierde infaliblemente cuando se le conoce bien, pero la verdad siempre manifiesta nuevos encantos: cuando la veamos como es en sí la amaremos sin tibieza, sin mezcla, sin rodeo y sin inconstancia. Amen.





DISCURSO

DICHO EN LA CEREMONIA

DE LA ABSOLUCION,

HACIENDO PRESENTE

EL FERVOR DE LOS PRIMEROS CRISTIANOS.

Rememoramini autem pristinos dies.
Acordaos de los primeros tiempos.
Heb. 10. v. 32.

No sucedió en el nacimiento de la Iglesia, católicos, lo que en el de las supersticiones y sectas. El origen de éstas siempre tuvo en sí alguna cosa vergonzosa; como sus primeros principios fueron la soberbia y libertad, es preciso quitar el velo á aquellos primeros tiempos en que se establecieron entre los hombres; en ellas vemos presidir las mas vergonzosas pasiones al nacimiento de aquellas obras de tinieblas, darlas su forma, su aumento y sus progresos; y semejantes á aquellos hijos desgraciados que son el triste fruto del delito de sus padres, basta para cubrirlas de

TOM. II.—P. 36.

confusion el acordarlas su origen. Pero nosotros, católicos, nosotros podemos decir con confianza: Acordaos de los dias antiguos: *Rememoramini autem pristinos dies*. Las primeras edades de la Iglesia son las edades de su fervor y de su gloria.

Acordaos de aquellos felices tiempos en que la fe, aun recién nacida, formaba tantos valerosos mártires, tantos penitentes austeros, tantas vírgenes puras, tantos pastores fieles, tantos ministros irrepreensibles: *Rememoramini autem, etc.*

Acordaos de aquellos siglos de oro en que la Iglesia, animada aún con las primicias del espíritu que acababa de formarla, se manifestaba sin mancha y sin arruga; bajo unas exterioridades tristes y oscuras, brillaba con un resplandor celestial y divino; sacaba toda su majestad de sus oprobios y trabajos, y aunque pisadas de sus perseguidores, era con todo eso un espectáculo digno de los ángeles y de los hombres: *Rememoramini, etc.*

Acordaos de aquellos gloriosos dias en que el cristianismo no contaba sino santos en el número de sus hijos; en que sus mas frágiles vasos eran mas fuertes que toda la fortaleza de un siglo profano, y en que la fe entre los simples é ignorantes, formaba aquellos sábios y aquellos héroes que la filosofía hasta entonces no habia hecho mas que idear ó prometer. *Rememoramini autem pristinos dies, etc.*

Acordaos de aquel primitivo fervor en que la inocencia de las costumbres era, digámoslo así, el delito por donde eran conocidos los cristianos; en que solo eran sospechosos á los tiranos, por parecer poco conformes con el mundo corrompido, y en que el huir de los públicos placeres era el solo indicio de que se valian para renunciar á los fieles: *Rememoramini autem pristinos dies, etc.*

Acordaos de aquel rigor de disciplina, en que las caídas públicas no se expiaban sino con públicos castigos; en que el espectáculo de la penitencia borraba el escándalo del delito; en que aun lo largo y severo de las expiaciones parecia indulgencia en la remision de las faltas; en que los pecadores miraban la mas rigurosa penitencia como una gracia; en que ellos mismos solicitaban el derecho de castigar y de llorar sus delitos, y en que postrados á las puertas de nuestros templos, cubiertos de ceniza y de cilicio, separados del altar santo, despues de haber gemido mucho tiempo en este estado de humillacion y de pena, recibian el beneficio de la paz y de la reconciliacion, no como premio de sus largos trabajos, sino como fruto de la caridad y clemencia de la Iglesia: *Rememoramini, etc.*

Acordaos de aquellos felices dias á vista de estos débiles vestigios que la ceremonia de hoy nos representa; á vista de la gran desproporcion que hallamos entre nuestros padres y nosotros, entre su fervor y nuestro letargo, su inocencia y nuestros desórdenes, sus austeridades y nuestras sensuales costumbres, las lágrimas y las expiaciones de su penitencia, y los tardos pasos de la nuestra. ¡Qué terror y confusion no debe sobrecogernos! Esta es la reflexion mas natural que hoy nos ofrece esta ceremonia, y la que sola será objeto de mi discurso.

Es verdad que ya no pide la Iglesia aquellas pruebas largas y públicas, por las que era preciso pasar para conseguir el perdon de las faltas; ya no vemos aquellos diferentes grados de penitentes, separados de los demás fieles, y admitidos sucesiva y públicamente á la paz y reconciliacion á medida de su fervor ó de la duracion de su penitencia. La disciplina exterior se ha mudado; aumentándose el número de los pecadores con el de los fieles, era ya

imposible el separarlos todos y sujetarlos á las penas canónicas. ¡Ah, católicos! ¿cuántos quedarían en esta santa asamblea, si aun se separaran, como antiguamente, los inmundos, los fornicarios, los adúlteros, los ladrones y todos los pecadores sujetos entonces á la penitencia pública?

Pero, católicos, las mutaciones sucedidas en la disciplina de la Iglesia, nada han mudado de su espíritu. Pudo minorarse el fervor de los fieles; la multitud de los culpados pudo hacer imposible la duracion y publicidad de las penas; la necesidad de los tiempos pudo suspender unas leyes que había establecido la necesidad en el principio; en una palabra, la prudencia pudo mudar en lo exterior lo que en el principio había establecido el primer celo; pero hay una ley superior, fija é invisible que no se muda; una obligacion de penitencia inseparable del Evangelio, que como él, es para todos los tiempos y para todos los lugares, y que en vez de debilitarse con la relajacion de las costumbres, se hace con ella mas indispensable.

Todo cristiano debe crucificar su carne con sus deseos, todo pecador debe ser castigado; ya sea que mireis lo que debéis á la santidad de la fe por vuestro bautismo, ó á la justicia de Dios por vuestros delitos, la penitencia es siempre el único camino para la salvacion; si no os negais continuamente á vosotros mismos, no sois discípulos de Jesucristo; si no lavais con la sangre de la penitencia la vestidura de justicia que habeis manchado, no entrareis en el reino de Dios; estas dos verdades son infalibles: en una palabra, sin la penitencia todos perecereis; este es un decreto que á nadie exceptúa y del que á nadie se le permite apelar. Veamos ahora cuál es esta penitencia.

Si la medís por el Evangelio, negaos continuamente á vosotros mismos, llevad siempre vuestra cruz, llamad feli-

ces á los que lloran y están afligidos, no busqueis vuestro consuelo en este mundo, perded vuestra alma por salvarla, sacaos el ojo que os escandaliza, no hagais caso de vuestro cuerpo, no espereis el reino de Dios sino de la violencia, mirad á vuestra carne como al mas peligroso enemigo de vuestra salvacion; amad á los que os aborrecen, acordaos de que los desprecios y oprobios son el carácter de los hijos de Dios, aplicad la segur á la raiz de vuestras pasiones, y cortad hasta lo vivo todo lo que ocupa en vano la tierra de vuestro corazon, y haciendo esto vivireis.

Esta es la penitencia que os impone el solo título de cristiano. A este título habeis añadido el de pecador; luego ya no se trata de combatir y haceros violencia por no perder la gracia; esta es una obligacion de cualquiera alma fiel, es la penitencia de los inocentes; trátase de expiar vuestros pasados delitos, de llorar innumerables caidas y de desarraigar las pasiones inveteradas; nuevo género de penitencia que os corresponde, la penitencia de los pecadores. Estas son unas reglas que no ha alterado la mudanza de los tiempos.

Pero hacednos ver en vuestras costumbres la penitencia aun de los inocentes; supongo que no teneis excesos que llorar ni profanos antojos que expiar, pero sois discípulos de Jesucristo y esto basta. ¿Vivís conforme á su Evangelio? ¿renunciáis todo lo que lisonjea los sentidos? ¿os absteneis ni aun de una palabra ociosa? ¿mirais las aflicciones como gracias? ¿sois manso y humilde de corazon? ¿jamais á los que os calumnian? ¿llevais sobre vuestra carne la mortificacion de Jesucristo? ¿aborreceis al mundo como enemigo de Dios? ¿velais y orais sin intermision? ¿escogéis el último lugar y despreciáis lo que los hombres ensalzan?

Esta es la penitencia de los inocentes; sin ella, sin esta conformidad con el Evangelio, aunque fuérais mas castos que Susana, mas irreprehensibles que Judit, mas caritativos que Cornelio, estais perdidos.

Y no obstante, católicos, vosotros no habeis sido ni castos, ni templados, ni irreprehensibles; sois pecadores, lo sabeis, no os alcanza la penitencia de los inocentes, debéis infinitas reparaciones á la divina justicia. ¡Cuántos injustos y vergonzosos placeres que expiar! ¡cuántos escándalos que reparar! ¡qué de errores que borrar! ¡qué monstruosa conciencia que purificar! Necesitais tambien de la penitencia de los pecadores; ¿pero en qué consiste esta penitencia?

Si la regulais por la justicia de Dios, que es quien os la pide, mirad la santidad y majestad de aquel á quien habeis ultrajado; mirad lo terrible de sus juicios ejecutados en otro tiempo, por unas prevaricaciones que apenas contaríais vosotros entre vuestras faltas; mirad al universo anegado en el diluvio; las ciudades delincuentes entregadas á un fuego vengador, los murmuradores tragados de la tierra, una simple trasgresion del sábado castigada de muerte, una leve desconfianza de Moisés castigada con la exclusion de la tierra prometida; mirad á su propio Hijo hecho víctima de nuestros pecados y los castigos que pidió su justicia en aquel en quien puso toda su complacencia; mirad y obrad segun este modelo.

Si juzgais por las reglas que la Iglesia observaba con los pecadores, á quienes sujetaba á la penitencia pública, venid acá, ilustres penitentes, que en otro tiempo gemíais años enteros á la puerta del templo, cubiertos de ceniza y de cilicio, y en todo aquello que entonces os pedia la Iglesia, en los ayunos, en las maceraciones, en las privacio-

nes, en las oraciones, enseñad á los fieles que me oyen lo que aun hoy ella les pediria si la santidad de su espíritu hubiera de decidir de la severidad de sus reglas.

Esta era la penitencia de aquellos pecadores; la Iglesia no usa ya de esta pública penitencia, pero no por eso la divina justicia, que es inmutable, os dispensa la penitencia secreta. La misma Iglesia, que con sentimiento bastante ha aflojado en la disciplina exterior, conserva siempre su espíritu, os encarga aún que os impongais en secreto las penas proporcionadas á vuestras faltas y que seais vos mismo vuestro juez.

Y á la verdad, señores, ¿por qué habeis de persuadiros á que en órden á la penitencia es mas favorable vuestra condicion que la de los primeros fieles?

¿Acaso la divina justicia ha mudado sus reglas? Bien sabeis que en Dios no hay mudanza ni variedad; que fuera de él todo se muda, pero que él siempre permanece el mismo.

¿Acaso son menos enormes vuestros delitos que los de los primeros fieles? ¡Ah! que ellos ni aun noticia tenían de los errores que vosotros bebeis como agua. Por una sola caída se hacian algunas veces penitencias públicas, y vosotros, despues de una vida llena de manchas e iniquidades, quereis no tener tanta obligacion como ellos de expiarla con la penitencia.

¿Acaso en aquellos primeros tiempos tenían menos excusas, y por eso merecian penas mas rigurosas? La idolatría, de la que se convertian aquellos primeros discípulos; las disoluciones del paganismo en que se habian criado; los excesos autorizados por la misma religion que habian mamado en la leche, todo parece contribuir á que las caídas que padecian despues de su conversion fuesen mas dignas de in-

dulgencia y de gracia; pero vosotros, alimentados con las palabras de la fe, lavados con la gracia de la regeneracion al salir del seno de vuestras madres, criados con una disciplina santa, fortalecidos contra el horror del delito con los socorros de la religion y con los ejemplos de los justos, no podeis justificar vuestras caidas como no sea por un exceso de ingratitud y de corrupcion, que las hace mas culpables y dignas de un castigo mas largo y mas severo.

¿Acaso por haber prevalecido la malicia y haberse hecho mas comunes los delitos, son por eso mas dignos de perdón? La multitud de culpados nada muda á la naturaleza de los delitos. Todos los hombres que habian corrompido sus caminos en tiempo de Noé, fueron castigados de Dios y sumergidos en las aguas, del mismo modo que el desgraciado Achan, que cargado contra la órden del cielo de algunos despojos de Jericó, se halló él solo anatema en medio de Israel; y por otra parte, el mayor número de delinquentes irrita tambien mas la divina venganza, y es locura pretender que Dios á proporcion que es mas ultrajado, sea mas indulgente y favorable.

Finalmente, ¿acaso porque el fervor de aquellos primeros tiempos era causa de que los fieles estuviesen mas dispuestos para sufrir los rigores de aquella pública penitencia, y nosotros por haber nacido en siglos mas relajados, no nos hallamos en disposicion de sufrirlos, ni la Iglesia tiene derecho para pretenderlos de nuestra flaqueza?

¿Os parece, católicos, que el fervor de los primeros fieles habia de ser motivo para que la Iglesia se armase contra ellos de rigor y severidad, reservando para nuestra relajacion y nuestros desórdenes su indulgencia y sus gracias? ¿habia de haber sido en los primeros tiempos madre rigurosa para con unos hijos zelosos y fieles, y en nuestros tiem-

pos para unos hijos rebeldes y perdidos, una madre condescendente y fácil? ¿habian de estar reservados sus castigos para unos siglos en que era tan vivo el arrepentimiento de los delitos, y para los penitentes tibios de nuestro tiempo no habia de tener mas que favores y recompensas? Gran desgracia hubiera sido para aquellos primeros discípulos de la fe la abundancia de su compuncion, pues les granjeaba una multitud de penas: con que su fervor, en el cual consistia todo su mérito, habia de haber sido la causa de toda su desgracia; ¿y nuestra flojedad, en la que consiste todo nuestro pecado, habia de ser motivo de nuestra felicidad? ¿desde cuándo se ha hecho la virtud título oneroso y el vicio privilegio favorable?

No, católicos, comparaos de buena fe con aquellos primeros discípulos; comparad vuestros delitos con los suyos y su penitencia con la vuestra. La religion no se muda, el espíritu de la Iglesia aun es el mismo, Dios siempre mira con los mismos ojos al pecado, su justicia siempre pide las mismas reparaciones, el Evangelio aun nos propone las mismas máximas, la mutacion de los tiempos no muda las reglas y las obligaciones; ¿en qué podeis fundaros para creer que en la presencia de Dios os habeis de descargar de vuestros delitos á menos costa que aquellos primeros fieles? Si alguna diferencia hubiera, bien veis que seria contra vosotros.

Y no obstante esto, comparad vuestra penitencia con la suya; bien sabeis hasta dónde se extiende la medida de vuestros delitos: ¿qué haceis para expiarlos? ¿creéis que unas cortas oraciones, impuestas por un ministro poco instruido ó demasiado indulgente, borrarán en la presencia de Dios el caos de iniquidades en que vuestra alma ha estado casi siempre sumergida? ¿creéis que el confesar sim-

plemente los delitos á los piés del sacerdote es castigarlos? ¿y que unos defectos que en otro tiempo no se expiaban sino con años enteros de gemidos y de maceraciones, se han de expiar hoy con solo declarar que somos culpados? ¿creeis que toda una vida silenciosa se ha de purificar con la simple absolucion del sacerdote, concedida con demasiada facilidad, cuando en otro tiempo una sola caida pedia una vida entera de lágrimas y penitencia? ¿creeis que el camino era estrecho para los primeros fieles, y que para vosotros se ha hecho espacioso y cómodo? ¿que el reino de los cielos para ellos solamente era premio de la violencia, y que para vosotros lo es de los placeres y de la pereza? ¿que el Señor les pidió á ellos hasta la última dracma, y que á vosotros os ha de perdonar toda la deuda? En una palabra, ¿que sus delitos, raros y poco frecuentes, expiados con la ceniza y el cilicio, llorados con una fe viva y una continua compuncion, irritaron la justicia de Dios, y que los vuestros siendo innumerables y mas vergonzosos, sin ser castigados ni expiados, os han de granjear su misericordia y han de ser prendas de su bondad y clemencia?

Y no obstante esto, ¿dónde están vuestras lágrimas, vuestras maceraciones, vuestros ayunos, vuestras privaciones y la perseverancia de vuestra oracion? ¿dónde está aquel espíritu de compuncion y humildad que imprime en todas vuestras acciones un carácter de penitencia? ¿qué es lo que padeceis? ¿de qué os privais para mantener el título de penitentes, que es el único título que os queda para poder aspirar á la salvacion?

¿Pero qué es lo que digo, católicos? No hablemos de penitencia: ¿sois cristianos? cuando no tuviérais que cumplir mas que con las obligaciones comunes del Evangelio, sin tener culpas que expiar, ¿os parece que no tendríais moti-

vo para temer la divina justicia? ¿qué vida es la vuestra? ¿cuáles son vuestras costumbres? ¿en qué siglo ha llegado á tan alto punto el fausto, los placeres, el ócio, el regalo y la extravagancia de la profusion y de las modas como en el nuestro? ¿cuándo ha habido tiempos mas desgraciados, ni en que, con todo eso, haya habido tanto exceso en las cosas que hacen la felicidad de los sentidos y la alegría de los hijos del siglo? Escoged entre vosotros á los mas justos, á aquellos hombres virtuosos á quienes canoniza el mundo, á aquellas mujeres regulares á quienes aprueba la multitud, á aquellos escogidos del siglo, como habla San Agustin, cuya conducta en lo interior es irreprochable, y ved si en sus costumbres hallais ni reliquias siquiera de la primera santidad de los cristianos; ved si hallais en ellos una de aquellas señales de la vida evangélica que constituyen el carácter de los hijos de Dios; ved si en su vida cumplen ni aun con una sola de las obligaciones del bautismo, si conceis en ellos á los discípulos de Jesucristo, á los hijos de la fe, á los ciudadanos del cielo, á los enemigos del mundo, á unos hombres crucificados, extranjeros en la tierra, y si aun juntando el corto número de hombres que mas aprueba el mundo, podreis formar ni un solo cristiano.

Y así nuestras obligaciones son aún las mismas que antes, y solo se han mudado las costumbres; la religion aun subsiste para juzgarnos, y la fe que nos debiera salvar se ha apagado; el Evangelio ha pasado de nuestros padres á nosotros, y no nos sirve mas que de condenacion, despues de haberles servido á ellos de regla. El cuerpo del cristianismo se mantiene, y el espíritu que vivifica está apagado en nuestros corazones, y solo nos aventajamos á los infieles en que habiendo salido de una raíz santa hemos degenerado en ramos silvestres, y en que hemos ingertado en la

buena oliva el ramo de la infidelidad y las corrompidas costumbres del pagano y del idólatra.

No mireis, pues, católicos, á las costumbres públicas como título que os asegura; este es el fruto de esta instrucción. Acordaos continuamente de las reglas y de las obligaciones, no os tengais por seguros por estar con la multitud, como si vuestra conformidad con el mundo, que es el carácter de los réprobos, pudiera servir de título á vuestra inocencia.

Y vosotros, católicos, los que habiendo salido de las locas pasiones, ha mucho tiempo que entrásteis en los caminos de la compuncion y de la salud, comparad los débiles esfuerzos de vuestra penitencia con el celo y santa austeridad de aquellos primeros penitentes: en vez de ensorbeceros con vuestras defectuosas injusticias, que en un siglo tan corrompido parecen singularidades y prodigios de virtud, porque ponen entre vuestras costumbres y las de los demás hombres, todos perversos y corrompidos, una infinita distancia, humillaos, porque aun os falta que andar para llegar á la penitencia y fervor de los primeros tiempos, y pensad en que aun distais mas de aquellos primeros fieles, que distan de vosotros los demás hombres.

Tiemblen, pues, los pecadores y anímense los justos; salgan los unos de su letargo y renueven los otros continuamente su fervor; ténganse los primeros horror á sí mismos, y los segundos no se miren con complacencia; en una palabra, asústense los unos con sus delitos, y no confíen los otros en sus virtudes, para que todos juntos puedan algun dia reunirse en la Iglesia del cielo y gozar en ella de la feliz inmortalidad. Amen.

ANALISIS

DE LOS SERMONES

CONTENIDOS EN ESTE SEGUNDO TOMO.

DIA DE LA PURIFICACION.

DE LA SUMISION A LA VOLUNTAD DE DIOS.

DIVISION.—I. Cuáles sean las ocultas raíces de nuestra oposicion á la voluntad divina.—II. Cuáles sean las utilidades que acompañan á esta voluntad santa.

Primera parte. Las principales causas de nuestra oposicion á la voluntad de Dios son: 1.º Una vana razon que continuamente llama al juicio de sus propias luces las obras del Señor. 2.º Un gran caudal de amor propio que hace que todo nos lo atribuyamos á nosotros mismos. 3.º Una falsa virtud que con pretexto de buscar á Dios se busca á sí misma.

buena oliva el ramo de la infidelidad y las corrompidas costumbres del pagano y del idólatra.

No mireis, pues, católicos, á las costumbres públicas como título que os asegura; este es el fruto de esta instrucción. Acordaos continuamente de las reglas y de las obligaciones, no os tengais por seguros por estar con la multitud, como si vuestra conformidad con el mundo, que es el carácter de los réprobos, pudiera servir de título á vuestra inocencia.

Y vosotros, católicos, los que habiendo salido de las locas pasiones, ha mucho tiempo que entrásteis en los caminos de la compuncion y de la salud, comparad los débiles esfuerzos de vuestra penitencia con el celo y santa austeridad de aquellos primeros penitentes: en vez de ensobreceros con vuestras defectuosas injusticias, que en un siglo tan corrompido parecen singularidades y prodigios de virtud, porque ponen entre vuestras costumbres y las de los demás hombres, todos perversos y corrompidos, una infinita distancia, humillaos, porque aun os falta que andar para llegar á la penitencia y fervor de los primeros tiempos, y pensad en que aun distais mas de aquellos primeros fieles, que distan de vosotros los demás hombres.

Tiemblen, pues, los pecadores y anímense los justos; salgan los unos de su letargo y renueven los otros continuamente su fervor; ténganse los primeros horror á sí mismos, y los segundos no se miren con complacencia; en una palabra, asústense los unos con sus delitos, y no confíen los otros en sus virtudes, para que todos juntos puedan algun dia reunirse en la Iglesia del cielo y gozar en ella de la feliz inmortalidad. Amen.

ANALISIS

DE LOS SERMONES

CONTENIDOS EN ESTE SEGUNDO TOMO.

DIA DE LA PURIFICACION.

DE LA SUMISION A LA VOLUNTAD DE DIOS.

DIVISION.—I. Cuáles sean las ocultas raíces de nuestra oposicion á la voluntad divina.—II. Cuáles sean las utilidades que acompañan á esta voluntad santa.

Primera parte. Las principales causas de nuestra oposicion á la voluntad de Dios son: 1.º Una vana razon que continuamente llama al juicio de sus propias luces las obras del Señor. 2.º Un gran caudal de amor propio que hace que todo nos lo atribuyamos á nosotros mismos. 3.º Una falsa virtud que con pretexto de buscar á Dios se busca á sí misma.

1. Una vana razon. Muchas dudas podia oponer María á la órden de Dios que la obligaba á ir al templo á purificarse; no obstante, obedece, y de este modo nos enseña que al Señor corresponde el querer y á la criatura el sujetarse. Pero nosotros siempre queremos que Dios nos dé cuenta de su conducta; si se trata de sus fines generales en órden á la salud eterna de todos los hombres, no se oyen en el mundo sino reflexiones insensatas en este punto. ¿Por qué no se salvan todos los hombres? ¿por qué ha hecho Dios tan difícil la salvacion? ¿por qué ha hecho á los hombres tan flacos? etc. Pero si en el consejo de los soberanos hay necesariamente misterios incomprensibles para los demás vasallos, ¿por qué no los ha de haber en el consejo de Dios? Y si, como dice la Escritura, debe ser respetado el secreto de los reyes en órden al gobierno de los pueblos, ¿por qué no lo ha de ser el del Rey de los reyes en la distribucion de las cosas humanas? Si lo que conocemos de sus obras nos parece tan divino y admirable, debemos inferir que tambien lo es lo que no conocemos. Pero aun mas. Si se trata de los eternos designios de Dios en órden á nuestros particulares destinos, reprobamos su conducta para con nosotros, nos quejamos de su Providencia porque nos puso en ciertas circunstancias en que nuestra flaqueza halla escollos inevitables, y no pensamos en que Dios proporciona las gracias á los estados; que todos aquellos en que nos colocá, lejos de ser escollos, pueden servirnos de medios para nuestra salvacion, y que la mayor parte de los peligros y ocasiones de que nos quejamos, mas están en nuestras pasiones que en nuestro estado.

2. Un amor excesivo y desordenado de nosotros mismos. Tambien aquí nos da ejemplo María de su sumision á la voluntad de Dios. Si no consultara mas que los die-

támenes humanos, en todos hubiera hallado pretextos para excusarse y no ir al templo á sujetarse á la ley de la purificacion. Los intereses de su divina Majestad, el prodigio de su parto, la misma vergüenza de su pobreza y lo corto de su ofrenda; pero no escucha la voz de la carne y de la sangre, porque está persuadida á que el primer sacrificio que Dios nos pide es el de nosotros mismos. Pero nosotros, como todo nos lo atribuimos á nosotros mismos y vivimos como si todo el universo no se hubiera hecho mas que para nosotros solos, quisiéramos que Dios cuidase solamente de nosotros, que siguiese el plan de nuestro amor propio, y que en vez de ser el gobernador de todo el universo y el Dios de todas las criaturas, no fuese mas que el Dios de nuestras pasiones y de nuestros caprichos. Por eso, 1.º, no estamos mas sujetos á Dios en la afliccion que en la prosperidad, y lo que turba un solo instante nuestros deleites, nuestra soberbia y nuestros proyectos, nos indisponde y enfada. Por eso, 2.º como nos amamos excesivamente á nosotros mismos y no ponemos límites á nuestros deseos, nunca estamos contentos con nuestro estado, con nuestra elevacion, con nuestros puestos, y en nada estimamos lo que poseemos, porque no tenemos todo lo que deseamos. Por eso, 3.º como miramos todo lo que deseamos como cosa que nos pertenece, los puestos y los honores que se escapan de nuestra codicia y que se reparten entre otros, nos parece que es una hacienda que nos usurpan injustamente. Por eso: 4.º como creemos que á nosotros solos nos tocó en herencia la sabiduría, reprobamos y censuramos todo lo que no se conforma con nuestras ideas y nuestras luces en la disposicion de las cosas de la tierra. No queremos lo que Dios quiere, nos parece que los puestos y favores se distribuyen con injusticia, con imprudencia y por antojo, sin pensar en que

aun cuando suceda que los hombres se engañen y hagan cosas injustas, Dios siempre tiene razón y se vale de sus engaños para el cumplimiento de los eternos designios de su Providencia.

Pensemos, católicos, de este modo: En el día del Señor, el mundo y el gobierno de los Estados é imperios ofrecerán á nuestra vista un órden y una sabiduría admirable, porque veremos allí á un Dios invisible, soberano gobernador del universo, sin cuya determinacion no se cae ni un cabello de nuestra cabeza, con cuya voluntad se hace todo, y que con unas inexplicables disposiciones hace que aun la malicia de los hombres sirva á los fines de su misericordia; pero si separais á Dios del espectáculo del universo, si no contemplais en él la eterna voluntad del Señor, que es el invisible principio del movimiento, el mundo no es mas que un caos, un teatro de confusion y de horror, y en el que no se ve órden alguno, porque solo se ve en él la irregularidad de los movimientos, sin comprender el secreto y el uso de ellos.

3. Una falsa virtud que resiste á Dios con pretexto de buscarle. Último escollo que nos enseña á evitar el ejemplo de María; á la verdad, si ésta no hubiera consultado mas que á su celo por la gloria de su Hijo, debia al parecer haberse eximido de la ley de la purificacion, que solo parecia á propósito para confirmar la incredulidad de su pueblo, haciéndole pasar solamente por hijo de María y de José. Pero María desconfía de un celo que no es segun el órden de Dios, y nada la parece tan seguro, aun en la virtud, como el conformarse con su santa voluntad, y verdaderamente nada hay bueno para nosotros sino lo que Dios quiere, y toda la piedad que no tiene por fundamento una conformidad continua con su voluntad santa, es una falsa virtud. No obstante, por esta parte es por donde suele fal-

tar casi siempre la piedad, y nunca queremos ir á Dios por los caminos por donde nos guía su mano. 1.º Nunca nos gustan las obligaciones de nuestro estado, y hacemos en su lugar otras obras arbitrarias que Dios no nos pide. 2.º Si Dios nos pone en un estado de enfermedad habitual, no echamos la culpa á este estado de nuestra tibieza y de nuestras infidelidades en el servicio de Dios. 3.º Llevamos con impaciencia nuestras propias imperfecciones; quisiéramos no tener que reprendernos y vivir contentos de nosotros mismos. 4.º Si los pecadores revestidos de la pública autoridad ponen algun obstáculo á nuestro celo, no guardamos con ellos las reglas de la caridad. 5.º Los desórdenes de nuestros prójimos, de nuestros superiores, de nuestros iguales, con quienes tenemos que vivir, nos son insufribles, y nos formamos una falsa virtud de censurarlos, de desacreditarlos é irritarlos; cuando la verdadera virtud mira á los pecadores en las manos de Dios, los sufre con caridad, porque el mismo Dios los sufre y los ama tiernamente, porque pueden llegar á ser amigos de Dios y porque sirven á los fines de su Providencia.

Segunda parte. *Las utilidades que acompañan á la sumision á la voluntad de Dios.* Tres fecundas raíces de pesares forman todas las desgracias y todas las inquietudes de la vida humana: las vanas ideas de lo por venir, las continuas inquietudes por lo presente y los inútiles pesares de lo pasado.

1. La sumision á la voluntad de Dios hace que como María esperemos lo futuro sin inquietud. ¿Qué sustos no debia introducir en su santa alma la profecía del viejo Simeon en órden á la futura suerte de su Hijo? No obstante, pone, como el profeta, todos sus pensamientos y todos sus sobresaltos en el seno de Dios, y es perfecta su tran-

quillidad porque es entera su sumision. Pero en nosotros las inquietudes de lo futuro forman el mas amargo veneno de nuestra vida, y solamente somos desgraciados porque no sabemos contenernos en el momento presente; nos atormentamos continuamente por el dia de mañana, como si á cada dia no le bastara su malicia; toda nuestra vida no es mas que agitacion, turbaciones, temores y precauciones. Pero una alma sujeta á Dios no padece estos sobresaltos, estos miedos, estos cuidados que inquietan á los hijos del siglo, porque sabe que lo por venir está determinado en los consejos de su Providencia, y que no pudiendo mudar nuestras inquietudes y cuidados ni aun el color de uno de nuestros cabellos, mucho menos podrá mudar el orden de sus inmutables voluntades; y por otra parte, nada se arriesga en fiarse de él en orden á todo lo que puede suceder. No quiero decir que la religion autorice la pereza y la imprudencia. El fiel trabaja como si todo dependiera de él, pero vive tranquilo en orden al suceso, porque todo depende de Dios; de este modo la prudencia es comun al fiel y al mundano, pero la paz y la tranquilidad solo es para el fiel, y cuando digo que les es comun la prudencia, hablo de solo el nombre, porque hay mucha diferencia entre una prudencia cristiana y sujeta á Dios, y una prudencia absolutamente humana. La prudencia del fiel, dice Santiago, es primeramente casta é inocente, solo conoce por legitimas medidas las que permite la conciencia y aprueba la religion. Al contrario la del pecador, no hace caso de los delitos con tal que consiga el fin. En segundo lugar, la del fiel es tranquila y amiga de la paz, sus medidas siempre son pacíficas porque siempre están sujetas á la voluntad de Dios; la del pecador, al contrario, siempre está agitada porque nunca está sujeta. Tercero: la del fiel es modesta; se

prohibe los proyectos ambiciosos, y no tiene mas fines que los que son conformes á su estado; la del pecador es insaciable. Cuarto: la del fiel es humilde, siempre desconfía de su propio talento; la del pecador, al contrario, está llena de soberbia y solo cuenta con la habilidad de sus medidas. Quinto: la del fiel no es sospechosa; mas quiere caer en el lazo que juzgar temerariamente de las intenciones y pensamientos de sus prójimos; la prudencia del pecador solo halla su seguridad en sus sospechas y en sus desconfianzas. Sexto: la del fiel no es disimulada; como no intenta engañar á nadie, no tiene por qué disfrazarse; la del pecador es un perpetuo doblez. Sétimo: finalmente, la del fiel está llena de misericordia y de frutos de buenas obras; añade á los medios humanos las prácticas virtuosas y los socorros de la oracion; la del pecador, al contrario, mira la piedad como obstáculo para su elevacion.

2. La segunda raiz de nuestras inquietudes es una continua agitacion acerca de lo presente. Casi nunca nos suceden las cosas segun nuestros deseos; pero una alma fiel halla en la entera sumision á las órdenes de Dios, como hoy María, un recurso siempre pronto para las aflicciones de su estado presente. En los fines de Dios en orden á María todo era incomprendible; pero la divina voluntad era la única solucion de sus dudas y el mayor consuelo de sus penas. La causa, pues, de que la sumision á la divina voluntad sea de tanto consuelo en las mas difíciles circunstancias en que nos coloca, es: primeramente, el que es la voluntad de un Dios omnipotente, á quien todo es fácil. 2. De un Dios sábio que nada hace por casualidad, que ve las diferentes utilidades de las circunstancias en que nos coloca. 3. De un Dios bueno, amoroso y misericordioso que nos ama y quiere nuestra salvacion.

3. Los pesares acerca de lo pasado son la última causa de las inquietudes humanas. No nos acordamos de los desgraciados sucesos de nuestra vida sino con unas amargas reflexiones que emponzoñan la memoria. Continuamente nos argüimos de que nosotros mismos hemos sido los autores de nuestra desgracia. También en esto nos sirve de modelo la sumisión de María; como no podía dudar de que hasta entonces la había guiado la mano del Altísimo, no tiene trabajo en persuadirse á que es la misma quien la guía al templo, ni en sujetarse al sacrificio y á la humillación que Dios la pide. Esta es la grande ciencia de la fe; lo pasado debiera servirnos de continua instrucción en que debiéramos estudiar la adorable voluntad del Señor en orden al destino de los hombres. No obstante, la memoria de lo pasado, lejos de instruirnos, nos engaña y no sirve de mas que de despertar en nosotros pasiones injustas. Todo pasa, todo desaparece, todo huye de nuestra vista, y nosotros no vemos á Dios en ninguna parte; no vemos en esto mas que las revoluciones mundanas. Los patriarcas, muy diferentes de nosotros, veían á Dios en todas partes, y acordándose continuamente de los diferentes caminos por donde los había conducido su sabiduría, admiraban en ella las disposiciones inefables de su Providencia y el orden de su adorable voluntad, y esta es la grande ciencia que nos enseñan nuestras divinas escrituras. En las demás historias solo se ven las acciones de los hombres; pero en la historia de los libros santos Dios solo es quien lo hace todo. También nos enseña á no mirar las diferentes revoluciones que han agitado el universo mas que como la historia de los designios y voluntad de Dios para con los hombres, y esta es la instrucción que halla una alma fiel en la memoria de lo pasado, como tambien será de gran

consuelo para los justos en el cielo el ver con claridad el orden admirable de la voluntad del Señor en todos los sucesos de su vida pasada; verán con qué bondad, con qué sabiduría hacia Dios que todo sirviese á la santificación de los suyos, al mismo tiempo que los pecadores se sorprenderán y desesperarán al ver que creyendo vivir sin yugo y sin Dios en este mundo, estaban con todo eso entre las manos de su sabiduría, que se servía de sus desórdenes para el cumplimiento de sus eternos fines. Reflexion que sola ella debiera llamar á todos los hombres á una continua sumisión á la voluntad del Señor, pues que se sujeten ó no á su voluntad santa, es indubitable que siempre obran segun su disposición, y así, aunque se rebelen contra ella, no mudan los sucesos ni hacen mas que multiplicar los delitos.





DIVISION.—*En este misterio aprendemos las disposiciones con que es necesario entrar para consagrarse á Dios con una vida absolutamente nueva. En él hallamos un espíritu de sacrificio en Jesucristo, que se ofrece á su Padre, y un espíritu de fidelidad en María que le ofrece: estas son, pues, las disposiciones que hacen la conversión sincera y durable, y la ofrenda de nuestro corazón agradable á Dios.—I. Un espíritu de sacrificio que nada reserve cuando se ofrece.—II. Un espíritu de fidelidad que en nada se contradiga cuando le sirve.*

Primera parte. *Un espíritu de sacrificio que nada se reserve cuando se ofrece.* Aunque hoy no sea sacrificado Jesucristo en el templo, el sacrificio que de sí mismo hace á su Padre no es menos verdadero; bien diferente en esto de los otros primogénitos que ponían entre las manos de los pontífices y que presentaban en el templo, mas para rescatarlos que para consagrarlos al Señor. Pero Jesucristo desde que entra en el templo, ya acepta y padece anticipadamente cuanto ha de padecer algun dia por su Padre. Por eso, aunque lo que pasa hoy en el templo no sea mas que una imágen del Calvario, la obligacion no es menos verdadera, dice San Bernardo.

1. Y así, la primera condicion de nuestro sacrificio, cuando queremos entregarnos á Dios, ha de ser la realidad de la ofrenda; la divina clemencia, que despues del pecado podia pedirnos el sacrificio de nuestra vida, ha conmutado esta pena, y el sacrificio continuo de la vida de los sentidos ha obtenido el lugar de la ley de muerte impuesta á todos los fieles; ley que todos hemos aceptado en el sagrado bautismo, cuando nos llevaron al templo á ofrecernos al Señor. Esta es la vida del cristiano, una vida de abnegacion y de sacrificio; no obstante, ¿qué cosa es el consagrarse á Dios para la mayor parte de las almas, que apartándose de los desórdenes del mundo, quieren servirle? No es otra cosa mas que aparentar un exterior mas religioso, y no vivir enteramente olvidados de Dios y de la religion; pero si no sois ni menos ambiciosos, ni menos sensuales, ni menos delicados etc., os ofrecéis al Señor como los primogénitos de Israel, que siendo rescatados inmediatamente, no pertenecian á su herencia; es decir, que solo ofrecéis á Dios un vil animal, unas obras exteriores, una apariéncia de piedad, en lugar de vuestro corazón y de vosotros mismos. Dios no

puede contentarse con este trueque; es necesario que sea real el sacrificio: con todo eso, la mayor parte de las conversiones, particularmente entre los cortesanos, son de esta calidad, y subsisten aún con todas las pasiones, no tan visibles á la verdad, pero siempre tan verdaderas. Nos hemos vuelto al Señor, pero aun nos agrada todo lo que antes nos agradaba; no hicimos entonces perfecto sacrificio, nos contentamos con quitar la piel de la víctima y con mudar el exterior, pero no hemos llegado á lo demás, y como nos mantenemos frecuentando las cosas santas, como vivimos exentos de los delitos grandes, como seguimos casi las mismas pisadas que los justos, falta poco para que creamos que somos justos como ellos, y esto no es por hipocresía, sino que perseveramos en el error con buena fe; creemos haber hecho á Dios el sacrificio que nos pedia, aunque jamás háyamos hecho sacrificio alguno real y doloroso de nuestros sentidos, de nuestras inclinaciones, de nuestras esperanzas, de nuestras comodidades, de nuestras antipatías, etc. Desengañémonos, el sacrificio que Dios nos pide es el del corazón, y cualquiera otro no es sacrificio real.

2. Pero no basta el que la ofrenda de nuestro corazón sea real; la segunda condicion es que sea universal: Jesucristo, dice San Bernardo, sacrifica hoy á su Padre todos sus títulos, toda su gloria, y aun su misma inocencia; no se queda con nada, dice este santo Padre, para enseñarnos que por lo comun todo el mérito del sacrificio consiste en su integridad.

Nosotros es verdad que queremos volvernos á Dios, pero no queremos hacer de un golpe divorcio universal con el mundo; nos figuramos que es preciso vencernos en ciertos puntos antes de pasar á otros; pero unos principios tan tibios nunca son felices ni pasan muy adelante; no sucede

en la conversion lo que en los demás negocios de los hombres; cuando no es entera no subsiste. Es verdad que la piedad tiene sus progresos y que cada dia se va perfeccionando; pero primeramente debe destruirse en nuestro corazón el mundo y cuanto hay en él pecaminoso; todo lo que es incompatible con la vida cristiana debe arrojarse de un golpe. Jesucristo sacrifica hoy á su Padre todos sus títulos y toda su gloria, siendo como es el verdadero Pontífice y el Redentor de Israel, comprando el derecho de entrar en el templo, y siendo rescatado como cualquiera otro primogénito. ¡Pero qué pocas veces sucede que usemos nosotros de esta generosidad cuando se trata de sacrificar al Señor las vanas distinciones que nos ensalzan á la vista de los hombres! Queremos que tengan tambien parte nuestros títulos en cuanto hacemos por el Señor, y nunca nos gustan las obras de religion que nos confunden con la multitud.

Jesucristo sacrifica hoy á su Padre hasta su misma inocencia, para que nada falte á la integridad de su sacrificio. Parece en el templo como pecador, y toma sobre sí la vergüenza del pecado, de que está exento; y nosotros en los sacrificios que Dios nos pide, siempre queremos salvar una vana reputacion de inocencia y probidad que hemos perdido.

3. La tercera condicion de nuestra ofrenda es el que sea voluntaria como la de Jesucristo. A la verdad, el sacrificio que hoy hace á su eterno Padre es un respeto superabundante, por decirlo así, y no obligacion necesaria, pues la obra de la salvacion de los hombres, que le encargó su Padre, podia consumarse siu que añadiese á ella la vergüenza de este primer paso; pero queria enseñarnos que una alma que saliendo de los desórdenes del mundo se

consagra á Dios, no puede en el principio negarse á sí misma algunos santos excesos, y no cuida de entrar en cuentas con su señor para saber lo que justamente le debe; y lejos de que la tibieza de su celo espere siempre la obligacion inevitable para obrar, se forma ella misma una obligacion de todo cuanto la inspira un santo celo.

¿Pero dónde se hallan almas semejantes? cuando movidos de la gracia queremos volvernos á Dios, nuestro primer cuidado es buscar entre todos los modos de servirle el mas suave y menos molesto á nuestro amor propio; lejos de abrazar los rigores de supererogacion, estudiamos al principio hasta dónde puede llegar la condescendencia, para contenernos dentro de estos peligrosos límites. ¡Qué poco amamos á nuestro Dios cuando nos podemos señalar la medida del amor! Los principios de la verdadera penitencia no pueden ser ni tan tibios ni tan mesurados.

Segunda parte. *La segunda disposicion de una alma que quiere entregarse á Dios, debe ser un espíritu de fidelidad, que en nada se contradiga cuando le sirve, y esto es lo que María Santísima nos enseña con su ejemplo.*

Nuestras infidelidades tienen su origen. 1.º De una prudencia de la carne, siempre ingeniosa para hallar inconvenientes que oponer á los fines de la gracia para con nuestra alma. 2.º De una soberbia y secreta complacencia, que aun en los mismos dones del Espíritu Santo halla el escollo de la virtud. 3.º Finalmente, de una peligrosa cobardía, que al ver los males de que está amenazada, se consulta demasiado á sí misma, y mide sus obligaciones por su flaqueza. La fidelidad, pues, de María en este misterio, nos da unas prodigiosas reglas para evitar estos escollos.

1. Siendo dócil, no disputa, nada oye de cuanto pudie-

ra decirse á sí misma para dispensarse de la ley de la purificacion, en la que públicamente se degradaba del honor de su divina maternidad, y ocultaba en su Hijo la gloria de su eterno origen, etc. Habia aprendido en su retiro que el razonar demasiado en asunto de los fines de Dios, es un exceso de luz que deslumbra y extravía, y la vida de la fe siempre deja tinieblas y dificultades; para no quitar al alma justa el mérito de su docilidad; pero son pocos los que imitan el ejemplo de María, aun entre aquellos que tenemos por justos. En los intereses de la gloria de Dios casi siempre nos valemos de pretextos para dispensarnos de su santa ley, y hallamos el secreto de disfrazarnos á nosotros mismos nuestras pasiones con el nombre de piedad. En una palabra, siempre que se trata de obrar bien, hallamos infinitos inconvenientes, y no pensamos en que nuestra obligacion consiste en cumplir la ley, que es clara, y cumpliéndola, ya no sen de nuestra cuenta los dudosos inconvenientes que nos parece percibir de lejos; esto toca al que nos manda obedecer, y pues los inconvenientes que nos parece divisar no le han obligado á mudar su ley, tampoco deben mudar nada en la fidelidad de nuestra obediencia.

La otra instruccion que aquí nos da la docilidad de María, es que elevada al grado mas sublime de la gracia, no se desdeña de una ceremonia vulgar, no afecta caminos mas sublimes, mas espirituales ni mas perfectos. Tambien debe temerse este escollo en la piedad; muchas veces nos parece tener una devocion mas ilustrada y de mejor gusto, dejando para el pueblo simple y rústico los ejercicios mas comunes de la religion, autorizados por la pública piedad, y cuya sencillez parece que los destina para la multitud ignorante: nos parece que cuanto menos empleemos los sentidos y la carne en los ejercicios devotos, obramos mas

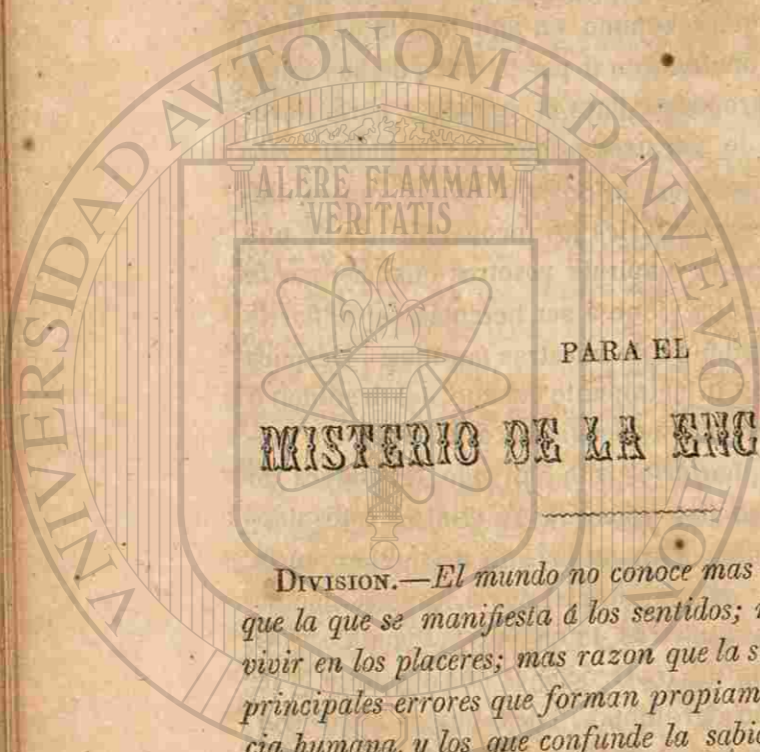
segun el espíritu, que es útil para todo, y no pensamos en que todo ayuda á la verdadera piedad, y que á excepcion de las obras sin fervor, nada hay que sea pequeño ni imperfecto.

2. Siendo humilde María no se ensalza; es indubitable que fué ilustrada por el Altísimo en orden á toda la série del ministerio de su Hijo, y prueba de esto es su divino cántico; con todo eso, no se desdefia de ser instruida por el viejo Simeon; no manifiesta ansia de referir las grandes maravillas que en ella habia obrado el Señor. No hay, pues, cosa mas rara en la piedad que este prudente y modesto disimulo, que oculta sus propios dones y manifiesta los ajenos.

3. Siendo generosa no desfallece: la anuncian que una espada de dolor ha de atravesar su alma, que este Hijo que viene á presentar será expuesto como blanco á los dardos y contradicciones de la calumnia; no ofrecen á su entendimiento sino imágenes tristes y espantosas; con todo eso opone á unos tan funestos presagios una fe generosa y sumisa; como hija de Abraham imita su fidelidad y su valor, y en esto es muy poco imitado el ejemplo de María; la piedad no arranca siempre del corazon, aun de los padres mas cristianos, el amor carnal y desordenado á sus hijos, y no siempre ofrecemos al Señor, como María, ni lo mejor, ni acaso lo que nos pedia: si un hijo parece mas á propósito que los demás para mantener la gloria de su nombre y la pública estimacion, se le separa para la tierra; por mas que en su persona se manifiesten mil señales de una santa vocacion, se resiste al orden de Dios, se miran los mas santos movimientos de la gracia como ligerezas de la niñez, y sin apartarle abiertamente de un designio tan laudable, se le hace perder su vocacion con el pretexto de probársela:

no condeno por esto las precauciones de una cristiana prudencia, pero condeno los vanos pretextos de la carne y de la sangre. A la verdad, cuando en aquellos hijos que ó por el orden de su nacimiento ó por lo corto de sus talentos, son menos á propósito para el mundo y para llevar adelante la vanidad de vuestros proyectos, se hallan estos deseos de retiro, no sois tan mirados ni poneis tantas dificultades; lejos de representarles los inconvenientes de una eleccion temeraria, se la inspirais vosotros mismos; por lo que de esto se sigue; que viene á ser herencia del Señor lo que habia de ser vergüenza de vuestras familias. Despues de esto procedeis muy injustamente cuando del desorden é ignorancia de las personas consagradas á Dios tomais motivo para censurar y burlarlos: ¿no han sido las manos de vuestra codicia las que han colocado en el altar estos despreciables ídolos á quienes insultais? Si no hubiera en la Iglesia tantos padres avaros, ambiciosos é injustos, no se vieran en ella tantos ministros mundanos, escandalosos é ignorantes. Estas son las instrucciones que descubre la fe en este misterio. Consagrémonos, pues, hoy al Señor con Jesucristo, pero consagrémonos sin reservar nada, y correspondamos con fidelidad, como María, á los designios de Dios para con nosotros.





MISTERIO DE LA ENCARNACION.

DIVISION.—El mundo no conoce mas verdadera grandeza que la que se manifiesta á los sentidos; mas felicidad que el vivir en los placeres; mas razon que la suya: estos son los tres principales errores que forman propiamente toda la prudencia humana, y los que confunde la sabiduria de Dios, oculta en este misterio de la Encarnacion. I. Un Dios anonadado ensalza los abatimientos. II. Un Dios cargado de nuestros dolores hace amables los trabajos. III. Un Dios unido al hombre hace callar á la razon, y hace á la misma fe razonable.

Primera parte. Un Dios anonadado ensalza los abatimientos. Para entenderlo bien reparemos primero en cuáles son los principales caractéres de la humana soberbia, y veamos despues la oposicion que tienen con el abatimiento del Hijo de Dios en su union con nuestra naturaleza.

1. El primer carácter de la soberbia es aquel error que hace que salgamos, por decirlo así, de nosotros mismos, y

que para borrar en nosotros el interior y humilde dictámen de nuestra miseria, busquemos con complacencia en las cosas exteriores las riquezas, los títulos, el nacimiento, etc., una gloria cuyo origen solo debiera hallarse en nosotros mismos. Pero las circunstancias exteriores de la Encarnacion del Verbo corrigen en los hombres este primer error: entre todos los misterios, el de la Encarnacion habia sido anunciado con mayor pompa y magnificencia; con todo eso, no hay cosa mas oculta á los ojos corporales, que lo que está pasando hoy en Nazaret. No baja mas que un ángel solo, y éste bajo la simplicidad de la figura humana: es enviado á una doncella que no tiene en su tribu mas distintivo que su pudor y su inocencia: Nazareth, en donde se obra este misterio, es la ciudad mas despreciable de Judá: nadie, ni aun el mismo José, esposo de María, está noticioso de la celestial embajada. En los demás misterios los abatimientos del Verbo están mezclados con resplandor y grandeza; en este todo es oscuro, nada hay que hable á los sentidos, porque en él el fin de la divina sabiduria es corregir los errores y sustituir los nuevos caminos de la fe á las antiguas ilusiones de la prudencia humana. A la verdad, en este misterio aprendemos que la inocencia y la virtud son las únicas riquezas del hombre, que todo el mérito del alma fiel está oculto en su corazon; en una palabra, que la grandeza que únicamente existe fuera de nosotros, no es mas que un prestigio que nos burla, y que solamente es grande aquel que es santo: ¡ojala no fuera todavía ignorada en el mundo esta prudencia!

2. El segundo carácter de la humana soberbia es aquella flaqueza que en nada estima el mérito de la misma virtud mientras que está oculto, y que solamente aborrece en el vicio la confusion y el oprobio; como si los hombres no

pudieran ser grandes ó despreciables sino en la idea de los otros hombres. Pero el Verbo, anonadándose en este misterio, confunde esta vana atención á los juicios humanos, no viniendo á la tierra el Hijo de Dios sino para glorificar á su Padre y recobrar en los corazones de los hombres los honores que le habían quitado las criaturas: este intento pedia al parecer que se le manifestase con toda su gloria; no obstante, no quiere triunfar de nuestros corazones con el resplandor y majestad, sino con los abatimientos y oprobios; oculta todo cuanto en sí es; en una palabra, se manifiesta anonadado en todos sus títulos. ¿De qué proviene esta tan extraordinaria conducta? Dejemos aparte las demás razones de la oscuridad de su ministerio; las que nos hacen al caso son: 1.º Que quería enseñar á los ministros encargados de la distribución de su Evangelio, á que no mudasen nada del orden de Dios en las funciones de su ministerio, con el pretexto de conciliar mas fácilmente á su palabra los votos de los hombres, y á no creer que Dios es mas glorificado por la gracia que á ellos les resulta. 2.º Quería enseñar á los fieles que los juicios de los hombres nunca debían decidir en orden á sus obligaciones; que en el servicio de Dios no debemos atenernos á lo que el mundo aprueba, sino á lo que Dios nos manda; que el desprecio es el mas seguro asilo de la virtud: no obstante, en esto ponemos poco cuidado; aun los justos hacen mucho caso de los honores; les mueve muy poco lo que hacen en secreto y en la presencia de Dios; solo parece que les mueve lo que hacen á vista de los hombres, y las mas veces, ¡oh Dios mio! hallan mas gusto en las falsas virtudes que se les atribuyen, que confusión en la verdad que les da á conocer sus defectos y verdaderas miserias.

El último carácter de la soberbia es aquella impostura

de vanidad que busca la gloria aun en los mismos abatimientos, porque casi no hay humildad verdadera, y no hay cosa mas rara que un abatimiento voluntario que solo se dirija á la humildad. Ved, pues, los escollos que nos enseña á evitar el Verbo con sus abatimientos en este misterio. Se reviste de la semejanza del pecado, pero para elevar sobre sí toda la vergüenza; se carga con nuestras iniquidades, pero para ser la víctima de ellas; quiere ser tenido por samaritano y por enemigo de la ley, pero es para ser castigado como engañador; finalmente, se esconde cuando lo quieren aclamar por rey, pero es para morir como un vil esclavo. ¿Y nosotros? ¡ah! las obras de humildad casi nunca nos agradan sino en cuanto esperamos que cederán en gloria nuestra. Con todo eso, despues que Dios se anonadó, ¿hay en el nombre cosa mas injusta que el querer ensalzarse de cualquier modo que sea?

Segunda parte. *Un Dios cargado de nuestros dolores nos debe hacer amables los trabajos.* El hombre inocente debía vivir una vida feliz y tranquila, pero el hombre pecador nació para padecer. No obstante, el deleite es todavía la inclinación dominante de este pecador, y condenado á padecer, jamás ha podido amar los trabajos. Era, pues, necesario que un grande ejemplo le hiciese amable lo que no podía evitar, y que un Dios lo padeciese todo por salvar al hombre, para que el hombre aprendiese y amase los trabajos para aplacar á su Dios. Por eso el ministerio del Verbo encarnado es un ministerio de cruz y de trabajos. No anuncia mas que cruces y tribulaciones, no llama felices sino á los que padecen, y temiendo el que algun dia se diesen á sus máximas interpretaciones favorables al amor propio, quiso espirar entre los brazos del dolor, y su doctrina no es mas que la relación de sus ejemplos. Supuesto, pues,
TOM. II.—P. 40.

que el Verbo, que solamente encarnó para enseñarnos el camino del cielo y satisfacer por nosotros á la divina justicia, pasó en la tierra una vida triste y llena de trabajos, no puede lisonjearse el cristiano de que ha de llegar á la salvacion por caminos fáciles y suaves, porque siendo un Hombre-Dios, cabeza de los cristianos, no podemos aspirar á la salvacion sino como miembros suyos: ¿y en qué consiste el ser miembros de Jesucristo? en seguir la suerte de nuestra cabeza y conformarnos con ella: pasar, pues, toda la vida entre costumbres sensuales y entregarse continuamente á todos los placeres, con tal que no presenten algun delito grave, ¿es conformarse con Jesucristo y vivir como él vivió? ¿es esto estar animados de su espíritu? Aquellos hombres apostólicos que vinieron los primeros á anunciar á Jesucristo á nuestros padres, no les hablaron de este modo: el espíritu de Jesucristo es un santo deseo de trabajos, un continuo cuidado en mortificar el amor propio, y quitar á los sentidos todas las inútiles mitigaciones. Este es el fondo del cristianismo y el espíritu de Jesucristo; si no tenéis este espíritu, sería inútil el que estuviérais libres de mas graves delitos; no sois de Jesucristo y no tenéis parte en su reino.

Pero lo que puede servirnos de consuelo es, que aunque Jesucristo con solo el carácter de su ministerio nos manda la violencia y la abnegacion, nos hace al mismo tiempo amable la cruz que nos impone: el padecer en la tierra siempre habia de ser para nosotros una suerte inevitable; pero sin Jesucristo hubiera el hombre padecido sin consuelo y sin mérito. Vino, pues, á suavizar y santificar nuestros trabajos. 1.º Su ejemplo los quita todo el abatimiento y desprecio, y después que él padeció, deleita el padecer y es cosa gloriosa el seguir sus pasos. 2.º Su gracia

suaviza cuanto tienen de amargo la abnegacion y la violencia. Convengo en que el negarse continuamente á sí mismo, el no amar el fausto, la magnificencia, la diversion, los placeres, reducirse á una modestia sencilla y cristiana, y contener todas estas inclinaciones en el silencio, en la oracion y en el retiro, es algo trabajoso; pero el origen de los verdaderos placeres no está en los sentidos, sino en el corazon; en este es donde Jesucristo pone el remedio y la dulzura de su gracia, cuando en lo exterior todo parece triste, áspero y doloroso para una alma fiel, un invisible consolador reemplaza estas amarguras con unas delicias que jamás gustó el corazon carnal del hombre. 2.º Las promesas de Jesucristo quitan á los trabajos su inutilidad y todo el motivo de desesperacion: antes que el Señor se manifestase en nuestra carne, se padecia por la fama, por la patria, etc.; pero la soberbia era un desquite muy débil en los trabajos, particularmente para el hombre que quiere ser feliz; pero el fiel que padece, que se castiga á sí mismo, que lleva su cruz, espera una eternidad; aun cuando sus penas no tuvieran consuelo acá en la tierra, las suavizaría solamente la esperanza que está escondida en su seno. Un Dios hecho hombre es el fiador de su confianza; sus trabajos hallan en Jesucristo un premio y un mérito digno de Dios: ¿es necesario mas para que nos sean amables?

Tercera parte. *Un Dios unido al hombre hace callar á la razon, y aun hace razonable á la fe.*

Hoy está lleno el mundo de cristianos filósofos y de fieles jueces de la fe; todo se mitiga, de todo se filosofa, queremos penetrar los decretos de Dios en orden á los fines de los hombres, hallamos inconvenientes en la historia venerable de nuestros libros santos, etc. Pero después que adoramos á un Dios hecho hombre, es locura, dice un san-

to padre, querer discurrir acerca de lo que la religion nos propone como inaccesible á la razon; ya no hay cosa tan incomprendible que no la allane y haga creible Jesucristo hombre y Dios. Y así, ó negad á Jesucristo ó confesad que Dios puede hacer lo que vosotros no podeis comprender; después del misterio de Dios-hombre no puede la fe proponernos cosa mas elevada ni mas inaccesible á la humana razon: meditemos, pues, este misterio de Jesucristo Dios y hombre; él ilustrará nuestra razon acabando de confundirla, y nos guiará á la inteligencia, dándonos á conocer la necesidad de la fe: imitemos á María, que en un misterio en que todo es nuevo é incomprendible, del que nada halla en la historia de las maravillas del Señor que con su semejanza pueda asegurarla, en vez de dudar como Zacarías, no busca mas seguridad de su fe que la omnipotencia y verdad del que se la pide.

VIERNES SANTO.

SOBRE LA PASION

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

DIVISION.—La oposicion á la verdad ha sido siempre el carácter mas esencial del mundo; pero la muerte de Jesucristo es la mayor prueba de la oposicion del mundo á la verdad, y al mismo tiempo el mayor testimonio de la verdad contra el mundo.

Primera parte. La muerte de Jesucristo es la mayor prueba de la oposicion del mundo á la verdad. Esto es, á la verdad de su doctrina, de las Escrituras, de sus milagros, de su inocencia y de su reino.

1. Oposicion á la verdad de su doctrina. El respeto humano es quien forma esta oposicion aun en sus discípulos. ¿Qué otra cosa era su doctrina sino una disposicion para la cruz y los trabajos? Con todo eso, luego que el

to padre, querer discurrir acerca de lo que la religion nos propone como inaccesible á la razon; ya no hay cosa tan incomprendible que no la allane y haga creible Jesucristo hombre y Dios. Y así, ó negad á Jesucristo ó confesad que Dios puede hacer lo que vosotros no podeis comprender; después del misterio de Dios-hombre no puede la fe proponernos cosa mas elevada ni mas inaccesible á la humana razon: meditemos, pues, este misterio de Jesucristo Dios y hombre; él ilustrará nuestra razon acabando de confundirla, y nos guiará á la inteligencia, dándonos á conocer la necesidad de la fe: imitemos á María, que en un misterio en que todo es nuevo é incomprendible, del que nada halla en la historia de las maravillas del Señor que con su semejanza pueda asegurarla, en vez de dudar como Zacarías, no busca mas seguridad de su fe que la omnipotencia y verdad del que se la pide.

VIERNES SANTO.

SOBRE LA PASION

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

DIVISION.—La oposicion á la verdad ha sido siempre el carácter mas esencial del mundo; pero la muerte de Jesucristo es la mayor prueba de la oposicion del mundo á la verdad, y al mismo tiempo el mayor testimonio de la verdad contra el mundo.

Primera parte. La muerte de Jesucristo es la mayor prueba de la oposicion del mundo á la verdad. Esto es, á la verdad de su doctrina, de las Escrituras, de sus milagros, de su inocencia y de su reino.

1. Oposicion á la verdad de su doctrina. El respeto humano es quien forma esta oposicion aun en sus discípulos. ¿Qué otra cosa era su doctrina sino una disposicion para la cruz y los trabajos? Con todo eso, luego que el

mundo se declara contra él, titubean sus discípulos y se desaniman, y ved aquí cuánto los ciega el respeto humano y el temor del mundo en orden á la verdad de su doctrina. En Judas forma un pérfido que hace traicion á su divino Maestro y se junta á sus enemigos para perderle. Este mismo respeto humano es causa de la desercion de los demás discípulos, y el mismo Pedro, que lejos de los peligros se ofrecia á todo, fiando de su valor, falta en la prueba de una tentacion tan peligrosa; no se atreve á declararse por discípulo del Salvador, y finge ignorar hasta el divino nombre de su Maestro: *Non novi hominem*.

2. Oposicion á la verdad de las Escrituras, y esto es lo que ocasiona la envidia de los sacerdotes y doctores. Jesucristo los habia remitido muchas veces á las Escrituras como al testimonio menos sospechoso de la verdad de su ministerio; este testimonio era claro, pues se habian cumplido las predicciones de los profetas; pero la envidia que los ciega vence á la verdad que los ilustra, y ved aquí todos los caracteres de esta injusta pasion. 1.º La mala fe. No pueden disimularse á sí mismos la verdad de sus prodigios, y en vez de reconocerle por el Mesías, se preguntan: ¿qué hemos de hacer? *Quid facimus, quia hic homo multa signa facit?* 2.º La bajeza. Ellos mismos buscan secretamente un testigo falso contra Jesucristo. 3.º La obstinacion. Estos jueces corrompidos entregan al Salvador á la insolencia y furor de sus criados y ministros. 4.º Finalmente, el sacrificio de los intereses de la patria. Los que detestaban el yugo de los incircuncisos, los que se gloriaban antes de no haber sido nunca vasallos ni esclavos de nadie, protestan que no tienen mas rey que el César.

3. Oposicion á los milagros del Salvador. Una ingratitud sin medida es la que introduce ésta en el pueblo; cuan-

do eran testigos de tantos prodigios como habia obrado en su presencia, le seguian en tropel con sus discípulos; cuando los alimentó con un sustento milagroso en el desierto, quisieron proclamarle por su Rey, y este mismo pueblo enfurecido se declara hoy contra Jesucristo, le persigue como á un sedicioso y pide á Pilatos su muerte.

4. Oposicion á la verdad de su inocencia. Y esta es la que produce en Pilatos una ambicion ciega: traen arrastrando al Salvador del mundo á la presencia de este infiel magistrado; todo prueba á Pilatos su inocencia, él mismo la confiesa; pero le amenazan con la desgracia del César, y ved aquí todos los obstáculos que una ambicion soberbia pone en su corazon á la verdad que él no pudo ocultarse á sí mismo. 1.º Un obstáculo de disimulo y de mala fe: en vez de dar libertad absolutamente á Jesucristo, propone arbitrios para salvarle, y da á entender contra lo que le dicta su conciencia que necesita de gracia. 2.º Un obstáculo de aborrecimiento contra la verdad que hace que le sea molesta: turbado con la preferencia que dan los judíos á Barrabás, pregunta qué ha de hacer de Jesus, á quien llaman Cristo. 3.º Un obstáculo de hipocresía que hace que la misma verdad sirva á los fines de la ambicion; vuelve á enviar á Jesus á Herodes, no por conservar la vida al inocente, sino por recobrar la amistad que habia perdido con este príncipe. 4.º Un obstáculo de falsa conciencia que hace que sacrificando la verdad á los intereses humanos, todavía nos parezca que nada tenemos que reprendernos: viendo Pilatos que los arbitrios no producian otro efecto que el de encender mas y mas el furor de los judíos, entrega por último el Salvador á su venganza, pero al mismo tiempo lava sus manos; consiente en que muera, pero declara que no tiene parte en la muerte del justo.

5. Oposicion á la verdad de su reino. Y esta es la que produce en Herodes su impiedad; al principio desea por pura curiosidad ver á aquel hombre de quien publicaba la fama cosas tan maravillosas; se promete que él mismo ha de ser testigo, hace á Jesucristo mil preguntas inútiles; pero despues no viendo milagro alguno y no pudiendo sacarle ni una sola palabra, le desprecia y toda su corte sigue su ejemplo.

Segunda parte. *La muerte de Jesucristo es el mayor testimonio de la verdad contra el mundo.*

1. La muerte de Jesucristo da testimonio á la verdad de las Escrituras. Es la llave sagrada que abre los siete sellos de aquel libro cerrado, porque sin la solucion de este gran sacrificio los libros santos son incomprensibles; pero la muerte de Jesucristo les da nueva claridad; con el socorro de este misterio se ven patentemente todas las figuras, se descubre el espíritu de todas las ceremonias, se conoce el sentido de todas las profecías y se ve la verdad y divinidad de nuestros libros santos.

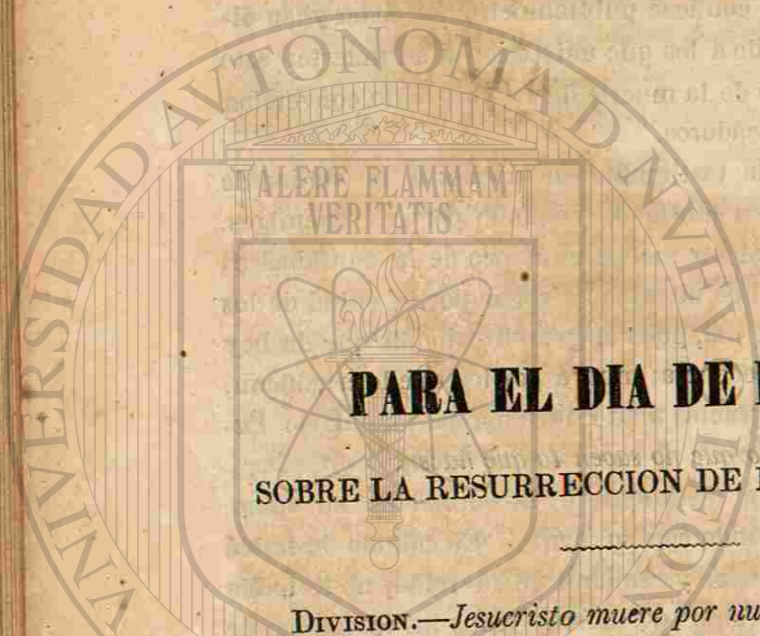
2. Da testimonio á la verdad de su doctrina, confirmándola con sus oprobios y trabajos. Toda la doctrina del Salvador parecia reducirse á humillar el espíritu y mortificar los sentidos, y como ningun filósofo hasta él habia anunciado á los hombres que era necesario ir á la felicidad por el camino de los desprecios y trabajos, era preciso que el ejemplo del Salvador confirmase la novedad de sus preceptos, lo que hizo con los abatimientos y trabajos de su muerte, por lo que nuestra impenitencia nada tiene que poder oponer al grande ejemplo que hoy nos da.

3. Jesucristo da testimonio en la cruz á la verdad de sus milagros renovándolos, y esto, no tanto abriendo los sepulcros, rompiendo los peñascos, oscureciendo el sol, etc.,

como convirtiendo á un perverso que espira á su lado; mudando el corazon del centurion que preside al suplicio, y obligándole á que confiese públicamente su poder y su divinidad, y moviendo á los que asistieron á su muerte: este es el gran milagro de la muerte de Jesucristo, la conversion de los mayores pecadores.

4. Jesucristo da testimonio en la cruz á la verdad de su inocencia y de su santidad, rogando por sus enemigos. A la verdad, el carácter menos equívoco de la santidad es el amor á los que nos ultrajan, y rogar por la salud de los que nos persiguen: ved, pues el gran testimonio que da hoy Jesucristo de su inocencia; muere por los que le crucifican, y muere pidiendo gracias á su Padre por sus enemigos: *Padre, perdonadlos, porque no saben lo que hacen.*

5. Jesucristo da testimonio á la verdad de su reino, conquistando al mundo con su cruz. El mundo le habia disputado el resplandor y realidad de su reino, no le habia tratado como á rey sino por burla; todas las insignias de su reinado habian sido nuevos oprobios; pero hoy aquellas señales tan despreciables de un reinado tan abatido, son las señales gloriosas de su poder y de su imperio. El reino y el poder de los reyes de la tierra acaba con ellos; el reino de Jesucristo no empieza á resplandecer hasta su muerte, y sus oprobios son el primer origen de sus grandezas y de su gloria. A la verdad, después que murió, todo el mundo reconoce su soberanía; su cruz triunfa en el cielo y del infierno, de la ceguedad de los judíos, de la incredulidad de los gentiles, de la barbaridad de los verdugos, y aun de la obstinacion de un pecador próximo á morir.



PARA EL DIA DE PASCUA.

SOBRE LA RESURRECCION DE NUESTRO SEÑOR.

DIVISION.—Jesucristo muere por nuestros pecados y resucita por nuestra justificacion.—I. Porque la resurreccion de Jesucristo nos anima á perseverar en la gracia recibida.—II. Porque nos enseña á perseverar en ella: la resurreccion de Jesucristo es el motivo y el modelo de nuestra perseverancia.

Primera parte. La resurreccion de Jesucristo nos anima á perseverar en la gracia recibida. A la verdad, las principales raíces de la inconstancia de los hombres en los caminos de Dios se hallan, ó en la flaqueza de la fe, ó en la tibieza de la esperanza; pero la piedad cristiana halla en el misterio de la resurreccion preservativos contra estos dos escollos, y motivos muy poderosos para perseverar en la gracia.

1. La piedad halla en la resurreccion de Jesucristo preservativos contra la debilidad de la fe y contra aquel género de incredulidad que casi siempre antecede al pecado;

porque este misterio es el gran testimonio de fe cristiana: en él hallan los demás misterios su verdad y su certidumbre; porque si Jesucristo resucitó, nuestra fe es cierta, la doctrina del Evangelio es divina, y sus promesas son infalibles: á la verdad, si Jesucristo resucitó, luego era un enviado del cielo para anunciar á los hombres la doctrina de la salvacion; porque Dios, que es fiel y verdadero, no hubiera querido autorizar la impostura revistiéndola con el carácter de la verdad; luego todo lo que nos anunció es verdadero; resucitó, pues, Jesucristo. Este gran misterio le probamos á los incrédulos: 1.º Con las mismas precauciones que tomaron sus enemigos después de su muerte. 2.º Con la deposicion de los soldados. 3.º Con las apariciones del Salvador. 4.º Con las dudas de los apóstoles antes de creer este milagro, y con lo que después padecieron por dar testimonio á la verdad. Y esto es lo que mantiene la fe del hombre justo; ve en este misterio de la resurreccion toda la religion asegurada, confirmados los castigos con que amenaza, infalibles sus promesas, necesarios sus preceptos, etc. ¿Qué cosa, pues, mas propia para poner freno á la inconstancia del corazon humano, y para establecer en él una piedad sólida y durable, que estas grandes verdades? Por eso los discípulos, testigos de la resurreccion de Jesucristo, son constantes y perseveran hasta el fin en la oracion y en el ministerio de la santa palabra.

¶ Pero nosotros somos los hijos de los santos, que vieron á Jesucristo resucitado y que le adoraron en el santo monte de Galilea; hemos visto con sus ojos y tocado con sus manos; ¿pues por qué nos hemos de volver atrás? Si este misterio hace á nuestra fe cierta é inconstable, ¿por qué ha de haber aún inconstancias en nuestro corazon? Si después de tantas pruebas seria cosa monstruosa el no

creer, como dice San Agustín, no lo es menos el creer y vivir como si no creyésemos.

2. La piedad halla en la resurrección de Jesucristo preservativos contra la tibieza de la esperanza. 1.º Asegura nuestra esperanza; 2.º la consuela; 3.º la corrige.

1. La resurrección de Jesucristo asegura nuestra esperanza, porque sabemos, como dice el apóstol, que algún día hemos de ser semejantes á él y que hemos de seguir la suerte de nuestra cabeza; que sería inútil su resurrección si nosotros no hubiéramos de resucitar con él: sabemos que nuestros hermanos que nos han precedido con la señal de la fe y que duermen en Jesucristo el sueño de la paz, no han perecido sin remedio, aunque hayan desaparecido de nuestra vista. ¡Qué motivo tan poderoso es para confirmar á una alma en la gracia y en el servicio de Dios, la memoria de estas verdades! Supuesto, pues, que hemos de resucitar para nunca más morir, no debemos permitirnos cosa alguna que no sea digna de la feliz eternidad.

2. Consuela nuestra esperanza: si la piedad tiene sus suavidades, también tiene sus amarguras, pues la virtud no se conserva sino con continuos combates y sacrificios, y si aflojais un instante estais perdidos. En estas peligrosas experiencias nada sostiene y consuela tanto al alma fiel como la esperanza de la resurrección. Conoce que este cuerpo de pecado que la oprime será muy presto semejante al de Jesucristo glorioso y resucitado; no hay trabajo de los que la suceden por parte de las criaturas, que no halle consuelo en esta esperanza; con esta esperanza veía Job tranquilamente en su muladar caerse á pedazos su cuerpo; con esta esperanza los apóstoles y los primeros fieles se regocijaban en las tribulaciones; les parecía

ver llegar continuamente á Jesucristo desde lo alto de los aires; por eso en medio de los tormentos desafiaban con un santo valor á la barbaridad de los tiranos: este era el espíritu de aquellos felices siglos; no se había aún descubierto aquella vana espiritualidad que prohíbe estos divinos consuelos de la virtud. Verdaderamente que sería muy digno de compasión el justo si no hubiera para él más esperanza que la de esta vida. El Evangelio, en algún sentido, no hace sino desgraciados según el mundo; y si después de esta vida nada hay que esperar, no hay desgracia que iguale á la de un discípulo de Jesucristo. Por eso no hay regla más segura que esta para conocer si uno es verdadero discípulo de Jesucristo, ó hijo del siglo; ¿acaso seríais dignos de lástima si no hubiera resurrección que esperar? ¿Si no esperaríais más que una aniquilación eterna después de esta vida, os haceis mucha violencia en ella para decir con el apóstol: *Si no esperamos en Jesucristo más que para esta vida, somos los más desgraciados de todos los hombres?* ¿Aun cuando la religión no fuera más que un sueño, sería mucho vuestro engaño en las medidas que tomáis? Los primeros fieles tenían derecho para decir que si Jesucristo no había resucitado todo lo habían perdido; aquellos fieles que todo lo sacrificaban á esta esperanza y no tenían más consuelo en la tierra; pero vosotros que no sacrificáis á las promesas de la fe ni deleites, ni gustos, ni superfluidades, ¿sois por ventura más ó menos dignos de lástima, que Jesucristo haya ó no resucitado? Con todo eso, desde que vivís así no sois cristianos.

3. Corrige nuestra esperanza porque nos propone los medios únicos que nos dan derecho para esperar, enseñándonos que es imposible buscar nuestra felicidad en la tierra, y esperar en Jesucristo. Pero además de esto, como

una de las causas mas comunes de nuestras recaídas, después de la solemnidad, es persuadirnos que es fácil el volver á la gracia, y de este modo esperar contra la esperanza, el misterio de la resurreccion de Jesucristo corrige este error tan comun y peligroso; porque en suposicion de que el beneficio de la resurreccion no fué en Jesucristo sino el premio del mas doloroso de todos los sacrificios, y que su resurreccion es el modelo de la nuestra, debemos inferir que si recaemos será preciso pasar por terribles pruebas para llegar á la renovacion de la penitencia: ¿y se nos concederá acaso la gracia de una segunda penitencia? ¿una gracia que es tan rara? Conservemos, pues, un tesoro tan precioso y tan difícil de recobrar.

Segunda parte. *La resurreccion de Jesucristo nos enseña á perseverar, es el modelo de nuestra perseverancia: Jesucristo resucitado de entre los muertos no vuelve á morir, dice el apóstol; la muerte no tiene ya dominio sobre él, porque su resurreccion encierra una renovacion entera y perfecta, y nada tiene de terreno cuando sale del sepulcro: Y se absorbió á la muerte en su propia victoria.* Este es el modelo y el medio de nuestra perseverancia. ¿Queremos no recaer? Es necesario que cuanto habia en nosotros de terreno y mortal quede destruido, y que seamos unos hombres del todo renovados y celestes: no obstante, el error comun mira el tiempo de la Pascua como tiempo de flojedad y de descanso; pero es todo al contrario: si quereis conservar la gracia de la resurreccion, debe ser para vosotros un tiempo de renovacion y de fervor; las razones son las siguientes:

1. Si creis poderos permitir costumbres mas suaves y un uso mas libre de los placeres en el tiempo de la Pascua, porque la Iglesia se manifiesta llena de regocijos en este santo tiempo, reflexionad que la alegría de la Iglesia

solo se funda en la victoria que Jesucristo, y todos los fieles con él, alcanzan hoy del pecado; y así, si aun estais bajo su imperio, ella está todavía cubierta de un luto invisible, y gime en secreto en la presencia de su Esposo: por otra parte, el tiempo de la vida presente no es el tiempo de su alegría; gime en él continuamente, suspira sin cesar por su libertad, y sus cánticos de alegría no son mas que deseos de la eternidad y vivas ansias de reunirse con la Iglesia del cielo. ¡Ved si teneis parte en el espíritu de la Iglesia haciendo consistir el privilegio de la resurreccion en un uso mas libre de los placeres y en la menor frecuencia de las oraciones y demás obligaciones de la religion!

2. Si despues de una vida delincuente habeis tenido la dicha de recobrar en estos dias vuestra inocencia con la gracia de los Sacramentos, sois nuevos hijos de la gracia; en este estado, pues, de infancia y de debilidad, en el que son mas fáciles los engaños, ¿no necesitais de mas socorros y de mas precauciones para manteneros? Por otra parte, si no haceis mas que acabar de salir de vuestras perwersas costumbres, se sigue que nada habeis hecho para expiarlas: es verdad que habeis gemido en el tribunal de la penitencia; pero no son estos los únicos frutos de este sacramento: ¿aun no habeis empezado á expiar vuestros delitos y quereis permitiros las mitigaciones? ¿Es por ventura tiempo de descansar al entrar en la carrera? Algunas veces puede suceder el aflojar al fin de ella; pero los principios siempre deben ser fervorosos. Este es el carácter de la primera gracia. Si empezais, pues, por la carne, ¿cómo habeis de acabar por el espíritu? Además, vuestra propia experiencia os enseñará que las tentaciones nunca son tan violentas como en los principios de una nueva vida, porque el demonio, furioso de haber dejado escapar su

presa, se vale de todos sus ardides para recobrarla. ¿Siendo, pues, mas vivas las tentaciones y mas débil la piedad, no es evidente el que la fidelidad y la vigilancia nunca son tan necesarias como en estos principios?

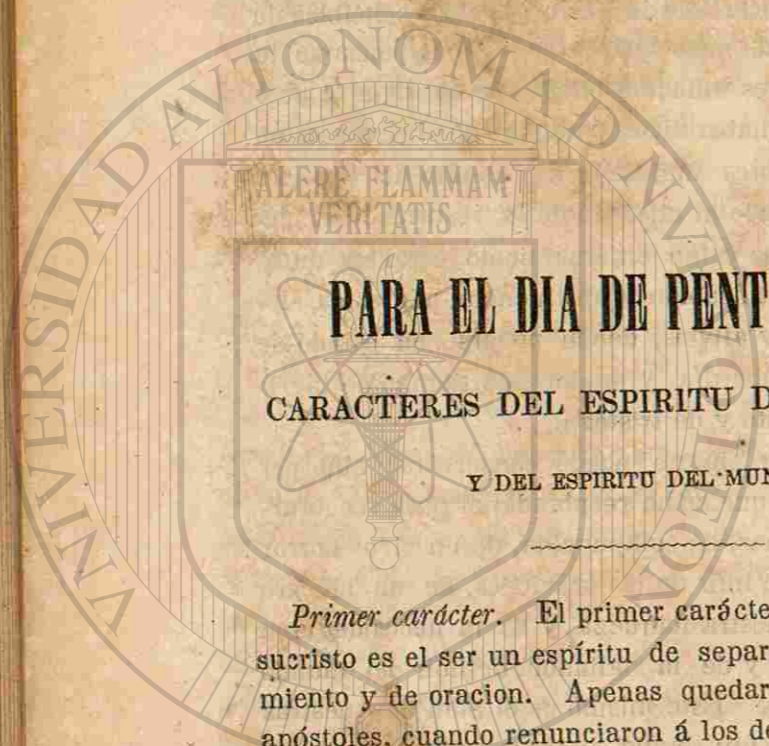
3. Supuesto que la Iglesia en este santo tiempo provee á los fieles de menos socorros exteriores de piedad, debeis suplir esta falta, renovando vuestro celo y vuestro cuidado, porque esta privacion tiene sus peligros para los que aun estais débiles en la fe. Puede temerse que no hallando cerca de vosotros los exteriores apoyos de la piedad, no os podais mantener solos, y que la santa libertad de este santo tiempo os sea ocasion de caida y de libertinaje: por otra parte, seguid el mismo espíritu de la Iglesia; desde el nacimiento del Salvador hasta su resurreccion y efusion de su Espíritu Santo que esperamos, os ha mantenido debajo de sus alas, digámoslo así, como polluelos á quien criaba y á quien queria formar para Jesucristo; pero en adelante, habiéndose cumplido estos misterios, mira ya como concluida su obra en vosotros, y contemplándoos como hombres celestiales, se retira á lo interior de su santuario, y no propone á vuestra piedad mas que el inefable misterio de la unidad de la divina esencia, y de la Trinidad de las Personas, que es toda la ocupacion y todo el culto de los bienaventurados, porque se persuade á que en adelante habeis de vivir una vida absolutamente celestial. ¡Juzgad, pues, si debeis vivir segun los sentidos, en un tiempo en que la Iglesia supone que vuestra vida está ya toda escondida en Dios con Jesucristo!

4. Pero supongamos que una vida delicada y menos atenta no fuese peligrosa para la piedad despues de la santa solemnidad; pero á lo menos seria injusta para la mayor parte de los fieles. El justo que ha llegado al fin de

esta santa cuaresma, tiene derecho de enjugar sus lágrimas y de gustar con la Iglesia los consuelos sensibles de este santo tiempo; el justo que en vez de dispensarse la severidad de sus leyes añade á ellas nuevos rigores; pero los que en lugar de haber sido penitentes en la cuaresma han sido prevaricadores aun de la ley comun de la penitencia, que han llegado al misterio de la resurreccion con las pasiones tan vivas y tan enteras como estaban antes de estos dias de mortificacion y abstinencia, ¡ah! estos, lejos de permitirse hoy alivios, deben ponerse en estado de reparar su pasada cobardía y mudar este tiempo de lágrimas en tiempo de luto y de tristeza.

En lo demás, la gracia no puede conservarse sino por los mismos caminos que se ha recobrado: si para recobrarla usásteis de lágrimas, de compuncion, de un vivo horror á vuestros delitos, de huir de las ocasiones, de un sincero conocimiento de vuestra flaqueza, y de la necesidad que teniais de la oracion y de la vigilancia de huir del mundo y de sus deleites, etc. Este mismo es el plan de vuestras obligaciones hasta el fin; seguid siempre estos felices caminos que os condujeron á vuestra libertad, y perseverareis en ella. El aflojar seria perderlo todo y arriesgar todo el fruto de vuestros pasados trabajos.





PARA EL DIA DE PENTECOSTES.

CARACTERES DEL ESPIRITU DE JESUCRISTO

Y DEL ESPIRITU DEL MUNDO.

Primer carácter. El primer carácter del espíritu de Jesucristo es el ser un espíritu de separación, de reconocimiento y de oración. Apenas quedaron llenos de él los apóstoles, cuando renunciaron á los demás cuidados exteriores por entregarse solamente á la oración y al santo ministerio de la divina palabra, siendo como habian sido antes tan carnales y distraídos, que ignoraban hasta el modo con que habian de orar. Esta es la primera mudanza que obra el espíritu de Dios en una alma. En lugar del gusto que antes hallaba en entregarse á los objetos exteriores, la mas suave ocupacion de una alma movida y llena del espíritu de Dios es el recogerse dentro de sí misma, porque en su interior halla á su Dios; por eso no sale de sí sino con trabajo, y aun entre el tumulto y diversiones del siglo se forma una secreta soledad en su corazón, en la que continuamente conversa con su Señor. Por eso el apóstol

tol llama al hombre cristiano hombre espiritual é interior, y al mundano y pecador, hombre exterior; para enseñarnos que desde que una alma ha recibido el espíritu de Dios y que está verdaderamente animada de él, toda su vida es casi invisible é interior. Sus mas comunes acciones se santifican con la fe oculta que las purifica; el Espíritu Santo arregla sus deseos, reforma sus juicios, renueva sus afectos, espiritualiza sus intenciones; cuanto ve no lo ve sino con los ojos de la fe; el mundo entero no es mas que un libro abierto en donde continuamente descubre las maravillas de Dios y la extraordinaria ceguedad de casi todos los hombres.

No quiero decir que no puedan alguna vez los objetos de los sentidos sorprenderla y engañarla; pero estos son unos engaños y unas ausencias que no duran mas que un instante. Avisada inmediatamente de su distraccion por los interiores remordimientos del espíritu de Dios que habita en ella, vuelve inmediatamente á entrar dentro de sí misma, de donde parece que la habia sacado el mundo. El espíritu de fe, de recogimiento y de oración es el que nos da testimonio de que hemos recibido el espíritu de Dios. Por eso en los libros santos son llamados justos los que viven de la fe, los que peregrinos y viajeros en la tierra y ciudadanos del futuro siglo, todo lo ordenan á aquella eterna patria, á la que sin cesar caminan, sin hacer caso de cuanto sucede en la tierra.

Por esta regla nos hemos de juzgar ahora á nosotros mismos. ¿Hallamos en nosotros este primer carácter del espíritu de Dios? ¿examinamos lo que domina en nuestros juicios, en nuestros deseos, en nuestras aflicciones, en nuestros fines, en nuestros proyectos, en nuestras esperanzas, en nuestras alegrías y en nuestros pesares? ¡Ah! nues-

tra vida es una vida absolutamente exterior, y toda existe fuera de nuestro corazón, y por consiguiente lejos de Dios. El espíritu del mundo es el que forma nuestros deseos, el que gobierna nuestros afectos, el que regla nuestros juicios, el que produce nuestras ideas y el que anima todos nuestros pasos. Si sucede que en algunas ocasiones tengamos algunos pensamientos cristianos y algunas ideas conformes á las de la fe, no son mas que unas chispas de fe, por decirlo así, que huyen; unos intervalos de gracia que no interrumpen mas que por un instante el curso de nuestras disposiciones mundanas; pero lo que domina en nuestra conducta, lo que compone el cuerpo de nuestra vida, el principio de todos nuestros pensamientos, es el espíritu del mundo. Pues el espíritu de Dios no reina donde reina el espíritu del mundo, luego todavía pertenecemos al mundo y á su espíritu, y bajo unas exterioridades religiosas y arregladas, nuestro corazón aun es mundano.

Segundo carácter. El segundo carácter del espíritu de Dios consiste en ser un espíritu de abnegación y penitencia, y este carácter es una consecuencia necesaria de la abnegación y de la vida interior de que acabo de hablar. A la verdad, luego que el espíritu de Dios nos llama dentro de nosotros mismos, nos descubre inmediatamente que nuestro corazón, nuestro espíritu, nuestra imaginación, nuestros sentidos, nuestro cuerpo, en una palabra, que todo está desordenado en nosotros y opuesto al orden, á la verdad y á la justicia. Es, pues, imposible que manifestándonos este universal desorden no obre en nosotros dos disposiciones; la primera restablecer el orden que en nosotros ha turbado el pecado; la segunda vengar la justicia de Dios, ultrajada por este desorden.

Primera disposición. Restablecer el orden que en nos-

otros ha turbado el pecado. Porque las luces de que el espíritu de Dios llena al corazón, no son luces estériles, y hace que amemos las verdades que nos enseña; por eso una alma renovada con el espíritu de Dios aborrece en sí cuanto ve que se opone á la verdad y á la justicia, y se anima de un santo celo para enderezar sus afectos é inclinaciones al orden y á la regla; de este modo es fácil juzgar si hemos recibido el espíritu de Dios ó si vivimos aún con el espíritu del mundo; porque el alma poseída del espíritu de Dios pone todo su cuidado en restablecer en su corazón con continuas violencias el orden que la injusticia de las pasiones habia turbado en él, y nada se perdona; al contrario, el espíritu del mundo es un espíritu de pereza y falta de mortificación; un espíritu indulgente para todas las desarregladas inclinaciones; un espíritu de cuidado en satisfacerlas, de destreza para justificarlas, de amor propio que las gobierna y las retiene para las transgresiones esenciales, por librarse de los remordimientos, pero que en todo lo demás se entrega á ellas y se deja arrastrar de ellas; luego si no hacemos violencia alguna á nuestras inclinaciones, si no nos cuesta trabajo el pelear contra nosotros y vencernos, si no padecemos nada por ser de Dios; si la regularidad de nuestra vida es acaso efecto de nuestro temperamento, ó una circunspección que nos impone la edad y el mismo mundo, etc., en este caso aun somos del mundo y el espíritu de Dios no habita en nosotros.

Segunda disposición. Vengar la justicia de Dios ultrajada con el desorden de nuestras pasiones. Este es el primer movimiento que el espíritu de Dios produce en una alma renovada; la hace que tome parte en los intereses de la divina justicia contra sí misma, le penetra del temor de sus juicios, la anima de un santo celo contra una carne que ha

servido á la iniquidad, y así, para conocer si hemos recibido el espíritu de Dios, no tenemos que hacer mas que entrar dentro de nuestro corazon. ¿Hallamos en él aquel celo de penitencia que no se satisface ni con las lágrimas, ni con los gemidos, ni con las violencias, porque nunca le parece haber suficientemente satisfecho á la divina justicia? ¡Ah! que todos nuestros cuidados se reducen á halagar á una carne que la divina justicia solo mira con ojos de indignacion, y en vez de tomar parte en los intereses de la justicia de Dios, pleiteamos continuamente en nuestro favor contra ella: luego todavía estamos poseidos del espíritu de la carne y de la sangre, y el espíritu de Dios no habita en nosotros.

Tercer carácter. El último carácter del espíritu de Dios es el ser un espíritu de fortaleza y de valor. Como este espíritu es el que venció al mundo y es mas fuerte que él, no le teme. Por eso luego que el espíritu de Dios bajó sobre los apóstoles, flacos antes y tímidos, anuncian con un santo valor delante de los sacerdotes y doctores á aquel Jesus de quien poco antes no se atrevian á declararse por discípulos. Se derraman por todo el universo, y el mundo entero que se levanta contra ellos solo sirve de aumentar su firmeza y su constancia. Lo mismo sucede á una alma que está llena del espíritu de Dios; este espíritu la eleva sobre sí misma, imprime en ella sus divinas propiedades de libertad é independencia, la hace que mire las grandezas y soberanías de la tierra como un vano átomo indigno de su cuidado. Por eso ninguna cosa iguala al valor, á la elevacion y á la nobleza de una alma en quien habita el espíritu de Dios: como no está unida al mundo, no le teme; sus juicios y sus befas la son indiferentes, no cede sino á la verdad, no usa de aquellas tímidas condescendencias en

que tanto padece la piedad. Al contrario, el espíritu del mundo es un espíritu de engaño y de artificio; como su principio es el amor propio, no busca la verdad sino en cuanto ésta puede serle agradable; solo honra la virtud en aquellas ocasiones en que la virtud le honra á él; luego si el espíritu que nos gobierna es un espíritu tímido y de condescendencia, si tememos el ser de Dios, si en todas las ocasiones en que se ofrece declararse en su favor usamos de artificios y cedemos, si siempre que se trata de desagradar, por no faltar á la obligacion, tenemos la trasgresion por legítima, si lo primero que examinamos en los caminos en que Dios nos pone es si será del agrado del mundo, si parecemos aún mundanos por no perder su estimacion, si hablamos su idioma, si alabamos sus máximas, si nos sujetamos á sus costumbres, en vano nos gloriamos de conservar aún en el corazon algunas reliquias de amor á la verdad; en vano nos figuramos que sentimos estar entregados al mundo. Desengañémonos, pues, que no es el espíritu de Dios sino el del mundo el que habita en nosotros y nos gobierna.



UNIVERSIDAD ALFONSO X EL MAGNO DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





DIVISION.—I. Los consuelos de la muerte de María recompensan las amarguras que siempre habían afligido á su alma santa. II. La gloria de la muerte de María repara los abatimientos que siempre la habían acompañado en la tierra.

Primera parte. A tres géneros de amarguras que había padecido María, corresponden tres géneros de consuelos: á la amargura de desamparo un consuelo de fortaleza y de valor; á la amargura de celo un consuelo de paz y de alegría, y á la amargura de deseo un consuelo de posesion y de gozo.

1. Jesucristo se habia manifestado indiferente para con María. En el templo parece que se reprende su inquietud y que se olvida de que tiene madre en la tierra; en Caná la da á entender que nada tiene de comun con ella; si llaman felices á las entrañas en que estuvo, declara que solo son bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la ponen en ejecucion; si le dicen que le esperan su madre y sus parientes, responde que no conoce mas madre ni mas hermanos que los que hacen la voluntad de Dios; en todas partes vemos á María probada con desamparos; debia enseñarnos que este camino tan penoso para la naturaleza es el camino ordinario de las almas puras y perfectas, y que cuanto mas quiere Dios unirse á ellas con una fe viva y fervorosa, mas la priva de los consuelos humanos; pero tambien era justo que la presencia visible de Jesucristo fuese el primer consuelo de María en su muerte, y que el Señor se diese tanta mas priesa á manifestarse á su Madre, cuanto mas habia parecido negarse siempre á sus ansias.

2. El celo de María la ocasionaba el segundo género de amargura; veia con dolor la inutilidad de las instrucciones y milagros de Jesucristo, los lazos que le ponian sus enemigos, la desercion aun de sus mismos discípulos, la obstinacion de Judas y su reprobacion; era preciso que enseñase á las almas justas á que á los piés de los altares llorasen los males y necesidades de la Iglesia, que implorasen las gracias del cielo para sus hermanos pecadores é impenitentes. Pero este celo de dolor de que estuvo llena toda la vida de María, debia mudarse en su muerte en un consuelo de paz y de alegría; veia con claridad las razones de la divina sabiduría en orden á los sucesos que habían contristado su tierno afecto, la utilidad de los oprobios de su

Hijo, las ventajas que habia de sacar del mismo aborrecimiento de los judíos, veia llamados los gentiles, convertidos los reyes, desengañados los filósofos y triunfante la religion: de este modo una alma justa que está para morir, ve que en todos los caminos por donde Dios la habia guiado se hallaba su utilidad; que las desgracias, las aflicciones, las contradicciones, las perfidias, etc., todo era en las manos de Dios medios de santificacion para ella; al contrario, los que solo han trabajado por el mundo, conocen entonces que su vida no ha sido mas que una continua puerilidad, y aunque tarde, se arrepienten de haber empleado tan mal sus cuidados y sus penas.

3. La última amargura de María fué una amargura de deseo, separada de Jesucristo, único objeto de su amor, sus deseos, sus pensamientos, su corazon, todo estuvo siempre en el cielo. Continuamente se quejaba de lo dilatado de su peregrinacion, continuamente moria de amor y de tristeza; nosotros no podemos conocer hasta dónde llegaba el exceso de sus penas, porque aun estamos unidos á la tierra con mil lazos; los disgustos de nuestra vida son los disgustos de nuestras pasiones; un buscarnos en todo á nosotros mismos, y un enfado de no poder hallar en el mundo objeto alguno capaz de satisfacer nuestro corazon; aun entre las almas consagradas á Dios hay pocas que conozcan la tristeza de este destierro; sentimos la duracion de su cruz y la tristeza de la virtud; no atendemos á los grandes consuelos que experimentaban los santos en sus lágrimas; pero la purísima alma de María conocia todo el desconsuelo que inspira un amor violento cuando está separado del objeto que ama; por eso su muerte no es mas que el término de sus suspiros y el consuelo de su tierno amor; su corazon va á reunirse con su amado, va á ver con su propia

carne á su Salvador, casto fruto de su vientre. ¿Quién podrá explicar los amorosos excesos del corazon de María á vista de su Hijo glorioso? Estos son unos secretos que no puede explicar el estilo humano; lo que nos hace al caso es el saber que la muerte no separa al justo sino de lo que nunca habia amado, y que, si es lícito explicarse así, no muere tanto como el pecador, que muriendo á mil objetos á que estaba unido, padece mil muertes en una sola.

Segunda parte. A tres géneros de abatimientos que se observan en la vida de María, suceden hoy tres géneros de gloria; al abatimiento de privacion una gloria de elevacion y de excelencia, al abatimiento de dependencia una gloria de poder y de autoridad, al abatimiento de confusion y de desprecio una gloria de veneracion y de respeto.

1. En la vida de María se ve una continuada série de tristes privaciones y desprecios. Descendia de la sangre de David, y el privilegio de su gracia se adelantó al de su nacimiento; era Virgen en su fecundidad; finalmente, era Madre de Dios: ninguno de estos títulos se manifestó en la Señora mientras vivió en la tierra; todos estuvieron oscurecidos ó ignorados y aun desmentidos en la apariencia; sufre con alegría el estar despojada de ellos, y no se la oye palabra que pueda hacer traicion al secreto de su humildad; puso especial cuidado en confundirse con las demás madres de Israel; pero hoy emplea Dios toda su atencion en distinguirla con un especial privilegio; su carne no ve la corrupcion, sube al cielo triunfante y gloriosa para sentarse al lado de su Hijo, sobre todos los principados y potestades. Este era el justo premio que Dios reservaba á las privaciones y abatimientos de la vida de María.

¡Ah! nosotros no imitamos su constante humildad; siem-

pre nos damos á conocer por aquellas calidades que mas nos recomiendan, y aun cuando arrepentidos de nuestros desórdenes hemos tomado el partido de una vida cristiana, queremos que el mundo conserve la memoria de nuestros talentos y de nuestras prendas; nos sirve de complacencia el que en esta parte se haga caso de nuestro sacrificio, y gustamos de ver lucir en nosotros, con las maravillas de la gracia, los talentos de la vanidad; aun en los claustros volvemos á tomar con una mano aquel vano esplendor que parecia habiamos sacrificado con la otra, y queremos volver á hallar en la casa de la humildad los distintivos que habiamos despreciado en el mundo.

2, María durante el tiempo de su vida mortal siempre amó la dependencia; sujeta á la voluntad de José, inseparable de las órdenes y suerte de su Hijo, entregada al discípulo amado y mirándole como árbitro de su conducta, siguiendo á los discípulos despues de la muerte de Jesucristo como cualquiera otra de las mujeres fieles, sin afectar preeminencia ni autoridad alguna; portándose como una simple hija de la Iglesia, la que era su protectora y su madre; hoy toma posesion en el cielo del poder que no habia querido ejercer en la tierra, y queda establecida medianera de los fieles para con Jesucristo y repartidora de las gracias: quiere el Señor que nosotros imploremos el auxilio de su Madre para alcanzar de él lo que deseamos; no quiero decir que baste el tributarla algunos respetos para asegurar nuestra salvacion, pues esta solamente es premio de la observancia de la ley de Dios; María mira como á enemigos de su Hijo á los que aman al mundo, á los que se entregan á los deseos de la carne, á los trasgresores de sus santos preceptos, que no tienen grabado en su corazon el amor de este divino Hijo y de su verdad: María no puede ser con-

traria á Jesucristo, su poder no puede trastornar la obra del Evangelio; es el recurso de nuestras necesidades, pero no la protectora de nuestras pasiones; no ama en sus siervos sino las virtudes con que ella misma se hizo agradable á los ojos de Dios.

3. El último abatimiento de María fué un abatimiento de desprecio y confusion; sufrió en silencio la vergüenza de las sospechas de José; se sujetó, como Jesucristo, á llevar sobre sí por algun tiempo la semejanza del pecado y á sacrificar su inocencia á los ocultos y adorables preceptos de la divina sabiduría; por eso á su muerte se sigue una gloria de veneracion y de respeto: los hombres apostólicos la dirigieron sus súplicas, su culto se fué estableciendo á proporcion que la fe se iba derramando por la tierra; el error la disputó en vano la augusta cualidad de Madre de Dios; los concilios se congregaron para dejar á la posteridad en sus decisiones los títulos de su respeto á María; las ciudades y los imperios se pusieron bajo su proteccion. Nuestras provincias, á las que la mano de Dios habia herido, vieron caer por su intercesion la espada que las castigaba, y uno de nuestros reyes, para inmortalizar este beneficio, hizo un voto público de todo su reino á esta Emperatriz de los cielos que acababa de conservarle. ¡Qué diferente es la muerte del pecador de la de María! A éste todo se lo arrebató la muerte, de todo le despoja; luchando solo con ella, extiende inútilmente las manos á las criaturas que se le huyen; cuanto tuvo por real y verdadero desaparece, cuanto tuvo por vano y quimérico se manifiesta cierto; su desgracia le da nuevas luces, pero no le da un nuevo corazon; muere desengañado, aunque no arrepentido.

PARA EL DIA DE LA VISITACION.

SOBRE LOS OBSTACULOS QUE NUESTRO AMOR

PROPIO OPONE A LA GRACIA.

DIVISION.—*Nuestro amor propio casi siempre opone tres obstáculos á la gracia. I. Una falsa cortesía. II. Lo difícil de la virtud. III. Finalmente, una falsa persuasión de que podemos valernos de mitigaciones en el camino de la salvación.* María emprendiendo sola este viaje nos confunde, primeramente sobre las infinitas razones de respeto humano que no nos permiten seguir el llamamiento del cielo. María, no obstante la delicadeza de su edad y de su sexo, yendo á buscar á Isabel por entre las montañas y caminos mas difíciles, condena, en segundo lugar, nuestra cobardía, que se atemoriza y detiene en el vicio por la dificultad de la virtud. Finalmente, María dándose siempre priesa, no obstante lo dilatado del viaje, nos enseña en tercer lugar, á no mitigar con lentitudes y condescendencias el rigor de la vida evangélica.

Primera parte. El primer obstáculo que oponemos á la gracia es una falsa atencion al mundo: hay lagunos delitos de

que aún el mismo mundo se avergüenza y los condena abiertamente; pero hay tambien algunos vicios menos odiosos y algunos desórdenes mas felices, que parece han prescrito contra el Evangelio, y á los que el mundo coloca honrosamente entre las virtudes. De esta falsa idea que se forma de estas aparentes virtudes, nacen aquellos respetos tan poco cristianos, aquellos temores culpables que hacen que nos avergoncemos de Jesucristo; no nos atrevemos á no conformarnos con las costumbres que han prevalecido, no queremos condenar al mundo con unas singularidades afectadas: en la conducta de María tenemos con qué confundir al mundo en un punto tan importante; deja á Nazareth por ir á visitar á Isabel: ¿cuántas razones pudiera haberla sugerido una falsa atencion y el temor de lo que diria el mundo para excusarse de este viaje? 1.º Solo sabia el preñado de Isabel por la noticia que la dió el ángel; ¿pero la creerán sobre su palabra el que habia recibido esta embajada celestial? 2.º Siendo descendiente de los reyes de Judá y constituida poco antes Madre de Dios, ¿no es contra la decencia que vaya á humillarse en presencia de una mujer que la es tan inferior? 3.º ¿No se oponian las leyes del pudor á un viaje tan dilatado y peligroso? ¡Ah! nosotros no buscamos pretextos tan honestos para acobardarnos, y nuestro amor propio se contenta con otros peores. El temor de que el mundo se burle de nosotros, nos sirve de suficiente razon para excusarnos de las leyes del Evangelio. ¡Pero oh! ¡y qué grande es nuestra ceguedad! no queremos tener una devocion que sea reparable y nos haga pasar plaza de hombres extraordinarios; pero si el contagio es universal ¿cómo hemos de poder salvarnos sin ser singulares? Desengañémonos, católicos; los santos siempre fueron tenidos por singulares, porque la vida del comun de

los hombres no puede ser una vida cristiana; y es una torpe ilusion pensar que siempre tenemos razones para ofender á Dios y que nunca las tenemos para volvernos á él y servirle; por eso nos sucede que perdemos todos los instantes de la gracia; mil veces nos ha avisado Dios, nos ha solicitado, nos ha importunado sin que hayamos tenido que oponer mas que el temor de los vanos discursos del mundo; pero temamos el que por último llegue á cansarse de sus instancias y de nuestros desprecios. Nuestra conversion no depende de nosotros, sino de Dios, y no tenemos seguridad de volver á recibir cuando gustemos las gracias que se nos han ofrecido y hemos rehusado. Además de esto, pues estamos tan ilustrados acerca de los respetos mundanos, cuando con nuestras disoluciones éramos el escándalo de nuestro pueblo, ¿servian éstos de freno para contenernos? Solamente somos tímidos y circunspectos con Dios, y solamente nos excedemos en precauciones cuando se trata de servirle. Conozcamos, pues, la injusticia de nuestro corazon en este punto.

Segunda parte. Dificultad de la virtud. Segundo obstáculo que opone el amor propio á la gracia. Hay algunas personas que vivamente acobardadas con la idea que forman de la perfeccion cristiana, solamente envejecen en la iniquidad, porque las parece que nunca podrán llegar á la verdadera justicia; peligrosa ilusion que hace agravio á la gracia del Salvador, como si para el Señor hubiera alguna cosa imposible. La conducta, pues, de María nos ofrece hoy razones con que desengañar al mundo de esta ilusion. Sin reflexionar demasiado acerca de su propia flaqueza, atraviesa las mas inaccesibles montañas: *Abiit in montana.*

Yo conozco hasta dónde llega mi flaqueza, soleis decir; sé que la vida cristiana es una profesion pública de peni-

tencia, que es necesario llevar su cruz y negarse á sí mismo para ser discípulo de Jesucristo; lo sé, y esto es justamente lo que me hace desesperar de no poder nunca llegar á ser justo, porque conozco que aunque tenga horror al pecado, nunca podré vencerme en lo demás. Pero ¡oh hombre! ¡qué grande es tu desorden en este particular! Conoces tu flaqueza y tu insuficiencia; pero oye aquellas palabras del Salvador: Venid á mí todos los que os hallais débiles y cansados, y yo os aliviare; aquí es donde has de buscar la fuerza que te falta.

Tambien decís que os detiene la dificultad de la empresa. ¡Ah! si como en otro tiempo fuera necesario exponeros al furor de los tiranos por la fe de Jesucristo, tendríais algun motivo para temblar, contemplando vuestra flaqueza, aunque entonces debierais decir con el apóstol: *Todo lo puedo en el que me conforta.* ¿Pero qué es lo que hoy se os pide? solamente el sacrificio de vuestras pasiones, y vosotros sacrificais neciamente la esperanza de una eterna felicidad á vuestra flaqueza y cobardía; muy diferentes en esto de los fieles de los primeros tiempos, á quienes los mas crueles suplicios no podian separar del amor á Jesucristo; y ahora parece que cuesta demasiado el ser cristianos, cuando solo cuesta el sacrificar un deleite, como si el Dios que adoramos fuera ahora menos digno de nuestras ansias. Por otra parte, os figurais amarguras en el partido de la virtud; pero proceded de buena fe, y decid con sinceridad todos los disgustos que acompañan á la vida del siglo. ¿Qué no diríais acerca de esto y qué no se dice todos los dias en el mundo? ¿á qué terribles pesares no expone la vida del siglo? Y aun cuando éstos pudieran evitarse, ¿podrá el pecador librarse de sí mismo? Por mas que se ciegue, siempre lleva consigo un caudal de inquietud que le des-

pierta aun en medio de las alegrías y de las diversiones. Sobre este pié camina el mundo; lo conocemos, nos quejamos, y con todo eso, gustamos de él; nos familiarizamos con los pesares que no tienen consuelo y de los que ninguna cosa nos alivia, y nos estremecemos solamente con pensar en los santos rigores del Evangelio, á los que consuela la fe, mantiene la esperanza y suaviza la caridad.

Pero para confundir la iniquidad con la iniquidad misma, os suplico me digais: un hombre entregado á la ambicion ó á la concupiscencia, ¿se acobarda acaso por las dificultades que halla en el camino? Temamos, pues, que el ambicioso y el lascivo nos confundan en el tribunal de Jesucristo acerca de las excusas que alegamos para justificar nuestra flaqueza cuando se trata de la salvacion.

Tercera parte. Otro error que reina en el mundo acerca de la dificultad de la salvacion, es el persuadirnos que ésta no encierra en sí tan grandes dificultades. A algunas personas que han nacido con un génio tranquilo y apacible, no les parece hallar en el Evangelio nada que mortifique su amor propio, y viviendo con tranquilidad acerca de su salvacion, lloran el desórden de los pecadores que no quieren salvarse casi á menos costa que se condenan. Ilusion torpe é injuriosa á la cruz de Jesucristo, la que tambien confunde el ejemplo de María, pues sin examinar si podrá llegar á la ciudad de Judá por caminos menos ásperos y penosos, escoge sin detenerse el camino mas difícil, enseñándonos con esto que es necesario que cueste trabajo el salvarse y que el reino de los cielos solamente es premio de las continuas violencias en que nos hubiésemos ejercitado. No obstante, el mundo está lleno de estas falsas máximas en materia de religion; dice que es santa la austeridad de los claustros, pero que no todos somos llamados á

ellos; que supuesto que hay muchas mansiones en la casa del Padre celestial, porque no merezcamos las primeras no se debe inferir que estamos excluidos de las demás; finalmente, que el Evangelio no prohíbe las honestas alegrías, y los que se fian en esto, con tal que no lleguen á los mas abominables excesos, juzgan caminar por buen camino porque aun no están en lo profundo del precipicio.

¿Pero en qué no podrá engañarse el entendimiento humano cuando se engaña en esto? Porque, finalmente, nada se puede añadir á las precauciones que ha tomado la divina sabiduría para dar á conocer á los hombres que las cruces y los trabajos les son tan indispensables como el sacramento que los reengendra. Lo que mas admira es que no solamente el siglo, sino tambien los que hacen profesion de la piedad, se engañan acerca de esto, y cada uno se forma un Evangelio aparte, en el cual halla el secreto de autorizar sus flaquezas, porque el espíritu de la religion es poco conocido aun de aquellos mismos que parece ejecutan sus máximas.





DISCURSO
ACERCA DEL ESPIRITU
CON QUE DEBEN PRACTICARSE LAS OBRAS DE
MISERICORDIA.

Para ejecutar bien las obras de misericordia se deben observar tres reglas.

Primera regla. *Se deben mirar como obligaciones con que cumplimos.* Hay un engaño muy comun entre las personas dedicadas á obras santas, y es el figurarse que los ejercicios de piedad no están comprendidos en la obligacion. El amor propio favorece tanto mas este error, quanto en el solo cumplimiento de la obligacion no hay cosa particular que nos lisonjee, porque nada hay que nos distinga; pero

las obras de supererogacion, como ponen en nosotros alguna singularidad, nos dejan tambien mas complacencia. Con todo eso, la fe no pone los oficios de caridad que hacemos con nuestros hermanos en la clase de las obras de supererogacion, pues no conoce obligaciones mas sagradas é inviolables. 1.º El precepto del amor del prójimo es tan esencial á la fe, que no se limita solamente á no hacer mal á nuestros hermanos: el no aborrecer es nada para la ley de la caridad, es necesario amar; es decir, que en la religion de Jesucristo sois injusto si no sois caritativo; si no socorreis á vuestro prójimo afligido, pudiendo hacerlo, le aborreceis: esta no es una obra de supererogacion de que pueda lisonjearse el celo; es una ley comun impuesta á todos los fieles; que por las íntimas y sagradas coneciones que contrajimos en el bautismo con todos los cristianos, ya no permite mirar á ninguno como extraño respecto de sí, y obliga á mirar á todos como á sus hermanos, como á miembros de un mismo cuerpo, entre los cuales no puede padecer uno sin que el otro padezca con él. 2.º Quanto mas ensalzados os halleis en el siglo, mas rigurosa es esta obligacion en este particular. La prosperidad y la abundancia de los bienes de la tierra no os dispensan ni de la frugalidad, ni de la sencillez, ni de la violencia evangélica. Supuesta esta verdad, ¿cuál puede haber sido el fin de la Providencia en poner en vuestras manos los bienes de la tierra? ¿seria acaso para facilitaros los medios de satisfacer á todas vuestras pasiones? No por cierto. Luego en las ideas de Dios no sois mas que ministros de su Providencia para con las criaturas afligidas; vuestra abundancia no es mas que la porcion de vuestros hermanos necesitados, y Dios os hubiera reprobado, llenándoos de los bienes de la tierra, si os los hubiera dado para otro

uso mas que para el alivio de los infelices. 3.º Tú en particular que me oyes, sabe que independientemente de la obligacion que acerca de esto te impone la religion y el puesto que ocupas, las santas ocupaciones de misericordia no son menos indispensables obligaciones. 1.º Seas quien fueres, tú que hoy caminas por las sendas de la virtud, ¿has arreglado siempre tus costumbres con la ley? ¿no ha sido tu ejemplo en otro tiempo el modelo del lujo, del deleite y del regalo? ¡Ah! luego es preciso que hoy repares el escándalo con unos ejemplos contrarios. 2.º Cuando no conocias cosa mayor que el mundo y sus vanidades, ¿acaso no te burlaste de la piedad con injustas irrisiones? ¿no miraste los públicos oficios de misericordia como indiscreciones del celo ó como deseos de vanidad, en vez de respetar á las personas que se consagraban á ellos? Luego es preciso que tus obras públicas den á la piedad el honor que tus profanas irrisiones le habian quitado, y que vosotros mismos ejecuteis lo que tan injustamente habeis reprendido en los demás fieles. 3.º En otro tiempo hicisteis servir vuestras riquezas, que son dones de Dios, á la iniquidad; ¿pues cómo quereis reparar esta injusticia sino con santas profusiones y con mas abundantes liberalidades? Finalmente, en aquella primera estacion de vuestra vida que consagrasteis al mundo y á sus errores, vuestro único cuidado era la felicidad de vuestros sentidos; luego es preciso que hoy os dediqueis á crucificarlos, que vayáis á aquellos lugares retirados, á aquellas casas desoladas en donde la necesidad oculta tantas miserias; que os acerqueis á los lázaros fetentes y cubiertos de llagas, y que á pesar de la repugnancia secreta de la naturaleza, no negueis vuestro ministerio y el socorro de vuestras manos á sus extremas necesidades.

La segunda regla que debe observarse en la práctica de las obras de misericordia es, que no solamente las debemos mirar como obligaciones con que cumplimos, sino tambien valernos de ellas como de remedios cuotidianos contra nuestras diarias flaquezas. Verdaderamente las obras exteriores de piedad no tienen mas mérito en la presencia del Señor, que en cuanto sirven para perfeccionar al hombre interior: siendo esto así, el aliviar á nuestros hermanos, vestirlos, visitarlos, consolarlos y aun servirlos, no es mas que el cuerpo de la piedad; estos son los oficios del cristiano, pero no es este el cristiano mismo. Es necesario, pues, que la virtud crezca y se purifique en estas públicas obligaciones de misericordia, y que cada obra santa sirva para vencer en nosotros alguna de nuestras pasiones; es decir, que para entrar en el espíritu de la fe acerca del ejercicio de las obras de caridad, es necesario antes de empeñarse en ellas, examinar en la presencia de Dios cuáles son aún nuestras desarregladas inclinaciones, y escoger las obras de misericordia mas propias para arrancarlas de nuestro corazon. En una palabra, hacer de estas obras los ejercicios de las virtudes que nos faltan; porque las obras de piedad en tanto son santas en cuanto nos santifican, y solo nos santifican en cuanto nos corrigen.

Pero quebrantamos esta regla de piedad de dos maneras: 1.ª Entre todos los oficios de misericordia escogemos casi siempre los mas conformes á nuestro gusto, á nuestro génio y á nuestra inclinacion. No quiero decir que se debe resistir á estas felices inclinaciones que mueven nuestra alma á la misericordia, ni que no hay mérito en el cumplimiento de estos piadosos ejercicios cuando se hacen sin repugnancia; al contrario, la fe sabe hacer que la naturaleza sirva á la gracia; pero es necesario cuidar de no li-

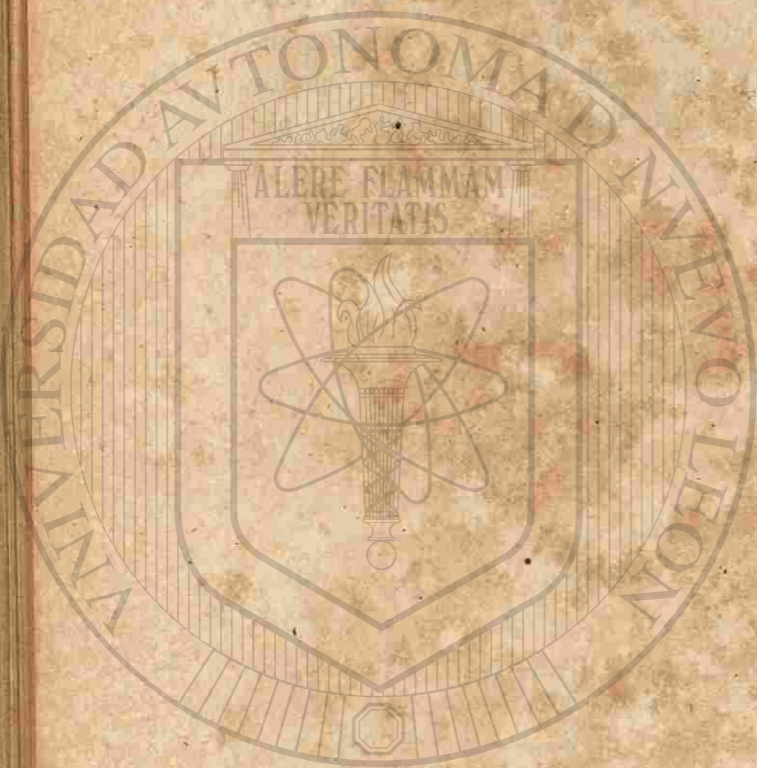
mitar todos nuestros esfuerzos á seguir estas inclinaciones, porque la piedad va mucho mas lejos que la naturaleza. 2.^a El segundo motivo de violar esta regla es todavía mas culpable. No solamente nos ceñimos á una virtud absolutamente natural y escogemos siempre las obras de misericordia que no cuestan trabajo al amor propio y no nos corrigen nuestras flaquezas, sino tambien aquellas que solo sirven para mantenernos en ellas. ¡Cuántas almas engañadas hay que en medio de una vida absolutamente mundana, sensual y profana, viven confiadas en algunos ejercicios de misericordia y en la abundancia de sus liberalidades. ¡Ah! el Señor no necesita de nuestros bienes, sino que nos pide nuestro corazon. La misericordia ayuda á expiar los delitos de que nos arrepentimos, pero no justifica los que amamos.

La tercera regla consiste en cuidar de que no se mezcle ningun fin humano en la intencion, y que el fin de los hombres, oculto en lo íntimo de nuestros corazones y casi imperceptible á nosotros mismos, no nos haga perder para con Dios todo el mérito de la misericordia.

Os digo con san Agustin: aquí estais en la presencia de Dios; preguntad á vuestro corazon, sondead sus mas secretos fines, y ved cuáles han sido hasta ahora los mas verdaderos motivos de vuestras acciones exteriores; ved si las obras ocultas despiertan con tanta viveza vuestro celo como las públicas; ved si en aquellas en que es inevitable el lucimiento estais conformes con que se os olvide y con que se os confunda con las demás personas que se ejercitan en ellas; ved si los piadosos ejercicios que condena el mundo hallan en vosotros algunas indiferencias; en una palabra, si buscáis en ellos la gloria de los hombres ó vuestra salvacion: no se podrá creer, continúa san Agustin, cuántas

obras santas, de aquellas con que contamos acá en la tierra, serán despreciadas en aquel dia, cuando venga el Señor á juzgar las justicias, cuántos frutos de caridad, cuando nos parezca podernos presentar ante él con las manos llenas, se verán dañados por el gusano secreto de una peligrosa complacencia.

FIN DEL SEGUNDO TOMO.



INDICE DE ESTE SEGUNDO TOMO.

Sermon para la fiesta de la Purificacion de nuestra Señora.— Sobre la sumision á la voluntad de Dios.....	3
Sermon segundo.—Para la fiesta de la Purificacion.—Acerca de las disposiciones necesarias para consagrarse á Dios con una nueva vida.....	41
Sermon para la fiesta de la Encarnacion.....	71
Sermon de la Pasion de nuestro Señor Jesucristo.....	99
Sermon de la Resurreccion de nuestro Señor.....	143
Sermon para la fiesta de Pentecostés.—Sobre los caracteres del espíritu de Jesucristo y del espíritu del mundo.....	173
Sermon para la fiesta de la Asuncion de nuestra Señora.—So- bre los consuelos y la gloria de la muerte de María Santí- sima.....	197
Sermon para la fiesta de la Visitacion de nuestra Señora....	229
Discurso sobre las obras de misericordia, predicado á una congregacion de caridad de señoras mujeres.....	255
Discurso dicho en la ceremonia de la absolucion, haciendo presente el fervor de los primeros cristianos.....	281

ANALISIS DE LOS SERMONES CONTENIDOS EN
ESTE SEGUNDO TOMO.

Día de la Purificación.—De la sumision á la voluntad de Dios.	293
Día de la Purificación.—Segundo sermón acerca de las disposiciones necesarias para consagrarse á Dios con una nueva vida.....	303
Para el misterio de la Encarnacion.....	310
Viernes Santo.—Sobre la Pasion de nuestro Señor Jesucristo.	317
Para el día de Pascua.—Sobre la resurreccion de nuestro Señor.....	322
Para el día de Pentecostés.—Caractéres del espíritu de Jesucristo y del espíritu del mundo.....	330
Para el día de la Asuncion de nuestra Señora.—Sobre los consuelos y la gloria de la muerte de la Santa Virgen.....	336
Para el día de la Visitacion.—Sobre los obstáculos que nuestro amor propio opone á la gracia.....	342
Discurso acerca del espíritu con que deben practicarse las obras de misericordia.....	348



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

